

maría
Beatobe



las mariposas
NUNCA
mienten

LAS MARIPOSAS NUNCA MIENTEN



MARIA BEATOBÉ

No me tientes, que si nos tentamos no nos podremos olvidar

Mario Benedetti

PRÓLOGO

Elena Montagud (Escritora)

Un día, tras la salida del trabajo, me conecté y encontré un mensaje privado de María. En él me decía que quería proponerme, sin ningún compromiso, la elaboración del prólogo para la reedición de una de sus novelas. La verdad es que no lo dudé ni un segundo: que una compañera de letras te pida algo así te halaga muchísimo. Al fin y al cabo, una novela es como un viaje muy largo, en el que sueles ir solo (aunque a veces te acompañe alguien), que te trae complicaciones y también alegrías. Así pues, dejar que otra persona hable de lo que tú has creado con tanto cariño, no es cualquier cosa. Es depositar una gran confianza. Y por eso me alegré tanto y emocioné y, al mismo tiempo, me puse un poquitín nerviosa... ¡Tenía entre mis manos una gran responsabilidad!

Dejadme preguntaros algo... ¿Pensáis alguna vez en vuestro primer amor? ¿Os habéis sorprendido rumiando sobre dónde vivirá ahora, qué estará haciendo, seguirá igual o habrá cambiado...? Y es que la cuestión del primer amor, aunque parezca que no, es bastante importante y también complicada porque se trata de esa persona con la que empezaste a descubrir una parte de la vida que antes no existía y también con la que empiezas a conocerte a ti mismo en otros aspectos. Y no me refiero solo a ese primer amor de juventud

(que sí, normalmente es el más popular), sino del primer momento en el que uno está enamorado hasta las trancas y que puede llegar a nuestros tiernos quince años o a nuestros adultos cuarenta años.

Dijo Mario Benedetti que «el primer amor le deja a uno más huellas que ningún otro». No sé si esto será cierto para todo el mundo, pero lo que sí creo es que nuestras primeras veces en todo resultan especiales, ya sea desde un punto de vista negativo o positivo. Porque recordamos la primera vez que nos operaron y también la primera vez que fuimos al instituto. Y, sobre todo, nos acordamos del primer beso. Quizá era un beso terrible, o tal vez uno de esos que te hace sentir que jamás habías sido tan feliz en tu vida.

Y precisamente esto último es lo que le ocurre a Anna, la protagonista de la dulce historia que ahora tienes entre tus manos. Anna es una joven, como cualquiera de nosotras, que tiene una vida que le parece bien hasta que abre los ojos. Y en este caso abrir los ojos es también sinónimo de recordar, junto con otros aspectos. Nada más empezar la novela, Anna nos explica que se acuerda mucho de alguien especial, de su primer amor. Así que toma una decisión que prefiero que leáis vosotras en el libro.

No creáis que entre sus páginas encontraréis amor (que lo hay, sí, y muy tierno), sino mucho más. La amistad juvenil y su afianzamiento con el paso de los años. Las relaciones tóxicas. La búsqueda de la estabilidad laboral. El miedo. María Beatobe nos acerca a unos personajes que sufren, sienten, padecen, pero que también desean, tienen sueños y luchan para conseguir lo que quieren. Y para conocerlos bien nos lleva de la mano a la época actual y a la pasada, porque sin duda querréis conocer lo que les ocurrió a sus protagonistas. Si hay algo muy real entre estas páginas, son sus personajes y todo lo que viven.

María nos entrega una historia con misterio, apasionada en otras ocasiones y, sobre todo, tierna. Repleta de esa magia que desprenden los amores que

jamás se olvidan.

«Las mariposas nunca mienten», dice la autora, ya en el título. Y serán ellas las encargadas de mostrarle a Anna lo que verdaderamente siente.

Espero que nos visiten a todos algún día. Que las sientas tú, en tu estómago, mientras lees esta bonita novela.

1



En la actualidad ...

Aquellas últimas noches no había podido dormir bien. No sabía si a causa del calor, si el motivo era el frío o cuál sería la razón... Bueno, en realidad sí que lo sabía. No podía dejar de pensar en él. Su recuerdo se había apoderado de mí.

Llevaba varias noches apareciendo en mis sueños. ¿Por qué? No lo sabía. Pero dentro de mí se removían muchas emociones y demasiados recuerdos que había creído olvidados. Por lo visto, estaba muy equivocada.

El hecho de que nuestra historia fuera un quiero y no puedo, de que nos quisiéramos tanto, y el final tan doloroso que tuvimos, hizo que mi corazón no hubiera cerrado las puertas a aquella historia, a aquel amor... a aquel primer amor verdadero.

Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él, aunque teníamos amigos comunes, y me cuestionaba si había sido porque yo no había querido o porque no me había atrevido, lo único que tenía claro era que desde hacía cuatro años no sabía nada de su vida.

Recordaba tanta ternura, emoción, sensibilidad... tanto amor, que me era imposible olvidar aquella historia. Fue mi primer amor verdadero, una de las personas más importantes de mi vida, y era más que evidente que seguía formando parte de ella sin yo tener voz ni voto para decidir lo contrario. Mi corazón iba por libre y había decidido reservarle un rinconcito donde estaba permaneciendo más tiempo del que me habría gustado.

Aquel verano marcó un antes y un después en mi vida.

Fantaseaba pensando si me recordaría alguna vez, si pensaría en mí como yo lo hacía en él... Me lo imaginaba tumbado en la cama, con los brazos apoyados bajo la nuca, mirando hacia el techo y recordando los momentos que vivimos juntos. Especulaba con la idea de que guardara

alguna foto mía, algún recuerdo de aquella bonita historia. Cuántas cuestiones sin respuesta, cuántas respuestas sin palabras.

Suponía que el hecho de que David, mi actual pareja, y yo, no estuviéramos pasando nuestro mejor momento, hacía que los recuerdos adquirieran aún más fuerza.

Tumbada en la cama me planteé levantarme y sacar el álbum de fotos de aquel verano, aquellas instantáneas que tanto transmitían con solo miraras. Imágenes en las que salíamos en la playa, riendo y disfrutando, y con un brillo en la mirada que creo que no había vuelto a tener. Pero preferí no hacerlo e intentar no hacerme más daño. Porque volver a traer a mi memoria recuerdos tan intensos como aquellos, era provocar a mis sentimientos para que, de un solo movimiento, crearan un *tsunami* con devastadoras consecuencias.

Me levanté despacio y fui directa a la ducha. Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, pensaba en la manera de volver a saber de él sin tener que preguntar a nadie de nuestros conocidos. Por más que mi cabeza me obligaba a no seguir adelante con esta idea, mi corazón continuaba sin pedirme permiso.

Después, me preparé un café bien calentito y un par de tostadas con mantequilla y mermelada que me comí de pie, frente a la encimera, con la mirada perdida, pensando. Quería saber de su vida, qué había hecho durante estos cuatro años.

Mientras terminaba de comerme las tostadas, se me ocurrió algo. Facebook. Yo ya tenía una cuenta hecha, así que solo faltaba poner su nombre y apellido y dar a buscar. La operación no parecía a priori muy complicada, recordaba perfectamente su apellido porque no era nada común y no perdería nada por probar.

Fui al salón y dejé el café sobre la mesa baja mientras me acomodaba

en el sillón. Cogí el ordenador, lo encendí y lo coloqué sobre mis piernas cruzadas. Lo puse en marcha nerviosa e ilusionada. ¿Le encontraría o no?

Esperé mientras este cargaba y mi ansiedad aumentaba. ¿Qué coño me estaba pasando? El ordenador iba más lento de lo normal, ¿o me lo parecía a mí por lo impaciente que estaba?

Finalmente, la computadora terminó de cargarse y por fin entré en Facebook, puse mi correo, contraseña y di al *intro*...

Ojeé por encima, tenía diez notificaciones y un mensaje de un amigo de la universidad, poca cosa, de hecho, no me paré ni a mirarlos.

Tecleé con inquietud su nombre, Sergio Bianchi, y le dí a buscar... ¿Sí? ¿No?... ¡Qué nervios!

De repente, el ordenador dio algún fallo y en la pantalla se vio el icono de la conectividad con una señal de admiración amarilla encima.

«¡Mierda! ¡Se ha ido la conexión a internet otra vez!», me quejé. «Creo que me voy a tener que cambiar de compañía... ya van tres veces esta semana, joder».

Apagué el *router* y lo volví a encender, eso era lo que me habían dicho siempre las simpáticas operadoras cuando llamaba para quejarme. Las lucecitas verdes empezaron a parpadear hasta que tras apenas un minuto se quedaron fijas. Ya podía intentarlo de nuevo.

Repetí la misma operación de antes, tecleé su nombre y di clic en la lupa, miré fijamente la pantalla como si así fuera a ir más rápido, pero, evidentemente, su velocidad no se modificó.

Por fin. Ya estaba, finalizó la búsqueda... ¡dos contactos encontrados! Miré las fotos casi sin verlas, y sí, ahí estaba, con la misma bonita sonrisa de siempre... Sergio Bianchi.

Reconozco que en ese momento un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Ahí estaba, frente a mí, en la pantalla del ordenador. Volvíamos a

«vernos».

En la foto de Facebook aparecía igual de guapo que siempre. La sonrisa picarona que tantas veces me había seducido, seguía intacta. Daba la sensación de que no había pasado el tiempo y que, en cualquier momento, volvería a hablar con él como hacía cuatro años.

En un segundo, miles de recuerdos volaron por mi cabeza sin tiempo para poder pararlos. Habían sido cuatro años en los que, de una manera u otra, siempre había estado presente.

Nuestra relación se sesgó con mucho amor de por medio y, por mi parte, era más que evidente que se había quedado enquistada.

Frente al ordenador, pensé: «bueno, pues aquí esta, ya lo he encontrado... ¿y ahora qué?». Podía mandarle un mensaje y volver a hablar con él o simplemente enviarle una solicitud de amistad y ver si la aceptaba.

«Anna, no te engañes, él te olvidó, ya no se acuerda de ti, han pasado cuatro años. Es mucho tiempo como para que te guarde luto por algo que él mismo terminó».

Me quedé pensando un rato sin poder apartar mis ojos de su foto de perfil, esa mirada que tantas veces me había derretido, me había hablado, me había sonreído... me había conquistado.

Miré la pantalla y dudé varias veces entre enviarle un mensaje o una solicitud de amistad. O lo mejor que debería hacer era olvidarme de todo y seguir con mi vida, para no complicarla más e intentar arreglar mi relación con David, que a día de hoy pendía de un hilo.

Al final opté por la segunda opción, dirigí el ratón hacia el rectángulo verde en el que ponía «solicitud de amistad» y, vacilando, apreté el botón derecho del ratón.

«Bueno, pues ya está hecho, ahora solo toca esperar», me sorprendí comentando en alto.

Eché un vistazo a la pantalla durante unos segundos, esperando que en mis notificaciones apareciera que había aceptado mi solicitud de amistad.

Inocente de mí, incluso llegué a creer que la fuerza de mi mente atraería a Sergio hasta su ordenador para aceptar la solicitud y volver a retomar el contacto que habíamos perdido.

En ese momento, el sonido de mi móvil me sacó de un plumazo de mis cavilaciones, aparté el ordenador hacia un lado y me incorporé. Me levanté y lo rebusqué en el bolso. Siempre me prometo que voy a llevar menos cosas en él, pero nunca lo cumplo. Por fin lo encuentro. Miro la pantalla y veo que es David. Mi novio.

—¿Sí? —respondí.

—Hola, cariño —dijo sereno.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, aquí sigo, trabajando un montón.

—¿Acabasteis muy tarde la reunión?

—La verdad es que sí. Ya sabes, hay que aguantar hasta que los jefes gordos quieran dar por terminada la reunión.

—¿A qué hora llega tu vuelo hoy de Turín?

—Por eso te llamaba... —Su tono cambió.

—¿Qué pasa? —pregunté seria.

—Pues ya sabes, no hemos podido cerrar todos los pedidos que queríamos hacer y volvemos entre mañana y pasado.

—Joder, David —me quejé—. ¿Ni en nuestro aniversario puedes estar conmigo?

—Anna, no lo hago a propósito, lo sabes —resopló.

—Ya, David, pero es que llevas una temporada que cuando tenemos planes juntos, casualmente te surge algo.

—Anna, no hagas una montaña de esto, tengo que trabajar, de verdad.

Me quedé en silencio mientras negaba con la cabeza y me mordía el labio inferior.

—Anna, ¿me oyes? —preguntó.

—Sí, estoy aquí.

—No te enfades, anda... Mañana o pasado te recompensaré.

—Ya..., es que ya no me creo nada, David —dije cansada.

—Venga, Anna, por favor.

—No, David, es que son muchas cosas. Sabes que no estoy así solo porque no vengas hoy.

—Nena, lo hablamos en casa si quieres, ¿vale?

—Vale.

—Mira, te tengo que dejar, Fran me reclama. Te llamo cuando tenga un rato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Un besito, nena.

—Otro para ti, ya hablamos.

Y colgué. Y lo hice sin querer esperar a que me dijera algo más, solo quería acabar la conversación y pensar si valía la pena estar tan amargada y seguir forzando una relación que para mí tenía los días contados.

David y yo llevábamos juntos dos años. Nos conocimos en una discoteca la noche en que celebrábamos el cumpleaños de Veva, mi mejor amiga. Yo me acerqué a la barra para pedir una copa, y él estaba a mi lado esperando también para pedir, aunque, en un principio, yo no reparé en su presencia. Al ir a pagar se me cayó el DNI al suelo sin darme cuenta y él me lo recogió.

—Perdona —dijo tocándome el hombro para llamar mi atención, mientras yo me dirigía de nuevo a la pista—, creo que esto es tuyo.

—¡Anda! ¿Se me ha caído? —pregunté extrañada.

—Sí, lo he encontrado en el suelo justo cuando te marchabas.

—Ah, pues ¡muchas gracias! —respondí sonriendo.

—De nada... —Nos miramos sin saber muy bien que decir—. Por cierto, me llamo David.

—Yo soy Anna, perdona que no te de la mano —dije sonriendo—, pero es que las tengo algo ocupadas con las bebidas.

Entonces él se acercó y me dio dos besos que me pillaron por sorpresa, pero me agradaron. Cuando llevé las bebidas a mis amigas, se acercó y me propuso tomar algo juntos y charlar. Me pareció atractivo desde el primer momento que le vi. Pelo castaño, ojos verdes y una amplia sonrisa que no se le quitó de la cara desde que empezamos a hablar, hasta que nos despedimos aquella noche dándonos los números de teléfono y la posibilidad de volver a vernos.

De eso hace hoy dos años y era una pena que esa sonrisa haya ido desapareciendo por momentos, pero no solo la suya, la mía también.

Dos años en los que nos lo hemos pasado muy bien, hemos disfrutado mucho el uno del otro y con el otro, pero ya no era lo mismo y me daba rabia. Me preocupaba sentirme así, si solo habían pasado dos años... ¿No se suponía que aún deberíamos estar como dos tortolitos?! No sé...

Llevaba un tiempo muy raro, no era tan cariñoso como siempre lo había sido conmigo. Le notaba distante y no me prestaba la atención que yo quería y necesitaba. La misma que antes le sobraba.

Yo le preguntaba si le pasaba algo conmigo, y él se limitaba a responder que eran cosas mías y que veía fantasmas donde no los había. Pero ya no creía que fueran solo fantasmas, había algo más que lo hacía real. La chispa que nos quemaba al principio ya no saltaba como antes.

Me vestí y me preparé para bajar a comprar algunas cosas que me hacían falta en casa y en ese momento, recibí un *whatsapp*. Saqué el móvil del bolso

y lo leí.

«Perdóname, cariño, no me lo tengas en cuenta, por favor».

Era David. Yo entendía que tuviera que cumplir con su trabajo, pero era nuestro aniversario y lo iba a pasar sola. Más sola que la una. Y teniendo en cuenta cómo estábamos, la situación cobraba más importancia. Si hubiera sido un caso aislado, probablemente no hubiese pasado nada y la celebración la habríamos pospuesto unos días, pero es que la mochila iba ya muy cargada y habían sido muchos desplantes, alguna mentira que había perdonado y una desconfianza que empezaba a crecer sin permiso. Y dudaba que una pareja pudiera funcionar con estos ingredientes.

Era sábado y podría quedar con Veva y Valeria para cenar y tomar una copa. Seguro que al final nos animaríamos y acabaríamos bailando como locas en una discoteca y llegando a casa de madrugada. Siempre nos pasaba lo mismo, aunque saliéramos sin mucho ánimo de fiesta, solo el hecho de estar juntas ya hacía que nos alegráramos.

Bajé a la calle y estuve toda la mañana liada comprando, viendo escaparates, caminando... en definitiva, desconectando, y al final me decidí a mandar un mensaje a Veva para ver qué planes tenía para esta noche.

«Veva, dime que tienes algún plan para esta noche...».

Apenas tardó un minuto en responder. Otra cosa no, pero Veva vivía siempre pendiente del teléfono. Día y noche. Le escribieras por la mañana o de madrugada, tardaba segundos en responder. Vivía pegada literalmente al teléfono, con el cargador en el bolso por si acaso se le acababa la batería y así poderlo enchufar donde fuera. ¡Hasta un día se puso a cargarlo en una discoteca! Yo le decía:

—Pero, Veva, ¡que te lo van a robar!

—¡Qué va! Tengo ya la estrategia muy estudiada, mira —explicaba mientras me mostraba como lo hacía—, lo enchufo y lo camufló entre mi abrigo

—Alucino contigo, de verdad. —No pude evitar sacar una sonrisa.

—Y ¡voilà! —dijo extendiendo sus brazos.

—Estás como una jodida cabra.

—Lo sé, y por eso me quieres.

En cuanto contesté el teléfono, ahí estaba ella, tan alegre y espontánea como siempre.

—¡Hola, mi niña! —exclamó.

—Hola, pequeña, ¿qué haces?

—Pues la verdad, haciendo como que trabajo. —Intuí una sonrisa.

—Y ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Pues poca cosa. ¿Se te ocurre algo? ¡Sabes que yo siempre estoy dispuesta!

—Estoy un poco «depre», ¿te apetece cena y copa?

—¡Claro! Nunca digo que no a ese plan, pero ¿qué te pasa?

—Buff, luego te cuento con calma —resoplé.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, tranquila, movidas entre David y yo.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—Bueno, tú tranquila, que hoy quemamos la noche.

—Vale —me reí—. ¿Das tú un toque a Valeria o se lo doy yo?

—La llamo yo si quieres ahora, y así tengo otra excusa para trabajar menos.

—Ya te vale, ¿pues a las diez en el portal de mi casa?

—¡Perfecto! ¡Besos, guapi!

—Otro para ti.

Así que en eso quedamos, esa noche pretendería olvidarme de todo lo que me pasaba con David e intentaría disfrutar de la compañía de mis mejores amigas, Veva y Valeria.

Llegué a casa como a las dos de la tarde, con un montón de bolsas y mucha extenuación. Y entre ellas, una con comida china ya preparada. No me apetecía nada tener que ponerme a cocinar después de la caminata que me había dado.

Preparé todo en la mesa baja para comer frente a la televisión, me coloqué cómoda en el sofá y resoplé. ¡Qué ganas de sentarme!

Tenía el ordenador al lado, así que lo encendí para ver si Sergio había aceptado o no mi solicitud de amistad. La verdad es que, en algún momento de la mañana, había pensado en eso, pero había conseguido resistir sin mirar el Facebook en el móvil.

El ordenador se cargó más rápido que de costumbre y entré en la red social. Esta vez internet no falló. Entró automáticamente en mi cuenta, ya que acepté la opción de que recordara mi *e-mail* y contraseña y no estar poniéndolo todo el rato cada vez que me conectaba.

Miré nerviosa la pantalla principal, impaciente y deseosa de encontrar el símbolo de las siluetas de dos personas en color rojo y así ver si había aceptado mi solicitud. Eché un vistazo sin mirar, tenía los ojos muy abiertos, pero no acerté a ver nada... Estaba tan nerviosa que estaba a punto de cerrar el ordenador y seguir con la vida que llevaba hasta hoy, sin complicarla más.

Por fin la vista se centró, y de paso me centré yo también, ya era capaz de mirar más allá de mi ansiedad y, para mi desconcierto, vi que las siluetas de las dos personitas estaban de color rojo. Pinché en ellas y leí: «Sergio Bianchi ha aceptado tu solicitud de amistad».



Hace cuatro años ...

Aquel viernes parecía que iba a ser muy soleado, era muy temprano y el sol irrumpía poderoso por la ventana de la habitación.

Me levanté decidida y pasé toda la mañana en la playa, entre grandes toallas y coloridas sombrillas. Los niños corrían de un lado para otro, la gente paseaba por la orilla y surgían planeados corrillos de amigos comentando el partido de fútbol del día anterior.

A mediodía, recogí y me fui directa al apartamento. Me preparé algo ligerito para comer y pensé que sería buena idea volver a la playa de nuevo a

disfrutar de la tarde del viernes y de los últimos rayos de sol del día.

Esta vez dejé la sombrilla en casa y solo me llevé la toalla, el protector solar y mi *ebook*. Por la tarde, el sol ya no apretaba con tanta fuerza y no creí necesaria la compañía de la sombrilla. Lo metí todo en una bolsa de playa tipo cesta que tenía mi madre en el apartamento y me bajé.

Solo me faltaban cincuenta páginas para terminarme aquella picante trilogía que tan famosa se había hecho este último año. Estaba deseando saber el final, pero, por otro lado, estaba tan enganchada a la historia que no quería que acabase nunca. Sentimientos encontrados. Sentimientos contrapuestos.

Me puse cerca de la orilla, ya que por la tarde no solía haber tanta gente como por la mañana y el hecho de que hubiera menos sombrillas, ampliaban el espacio. La siesta también hacía mella en mucha gente que se queda remolona en las piscinas de las urbanizaciones y hoteles.

A mi lado tenía a una pareja de unos quince años que, entre tímidas miradas y pícaras sonrisas, no podían disimular lo evidente... se gustaban.

Estaban sentados frente al mar, con las toallas juntas, pero cada uno mirando a un lado. Ella surcando círculos con el dedo en la arena y cabizbaja. Él, mientras, dibujando líneas con el pie sobre el mismo tapiz.

De vez en cuando se miraban de reojo, sonreían y volvían de nuevo a «delinear» en ese lienzo improvisado. Qué tiernos. Fantaseando, me imaginé que se habían conocido el día anterior en una discoteca y habían quedado para pasar la tarde en la playa, pero, vergonzosos y cortados, se mostraban retraídos. Nunca era igual la noche al día, todo se veía diferente.

Pasé la tarde leyendo y dándome algún que otro baño. El mar estaba tranquilo e invitaba a relajarse un poco entre el balanceo de sus olas. Baños cortos, pero lo suficientemente placenteros como para salir del agua como nueva.

A veces, me tumbaba, cerraba los ojos y escuchaba de fondo las olas del

mar, como si todo lo que tuviera alrededor desapareciera y nos quedáramos solos ese sonido y yo... qué relax.

A eso de las ocho de la tarde, cuando únicamente quedaban grupos de jóvenes jugando al fútbol con improvisadas porterías dibujadas en la arena, me dispuse a empezar a recoger mis cosas para irme ya al apartamento. Quería llegar, darme una ducha y pasear un rato por el puerto.

En ese momento, alguien vino por detrás y me dio un toquecito en la espalda.

—Hola —dijo.

—Hola —respondí mientras me giraba para verle.

No sabía quién era, jamás le había visto. Era un chico alto, con una gorra de colores y un bañador blanco y negro.

—¿Te vas ya? —preguntó mirándome descaradamente el escote.

—Sí —respondí incómoda, dándome de nuevo la vuelta y poniéndome la camiseta.

Desde el primer momento, no me gustó, no me gustó nada. Sus ojos estaban un poco rojos y, sinceramente, pensé que había bebido más de la cuenta. Cada vez se acercaba más a mí y me sentía bastante incómoda.

—Me preguntaba si te tomarías una cerveza conmigo en el chiringuito —me espetó.

—No, gracias —respondí con educación mientras seguía recogiendo mis cosas.

—Anda, bonita... vente conmigo un rato —vaciló con la sonrisa torcida.

La verdad es que le costaba mantenerse erguido y quieto. Perdía el equilibrio y hacía verdaderos esfuerzos por quedarse estático en el mismo sitio más de diez segundos seguidos.

—No, de verdad, te lo agradezco, pero me marchó ya... —respondí sin mirarle siquiera y con toda la educación que podía tener en ese momento.

Estaba empezando a ponerme un poco nerviosa. Recogía cada vez más rápido para poder irme cuanto antes de allí. De hecho, casi ni sacudí la toalla por marcharme antes.

—A ver, bonita... que no te estoy pidiendo matrimonio —dijo jocoso mientras intentaba tocarme el hombro.

Su expresión se tornaba cada vez más seria y la cosa se estaba poniendo un poco tensa. Intentaba mantener mi sonrisa amable, pero la verdad es que lo único que me apetecía era mandarle lejos y que me dejara tranquila. Creo que era más que evidente que su presencia no me agradaba lo más mínimo.

—Ya te he dicho que no —contesté enfadada—. ¿No me has oído?

Se acercó más a mí.

—Si va a ser solo un ratito, preciosa... y lo mismo luego podemos pasar un buen rato juntos.

—¡Que no! —respondí sin mirarle.

Una vez tenía todo recogido, me eché la bolsa al hombro, me di la vuelta y me dispuse a marcharme, cuando aquel desconocido me agarró por el brazo.

—¿Pero te vas a ir así?

Ya no dudaba que estuviera borracho, porque era más que evidente y, por algún motivo, quería a toda costa que me tomara algo con él. Pero ya se estaba pasando, y a mí me estaba tocando las narices.

—¿Qué haces? Suéltame —le recriminé.

—A ver, creo que no me has entendido —hizo una pausa—. Te estoy preguntando que si te vas a ir así.

Tenerle echándome el aliento en la cara me puso mal cuerpo, olía a alcohol que enfermaba.

Me revolví para que me soltara y él me agarró más fuerte.

—Eres un poco estrecha, ¿no, morena? —preguntó sin soltarme el brazo.

Ahora sí que me estaba haciendo daño. Además, me estaba arañando con

el reloj al intentar zafarme de él.

—Pero ¡suéltame! ¿De qué vas? ¡Tú eres gilipollas! —le increpé revolviéndome.

—No hasta que me des un besito de buenas noches, nena...—respondió sin perder esa malévola sonrisa.

¿Qué hacía? ¿Gritaba? Estaba empezando a sentir un pánico que me subía por el estómago y que me estaba mareando. ¿Por qué no me soltaba? Cuanto más me revolvía, más me apretaba el brazo y lo que más me asustaba es que lo hacía sin dejar de sonreír. Cada vez acercaba más su cara a la mía con la intención de besarme. Su aliento me revolvía por dentro y su fuerza hizo que se me cayera la bolsa al suelo. Pero por más que lo intentaba, no conseguía soltarme.

—¿No la estás oyendo, tío? Suéltala.

De la nada apareció un chico que se interpuso entre aquel individuo y yo. De un empujón lo apartó de mí e hizo que pudiera por fin liberarme de su brazo. No sé cómo, pero terminé detrás de aquel desconocido que acababa de dar la cara por mí.

—¿Estás bien? —dijo este, girando su cabeza hacia mí, pero sin perder la tensión de su rostro.

—Sí, es que este tío es tonto —repliqué.

De repente, el borracho se le encaró.

—¿Perdona? ¿Me estás hablando a mí? —dijo en tono chulesco.

El chico respondió sin un atisbo de cobardía.

—Tío, debes de estar sordo, porque te ha dicho varias veces que la sueltes.

—¿Tú qué eres, su novio? —dijo el otro cada vez más envalentonado.

—Ese no es tu problema.

—Uhh, qué gallito... ¿Me vas a pegar? —se burló el borracho.

—No, tío, no me voy a poner a tu nivel, pero te advierto que si te vuelves

a acercarse a ella, sí que actuaré sin contemplaciones.

Al ver a los dos desafiándose con la mirada y rozándose casi la nariz, cogí a mi defensor del brazo y le eché para atrás.

—Vámonos, por favor, no vale la pena.

Aquel desconocido me había sacado de un gran apuro. Empezó a caminar hacia atrás sin retirar la mirada de aquel impertinente que tan mal rato me había hecho pasar. Me había fastidiado la tarde del viernes que tan bien pintaba después del buen día que había pasado.

¿O quizá había propiciado que mejorara?

Caminamos por las tablas de manera que daban al paseo marítimo, yo entre indignada con ese cabrón y nerviosa por el chico que tenía junto a mí, y él caminando a mi lado sin perder de vista a aquel mal educado que se dirigía de nuevo al chiringuito.

Hicimos el camino de madera en silencio, apenas fueron un par de minutos, pero lo suficiente como para darme cuenta de que el desconocido que ahora caminaba a mi lado, estaba preocupado porque aquel pesado no nos siguiera.

Una vez acabadas las tablas por las que caminábamos, llegamos al paseo marítimo y nos detuvimos uno frente al otro.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí, sí, gracias, tranquilo. Ese cabrón ha conseguido ponerme nerviosa.

—No me extraña. Tienes algo aquí —dijo mientras me cogía la mano.

Tenía un par de arañazos sangrando en el brazo. El reloj de ese capullo había conseguido dejarme una huella de aquel mal momento. El muy imbécil había conseguido marcarme física y psicológicamente.

—Qué hijo de puta, espero no volver a cruzarme con él —dijo buscándole con la mirada.

—No, no, déjalo, de verdad. No es nada.

—Estás temblando —dijo sin soltarme la mano.

—Bueno, un poco. Una no está acostumbrada a que la agarre del brazo un desconocido pidiéndole un beso. —Intenté sonreír.

—Soy Sergio... —se presentó imitando mi gesto—. Y tú eres...

—Anna, me llamo Anna.

—Encantado, Anna.

Y nos dimos dos besos en las mejillas. En ese momento, le miré directamente a la cara por primera vez y descubrí que era un chico muy guapo. Su pelo era castaño, muy cortito por los lados y un poquito más largo por arriba; los ojos se intuían verdes y lucía una barba de tres días que le quedaba francamente bien.

Era más alto que yo y con cuerpo definido, llevaba unos *bóxer* negros y el torso desnudo. Tenía la camiseta apoyada sobre el hombro izquierdo.

Con toda la tensión de la situación que habíamos vivido, me había olvidado de mirarle a la cara. Si lo sé, lo habría hecho antes.

—¿Te ibas a casa ya? —me preguntó Sergio.

—Sí. Estaba recogiendo mis cosas cuando el gilipollas ese ha llegado —respondí irritada.

—¿Te apetece que te acompañe?

«¿Qué si me apetece? ¡Claro que me apetece! Solo hay que verte... Pero venga, va, Anna, que no se te note desesperada».

—No te preocupes, mi apartamento está aquí enfrente —dije señalando con el dedo—. Es este edificio blanco.

—Bueno, entonces, ¿me dejas que te acompañe a cruzar la calle? —respondió sonriendo.

Madre mía, tenía una sonrisa preciosa, espectacular. Sonreía con la boca, pero también con la mirada, haciendo que sus ojos transmitieran mucho. Su mirada me hacía sentirme cómoda y tranquila.

—Venga, vale —respondí con un punto de timidez.

Esperamos ante el paso de cebra que dejaran de pasar coches y cruzamos la calle. El apartamento de mi padre estaba muy bien situado. En primera línea de playa, con un restaurante a un lado y una farmacia al otro. Era un apartamento más bien pequeño, de una sola habitación, un baño y el salón con cocina americana, en la que, por su tamaño, no cabía más de una persona. El salón únicamente contaba con una pequeña mesa de comedor con cuatro sillas, un sofá y una televisión con muebles.

Lo mejor del apartamento era una gran terraza con vistas al mar. Un sexto piso que te hacía disfrutar de aquellas vistas al inmenso océano, donde tantas veces mi imaginación se había perdido.

Al cruzar la carretera, ya habíamos llegado a nuestro destino. Apenas diez pasos distaban del apartamento, y subimos las escaleras que accedían al portal. Era el momento de despedirnos y, la verdad, no me apetecía nada decirle adiós. Casi no habíamos hablado y reconozco que era lo suficientemente vergonzosa como para despedirme con educación y no volver a verle más, con tal de no superar mi timidez y pedirle su teléfono. ¡Ni loca se lo pediría! Además, aquel chico tenía que tener pareja. Sergio no podía estar soltero, solo había que verle. Ya no únicamente por su físico, sino por su labia y su facilidad para conectar con la gente.

—Bueno, pues aquí es —le dije indicando la puerta del portal.

—Que rápido hemos llegado, es una lástima —respondió sonriendo.

Se hizo un silencio en el que yo miré hacia un lado sin saber qué decir, y el sacó su móvil del bolsillo para ver la hora.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí antes. —Rompí el hielo.

—No tienes por qué agradecerme lo, se estaba pasando contigo. Cualquiera habría hecho lo mismo que yo.

—Bueno, pero fuiste tú el que estabas ahí en ese momento.

Nos quedamos mirando fijamente el uno al otro. Hablando con los ojos, conversando sin palabras. Tras unos segundos, Sergio se puso la camiseta y deshizo el silencio.

—Bueno, ¿y cómo tienes esas heridas? —preguntó buscándolas con la mirada.

—Bien, no te preocupes, solo son unos arañazos.

—Ese capullo se ha portado muy mal contigo... —dijo serio, sosteniéndome la mirada y frunciendo los labios.

Y esa mirada fija que antes se había producido entre nosotros, se volvió a repetir. Pero en este caso, fui yo la que habló, porque podíamos tirarnos así lo que quedaba de tarde.

—Bueno, pues me ha encantado conocerte, Sergio, aunque haya sido en estas circunstancias. Muchas gracias por todo, de verdad —dije sonriendo.

—No me des las gracias, ha sido un placer —respondió con la misma mueca.

¿Por qué tendrá esa sonrisa tan bonita? ¿Por qué me miraba con ella todo el rato en la cara? ¿Se me estará notando que me estoy poniendo colorada? O deja de mirarme así, o mis mejillas empezarán a arder.

—Bueno, pues lo dicho, nos veremos por aquí. O eso espero —dijo mientras me daba dos besos y ponía su mano en mi espalda.

—Sí, ya sabes dónde vivo —respondí espontánea.

¿Había dicho eso en alto? Qué vergüenza, ¿estaría pensando que le estoy invitando a casa?

—Un placer, Anna —dijo en tono de despedida.

—Igualmente, Sergio —respondí, maldiciendo mi timidez.

Y Sergio empezó a bajar las escaleras que le llevaban al paseo marítimo. Hasta aquí había llegado la «relación» con aquel chico tan guapo y tan

agradable.

Me giré y me dispuse a buscar las llaves del portal en mi bolsa de la playa y, para variar, no las encontraba. En ese momento, escuché:

—¡Anna!

—¿Sí? —dije girándome hacia las escaleras.

Era Sergio, al principio de la escalinata, empezando a subirla de nuevo.

—Que me preguntaba... que, si querías, te daba mi número de teléfono por si necesitabas de nuevo los servicios de un guardaespaldas —dijo guiñándome un ojo.

Sonreí. ¿Cómo no voy a sonreír? ¡Estaba ofreciéndome su número de teléfono! Me hizo mucha ilusión. A ver ahora cómo le decía que estaría encantada de tenerlo sin parecer desesperada.

—Si no quieres, no, ¿eh? —dijo al ver que no le había respondido aún.

—Sí, sí, perdona, es que... da igual —negué con la cabeza.

Finalmente, nos dimos los teléfonos, con la condición de que, si alguno de los dos necesitábamos un guardaespaldas, nos llamaríamos. La de tonterías que somos capaces de decir cuando alguien nos gusta. Y a mí, me gustaba. ¿Le molaría yo a él? No, no creo, ese chico podría tener a quien quisiera y, no sé por qué, pero pensaba que yo no era su tipo. A ver, era evidente que el chico entraba por los ojos, eso era innegable, y me gustaría verle de nuevo por si podía surgir algo, pero como antes había dicho, era muy retraída y eso me privaba de muchas oportunidades.

Así que permanecí con una sonrisa perpetua en la cara mientras subía en el ascensor.

Salí de él, me acerqué a la puerta de mi apartamento y, cuando me disponía a coger las llaves para abrir, sonó un *bip* en mi móvil. Tenía un *whatsapp*. Lo miré, y mi sonrisa se amplió aún más. Era de él, de Sergio.



En la actualidad

«Sergio Bianchi ha aceptado tu solicitud de amistad».

Necesité releerlo varias veces para creérmelo. Ahora tenía acceso a su página de Facebook y ver cómo le iba todo...

Reconozco que me daba un poco de miedo descubrir qué le había deparado la vida durante estos cuatro años. Más que miedo era una sensación de temor a encontrarme cosas que pudieran hacerme daño después de tanto tiempo. Yo había rehecho mi vida, y probablemente él también, pero su recuerdo siempre había estado ahí, presente en mi mente y se me hacía muy difícil enfrentarlo de nuevo. Pero las ganas de saber podían más que el temor. Así que antes de ver sus fotos, o su muro, decidí hacer algo... mandarle un mensaje privado.

Pensé que lo mejor sería escribirle, saludarle y así romper el hielo. Habían pasado ya cuatro años desde nuestra última conversación. Una conversación tensa y no muy agradable que terminó con aquella gran amistad y aquel amor de verano. Un diálogo difícil de olvidar y, sin embargo, tan fácil de recordar.

Respiré profundamente y deliberé... Pero ¿qué debía ponerle? No quería parecer invasiva, solo quería ver si me respondía o no, si se acordaba de mí... Aunque, por otro lado, mi corazón albergaba aún bastante rencor por cómo acabó sucediendo todo. Suponía que ese dolor estaba escondido en algún rinconcito y había esperado pacientemente hasta que hasta que decidió salir para decir «aquí estoy».

Mientras pensaba en qué escribirle, vi en la lista de contactos que al lado de su nombre, aparecía un puntito verde... ¡espera! ... ¡estaba conectado! Ahora sí que estaba nerviosa. Más si cabía. Empecé a notar como si los latidos de mi corazón se escucharan fuera de mi cuerpo.

Si le escribía un mensaje ahora, lo leería en ese momento y saldría de dudas en ese mismo instante. ¿Le escribía? Se me aceleró el pulso solo de pensar que, en ese mismo momento, estaba haciendo lo mismo que yo, al otro lado de la pantalla mirando su Facebook.

«Sigue conectado, ¿qué hago...? Venga, va, le escribo», pensé.

Pinché sobre su nombre y automáticamente me salió una pantalla con su alias y su foto encima. El cursor parpadeaba pendiente de que mis dedos pulsasen las letras y mandaran un mensaje. El mensaje.

Dudé sobre qué poner, pero pensé que como tardara mucho en decidirme se desconectaría y me quedaría con las ganas. Así que, sin más dilación, me decidí a escribir.

«Hola, Sergio, ¿cómo te va? Te he encontrado aquí por casualidad y he decidido saludarte».

Era sencillo, pero concreto, ¿no? Llevé el cursor hacia el botón de enviar y, vacilando, decidí pulsarlo. Ya estaba hecho. Enviado. Ahora solo faltaba ver su reacción.

Me quedé mirando la pantalla y vi que seguía conectado. ¿Lo estaría leyendo? Esperaba que sí...

En la imagen en la que aparecía mi texto, apareció un pequeño mensaje que decía «visto». ¿Eso quiere decir que lo había leído?

Mi corazón iba a mil por hora, no era capaz de pararle el ritmo, al revés, cada vez iba más rápido, esperando una respuesta, su respuesta.

Pero, mientras miraba la pantalla, de repente, la luz verde que acompañaba a su nombre se apagó y se convirtió en un... desconectado. Se había ido. Esto

pintaba fatal. Había hecho el tonto desde el primer momento haciéndome ilusiones sobre lo que podría pasar una vez aceptara la solicitud de amistad.

Apagué el ordenador y empecé a comer.

Cuando terminé, recogí los platos, los llevé hasta la cocina y los dejé en el fregadero. En ese momento no me apetecía mucho ponerme a lavarlos, así que los dejé ahí con la intención de limpiarlos antes de irme a cenar con mis amigas.

Me dirigí de nuevo al sillón y me tumbé en él.

—Voy a ver si me duermo un rato. Son solo las cuatro y hasta que me empiece a preparar para salir tengo tiempo de sobra para descansar. —Me sorprendí diciendo en alto.

No sabía por qué, pero tenía el impulso de encender de nuevo el ordenador y mirar si había respondido. Me fie de mis instintos y abrí Facebook.

Pero mi sexto sentido me había fallado. Ni me había respondido ni estaba conectado, así que nada.

En ese momento, cuando me disponía a coger el ratón para desconectarme, saltó automáticamente una ventanita en la parte derecha de mi pantalla en la que se leía:

«¿Hola?».

No podía ser, ¡era él! ¡Era Sergio! ¡Pero si no me salía conectado! Miré varias veces la foto y el nombre para asegurarme de que era él quien me había escrito.

«¡Venga, Anna, escribe!» me repetía a mí misma.

«¿Sergio? ¡Hola!» No me salía escribir nada más ocurrente...

Miré la pantalla, pero no respondía. Tampoco le había preguntado nada para que tuviera que responderme, la verdad. Pero ¡espera! ¡Salía que estaba escribiendo!

«Anna, ¿eres tú?», escribió.

«Sí», respondí.

«¿Cómo estás?».

«Bien, ¿y tú?».

Qué conversación más fría, más escueta, más rara. Entre pregunta y respuesta pasaban fácilmente unos veinte segundos.

Me noté el estómago totalmente contraído por los nervios. Era lo primero que nos decíamos después de cuatro años y una última conversación muy dolorosa.

«Bien, ¿cómo te va?», me preguntó formal.

«Pues bueno, bien, no me puedo quejar».

«¿Pues bueno, bien?», pensé. Sabía de sobra que si le había buscado era porque no estaba tan bien.

«Me alegro».

«¿Leíste mi mensaje?».

«Sí».

«Te encontré por casualidad y...», escribí sin saber muy bien qué decir.

«Ya, lo leí...».

«Supongo».

Parecía que la conversación no venía siendo muy fluida que digamos. Y yo ya no sabía qué poner, porque, para empezar, no me esperaba que una vez le mandara la solicitud, todo iría tan deprisa. No me mostraba tal cual era porque seguía con un mal sabor de boca, pero esto era solo para saber que estaba bien, no para volver a ser los mejores amigos que habíamos sido en su día.

«Anna, tengo que marcharme, me están esperando».

«Yo también tengo que marcharme», mentí. «En otro momento, a lo mejor».

«Sí, en otro momento a lo mejor. Un saludo. Cuídate».

«Igualmente».

Se desconectó. ¿Tendría prisa? ¿O realmente no quería seguir hablando conmigo?

No lo sabía. Me sentía decepcionada conmigo misma y un tanto descolocada. Después de todo lo que pasó, debería haber sido él quien me hubiera buscado a mí y no al revés, pero la vida era así y nunca salía como uno quiere.

Una vez leí en un artículo en una revista femenina —no recuerdo bien cuál—, que según se despidiera de ti un ex, podías saber si seguía sintiendo algo por ti o no. Y una de las palabras —y según la revista, la más evidente—, que mostraba un mayor grado de no haberte olvidado, era «cuídate». Cuando leí su despedida me vino de repente a la cabeza aquel artículo y en lo que en él se hablaba, y ese «cuídate» de Sergio me dejó bastante pensativa.

Volví a tumbarme en el sofá, esta vez sí que me dispuse a dormir un rato, la noche iba a ser larga y puede que sorprendente.

4



Hace cuatro años ...

Tenía un mensaje de Whatsapp sin abrir, y ¡era de Sergio! Qué nervios, ¿qué querría, si acabábamos de despedirnos? No dudé ni un segundo y abrí el mensaje mientras dejaba la bolsa de la playa sobre la mesa del salón. De esta se salió la crema bronceadora, que cayó al suelo emitiendo un pequeño ruido, pero para mí, en ese momento lo más importante era leer el mensaje y ver qué me quería decir.

«¿Has llegado bien a casa?».

La frase iba acompañada de un emoticono con una carita sacando la lengua y guiñando un ojo.

Estaba sola en el salón, pero era como si él nunca se hubiera ido. Le sentía aún cerca de mí, protegiéndome. Sonreí como una tonta al leer el mensaje, aunque la verdad es que dudaba que hubiera dejado de hacerlo desde que nos habíamos despedido en el portal.

Al leerlo, vi que seguía en línea en el Whatsapp, así que, rápidamente le respondí:

«Sí, gracias... el camino era corto», y un emoticono igual que el suyo.

Las dos v de recibido aparecieron en mi pantalla al lado del mensaje, y él seguía en línea. ¿Habría sonreído al recibir mi respuesta como lo estaba haciendo yo? Vi que en la parte de arriba de la pantalla apareció el texto «escribiendo», así que no dejé de mirarla esperando que llegara su respuesta, y esta no se hizo esperar.

«La verdad es que quería comprobar si el teléfono que me habías dado era realmente el tuyo o me habías dado largas».

Se me pusieron los nervios agarrados al estómago. Como esas mariposillas de las que tanta gente habla y hemos notado todos alguna vez en nuestra vida. Esas mariposas estaban paseando alegremente por mi estómago sin ninguna intención de detenerse.

«Pues como puedes comprobar, sí, este es mi número», respondí.

«Me alegro, me habría dado mucha rabia haberte perdido la pista tan pronto», y de nuevo un emoticono guiñando un ojo.

«Piensa bien lo que dices, Sergio, que nada más conocerme ya estabas metido en un lío».

«Creo que me arriesgaré».

Sonreí y miré la pantalla como ensimismada. Este chico me hacía sentir cosas bonitas sin apenas conocerle.

«Vale, vale, pero luego no digas que no te lo advertí».

«Me gusta el riesgo», respondió al segundo.

Antes de que pudiera volver a responderle, él me escribió de nuevo.

«Anna, me preguntaba si esta noche ibas a salir a tomar algo, o tienes algún plan».

¿Me está preguntando si salgo? ¿Quería verme otra vez? Pues no pintaba tan mal la cosa.

«Bueno, pues la verdad es que sí, he quedado con mis amigas para tomar una copa».

«¿Solo una?», respondió, volviendo a hacer uso del emoticono guiñando el ojo.

«Bueno, por una se empieza, luego ya veremos», escribí y puse una carita sonrojada.

«Pues si os apetece, podíais pasaros por el Mikonos. Nosotros vamos casi siempre a primera hora a tomar algo».

¿Vamos? ¿Quiénes son «vamos»? Seguro que iría con su chica y solamente me lo decía por ser amable y quedar bien después de lo que había pasado por la tarde. O lo mismo iba con un grupito de chicas y chicos y alguna de ellas era una amiga especial con derecho a roce.

«¿Vamos? ¿Con quién vas?», me lancé a preguntar.

«Sí, voy con mis colegas Dani y Hugo».

Respiré, no había mujeres... de momento, claro. ¿Pero por qué me aliviaba saber si había chicas o no? ¡si le acababa de conocer! Ni que tuviera quince años y el chico repetidor del instituto me hubiera pedido dar un paseo por el parque.

«Ah, muy bien. Nosotras es que solemos ir de primeras al Equus», respondí para hacerme la interesante.

«¿Al que está en el paseo?».

«Sí».

«¿Sobre qué hora estaréis por allí? Por si nos pilla cerca, entrar a saludaros. Y ya de paso echo un ojo a ver si te has cuidado esos arañazos».

«No sé, las doce y media más o menos. Y no, no me los he curado».

«Perfecto, pues lo mismo nos vemos y tengo que hacer también de médico privado».

«Que alguien me ponga un babero, que se me cae la baba con este chaval», pensé.

«Ja, ja. ja...Vale, como queráis, allí estaremos».

«¿Te puedo hacer una pregunta personal?».

«Huy... qué miedo me das».

«Tranquila, es de fácil respuesta».

«Pues a ver, dime».

«Es que estoy diciendo de verte esta noche, y no sé si cuando te vea estarás con tu novio y me quedaré ahí plantado como un gilipollas mirando al tendido».

Una carcajada espontánea salió de mi boca.

«Y la pregunta es si tengo novio, ¿no?».

«Sí».

Me puse a dar saltitos por el salón como una niña, ¡quería saber si tenía pareja! Eso era un muy buen comienzo. Después de haber saltado hasta

encima del sofá y haber aplaudido varias veces, me recompuse, carraspeé y volví a coger el móvil para responderle.

«Pues no, no tengo».

«Vale, entonces vamos bien, por lo menos, de momento no se me va a quedar cara de gilipollas. Aunque me extraña que una chica como tú no tenga a un chico a su lado», y de nuevo un emoticono guiñando un ojo.

«Anda, ¡no seas pelota! Ya con la frase “puedo hacer una pregunta personal” me habías asustado».

«Con la pregunta no, pero ahora empieza a temblar, porque quiero conocerte y soy muy persuasivo».

«Me estoy arrepintiendo, ¿eh?».

«Tú tranquila, que no muerdo... de momento».

«Venga, anda, no seas fantasma».

«Ja, ja, ja..., intentaba hacerme el interesante y no ha servido de nada, ¿verdad?».

«Pues va a ser que no, siento decepcionarte».

«La verdad es que me sale fatal el papel de tío intimidante, ¿no?».

«A ver, por lo menos, por mensaje, sí. Aunque esta tarde sí que has intimidado a ese tipo».

«No iba a permitir que te tocara un pelo. Te lo aseguro».

Las mariposas volvieron a revolotear, pero esta vez más rápido, acelerándome el pulso de nuevo con esa respuesta.

«Bueno, Sergio, voy a cenar y a prepararme, que si no, van a llegar mis amigas y no voy a estar lista».

«¡Ay, es que me lías!» se burló.

«¡Anda! ¡Encima será mi culpa!» respondí espontánea y sin dejar de sonreír.

«Ja, ja, ja... Oye, Anna, una cosa antes de irte».

«Dime», respondí expectante.

«Estoy deseando volver a verte esta noche».

Me quedé fascinada. Definitivamente, las mariposas se habían vuelto locas en mi estómago. ¡Estaba deseando verme esta noche! ¡Sí!

En ese momento llamaron a la puerta del apartamento. Me acerqué, miré por la mirilla y automáticamente una sonrisa apareció en mi rostro. Eran Veva y Valeria, mis mejores amigas, mis «hermanas», mis confidentes...

—Fiestaaaaa —dijo Veva nada más abrir la puerta.

—Madre mía, cómo vienes, ¿no? —le respondí mientras le daba un gran abrazo.

—Ya te digo —respondió Valeria—. Viene con unas ganas de marcha, que la vamos a tener que llevar con correa.

—Chicas —dijo Veva poniéndose delante de nosotras—. Por fin estamos de vacaciones, solas, y vamos a darlo todo, ¿no? ¡Van a ser unos quince días perfectos! Playa y fiesta, playa y fiesta...

—Veva, echa el freno, que con ese ritmo el tercer día estás ¡que no te puedes ni mover! —me carcajeé.

—Bueno, ¿plan para hoy? —preguntó Valeria mientras se tiraba literalmente en mi sofá.

—Pues yo tengo uno... —le respondí rápidamente con una sonrisa pícaro.

—Dispara —dijo Veva —Somos todo oídos.

Les animé a que se acomodaran las dos en el sillón antes de detallarles mi plan y después les conté, con todo lujo de detalles, lo que me había pasado por la tarde con ese impresentable y la defensa inmediata de Sergio. También les narré que nos habíamos escrito nada más despedirnos y les leí los mensajes directamente del móvil para no olvidarme de nada. Según se lo contaba, de sus caras iba emergiendo una maliciosa sonrisa que me estaba poniendo colorada, porque sabía perfectamente lo que sus cabecitas estaban

pensando. Sus caras y sus voces decían: «Tú te lo quieres ligar, ¿no?...» y yo les respondí «Noooo», colorada como un tomate y esa sonrisa nerviosa de «¿Vosotras qué creéis?».

—Joder, qué romántico... —suspiró Valeria mientras se abría un chicle y se lo metía en la boca—. ¿Y qué fue del cabrón ese que te agarró? —preguntó Veva.

—Pues la verdad es que ni lo sé ni me importa —respondí levantando los hombros—, después de la movida vi que volvió hacia el chiringuito.

—Hombre, como para fijarte en el «mindundi» ese teniendo a Sergio, que defines como un cañón de tío.

—Chicas, es que tenéis que verle... —dije con una pícaro mirada—. Está para hacerle un par de favores y los que hagan falta.

—¡Mira la mosquita muerta! ¡Cómo ha aprovechado el tiempo! —dijo Veva entre risas.

—Oye, que yo no le dije al payaso del borracho ese que me montara ese numerito —contesté con firmeza.

—Ya, ya, pero reconoce que te ha venido hasta bien y todo —respondió Valeria guiñándome un ojo.

Al ver que se nos iba a echar el tiempo encima las invité muy educadamente y con toda la confianza del mundo, a que se fueran a su apartamento, dos pisos más arriba, y que se preparasen, porque si no, íbamos a salir supertarde y, además, para qué engañarnos, quería estar en el Equus a la hora que le dije a Sergio, por si aparecía y no estábamos.

Lo que en ese momento no sabía, es que iba a ser una noche «diferente».



En la actualidad

—Entonces, chicas, ¿vamos al Apolo a tomarnos la última? —preguntó Veva, ya con alguna copa de más.

—Pero ¿otra más? Ufff, madre mía, como siga así, yo hoy llego a casa gateando —contesté con un resoplido.

No estaba muy acostumbrada a beber, la verdad, y a nada que me tomaba un par de copas, rápidamente se me subían a la cabeza y me ponía «contentilla». Ya se sabe, que si empezabas a desinhibirte, que si después venía la exaltación de la amistad, hasta terminar con mis amigas entonando cantos regionales. La secuencia me la sabía de memoria, es decir, que la teoría fenomenal, pero cuando llegaba a la práctica, siempre acababa liándola.

Los tacones me estaban matando, ¿quién me había mandado a mí ponerme esos zapatos esta noche, cuando sabía, de todas, todas, que esta iba a ser muy larga?

—¡Venga, Anna! La penúltima y nos vamos —dijo Valeria cogiéndome de la mano y tirando de mí.

—Bueno, valeee —respondí arrastrando mis pies como buenamente podía —. Pues vamos entonces.

Al final me convencí y me dije a mí misma: «vamos a ver, tu novio no está el día de vuestro segundo aniversario, así que diviértete y ya está, no te vas a quedar llorándole en el sofá». Y me lo tomé al pie de la letra.

Nos dirigimos a la discoteca Zodiaco para tomarnos la penúltima, porque como bien dice mi padre, nunca se dice la última, que da mala suerte.

Entramos al local mientras que el puerta, un chico alto, fuerte y con la cabeza rapada, nos miraba de arriba abajo. Dudó y frunció el ceño, pero los pucheros de Veva cumplieron su cometido de dar pena y que nos dejara pasar. El chico hizo un gesto rápido con la cabeza, indicando que pasáramos al interior de la discoteca.

El local estaba lleno a reventar, y eso que eran ya ¡las seis de la mañana! La gente bailaba, bebía, se divertía... en fin, pasaban la noche. La canción que sonó nada más entrar nos encantaba, aparte de que tal y como íbamos ya de «contentas», cualquier canción nos parecía bien.

Veva fue la primera en acercarse a la barra y pedir una ronda de chupitos de tequila para celebrar nuestra amistad. A esas horas, ya celebrábamos hasta que fuéramos al baño... Estábamos en un punto de la noche en el que o parábamos ya, o nos tirábamos a la piscina, y Veva ya estaba metiendo los pies en el agua.

—¡Por nosotras! —gritó Valeria alzando su chupito.

—¡Por nosotras! —repetimos al unísono chocando nuestros vasos.

Y para dentro. Sal, tequila y limón. Mezcla explosiva.

No había mirado el móvil en toda la noche. Pensé: «¿para qué?, hoy es mi noche y no quiero que nadie me la estropee».

—¡Chicas! ¡Voy al baño! —les dije gritando por la música tan alta.

—¡Vale! ¡Te esperamos en la pista! —vocearon ellas también.

Entre la multitud de gente me dirigí al aseo y había unas tres chicas esperando. Una de ellas con una cara bastante peor que la mía y, no sé por qué, me daba que se había tirado a la piscina hacía ya un buen rato.

Mientras estaba apoyada en la pared en un cubículo de cuatro paredes con poca luz y música muy alta, decidí sacar el móvil del bolso y mirarlo. Así, quizá la espera se me hacía más corta y dejaba de pensar en que estaba a punto de mearme.

Cuando saqué el teléfono y lo miré, tenía una llamada perdida y un par de *whatsapp* de dos conversaciones diferentes. Primero vi la llamada, era de mi padre, había intentado hablar conmigo a las once de la noche y no me había enterado. Y los *whatsapp*, también de mi padre —que fue el primero que leí—, y otro de David.

«Anna, hija, llámame cuando puedas, es en relación al trabajo que te dije que te podría conseguir en la empresa de mi amigo Pedro. Un beso».

No respondí, porque en ese mismo momento, mi respuesta sería totalmente incoherente y fuera de lugar.

Después, y reconozco que con un poco de pereza, abrí el de David.
«Espero que me perdones. Te quiero».

Tampoco contesté. Decidí bloquear el teléfono y guardarlo de nuevo en el bolso. Ya solo quedaba delante de mí una chica para entrar en el baño. La que tenía peor cara que yo salió con el rostro empapado y toda la máscara de pestañas corrida por las mejillas. «Uff, qué careto», pensé. «Que no se me olvide mirarme en el espejo antes de salir del baño, por favor, que no quiero ir por la discoteca pareciendo un mapache».

Cuando por fin salí y confirmé que no era un mapache, me fui en busca de mis amigas. La verdad era que estaba bastante mareada. «No vuelvo a beber en mi vida», me repetía. Típica frase que decimos todos cuando nos pillamos una buena borrachera y nos encontramos fatal. Pero siempre volvemos a caer.

Las vi de lejos y me acerqué a ellas. Estaban hablando con unos chicos en medio de la pista.

Cuando estuve un poquito más cerca, me di cuenta de que eran unos que habíamos conocido en un bar unas horas antes, cuando aún estábamos serenas.

Yo había estado hablando con un chaval que se llamaba Alex. Muy guapo, por cierto, y muy divertido. Mientras nosotras nos estábamos tomando una cerveza en la barra de un local, uno de ellos se acercó a Veva con la intención de conocerla. Se pusieron a hablar hasta que al final nos presentó a sus cuatro amigos y de ahí que yo empezara a conversar con Alex.

No es que habláramos mucho rato, ni de nada trascendental, pero reconozco que pasé un rato agradable. Me hizo reír bastante, pero la cosa quedó ahí.

Cuando llegué a la pista me acerqué a Valeria, porque Veva estaba bastante acaramelada con Víctor, el chico que se nos presentó primero.

—¿Y estos? —le pregunté achinando los ojos.

—Pues resulta que Veva les dijo que solíamos acabar la noche aquí. Y aquí están... Qué monos, ¿verdad? —decía Valeria ladeando su cara.

Yo, la verdad, es que iba bastante tocada y no estaba para muchas preguntas, así que me limité a asentir con la cabeza, sonreí y me puse a bailar con ella. En ese momento, vi que Alex estaba hablando con una chica morena y voluptuosa. Ambos reían y ella le seducía de manera descarada. Yo me puse a bailar sola, me sentía contenta, animada y sí, lo reconozco, un poco chispa, por no decir borracha.

Mientras bailaba, advertí cómo Alex me vio y se le escapó una sonrisa, le dijo algo al oído a la morena y se fue acercando a mí. Le sostuve la mirada sonriendo también, hasta que llegó hasta donde yo estaba y me susurró al oído.

—Nos volvemos a encontrar. Eso es el destino. —Sonrió.

Volví a reír y a asentir con la cabeza.

—Nos habéis seguido, ¿eh? —dije burlona sin dejar de contonear mis caderas al ritmo de la canción.

—Huy... tú no estás como antes, has tomado alguna copilla, ¿verdad?

Continué con esa mueca socarrona y volví a asentir. Seguí bailando sola, pero con la total garantía de que Alex no dejaba de mirarme con una sonrisa en la cara. Estaba coqueteando con él de manera descarada, ya me valía, pero estaba muy cabreada y algo tocada, así que pensé que no tendría nada malo sacar mis armas de mujer.

—Te iba a invitar a una copa, pero casi que mejor otro día —dijo dándole el último trago a la suya.

—Noooo..., ¿Cómo que otro día? Vamossssss... —dije cogiéndole la mano y tirando de él.

—Un momento, Anna, espera, ¿tú te has visto? visto? —Alex ladeó su cabeza y me sujetó bien fuerte.

—Pero mira... ¡si estoy genial!

Y al intentar dar una vuelta sobre mí misma para mostrarle lo estupenda que en ese momento me creía, tropecé con mi propio pie y estuve a punto de caer. Suerte que Alex estaba al lado y me sujetó antes que me diera de bruces con la cara en el suelo. Tuvo los reflejos de agarrarme por los brazos y sostenerme.

—A ver, a ver, Anna... ¿estás bien? —preguntó Alex buscándome la mirada y agarrándome por los hombros.

—Sí, un pelín mareada quizás... —dije mientras me incorporaba y me colocaba el pelo.

—Ven, vamos fuera a que te dé el aire un rato —dijo pasándome el brazo por el hombro.

—¿Sí? Qué frío, ¿no? —contesté arrugando la nariz.

—Venga, vamos.

Me cogió de la mano y me llevó entre la gente hasta aparecer fuera del local. Entre la cantidad de personas que había y el mareo que llevaba, se me hizo eterno. Al salir noté una bofetada de aire frío en la cara que me echó para atrás.

—Uff, qué fresco, ¿no? —dije abrazándome a mí misma por inercia.

Salí solo con la camiseta de tirantes y la verdad es que empezaba a refrescar.

—Toma, ¿quieres mi cazadora? —me preguntó Alex mientras se la quitaba.

—No, no, déjalo, que te vas a quedar en manga corta —contesté mientras acomodaba mi vista al nuevo escenario.

—Tú tranquila, que estoy bien. Venga, pónstela.

—Está bien.

Me ayudó a colocarme su cazadora negra. Me estaba un poco grande, pero

me sentía muy a gusto con ella. Olía a él. Sentía un calorcito que se traducía en una sonrisa en mi cara.

Nos sentamos en un césped que estaba situado frente a la discoteca, en el que había mucha gente bebiendo, hablando, riendo... incluso durmiendo.

—Ostras, si está amaneciendo —digo sorprendida mirando al cielo.

—Sí, son casi las siete de la mañana.

—Ufff, ¿sí? ¡Qué tarde!... si es que sabía yo que no tenía que salir.

—¿Por qué?

—Porque siempre que salgo despechada por algo, me lio a beber y mira cómo acabo.

—¿Despechada? —rio—. ¿Qué te han hecho? Cuéntame.

Poco a poco me iba encontrando mejor, y la verdad es que el salir a que me diera el aire me había despejado bastante. Cuando Alex me preguntó que por qué estaba despechada, estuve a punto de contarle lo de David, pero ¿para qué?, ¿para qué acabar la noche amargada? No, mejor no se lo contaba, total, le acababa de conocer.

—Nada, cosas de familia

Estuvimos un rato mirando cómo amanecía, en silencio, disfrutando de la gama de colores que el cielo nos ofrecía.

— ¿Estás mejor? —me preguntó mientras me miraba.

—Sí, gracias. Menudo espectáculo, ¿eh? Y nos lo queríamos perder —dije avergonzada, mirando hacia el suelo.

— Ah, pues yo me lo he pasado muy bien.

—¿En serio? Qué malo eres... —dije dándole un golpecito en el brazo.

En ese momento, me dio como un escalofrío en el cuerpo que me hizo revolverme suavemente.

—¿Tienes frío?

—Sí, un poco, la verdad —respondí volviendo a abrazarme a mí misma.

Alex pasó su brazo por mi hombro acercándome hacia él. Yo me dejé llevar, y dejé mi cabeza apoyada en su hombro unos segundos, pero de repente di un respingo y me separé.

—¿Qué pasa? —dijo sorprendido.

—Nada, nada —respondí mientras me levantaba.

—Perdona, no quería incomodarte.

—No, tranquilo, no pasa nada. ¿Vamos dentro?

—Sí, claro. Vamos.

De pronto, me había entrado el cargo de conciencia, porque yo tenía pareja, y estar así con otro chico que no era él, me daba la sensación de estar engañándole, y una cosa es que estuviéramos mal y otra muy diferente engañarle con otro.

Entramos a buscar a mis amigas y a sus amigos. Las luces de la discoteca ya estaban fijas y la música apagada, señal de que iban a cerrar ya. La gente se iba movilizand para salir del local. Las camareras y camareros habían dejado de servir copas y todos apuraban los últimos minutos y los postreros tragos de sus bebidas.

Vi de lejos a Veva besándose con Víctor, cosa que no me sorprendió en absoluto, y a Valeria apoyada en la barra hablando con el resto de amigos.

Cuando nos vieron entrar nos miraron como diciendo «estos se han liado», pero fui directa a Valeria para decirle que yo ya me iba a casa, que era muy tarde.

En ese momento, Alex se acercó por detrás y se ofreció a acompañarme.

—¿Quieres que te lleve en la moto? —me dijo al oído.

—No, gracias, Alex, cojo un taxi.

—Venga, anda, así no vas sola.

—¿Y contigo voy a ir mejor? —dije sonriendo y levantando las cejas.

—No sé, prueba y luego me cuentas.

—Te lo agradezco, de verdad, pero prefiero coger un taxi.

—¿Estás segura? Mira que luego te vas a arrepentir de no haberte ido con un chico tan majo como yo.

—Correré ese riesgo —dije achinando mis ojos.

—Bueno... ¿y no me vas a dar tu teléfono para saber si has llegado bien?

—Mmm... no. Si realmente lo quieres, seguro que lo consigues.

Según le respondí, me acerqué, le di dos besos y me di la vuelta para despedirme del resto. Cogí a Valeria del brazo y salimos las dos de la discoteca. Ya era plenamente de día y nos costó acostumbrarnos a la nueva luz.

—La próxima vez nos traemos las gafas de sol —dijo mi amiga.

Valeria y yo cogimos un taxi y a Veva la llevaba Víctor a casa.

—Bueno, y ahora que estamos solas, cuéntame con todo lujo de detalles qué has hecho con Alex cuando habéis salido fuera. —Me presionó Valeria.

—Nada, no ha pasado nada —dije mirando por la ventanilla.

—¿No?

—Qué va, tía, estoy hecha un lio con David y no quiero hacer nada de lo que luego me arrepienta.

—David está pasando de ti, Anna.

—Ya lo sé, Val, pero quiero hacer las cosas bien.

—En eso estoy contigo. Bueno, en cualquier caso, si necesitas algo, llámame, ¿de acuerdo?

—Anda, ven y dame un abracito, que lo necesito.

—Ay, mi niña... haz lo que tengas que hacer, ¿vale? Y, sobre todo, cuenta conmigo.

—Vale, mamá. —Nos reímos.

Cuando llegué a casa no podía ni con mi alma, me quité la ropa, los tacones, me puse una camiseta larga para dormir y caí a plomo sobre la cama.

Me programé el despertador a las doce para llamar a mi padre, por el tema relacionado con una oferta de trabajo en la oficina de su amigo Pedro. Y me dormí pensando en lo que podría haber pasado con Alex si le hubiera seguido el juego.

6



Hace cuatro años...

Llegamos al Equus sobre las doce y cuarto de la noche. Quería estar allí antes de y media, por si Sergio y sus amigos llegaban antes que nosotras. La verdad es que tenía ganas de volver a verle.

Para esa noche decidí ponerme un vestido rojo. Creo que ese color le sienta bien a todo el mundo. Mejor dicho, era un mini vestido rojo. De tirante fino, ajustadito en el pecho y más suelto hasta la mitad del muslo. Lo acompañé con unas sandalias negras de cuña y un bolso pequeño negro. También soy de las que piensan que a las morenas un vestido rojo y unos labios pintados de carmín del mismo color les hacen estar cañón.

Quería causarle una buena impresión, ya que la primera vez que me vio iba con un pareo mal puesto, una camiseta enorme y una coleta hecha a toda prisa. Aunque, bueno, si aun así había querido volver a verme... no habría estado tan mal.

Cuando entramos en el Equus empezaba a haber ya bastante gente. La música que sonaba no estaba demasiado alta. Era un local en el que poder hablar sin tener que dejarte la garganta en cada conversación.

Nos pedimos una copa para empezar la noche y nos dirigimos a la pista a bailar un rato. Sonaba lo último de Enrique Iglesias, ese verano parecía que era lo único que se escuchaba en todas partes. No me extrañaba que luego la gente acabara saturada de determinadas canciones... pero bueno, para pasar la noche nos daba igual la música. El caso era pasarlo bien. Y una de las fórmulas infalibles para conseguirlo era la compañía, y yo estaba perfectamente acompañada con mis mejores amigas, Veva y Valeria.

Habían pasado solo quince minutos desde que llegamos al pub, y ya estábamos superintegradas y animadas. Cómo nos gustaban esos momentos que compartíamos juntas, sin importarnos nada ni nadie, únicamente

disfrutando del momento. Sin pensar en nada más que en evadirnos y reír sin parar.

Mientras gozábamos las tres bailando a un lado de la pista, alguien, por detrás, me agarró suavemente de la cintura y me dijo al oído muy bajito:

—Hola, Anna, ha llegado tu guardaespaldas.

Di un respingo que me hizo darme la vuelta rápidamente. Y ahí estaba. Era Sergio. Estaba guapísimo. Y esa sonrisa me deshacía con solo mirarla. Las mariposas que esta tarde volaban a sus anchas por mi estómago se habían vuelto a despertar.

Llevaba una camiseta negra de manga corta, un poco ajustada, que le marcaba el cuerpo tan bien esculpido que tenía. Reconozco que poseía un cuerpazo —yo no sé qué me pasa con las camisetas negras que me encanta cómo le quedan a todos los chicos—. Acompañaba la camiseta con unos vaqueros desgastados color azul muy claro, bajitos de cintura y con un cinturón negro. Vamos, que en diez segundos le había hecho una radiografía entera.

Me miró con una amplia sonrisa y se acercó a mí para darme dos besos. Al hacerlo, me volvió a coger de la cintura y me llevó hacia él para saludarme hasta juntarse nuestros cuerpos.

Sentí escalofríos al sentir el contacto.

—Vaya, ¿al final os ha pillado de paso venir por aquí? —pregunté maliciosa.

—Ya ves... parece que sí —respondió con picardía mientras asentía con la cabeza.

Me miró de arriba abajo con absoluta desvergüenza y le di un pequeño golpe en el brazo como quejándome.

—¡No seas descarado! —le dije sin perder la sonrisa.

—Perdona, pero es que estás impresionante —contestó volviendo a

mirarme de cuerpo entero y emitiendo un pequeño silbido.

Nos quedamos los dos observándonos con una sonrisa en la cara que ambos sabíamos lo que significaba. En ese momento se paró el tiempo entre nosotros. Sus amigos, que estaban detrás de él, le dieron un suave toquecito en la espalda, señal que entendí como que querían que nos presentara. Ahí salimos de nuestro pequeño mundo obligados por la situación, si hubiéramos estado solos en ese momento otro gallo nos habría cantado.

—¡Ah, sí! Chicos, perdonad. Ella es Anna. La chica de la que antes os hablé. Ellos son Dani y Hugo.

Nos dimos todos dos besos y luego les presenté a Veva y Valeria. Hicimos un pequeño círculo en un principio en el que conversamos todos, pero al final acabamos Sergio y yo hablando solos.

—Bueno, ¿y qué tal estás? La verdad es que me dio mal rollo dejarte así en casa antes —me dijo Sergio mirándome a los ojos.

—¿Así cómo?

—Temblando.

—Ya... es que me asusté mucho, la verdad.

—Normal, ese gilipollas fue muy desagradable.

—Lo cierto es que ahora me da miedo volver a encontrármelo.

—Bueno, tú tranquila —respondió mientras me levantaba la cara con el dedo en mi barbilla, buscando mis ojos—. Ya no se acercará más.

—Eso espero.

—Piensa que iba tan borracho que probablemente ni se acuerde.

En ese momento recibí un codazo de un chico que estaba saltando con otros cuantos más detrás de mí, mientras bailaban a gritos y empujaban a más de uno sin importarles molestarnos.

—¡Au! Joder —me quejo al recibir el golpe.

—Espera, ven —me dijo Sergio.

Me cogió de las manos y me colocó donde estaba él situado antes. Poniéndose él en mi lugar, detrás de aquel alborotado grupo, para evitar que me volvieran a golpear.

—Vaya, eres todo un caballero, ¿eh? —dije vacilona.

—Bueno, se hace lo que se puede.

Menudo tonto más descarado estábamos teniendo, y yo estaba disfrutando al máximo al notar que él también sentía atracción por mí.

—¿Quieres que vayamos a la pista a bailar? —pregunté.

—¿Sí? ¿Te apetece? —dijo arrugando la nariz.

—¡Claro! —contesté mientras le cogía de la mano para arrastrarle a la pista.

—No soy un buen bailarín, ¿eh?

—Venga, va... déjate de excusas y vamos. ¡Pero no me pises!

Conseguí llevarle a la pista y estuvimos bailando un buen rato. Sergio era superamable y divertido. Bailamos y tonteamos bastante, era un juego chispeante en el que a los dos nos gustaba participar.

Al cabo de un buen rato decidimos cambiar de local, porque en este ya había demasiada gente y empezaba a ser un poco agobiante. No hizo falta preguntar a Sergio si le apetecía venirse con nosotras, porque según se planteó el cambiarnos de sitio, lo hicieron sin pensar. Caminamos hacia la otra discoteca por el paseo marítimo. El local al que íbamos estaba un poquito más lejos del lugar del que acabábamos de salir.

Caminamos los seis juntos, hablando y riendo. Habíamos congeniado todos bastante bien, y estábamos pasando muy buena noche, la verdad... Sergio se acercó a mí y me cogió de la mano como si nada.

—¿Cómo llevas esos arañazos? —dijo dirigiendo su mirada a mi antebrazo.

—Bien, me los he lavado antes y poco más. No ha sido nada.

—Así que mi función de médico ya ha terminado, ¿no?

—Me temo que sí.

—Vaya, pues es una lástima... —dijo guiñándome un ojo.

—Oye, Sergio ¿y tú qué estabas haciendo cuando viste lo que me estaba pasando con ese impresentable? —pregunté curiosa.

—Pues venía de correr y estaba estirando un poco en los bancos del paseo marítimo. Vi que estabas recogiendo, y creí que hablabas con ese tipo. Pero cuando vi que te agarró del brazo, ya no me pareció normal.

—No lo era.

—Entonces, al oírte decir que te soltara y ver que no lo hacía, fui para allá.

—A defenderme.

—A defenderte —susurró mirándome fijamente.

—Te lo agradezco, de verdad.

«Como me siga mirando así me derrito aquí mismo».

—Nada, tú me invitas a un chupito y arreglado —bromeó.

—¿Sí? ¿Solo eso? Pues entonces me lo has puesto muy fácil.

—Bueno, no cantes victoria aún, lo mismo se me ocurre algo más —respondió seductor.

—Tarde, me has dicho que con un chupito vale, y eso es lo que haré —dije caminando un paso delante de él, dándole la espalda.

—Joder... es que tengo que pensar antes de hablar —dijo abrazándome la cintura por detrás—, si llego a saber que vas a estar tan dispuesta te pido un beso también —me dijo al oído.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y supongo que me puse roja como un tomate en cinco segundos.

—¿Cómo? —dije dándome la vuelta y poniéndome frente a él.

—Ya lo has oído —me respondió vacilón.

—Anda, anda, tira para adelante que ya casi hemos llegado.

La chispa de atracción que saltó cuando nos conocimos estaba en plena efervescencia y, o poníamos un poco de espacio, o me tiraba encima de él sin ninguna contemplación.

Seguimos andando y me agarré al brazo de Veva, caminando juntas y riéndonos hasta que llegamos al local al que nos dirigíamos.

Llegamos a la nueva discoteca, esta era bastante más grande que el último pub en el que habíamos estado antes. La sala tenía dos plantas y varias barras de consumición.

No sé cómo fue, pero cuando estábamos ya llegando al local, noté que la mano de Sergio se acercaba silenciosamente a la mía, sintiéndola incluso antes de tocarme. Su mano me entrelazó mientras él hablaba distraído con Hugo y, sin mirarnos, dimos por hecho que no debíamos soltarnos. No le dimos importancia, sin embargo, la tenía. Y mucha. Era un pasito más. Un paso más a algo que se convertiría en maravilloso.

Cogidos de la mano entramos a la discoteca. Y no nos soltamos hasta que nos paramos para ver qué queríamos pedir. En ese momento, en el que dejamos de unir las manos, nos miramos a los ojos y los dos sonreímos, y lo hicimos tímidamente, aun sabiendo que había algo bonito entre nosotros.

Yo estaba como en una nube. Nos habíamos conocido esa misma tarde, me parecía imposible que un tío así pudiera fijarse en mí, y mira, acabábamos de soltarnos la mano con una sonrisa que delataba nuestros pensamientos.

Se fueron a pedir a la barra Hugo, Valeria y Sergio mientras que el resto nos quedamos en la pista. Mientras bailábamos lo último de David Guetta, Dani se me acercó:

—Ya me ha contado Sergio lo de esta mañana con aquel gilipollas.

—Sí, he pasado un mal rato, la verdad. Menos mal que estaba él allí.

—¿Pero conocías a ese tío de algo? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Qué va! Era la primera vez que le veía en mi vida.

—Sergio me contó que te agarró del brazo y te hizo un par de heridas.

—Sí, mira... —dije mientras se las mostraba—. Pero tuve suerte de que Sergio me ayudara en ese momento.

—Pues sí. Cualquiera otro se hubiera ido y habría evitado la pelea. Es muy buen tío...

Esa frase suena a «le molas y es buen chico». Sonreí y le respondí:

—¿Me lo estas intentando vender? —pregunté ladeando mi cara.

—No, no —se carcajeó—, solo digo que es muy buen chaval.

—Es broma... no le conozco mucho, pero durante el poco tiempo que he estado con él se ha portado muy bien conmigo.

—¿Ves como no hace falta que te lo venda? Él lo hace solito. —Y me hizo un guiño.

En seguida llegaron el resto con la bebida para todos, y Sergio se acercó a mí para darme la copa.

—Aquí tienes.

—Gracias.

—¿Hablabas con Dani? —preguntó picarón.

—Sí, ¿por? —respondí sonriendo.

—No, por nada —dijo acercándose un poco más a mí con la excusa de que la música estaba alta.

—Ya...

—¿Lo estás pasando bien? —me dijo sonriendo.

—Sí, ¿y tú?

—¿Tú qué crees? —respondió acercando de nuevo su mano a la mía.

En ese momento, las mariposillas del estómago bailaron al son de la música, sintiéndolas descaradas en mi vientre.

Seguimos bailando, pasándolo bien, riéndonos y hablándonos con la mirada. Con pequeños acercamientos que deseaban ser más próximos, pero la

timidez todavía podía conmigo.

—Voy al baño —me dijo Sergio.

—Vale, aquí te espero.

—No te escapes, ¿eh? —respondió dándome un beso en la mejilla que me pilló desprevenida.

«Uff, ¿cómo me voy a escapar si me tiene loca?». Me deshice con ese beso, se me pusieron los pelos de punta, era una sensación tan agradable...

En ese momento empezó a sonar *Mi reina*. Una canción que a mí me volvía loca.

Vi cómo al final iban al baño Hugo y él, y los demás bailábamos divertidos una de las canciones del verano que más me gustaban.

No dejé de mirar hacia los aseos, por si Sergio aparecía, pero no le veía. Le busqué con la mirada, pero ni rastro de Hugo ni de Sergio. Había pasado ya un rato y no habían vuelto aún. Entonces miré detrás de mí y los vi. Estaban hablando con una chica cerca de los baños. Ella sonreía y tocaba con picardía el hombro de Sergio. Hugo y él reían también. Noté como si un jarrón de agua fría me cayera encima en ese momento. ¿Quién sería? ¿Por qué tardaban tanto? Estaba claro que Sergio tenía que tener a alguien en su vida... Pero Dani antes me había dicho eso... que no sabía.

Me di la vuelta, intenté recomponerme y volví a ponerme a bailar con mis amigas. Veva me miró y se percató de lo que pasaba. Me guiñó un ojo y me sonrió.

«No te preocupes», leí en sus labios.

Imité su gesto en señal de respuesta. No volví a mirar para atrás, entendía que conocieran gente, pero estaba algo ilusionada con este chico, y ¿a quién no le arañaba un poco el estómago ver al chico que te gusta hablando con una rubia impresionante?

«Bueno, voy a seguir pasándolo bien, y lo que tenga que ser, será...», me

autoconvencí. En ese momento, y sin saber ni cómo ni por qué, un grupo que estaba a nuestro lado empezó a discutir. Comenzaron a hacer aspavientos con las manos. Movimientos cada vez más contundentes y más cerca unos de otros. De ahí que uno de ellos le pegara un puñetazo a otro. El agredido se defendió devolviéndole otro golpe, pero esta vez en el estómago. Este cayó a plomo en el suelo y otro se lanzó a por el que le había derribado. Se convirtió en una pelea de todos con todos.

La gente empezó a ponerse nerviosa y a arremolinarse. Ya no solo discutían dos, sino que lo hacían muchos más. Supongo que amigos del grupo de cada uno. La pelea empezó a ser más cruda, y la gente comenzó a ponerse nerviosa. Iban y venían. Esto ya empezaba a convertirse en una batalla campal. Justo a mi lado cayó un vaso que se rompió en mil pedazos, y noté algo frío en mis pies.

Había perdido de vista a mis amigas, la gente corría, y yo miraba asustada lo que estaba pasando. Había mucha sangre en el brazo de un chico que estaba a mi lado. No encontraba a nadie. ¿Y mis amigas? En ese momento comencé a notar que me picaban los ojos. Me empezaron a llorar y a escocer. Me temía que alguien había echado algo para que todos tuviéramos esa reacción.

¿Pero dónde estaban mis amigas? ¿Y Sergio? ¿Y sus amigos? Empecé a ponerme muy nerviosa. No sabía por dónde salir, no podía apenas abrir los ojos. Me los froté, pero creo que hacerlo empeoró su estado. Intenté sacar el móvil del bolso y no fui capaz. Solo había gente corriendo a mi alrededor buscando una salida. Cuando, de repente, alguien me cogió la mano y tiró de mí.

—¡Vamos, corre! —escuché.

No veía, ¿quién era? Me limpié los ojos con los puños de las manos, pero, entre la oscuridad de la discoteca, y lo que me lloraban, no conseguía apenas

ver nada. Lo único que conseguí reconocer era que quien me llevaba poseía una silueta masculina.

Acerté a ver que salíamos esquivando a la gente sin saber dónde iba a ir a parar, pero o salía o me ahogaba, ya empezaba a costarme hasta respirar... De repente, vi que el chico que me llevaba abría una puerta, un portón de emergencia que iba a parar a lo que después me parecería un basurero.

Nada más salir cogí una bocanada de aire, el de dentro estaba tan cargado que no me llegaba el oxígeno a los pulmones. Conseguí abrir los ojos y por fin vi quién era. Era Sergio. Sentí un alivio que me recorrió todo el cuerpo. Me había vuelto a sacar de otra, en el mismo día.



En la actualidad

Sonó el despertador del teléfono, sin abrir ni los ojos tanteé con las manos por la mesilla a ver si lo encontraba. Palpé un paquete de pañuelos, la lamparita de noche y un portafotos. Por fin lo localicé y toqué todos los botones hasta que dejó de sonar.

Me puse boca arriba en la cama, aún con los ojos cerrados, entre otras cosas, porque no tenía ni fuerzas. Estiré los brazos por encima de la cabeza y resoplé.

—Me duele todo el cuerpo...

Me había acostado hacía apenas cuatro horas y en un estado lamentable. Empecé a recorrer por mi mente los recuerdos que tenía de la noche anterior y de pronto se me vino a la cabeza Alex. ¡Alex! Madre mía, qué vergüenza. Menuda impresión se habrá llevado de mí... eso de que me conociera en una mala noche, no favoreció a que su visión sobre mí fuera de lo más positiva. Aunque ya no creo que le vuelva a ver, así que, por lo menos, pasamos un buen rato juntos.

Empecé a abrir los ojos despacio. Todo estaba oscuro, porque me había asegurado de cerrar las persianas antes de acostarme. No tenía ni ánimos para destaparme, así que me quedé cinco minutitos más desperezándome en la cama.

Después me levanté y fui directa a la ducha. Decidí no subir las persianas aún, porque el sol me cegaría, así que preferí ducharme primero y

espabilarme un poco.

Cuando salí de la ducha cogí el móvil, que había dejado en silencio para que nada ni nadie me despertaran. Solo dejé activado el sonido de la alarma, porque si no, estaba clarísimo que no me iba a despertar por mí misma.

Lo desbloqueé y vi una llamada perdida. Mi padre. Otra vez. Tenía que llamarle antes de que volviera a hacerlo y perdiera la oportunidad de conseguir el trabajo que me iban a ofrecer.

Vivía en Madrid con David desde hacía un año, en su piso, bueno, en el que sus padres le regalaron el año pasado. Él venía de una familia adinerada, acostumbrada a los lujos y a comprar sin preguntar el precio. Su padre era constructor y, aunque ahora lo relacionado con este trabajo no estuviera en su mejor momento, sacó partido a sus años de trabajo y se convirtió en un nombre de prestigio en su sector.

Actualmente yo no trabajaba. Acabé la carrera de Administración y Gestión de empresas el año pasado y, tal y como estaban las cosas, no me había salido trabajo de lo mío todavía. Me defendía haciendo extras de camarera de vez en cuando en una discoteca del centro de Madrid y con el dinero que me ingresaba mi padre mensualmente.

La semana pasada me había llamado mi padre para decirme que, hablando con un buen amigo que tenía una empresa de telefonía, le había contado mi situación, y que su amigo le propuso que yo hiciera una entrevista para el puesto de secretaria de dirección. No es que fuera para lo que yo había estudiado, pero bueno, se acercaba más que trabajar en una discoteca y, sinceramente, ¿cuánta gente trabajaba actualmente en lo que le gustaba? Apostaba a que poca. De ahí que mi padre me hubiera llamado ya dos veces.

Me preparé un café calentito y marqué su número teléfono. No había terminado de sonar el primer tono cuando ya lo había cogido. Mala señal.

—¿Se puede saber dónde te metes? —dijo nada más descolgar.

—Hola, papá, es que no lo escuché —me excusé.

—No lo escuchas ninguna de las dos veces que te llamo —contestó enfadado—. ¿Ni lees los mensajes que te mando?

—Perdona, papá... Salí ayer, se me hizo tarde y...

—Ah, claro, ahora lo entiendo. Salir de fiesta es mucho más provechoso que encontrar un trabajo.

—No, papá..., pero...

—Ni pero ni nada, Anna. Si te vas a comprometer a ir a la entrevista de Pedro me lo dices, si no, le llamo ahora mismo y que se busque a otra.

—No, no, papá, de verdad que quiero ese trabajo. Dime dónde y cuándo tengo que estar y allí estaré.

—El lunes a las diez de la mañana.

—Vale, el lunes... ¡mañana! —dije abriendo los ojos como platos.

—Sí, mañana... así que ya puedes aprovechar el día para descansar y quitarte esa voz que tienes.

Reconozco que tenía la voz ronca y un poco afónica.

—Vale, papá. Lo haré. Mándame la dirección y allí estaré. Hablaré con Pedro.

—Ahora te la mando. ¡Pero no le llames Pedro! Allí es el Señor Sanz. No lo olvides.

—Vale, vale... pues quedamos en eso. ¿Qué tal el catarro, cómo lo llevas? —dije cambiando de tema a ver si las cosas se calmaban.

—Mejor, sigo aún con algo de fiebre, pero estoy mejor.

—¿Fuiste al médico, papá?

—¡Qué va! ¿Para qué? Si es un constipado de nada... —dijo después de estornudar.

—Joder, papá, ¡siempre igual! ¡Si mañana sigues con fiebre te vas al médico! Si no, te voy a tener que llevar yo de las orejas.

Se habían cambiado las tornas de la conversación, al final era yo la que le regañaba a él.

—Bueno, ya veremos... tú preocúpate de la entrevista de mañana y ya está.

—Sí, tú cambia de tema.

—Bueno, hija, aplícate, ¿eh? Y mañana me cuentas.

—Vaaaale... Un besito, papá.

—Un beso, hija. Y recuerda, mañana cuando salgas me llamas y me cuentas.

—De acuerdo. Chao.

Y colgué. Tenía motivos para estar enfadado, era verdad. Pero mañana iría a la entrevista para conseguir ese trabajo.

Según acabé de colgar y fui a dejar el móvil en la mesa, volvió a sonar. No miré ni el número y descolgué pensando que a mi padre se le habría olvidado decirme algo.

—Papá, ¿qué se te ha olvidado? —dije nada más cogerlo.

—¿Papá? Ayer no me llamabas así...

—¿Perdona? ¿Quién eres? —respondí avergonzada por la confusión.

—¿No me conoces? —preguntó travieso.

—Pues... no. —Noté un sudor frío que me recorrió el cuerpo.

—¿Recuerdas la frase «si realmente lo quieres, seguro que lo consigues...»?

¡No me lo podía creer! Me quedé blanca...

—¿Alex? —pregunté con temor a equivocarme

—El mismo.

Solo hacía unas horas que nos habíamos despedidos y ya había conseguido mi número de teléfono. Este tío iba a saco.

—Pero... ¿cómo?... ¿quién?... —pregunté confusa.

—A ver, tranquila —se rio—, vamos por partes. Se lo pedí a Veva, que se fue un poquito después de vosotras.

—Veva... claro —digo resoplando—. No podía ser otra.

—Sí... y bueno, ¿qué tal te has levantado? —preguntó irónico.

—Buff, me duele todo —dije tocándome la frente.

—Normal.

—Jo, lo siento de verdad, menuda impresión que te debí de dar anoche.

—No sería muy mala cuando te estoy llamando, ¿no?

Noté cómo mi cara empezaba a calentarse y a ruborizarse.

—Bueno, pues ya tienes mi teléfono... ¿ahora qué? —le pregunté divertida.

—Ahora solo falta que te grabes el mío.

—Vale. ¿Te llamabas...? —respondí guasona.

—Oye, A ti te gusta mucho vacilarme, ¿no? —Intuí una sonrisa.

—¡Qué va!, qué cosas dices.

—Bueno, ¿y qué haces esta tarde? —preguntó directo.

«¿Quiere que quedemos? Pues no le debí de causar muy mala impresión, no...».

—Descansar, tengo mañana una entrevista de trabajo.

—Ah, ¿sí? ¿de qué?

—De secretaria de dirección en una empresa.

—Suená bien, ¿no?

Me gustaba cómo sonaba su voz a través del teléfono. Y me sentía cómoda hablando con él.

—Bueno, a ver qué tal. La verdad es que me la ha conseguido mi padre.

—¿Eres una enchufada? —preguntó jocosó.

—¡Eh! ¡¿Qué quieres que haga?! —respondí a la defensiva.

—Es broma, es broma, no te enfades. Me parece fenomenal que tengas

una entrevista de trabajo, aunque te la haya conseguido tu padre. Entonces, ¿no te apetece que nos veamos esta tarde?

—No es cuestión de apetecer, es cuestión de descansar.

—Podemos descansar juntos también, ¿eh? —dijo picarón.

—Ya, ya... seguro. Mejor otro día, ¿vale?

—Bueno, vale. No te insisto más...

—¿Y tú qué haces levantado a estas horas?

—Digamos que me desvelé.

—¿Te desvelaste o te desvelaron?

—Ambas cosas...

—¿Y eso?

—Tengo un perro que cada vez que pasan las nueve de la mañana hace de despertador. Así que hoy no podía ser menos, y aquí estoy, con él en el sillón mientras hablo contigo.

—Ay, qué bonito...

—A mí te aseguro que a las nueve no me parece tan bonito.

—Bueno, Alex, ¿te parece que hablemos para vernos otro día?

—Claro, descansa, preciosa, y suerte mañana.

—Vale. Un beso. Chao.

Y colgué. Reconozco que me habría gustado verle un rato esta tarde. Pero David llegaba hoy, y por muy mal que estuviéramos, no podía hacerle eso. Si yo exigía atención, debía hacer lo mismo.

No es que fuera con ninguna idea de hacer nada con Alex, pero el hecho de que me apeteciera quedar con otras personas, era señal más que evidente de que algo fallaba.

Ayer, o mejor dicho, hacía un rato, lo había pasado muy bien con él, era amable, guapo, muy divertido y con un punto seductor que reconozco que me atrajo.

Moreno, alto, con el pelo corto y una amplia sonrisa. Entre que yo iba algo tocada, y que él desplegó todos sus encantos, la atracción fue más que evidente.

Cogí el ordenador y entré en Facebook con la intención de mirar si Sergio me había escrito o no.



Hace cuatro años ...

Tras salir de la discoteca y recuperar un poco el aliento, nos encontramos ante una especie de basurero.

—¿Estás bien, Anna? —me dijo sujetándome por los hombros y buscando mi mirada.

—Sí, sí. ¿Qué coño ha pasado ahí dentro? —dije desconcertada.

—Entre la pelea y algún cabrón que ha echado algo lacrimógeno, han montado un caos...

—No encontraba a nadie —dije frotándome los ojos.

—Ni yo te encontraba a ti —respondió preocupado.

Miramos a nuestro alrededor para saber dónde nos encontrábamos.

—Esto parece un basurero —le dije.

—Sí, supongo que aquí tirarán toda la basura de la discoteca —contestó mirando a su alrededor.

—¿Cómo conocías esta salida? —pregunté mientras mis ojos se acomodaban a la nueva luz.

—No la conocía, es la primera que me he encontrado. Toda la gente corría hacia la salida principal y empezaba a hacerse tapón, así que busqué una alternativa.

Me apoyé en la pared contigua a la puerta de emergencia y me limpié los ojos con un pañuelo. El haber salido de allí y que me diera el aire en la cara hizo que los ojos dejaran de llorarme.

Empecé a notarlos un poquito mejor. Me escocían algo menos.

Miré a mi alrededor, estábamos solos, pero se empezaba a escuchar bullicio en los alrededores.

—¿Tú cómo estás? —le pregunté preocupada.

—Bien, con los ojos que parece que se me ha metido jabón, pero bien...
—dijo mientras se frotaba uno de ellos.

Sonreí. Sonreímos.

—De otra que me sacas en el mismo día —le dije un poco avergonzada.

—A este paso voy a empezar a cobrarte, ¿eh? —respondió jocosamente.

—Gracias, de verdad.

—Sabes que lo hago encantado.

—Me vas a poner colorada.

—Me encanta ponerte colorada —susurró.

Poco a poco se empezó a acercar lentamente sin dejar de mirarme a los

ojos. Comencé a temblar. Se puso delante de mí y se paró a pocos centímetros de mi boca. Noté cómo sus manos cogían las mías con dulzura. Su mirada jugaba entre mis labios y mis ojos. Cada vez estaba más cerca, hasta podía llegar a notar su aliento... Íbamos a besarnos, y era la cosa que más deseaba en este momento. Giró su cara para acoplarla a la mía y...

—¡Anna! ¡Estáis aquí! ¡Qué susto, no os encontrábamos! —gritó Veva desde la esquina.

Nos separamos de golpe y miramos hacia Veva. ¡Qué oportuna! Habíamos estado a punto de besarnos y se nos ha estropeado el momento, esta se la guardo.

Yo me recompuse y Sergio se acomodó el pelo hacia atrás separándose de mí y me sonrió.

—Sí, Veva, estamos aquí... —respondí algo decepcionada.

—¿Estáis bien? —preguntó Hugo.

—Sí, tío —respondió Sergio chocándole la mano—. ¿Por dónde habéis salido?

—Por la puerta principal. Con el jaleo hemos tirado todos hacia allí. Pero a ti te perdí. Pensaba que venías detrás —explicó Hugo.

—Iba detrás, pero cuando vi que Anna no venía, volví a buscarla.

—Lo siento, me bloqueé y no sabía para dónde tirar.

—¿Estás bien? —me preguntó Valeria.

—Sí, me asusté porque no os veía, me lloraban los ojos, mirara donde mirara había gente corriendo..., pero estoy bien.

Sergio me miró sonriente. Me gustaba. Este chico definitivamente me gustaba.

—Vámonos de aquí, que huele a basura que apesta —bromeó Dani.

—Sí, vamos —respondió Sergio.

Decidimos salir todos al paseo marítimo y sentarnos en un césped al lado

de la playa. Nos venía bien el aire a todos después de cómo habíamos salido con los ojos y el susto que nos habíamos dado.

Pero al final hasta llegamos a bromear sobre la situación, que nos llegó a parecer graciosa y todo.

Estábamos sentados en círculo. Sergio estaba reposado a mi lado. Con las piernas estiradas y apoyando sus brazos detrás de su espalda. Sin tocarnos, le sentía cerca...

Yo estaba sentada como un *tetris* para que, con el mini vestido que llevaba puesto, no se me viera nada.

Después de poco más de una hora charlando todos juntos, Valeria decidió poner fin a su noche.

—Bueno, chicos yo me retiro, estoy cansadísima.

—¿Tan pronto? —le preguntó Hugo incorporándose.

—Sí, demasiadas emociones ya... —dijo sonriendo.

—Yo creo que voy a acompañarte —respondí.

—¿Te vas ya? —me preguntó Sergio al oído y acariciándome la mano.

—Sí, Sergio, estoy muy cansada. Menudo día hoy...

—Un día completo, ¿no? —dijo con media sonrisa.

—Ya te digo, demasiado intenso.

—Intenso es cierto que ha sido, pero que sepas que a mí me ha encantado.

Me miró con su bonita sonrisa y le respondí de la misma forma.

—¿Puedo acompañarte? —me preguntó.

—No te preocupes, voy con Val y supongo que Veva también se vendrá.

—Si la deja Dani —respondió sonriendo mientras miraba a la que podría llegar a ser una «parejita».

Me giré y estaban los dos hablando, ajenos totalmente a nuestra conversación. Se mostraban sonrientes y muy cómplices.

—Ya veo, ya... bueno, que ella decida.

Me puse de pie como pude para no dejar a la vista mi ropa interior, y me re Coloqué el vestido para marcharme con Valeria, que ya se estaba despidiendo de todos. Sergio también se levantó, aunque con mayor fluidez que yo.

—Veva también se viene —dijo Valeria.

—Ah, vale, entonces nos vamos todas —respondí.

—Hugo dice que se va a tomar la última, aunque lleva ya demasiadas, creo yo..., así que vamos a ir con él, no me apetecería que se metiera en problemas —me dijo Sergio.

—Vale, pues nada, un placer, Sergio —dije sonriente, ofreciéndole mi mano para apretarla como los hombres.

—Ven aquí...

Y Sergio me cogió las dos manos y me acercó con firmeza junto a él.

—¿Nos vemos mañana? —me preguntó sin dejar de mirarme y con una voz serena.

—¿Aún te apetece después de todo? —respondí coqueta.

—Vendré con un seguro de vida.

—Más te vale.

Nos miramos sonriendo y, sin habernos soltado las manos, él jugueteó con una de las mías dibujando pequeños círculos con su dedo pulgar.

—¿Mañana vais a la playa? —me preguntó Sergio.

—No lo sé, mira qué tarde es. A ver a qué hora amanecemos, te mando un *whatsapp* cuando me despierte y te cuento, ¿vale?

—Perfecto.

—Pues hasta dentro de un rato entonces, no queda nada para que amanezca —digo mirando al horizonte.

—Hasta dentro de un rato, espero... —dijo con voz seductora.

—¿Vienes, Anna? —pregunta Valeria.

Me giré y le respondí:

—Sí, sí... voy... un segundo.

Volví a darme la vuelta:

—Bueno, me marcho, que me esperan.

Sergio se volvió a acercar a mí despacio y me dio un beso en la mejilla. Un beso superintenso que me puso el vello de punta. De hecho, cerré hasta los ojos para sentirlo más dentro.

—Chao, pequeña... —susurró en mi oído.

Me fui a casa como sentada en una nube, como si fuera levitando... qué noche tan bonita a pesar del percance en la discoteca. Hasta de ahí podía sacar cosas buenas.

Comentamos por el camino cómo lo habíamos pasado y mis amigas coincidían en que Sergio era un buen tío y que, para qué engañarnos, era muy guapo.

Veva, por su parte, nos contó que había pasado muy buena noche con Dani, que era un tío un poco serio, pero con unos labios supersexis que a ella no le importaría probar. Valeria, más comedida como siempre, nos contó que Hugo era muy interesante, pero algo alocado. Todo lo contrario a ella.

Una vez ya en el portal, nos despedimos en el ascensor y quedamos en llamarnos cuando amaneciéramos.

Entré en casa con una sonrisa difícil de desaparecer, pensando en la suya y en su forma de tratarme. Era tan atento, tan amable...

Saqué el teléfono del bolso con la intención de ponerlo en silencio y vi que tenía un mensaje. No sabía cuándo me había llegado, porque no lo había escuchado.

Marqué la contraseña de la pantalla y abrí el *whatsapp*. Era de Sergio, me lo acababa de enviar. Lo abrí ilusionada...

«La próxima vez no te me escapás», había escrito junto a un emoticono

con una cara guiñando un ojo.

Al leerlo me salió una carcajada espontánea y así, feliz, me fui a dormir.



En la actualidad

Con el ordenador en frente y la página de Facebook abierta, miré mi muro y leí los comentarios de mis amigos, vi alguna foto, un mensaje de una compañera de la facultad..., pero ni rastro de Sergio. No me había escrito. Y reconozco que me sentí un poco decepcionada, pero justo en ese mismo momento, vi que se conectaba. ¿Casualidad?

Entré en su muro con bastante curiosidad y vi que había publicado una foto de ayer.

En la instantánea aparecía agarrado a una chica morena de pelo muy rizado. Los dos muy sonrientes. Él abrazándola por detrás, y ella haciendo el símbolo de la victoria con los dedos.

Parecía que estaban como en una plaza. Detrás de ellos, una gran fuente rebosante de agua. Hacía buen día, se atisbaba un cielo claro y azul. Bajo la foto, únicamente había un comentario que decía:

«Sandri, por fin lo conseguiste, ya es tuyo...».

El comentario lo firmaba una tal Marta Genus. ¿Qué es lo que habría conseguido? Probablemente a él. Estaba muy guapo. Seguía igual que siempre. Seguro que aquella chica era su novia. Y reconozco que me empezó como a arder una cosa por dentro. Mi cabeza decía «qué bien, tiene pareja y parece que le va genial», y mi corazón sentía otra cosa. Reconozco que me revolvía el hecho de verle con otra chica. No estaba siendo justa ni tenía derecho a sentirme mal por haber visto esa foto, pero eso me daba a entender que donde hubo fuego aún quedaban cenizas...

Miré de nuevo a la lista de amigos conectados y él continuaba en línea. Me aseguré de que yo también salía como conectada.

En la foto de Sergio y la chica morena, ella estaba etiquetada como Sandra Mahón. Pinché en su nombre y saltó su muro. Al no ser «amigas», en este portal no salía apenas nada. Solo vi la foto que tenía puesta de perfil y era en la que aparecía con Sergio. La que yo acababa de ver. Estaba claro, eran pareja.

Me lo pensé dos veces hasta que decidí volver a mandarle un mensaje privado para saludarle sin ninguna esperanza de respuesta. ¿O sí? No lo sé.

¿Valía la pena realmente escribirle? En el fondo, yo era la que estaba muy enfadada con él, pero también era cierto que, a través de la pantalla, era todo mucho más fácil y que habían pasado ya cuatro años. Tiempo suficiente para que el rencor que le tenía fuera disminuyendo.

—Bueno, voy a escribir, total, no tengo nada que perder... —me dije a mí misma.

Escribí despacio, pero segura...

«Hola, Sergio, ¿mejor momento ahora para saludarte?»

Miré la pantalla atentamente, esperando ver si me respondía. Seguía conectado, pero no contestaba. En la pequeña pantalla del mensaje salía como que este había sido visto. Pero seguía sin responder.

Mientras esperaba su respuesta, miré su muro y busqué las fotos. Vi que tenía varios álbumes: «Cena con los amigos», «Mis fotos», «Navidad»...

Entré en el álbum que ponía «Cena con mis amigos». Solo había cinco fotos, pero en ellas se veía a Dani, igual que siempre, y a Hugo algo estropeado, ¿estaría enfermo? En las fotos solo salían ellos y alguna chica más, pero Sandra, la chica morena, no aparecía en ninguna.

Salí de ese álbum y entré en otro que ponía «Mis fotos». Salían primeros planos de él, fotos con Dani, con Hugo... y vi una que me encantó. Una foto hecha desde el suelo en el que se plasmaba un cielo totalmente despejado y azul. Una foto hecha de noche en la que las protagonistas son ellas. Bajo esa

foto rezaba un mensaje que decía «buscando mi camino».

Decidí darle a «me gusta» y a volver a mirar la ventanita del mensaje. Seguía conectado, pero no respondía.

Pero en ese momento, en mi muro apareció «Sergio Bianchi ha cambiado su foto de perfil» y, ante mi estupefacción, ¡la había cambiado por la foto a la que yo había acabado de dar a «me gusta»!

Me quedé perpleja. ¿Había sido a propósito? No sabía muy bien qué pensar, pero me había dejado confundida.

De pronto, escuché la cerradura de casa. Alguien abría. Era David. Había vuelto de su viaje de negocios. Entró vestido de traje y con el maletín en una mano y las llaves en la otra. Cerré el ordenador y lo dejé sobre la mesa. Le miré desde el sillón sentada con las piernas tipo indio.

Dejó las llaves en la mesa pequeña del recibidor y el maletín en el suelo del salón, junto a la puerta.

Me miró y se acercó a mí dándome un pequeño beso en los labios que recibí algo tensa mientras se aflojaba la corbata.

—Hola, cariño —dijo él como si nada.

—Hola —respondí seca—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, cansado —contestó dejándose caer en el sillón.

—¿Cerrasteis el acuerdo?

—Sí... por fin —resopló.

—Me alegro —expresé mirando hacia la pantalla apagada de la televisión.

—Venga, cariño, ¿sigues enfadada? —preguntó acercándose a mí.

—¿Tú qué crees?

—Joder, Anna, es trabajo —farfulló.

—No, no es trabajo. —Alcé la voz—. Tú te ofreciste para cerrar ese acuerdo sabiendo que esto podía pasar.

—Me vi en la obligación.

—Ya, seguro..., pero de todas formas no hay que ser muy inteligente como para saber que nuestra relación cada vez va peor.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, es realidad pura y dura.

Me levanté del sillón y me fui a la habitación. Estaba enfadada y no me apetecía nada quedarme en casa. Por mucho que la entrevista fuera mañana y tuviera tan mal cuerpo, no tenía ganas de quedarme con David en casa ahora mismo.

Me vestí y me arreglé para irme. Pasear sola y pensar. Recapacitar sobre lo que estaba pasando en mi vida en ese momento... por un lado estaba fatal con David, la noche anterior había conocido a un chico majísimo, Alex, y, por otro lado, ahora me había dado por saber de nuevo sobre la vida de Sergio...

Tenía un lío en la cabeza, que creía que lo que mejor me vendría sería salir a pasear y desconectar un poco. Me vestí en la habitación, cogí lo primero que encontré, unos vaqueros y una camiseta básica blanca. Estábamos ya en primavera y empezaba a hacer calor. Una vez preparada, salí al salón a coger el bolso y el teléfono móvil que tenía sobre la mesa del comedor.

—¿Te vas? —preguntó David extrañado con una cerveza en la mano.

—Sí —respondí seca y sin mirarle.

David se levantó rápido del sillón y se puso delante de mí.

—Vamos, Anna, no hagas una montaña de esto... —susurró buscando mi boca.

Era curioso, porque hasta ahora no me había dado cuenta que olía a alcohol. Y no era la primera vez. No respondí e intenté dirigirme a la puerta, pero David me cerraba el paso.

—Venga, nena no me hagas esto... —dijo empujándome con su cuerpo hasta la pared del salón—, llevo trabajando como un cabrón durante tres días.

—¿Y? —contesté intentando zafarme de él.

—Dame una tregua —cada vez estaba más pegado a mí y su erección empezaba a hacerse evidente—, venga, vamos a darnos una ducha y lo arreglamos.

—¿Cómo? Venga, David, ¡quítate de en medio, joder!

—Anna, por favor. —Me cogió por la cintura y me apretó contra él—. Venga, vamos a la ducha...

—¡Que me sueltes, David!

—Anna, tú y yo sabemos que queremos arreglarlo, y sabemos cómo queremos hacerlo —dijo magreándose.

Me sentía asquerosa. Me revolví con fuerza y conseguí que se apartara.

—Vete a la mierda, David —increpé.

Me dirigí hacia la puerta de casa y salí dando un portazo. Pero ¿qué se había creído el gilipollas este? Últimamente estaba en un plan... venía bebido cada dos por tres. No es que fuera borracho, pero llegaba lo bastante tocado como para estar más «contento» de lo habitual. Y reconozco que a veces me asustaba.

Él no era mala persona, ni mucho menos, pero desde hacía un tiempo había cambiado. Y mucho.

Trabajaba en una multinacional. Empezó como becario, pero las influencias de su padre le hicieron escalar puestos muy rápidamente. Ya era directivo. Le ascendieron hacía relativamente poco tiempo, y creo que el puesto se le había subido un poco a la cabeza y no había sabido gestionarlo bien.

Ahora contaba con un puesto de gran responsabilidad, donde se movía con gente muy diversa, por no decir con mucho dinero y muchos vicios... Y él ya tenía las dos cosas, dinero y vicios.

Salí a la calle y decidí no coger el coche. Hacía un buen día y quería

pasear. Deseaba respirar.

Vivía cerca de una calle muy céntrica y decidí caminar por allí. Mirar escaparates y comer algo fuera. Me vendría bien este rato conmigo misma.

Tras un par de horas paseando recibí un mensaje en el móvil. Era Valeria, por un momento pensé que sería David y, sinceramente, no me apetecía nada en absoluto saber de él. Incluso al principio dudé si mirar quién me había escrito. Pero al final lo miré y vi que era mi amiga. Lo abrí esperando un mensaje suyo de buenas tardes, pero esta vez no fue así. Me quedé pálida. No podía creer lo que el mensaje decía:

«Te he llamado a casa y no estabas. Ven al hospital, la madre de Veva ha sufrido un accidente de tráfico y está muy grave. Ven rápido, no saben lo que puede durar...».

Leí el mensaje y no reaccioné. No podía apartar la vista de la pantalla del móvil. ¡La madre de Veva había tenido un accidente de tráfico!

Cuando conseguí reaccionar, miré hacia la carretera y busqué un taxi con la mirada. Levanté el brazo y llamé al primero que vi venir. Se paró junto a mí y en seguida monté.

—Al clínico, por favor —dije nerviosa.

Pensé en llamar a Veva o mandarle un mensaje, pero recapacité y pensé que ella no iba a estar ahora mismo para hablar ni para responder.

El camino se me hizo eterno. Apenas diez minutos en coche me separaban del hospital y parecía que llevaba días en el taxi. ¿Por qué el tiempo pasa tan lento cuando deseas que vuele?

Escribí un *whatsapp* a Valeria diciéndole que ya estaba en el taxi camino del hospital. No acertaba a escribir nada más. Ella me respondió al momento.

«Vale, estamos en la sala de espera de urgencias».

Por fin llegué al hospital. Pagué al taxista y corrí hacia la puerta de urgencias. Me asomé a la sala de espera y se me partió el corazón. Vi a Veva

hundida, llorando sobre el hombro de Valeria.

Me acerqué temblando, Valeria me vio. Tenía los ojos hinchados de llorar.

—Veva... —acerté a decir.

Veva levantó la cabeza y me miró. Tenía el rostro desencajado. Los ojos rojos y la respiración muy agitada. Se levantó y me abrazó al mismo momento que sollozaba.

—Anna, ¡mi madre! ¡Mi madre!

La abracé con todas las fuerzas que mi cuerpo era capaz de expresar ante aquel shock. No podía evitar llorar. Las lágrimas se sucedían por mi rostro sin ser capaz de frenarlas.

—Tranquila, mi niña, shhh... respira... respira... —le susurré al oído—. Estamos aquí contigo.

—Está muy mal, Veva —decía con hipo.

—Bueno, tú no te preocupes, vamos a esperar.

Nos sentamos las tres en la sala de espera, expectantes de que nos avisaran y comunicaran cómo estaba o por lo menos si Veva podía entrar a verla.

En un momento que ella fue al baño, Valeria me contó lo que había sucedido.

—Por lo visto iba por la autopista y un coche la adelantó demasiado rápido, tanto que le ha derrapado un poco el coche y se ha estrellado contra la mediana. Al culear el coche, de rebote se ha llevado por delante a Marisa, la madre de Veva. El golpe justo ha sido en la puerta del conductor y ha quedado empotrada entre el otro coche y una farola. Por lo visto, no ha saltado el *airbag* y se ha dado un fuerte golpe en la cabeza.

Tragué saliva. Mientras la escuchaba no me lo podía creer, tenía los ojos como platos escuchando tan fatal argumento.

—Aparte, tiene algunas costillas rotas —dijo negando con la cabeza—, y más cosas que no he logrado entender a Veva.

—Ufff —resoplé—. ¿Y qué posibilidades tiene?

—Por lo visto, muy pocas, Anna. Debido a las hemorragias internas... no sé, pero esto pinta muy mal...

Vimos a Veva volver del baño cabizbaja, arrastrando los pies y perdida. La cogimos de la mano y la sentamos en la sala de espera. Allí había poca gente. En el fondo de la sala había un matrimonio mayor sentados y cogidos de la mano. No hablaban, solo miraban al suelo.

Pasamos la tarde allí, esperando. Fuimos varias veces a la recepción a preguntar y siempre nos respondían lo mismo.

—El médico les informará.

Pero el doctor no salía. Apenas hablábamos entre nosotras. Solo vi a Veva enviar algún *whatsapp*, pero queríamos estar físicamente a su lado, abrazándola, aunque a ella no le apeteciera decir nada.

—Veva Sumter —llamó un señor con bata blanca asomando por las puertas que daban al quirófano.

¡El médico!

Nos levantamos las tres corriendo. Nos acercamos a él expectantes. Mi amiga Veva solo repetía:

—Mi madre, doctor, mi madre...

El médico nos miró y la impresión que me dio fue de no tener muy buenas noticias.

—Tranquilas, solo puedo deciros que su estado sigue siendo muy crítico. He salido porque las encargadas de recepción me han dicho que habíais preguntado varias veces.

—¿Se va a morir? —preguntó Veva sollozando y sin esperanzas.

—No le puedo contestar a eso —respondió el médico con gesto serio.

La expresión de la cara del Doctor Simón era elocuente. Todo indicaba que Marisa no iba a salir adelante de este accidente. Superó con nota el criar a

Veva ella sola, siendo una madre soltera. Trabajando y cuidando de su hija. Pero a día de hoy todo indicaba que esto no iba a salir bien.

Empezó a anochecer, o al menos eso era lo que se veía desde la puerta de urgencias. Paseé de un lado a otro esperando más noticias, pero nada.

Me costaba estar sentada, me costaba estar de pie... no encontraba una postura que me hiciera estar más tranquila.

Eran ya las nueve de la noche y animamos a Veva a comer algo, pero no quería. Era lógico, su estómago estaba cerrado.

Habían venido unas tías suyas y estaban sentadas al fondo de la sala. Apenas habíamos cruzado una palabra con ellas. Veva tampoco tenía mucha relación, pero se había visto en la obligación de avisarlas por lo que pudiera pasar.

—¿Quieres que me acerque a la cafetería a comprar algo? —pregunté a Veva.

—No sé... un sándwich o algo ligero. No tengo hambre, pero algo tendré que tomar —decía desolada.

—Genial, voy. Valeria, ¿tú qué quieres?

—Uf, no sé, lo mismo que vosotras.

—Vale, pues ahora vengo. Cualquier cosa me llamáis al móvil —dije antes de marcharme.

—Claro, tranquila —respondió Valeria.

Me dirigí a la cafetería, que estaba en la otra punta del hospital. Había muy poca gente. Me puse en la fila y esperé. Era buffet, así que cogí una bandeja y la fui deslizando hasta que llegué a los sándwiches. Cogería algo para que cenáramos las tres y una botella grande de agua. Miré el teléfono y tenía un mensaje. Lo abrí. Era de mi padre.

«Espero que estés descansado. Recuerda que mañana a las diez tienes que estar en la entrevista»

¡La entrevista! ¡Se me había olvidado por completo! Entre la discusión con David y el accidente de la madre de Veva no me había acordado para nada.

Bueno, en cualquier caso, no pensaba moverme de aquí. No iba a dejar a Veva en esta crítica situación, así que, aunque tuviera que pasar aquí toda la noche, lo que haría sería pasar por casa un rato antes para darme una ducha y cambiarme e ir a la entrevista. La verdad es que en ese momento era en lo que menos pensaba.

Si fuera necesario la cambiaría para otro día, aunque probablemente mi padre me mataría, así que tendría que hacer de tripas corazón y mañana presentarme allí, ante el Sr. Sanz, amigo de mi padre desde hacía muchos años, y enfrentarme a la entrevista.

Llegó mi turno. Pedí rápido, pagué y me dirigí al largo pasillo que unía urgencias con la cafetería. Caminaba pensativa. Pensaba qué haría Veva si su madre fallecía. Vivían las dos solas y la madre mantenía todos los gastos de la casa. Veva trabajaba, pero solo media jornada, y su sueldo, evidentemente, era muy bajo. No me quería imaginar lo que se le vendría encima.

Absorta en mis pensamientos, crucé aquel largo pasillo del hospital y llegué de nuevo a urgencias, fui a la sala de espera y vi a un chico hablando con ellas, se dio la vuelta y ¡allí estaba Dani!

¡Dani! ¡Uno de los dos mejores amigos de Sergio! ¡¿Pero qué hacía allí?! Sabía que Veva y él de vez en cuando hablaban, ¡¿pero tanto como para que él estuviera allí?! Me quedé parada en el sitio, con los sándwiches en una mano y el agua en la otra.

Verle allí me removi6 muchos recuerdos. Estaba abrazando a Veva..., y lo peor era que no estaba solo. Sergio estaba con 6l.



Hace cuatro años ...

Me desperté como a las dos de la tarde... después de haberme acostado a punto de salir el sol, tampoco me parecía tan tarde.

Amanecí con una sonrisa. Ayer había sido un día difícil de olvidar, aunque no pretendía hacerlo. Ocurrieron cosas que prefería que no hubieran pasado, pero el hecho de que me hubiesen atraído a algo tan positivo como conocer a Sergio, me hacía ver más los pros que los contras.

Miré el móvil que estaba en la mesilla, lo cogí y consulté el *whatsapp*. El primer contacto que me salía en la lista era Sergio, porque era el último con quien había tenido una conversación. Lo abrí y releí el mensaje que me envió antes de irme a dormir.

«La próxima vez no te me escapas».

No puedo evitar volver a sonreír. Estuvimos a punto de besarnos si no llega a ser por la inoportuna llegada de nuestros amigos. Me habría encantado besarle. Pero mejor así.

Parecía una niña tonta, pero no lo podía evitar. Sergio me gustaba. Solo hacía un día que le conocía y ya había vivido más con él que con algunos de mis conocidos.

En un día habíamos experimentado situaciones difíciles de olvidar. Y quizá por ello, en vez de un día, parecía que le conocía hacía un año.

Curiosa, miré su foto de perfil. Era un amanecer en la playa. Bonita foto. ¿La habría hecho aquí?, me pregunté.

Leí su estado: «Un día completito que me ha traído a alguien especial».

¿Habría de mí? No lo creía, pero me gustó leerlo y pensar por un momento que la persona especial era yo.

Decidí mandarle un *whatsapp* como le dije cuando nos despedimos. Pero ¿qué le podía poner? Ay, qué duda... no quería que sonara muy profundo, pero tampoco quería que pensara que me era indiferente. ¿Cómo encontrar el equilibrio?

Empecé a escribir y a borrar varias veces el mensaje, no acertaba a saber qué poner. Tras pensarlo unos minutos me decidí a escribirle.

«Buenos días, guardaespaldas, ¿descansaste bien después de tanto trabajo ayer? —Y lo acompañé con un emoticono guiñando un ojo.

Lo envié y me levanté. Me fui directamente a la ducha para espabilarme y mitigar un poco el calor que hacía ya esas horas y después comí un par de

piezas de fruta y un café a modo de desayuno tardío. Mientras estaba acabando de tomarme el estimulante me sonó el teléfono. Un *whatsapp*. Una sonrisa asomó en mi cara al pensar que pudiera ser Sergio.

«¡Buenos días, pequeña! ¿Cómo estás?». Era él.

«Bien, terminando de desayunar», respondí enseguida.

«¿Descansaste?».

«Sí, la verdad es que he dormido fenomenal».

«Yo también... he descansado muy bien».

«¿Acabasteis muy tarde ayer?»., pregunté curiosa.

«Pues... nos quedamos como una horita más o así... Hugo se empeñó y no queríamos dejarle solo porque iba bastante tocado».

«Ya...».

«Bueno, ¿y qué vais a hacer hoy?»., preguntó seguido de un emoticono de unas olas.

«No lo sé, no he hablado aún con mis amigas. Supongo que algo de playa por la tarde y esta noche saldremos a tomar algo. ¿Y vosotros?».

«Yo tampoco he hablado con ellos, yo por la tarde me iré a entrenar y pasaré a darme un baño a la playa».

«¿Entrenas todos los días?».

«¿Tú qué crees? ¡Que para defenderte tengo que estar en forma!».

«Eres malo...»., me encantaba que me dijera esas cosas.

«Ja, Ja, ja... entreno a diario, sí. Sobre todo, salir a correr. Disfruto de ello y me sienta fenomenal».

Para mis adentros lo confirmé. Le sentaba fenomenal. Pero no se lo iba a decir, que me moría de la vergüenza. Supongo que él se referiría a que le sentaba bien por dentro, pero yo, aunque sonara superficial, solo lo afirmé por fuera.

«Si eso, cuando vaya a la playa paso por donde te conocí ayer a ver si

estáis, ¿te apetece?», me preguntó.

¡Claro que me apetece! ¡Ni lo dudes!, pienso yo. Pero voy a responderle sin ser tan entusiasta, que voy a parecer desesperada.

«Ah, vale, perfecto. Allí estaremos».

«Tengo ganas de volver a verte».

Otra vez las mariposas han aparecido sin previo aviso por mi estómago. Tragué saliva. Me ruboricé. Me encantaba.

«¿Sí?».

«Sí... ¿y tú?».

«Lo pasé muy bien contigo ayer», respondo sonrojada.

«¿Eso es un sí, entonces?», preguntó con un emoticono guiñando un ojo.

«Sí».

«Genial. Me pareces una chica preciosa en todos los sentidos».

«Me vas a poner colorada». Mentí, ya lo estaba.

«Ja, ja, ja...venga, vale... mejor te lo digo luego a la cara y te veo ponerte roja».

«Eres malo conmigo, ¿eh?».

«Es que me encanta mirarte cuando te ruborizas».

«Anda, déjame, voy a ver si voy a casa de Valeria y Veva».

«Vale, vale... Nos vemos luego entonces».

«Vale», afirmé.

«Oye...», escribió Sergio antes de despedirnos.

«Dime».

«Hoy no te me escapas...», y otro emoticono sonriendo.

«¡Venga, anda! ¡Date una vuelta!».

«Hasta luego, mi niña».

«Adiós», y coloqué un emoticono con una cara sonriente sacando la lengua.

Fui a ver a mis amigas y decidimos comer algo ligerito en su casa. Hablamos de cómo lo habíamos pasado la noche anterior, y les conté los mensajes que había estado intercambiando con Sergio antes.

Decidimos al final bajar por la tarde a la playa un ratito. Dani y Hugo habían hablado también con Veva y Valeria respectivamente y habían quedado en verse sobre las ocho en la playa cuando volvieran de hacer deporte con Sergio.

La verdad es que las tres nos mostramos emocionadas de las vacaciones que nos podían esperar en la playa con estos tres chicos que habíamos conocido. Yo, personalmente, estaba bastante ilusionada con Sergio, y no sabía qué pasaría, pero de momento pintaba bien la cosa.

Bajamos las tres a la playa y, entre risas, bromas, baños y tomar el sol, pasamos la tarde.

Nos conocíamos las tres desde el colegio, y fue ya al entrar en el instituto cuando nos hicimos muy buenas amigas. Éramos una piña. Veva era la alocada del grupo y Valeria era la más sensata. Yo soy más como Valeria, la verdad, a mí no se sale de manera espontánea ese punto de locura y naturalidad que tiene Veva y que muchas veces me gustaría tener.

Veva era la de los *piercing* y tatuajes, y nosotras éramos un poco más discretas. Valeria llevaba un *piercing* en la nariz y yo otro en el ombligo. Tatuajes, de momento ninguno, pero no lo descartaba.

Veva tenía el pelo corto y negro como el azabache, mientras que Valeria tenía el pelo largo y liso y color caoba.

Cada una teníamos nuestros gustos y preferencias, y eso es lo que hacía que nos lleváramos tan bien, cada una aportaba cosas diferentes.

Eran las ocho menos cuarto cuando les vimos llegar de lejos. Se estaban refrescando en las duchas de la playa.

Cuando vi a Sergio me puse supernerviosa. Era la segunda vez que le veía después de todo el tonteo que llevábamos, y el estómago se me cerró. Seguramente ya estaba colorada como un tomate.

Entre risas se duchaban, hasta que Hugo nos vio de lejos y silbó con los dedos en la boca a la vez que saludaba con la mano.

Sergio me miró, sonrió y me lanzó un beso.

Se acercaron hacia nosotras y Sergio iba el último. Di dos besos a Dani y a Hugo y él se quedó atrás.

Cuando se estaba acercando a mí, creo que me temblaba todo... me miró a los ojos con aquella sonrisa que me tenía loca. Me cogió de las manos con suavidad y me dio dos besos.

—Hola —dijo sin soltarme y sin dejar de mirarme a los ojos—. ¿Cómo estás?

Tengo que estar como un tomate. Qué vergüenza...

—Bien, ¿y tú? —contesté retirando las manos lentamente.

—Yo vengo reventado de correr. Voy a darme un baño, tengo un calor... ¿te apetece venir conmigo? —me dijo guiñándome un ojo.

No sabía muy bien qué responder, ¡claro que me apetecía! pero es que estaba supercortada. Ayer por la noche era todo más fácil.

—Venga, vente, que no te voy a ahogar —me dijo riéndose.

Una sonrisa salió espontánea de mí.

—Vale. Pero yo me meto despacio, ¿eh? Que el agua está muy fría.

—De acuerdo..., pero no prometo nada, ¿ok?

La verdad, no quería arrepentirme de haber dejado pasar la oportunidad de hacer cosas que realmente me apetecían.

Me acerqué despacio a la orilla cuando vi que Sergio salía trotando y se metía en el agua zambulléndose de cabeza sobre una ola. ¡Yo todavía estaba en la orilla! Apenas me había mojado los pies.

Vi cómo resurgía del agua, sacudía la cabeza y se secó la cara con las manos. Se echó el pelo para atrás y sonrió.

—¿Vienes?

—Sí, sí, voy... ya te he dicho que soy algo lenta —dije andando por el agua.

—¿Quieres que te ayude a entrar? —dijo sonriendo y acercándose a mí—. Lo mismo si te mojo un poquito...

—¡Ni se te ocurra! —dije poniéndome de espaldas.

—Venga —se carcajeó—, ¡que el agua está buenísima!

Y me salpicó. Di un respingo. El agua estaba muy fría. Pero valía la pena pasar un ratito de frío si era en una situación como esta.

Acabamos mojándonos mutuamente y vimos que tras nosotros se metían en el agua el resto de nuestros amigos.

Ya estábamos todos en el agua cuando metí la cabeza y buceé un poco. Saqué la cabeza y allí estaban los tres con una pelota jugando al voleibol, pasándose de uno a otro.

Me quedé observándoles. Parecían buenos tíos. Vi como Veva y Valeria se acercaban a unirse.

—¡Vamos, Anna! —dijo Valeria.

Me acerqué nadando hasta ellos y decidimos echar un partido. Chicas contra chicos. Nos lo pasamos genial. Reímos y Sergio y yo no paramos de mirarnos. De casi sentirnos solo con la mirada.

En una de esas, Dani dio muy fuerte al balón y lo lanzó bastante lejos de donde estábamos. A mí, al píllame más cerca, decidí ir a por él.

—¡Chicos, voy yo! —dije.

Nadé hasta llegar a la pelota que, con el movimiento de las olas, se había alejado un poco más de nosotros. Cuando la cogí y fui a darme la vuelta, vi cómo Sergio venía nadando hacia mí, y ya estaba bastante cerca.

Le pasé el balón y él se lo pasó al resto.

—¡Chicos, id jugando, que ahora vamos! —gritó.

Dio tres brazadas más hasta que le tuve justo delante de mí. El agua me llegaba por los hombros aproximadamente, a él le cubría algo menos.

—¿Ya no quieres jugar? —le pregunté.

Le tenía cada vez más cerca. Esta situación se parecía mucho a la que vivimos ayer por la noche en la discoteca.

—¿Tú qué crees...? —me preguntaba acercándose más.

Estaba nerviosísima, las mariposas del estómago se habían vuelto a despertar y revoloteaban a sus anchas. Empezábamos a ser íntimas amigas.

Se acercó tanto que pude notar su aliento. Los dos estábamos serios, deseosos de juntar nuestros labios. Incluso podría decir que nuestra respiración estaba más agitada.

Noté cómo sus manos se posaban en mi cintura debajo del agua. No las rechacé. Al revés. Me hacían sentir un cosquilleo que disfruté al cien por cien.

Torció la cabeza para acoplarla perfectamente con la mía y, justo antes de besarme, susurró:

—Te dije que hoy no te me escaparías.

Y me besó.

Fundió sus labios con los míos de una manera delicada y deliciosa. Cerré los ojos y me dejé llevar. Fue un beso cálido y muy romántico. Nada salvaje y descarado. Un beso dulce y envolvente.

Puse mis manos en su cara. Le acaricié el cuello mientras nos besábamos y enrosqué mis piernas en su cintura.

Poco a poco nos fuimos separando. Me miró. Le miré.

En ese momento, oímos de lejos aplausos y silbidos.

—¡Bravo! ¡Bien! —Se oía.

Nuestros amigos habían sido testigos de la situación y la celebraban. Pero lo que estaba claro es que no la habían sentido como nosotros.

Yo casi me muero de la vergüenza. Sergio se dio la vuelta para mirarles y sonrió. Luego se giró hacia mí.

—Ven aquí. —Y me abrazó.

Yo, por mí, ya me podía morir. Ya con ese beso había cumplido. Le abracé y apoyé mi cabeza en su pecho.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Muerta de la vergüenza.

—¿Sí? —se rio—. Déjalos, son un poco cabrones.

Levanté la cabeza y le miré. Sonreía. Me sonreía.

—Hoy no te has escapado, ¿eh? —preguntó picarón.

—No me has dejado otra opción... —respondí vacilona.

—Ha valido la pena la espera —dijo.

—Gracias —respondí ruborizada.

Volvió a abrazarme. Le correspondí sin ninguna duda a ese abrazo y me dio un tierno beso en el cuello. Me volvió a mirar y esta vez fui yo la que se acercó a darle un beso suave en los labios.

—¿Quieres que volvamos con ellos? —le pregunté.

—¿Es obligatorio?

—Venga, vamos... —dije tirando de su mano en dirección a nuestros amigos.

Volvíamos con el grupo y, tras las bromas y el cachondeo, todo volvió a la normalidad y jugamos de nuevo.

Se empezaba a hacer tarde, así que decidimos salir del agua, recoger nuestras cosas y marcharnos a casa para luego salir.

Ya refrescaba un poco fuera del agua. Di una carrera hacia mi toalla y me tapé con ella hasta la barbilla. Sergio hizo lo mismo, pero vino tras de mí y

me abrazo por detrás, envolviéndome con sus brazos y su toalla y apoyando su cabeza en mi hombro. ¡Madre mía, qué bien me sentí! Según me abrazó, me dio un beso en el cuello que me deshizo.

Cuando nos secamos, recogimos todo y nos dirigimos al paseo marítimo. Ahí nos despediríamos y luego nos veríamos después de cenar y arreglarnos un poco.

Veva y Dani estaban muy acaramelados en la despedida y nosotros cuatro les mirábamos cuchicheando. Igual que ellos hacían antes con nosotros. Y al igual que nosotros, se mostraban totalmente ajenos. Hasta que llegó. El beso llegó, y Sergio y Hugo se pusieron a aplaudir con las manos en alto. Valeria y yo reíamos mirándonos de manera cómplice.

Nos entretuvimos un poco para que Dani y Veva tuvieran un ratito más de intimidad lejos de nosotros.

Sergio estaba a mi lado. Agarrándome por la cintura mientras los cuatro charlábamos. Yo estaba emocionada. Le tenía tan cerca... nos habíamos besado, me había abrazado, era perfecto.

Cuando vimos que Veva y Dani se acercaban, Sergio se puso frente a mí. Me abrazó por la cintura arrastrándome hacia él. Yo le abracé por el cuello.

—Bueno, luego nos vemos, ¿no? —me preguntó.

—Claro.

Y me besó. Volvió a hacerlo, y yo de nuevo me sentí en las nubes. Esta vez fue algo más largo y un poco más apasionado. Nos separamos y le miré sonriendo.

—¿Eres siempre así? —pregunté.

—¿Así como? —arrugó la nariz.

—Pues así..., romántico, cariñoso, amable...

—Tú no te mereces otra cosa.

—Es que no sé..., demasiado perfecto, ¿no?

—¿No te fías de mí?

—Me da miedo que esto pueda ser un espejismo.

—No tengas miedo. Quiero estar contigo. ¿No se me nota?

Y me volvió a besar suavemente.

Nos despedimos y quedamos en vernos en un rato. Las chicas cenaríamos todas en mi casa y de ahí saldríamos a tomar algo.

Durante la cena, comentamos el beso de Veva y mi nueva relación con Sergio.

—Valeria, ¿y tú con Hugo? —preguntó burlona Veva.

—No sé, tía... me cae superbien y es muy guapo, pero como yo soy tan vergonzosa...

—O se lanza o nada, ¿no? —pregunté.

—Más o menos —respondió Val.

—Pues yo tengo la solución —dijo Veva—. Ahora mismo le mando un *whatsapp* y le digo que ataque directamente y listo —dijo riéndose.

—¡Veva! —respondió Valeria dando un brinco y quitándole el teléfono de las manos.

Las tres nos echamos a reír sin parar. Daba gusto tener amigas como ellas. Para lo bueno y para lo malo. Siempre estaban ahí. Siempre me habían acompañado. Sobre todo, en la separación de mis padres.

Para mí fue algo traumática, porque cuando tenía catorce años mi madre nos abandonó. Quedándonos solos mi padre y yo. Él al principio se hundió. No entendía qué había podido pasar, pero dos meses después tuvimos la respuesta, se llamaba Antonio y era compañero de mi madre de la oficina.

Saberlo hizo que mi padre saliera del letargo y luchara por nosotros. Hasta hoy sigue haciéndolo. En ese momento yo me sentí muy mal, no solo mi madre nos había abandonado de la noche a la mañana, sino que se había ido con otro que había valido más la pena, para ella, que su marido y su única

hija.

Desde entonces no hemos vuelto a tener noticias tuyas. No ha dado señales de vida, y nosotros tampoco hemos hecho nada por informarnos. Es duro que tu madre te abandone así de esa manera. Y me había costado muchas sesiones de psicólogo llegar a la conclusión de que no merece nuestro cariño, pero las cosas fueron así, y ahora tanto mi padre como yo estábamos bien.

De hecho, él estaba empezando a verse ahora con una señora que conoció por internet y se le veía animado y contento.

Además, le fue muy bien en un negocio que montó con varios socios, haciendo que pudiéramos vivir económicamente desahogados.

Valeria y Veva se volcaron conmigo no dejándome apenas sola y entreteniéndome siempre para no darme tiempo para pensar. Fueron parte de mi salvación. De ahí que las quiera tanto.



En la actualidad

Me quedé paralizada en la puerta de la sala de espera de urgencias. Sergio estaba ahí y era incapaz de apartar la vista de él. Estaba temblando y se me

había hecho un nudo en estómago. No me había visto. Estaba de espaldas, de pie hablando con Valeria, Veva y Dani.

Era la primera vez que le veía desde aquel día. Aquel día en el que, por desgracia, todo se acabó. Me juré que nunca volvería a llorar por él, pero verlo de nuevo me hizo dudar. Dudar si me volvería a hacer sufrir.

Intentar encontrarle en Facebook era más un juego que otra cosa, la pantalla era al fin y al cabo muy buen escudo. Jamás me habría imaginado que me lo encontraría en persona tan pronto, y menos, en una situación como esa.

Sin saber por qué, me arreglé el pelo, respiré hondo, exhalé el aire y di el primer paso hacia ellos.

Aún no me habían visto.

Caminé directa hacia Veva sin girar lo más mínimo la cara y así no encontrarme con los ojos de Sergio. «Como me cruce con su mirada estoy muerta», pensé. Han pasado cuatro años desde la última vez que nos miramos a los ojos, pero ahora me parecía que tampoco había pasado tanto tiempo.

Me pareció incluso oír de fondo las olas del mar.

Avancé con decisión y templanza hasta donde estaban. Me acerqué directamente a Veva y le di el sándwich y el agua. Ya estaba hecho. Sergio ya me había visto. ¿Me estaría mirando ahora? No me atrevía ni a girarme. Al tener en mi campo de visión también a Dani, que se había sentado, me agaché y le di dos besos. Veva me miró sin hablar, pero la entendí perfectamente.

Qué miedo tenía en ese momento de girarme y encontrarme con él... Tragué saliva. Podía con esto y con más.

Me di la vuelta con la mirada baja, la alcé y ahí estaba él. Mirándome. Serio. Confundido. Seguía igual de guapo que siempre, incluso más. Le habían sentado bien estos cuatro años.

Se podía cortar con un cuchillo la tensión que había en esa sala de

urgencias. Valeria acariciaba mi mano. La miré y me guiñó un ojo. Cómplice. Las tres acabábamos de mantener una conversación sin pronunciar ni una sola palabra. Me habían transmitido una fuerza feroz.

Le miré de nuevo y él me sostenía la mirada. También éramos capaces de hablar en silencio, eso lo habíamos aprendido hacía unos años.

Yo no me acerqué, pero él sí lo hizo. Inició el camino hacia mí y yo no dejé de mantenerle la mirada. Temblando, eso sí. Valeria se apartó y le dejó paso.

—Hola, Anna —dijo.

—Hola —respondí.

Me dio dos besos y seguía desprendiendo el magnífico olor de siempre. Ya estaba hecho. Me separé de él sin volver a mirarle y me senté al lado de Valeria que me dio la mano y un beso en la mejilla. Nadie mejor que ella y Veva sabían por lo que pasé.

No sabía cómo lo había pasado él, pero hacía cuatro años no me había importado y ahora tampoco. Por Facebook era más divertido, era más irreal. Solo eran palabras tras una pantalla, nada más. No había gestos, no había miradas... pero ahora tenerlo frente a mí me había descolocado.

Estaba nervioso, le conocía y se le notaba. No se sentaba, jugaba con las manos dentro del bolsillo y fuera de él. Caminaba, se paraba. Hablaba con Dani de vez en cuando. Estaba incómodo. Así que quise ponérselo un poco más fácil a los dos. Yo también estaba incómoda.

—Voy un ratito fuera ¿vale? Si me necesitas, llámame, que entro volando —dije a Veva tras darle un beso en la frente.

Salí pasando por delante de él sin mirarle a la cara. Por miedo, rencor, vergüenza...

Necesitaba escapar de esa espiral de tensión y que todos también se relajaran un poco de esa situación.

Nada más salir me apoyé en una columna, mirando hacia el cielo. Hacía frío, iba en manga corta y la noche empezaba a refrescar. Me abracé a mí misma y miré al suelo. Qué panorama. Resoplé. «Si llego a pensar que el día iba a acabar así, no me lo habría creído», pensé. La mañana de aquel domingo empezó con una llamada de Alex que prometía, y acababa con Sergio a diez metros de mí. Una jodida locura.

—¿Quieres mi cazadora? —me preguntó alguien.

Miré hacia donde provenía la voz, era Sergio. Había debido de verme abrazada a mí misma y calentándome los brazos, y eso quería decir que me había estado observando.

Me quedé entre sorprendida y confundida, de ahí que tardara en responder.

—No, gracias. —Y volví la mirada al frente.

Había muchísima tensión en ese momento. Él estaba a un par de metros de mí, o tres como mucho. No se acercaba. Solo me miraba y, por cómo lo hacía, delataba que estaba expectante a mi reacción.

—¿Estás bien? —me preguntó tímido.

—¿Tú qué crees? —Le miré señalando con la cabeza la puerta de urgencias.

—Ya —agachó la cabeza y jugueteó con el pie con una colilla.

¡Con lo que nos quisimos! Era horrible estar así, me habría gustado poder borrar esta situación de mi vida y que nuestro reencuentro hubiera sido en otro momento y diferente lugar.

—Anna, yo...

—Anna nada, Sergio. Estamos aquí por Veva y ya está —respondí con toda la calma que pude permitirme en ese momento—, por favor.

—Quise contestarte en Facebook. —Se acercó más a mí.

—Sergio, no importa, me acabo de dar cuenta que fue un error escribirte.

—No digas eso —dijo sin bajar la mirada.

—De todas maneras, da igual —respondí.

Comencé a andar para entrar en urgencias de nuevo, pero él puso su mano sobre mi vientre para que no prosiguiera.

Me paré y respiré hondo mirando hacia el cielo.

—No te vayas aún, por favor —me suplicó.

—Sergio, no es ni momento ni lugar.

Nos quedamos mirando fijamente, diciéndonos de todo en silencio. Hasta que resopló, retiró su mano de mi vientre y dirigió su brazo señalando la puerta.

—Está bien, adelante —dijo mirando hacia el suelo.

—Gracias.

Y me adentré en la sala de espera de nuevo, con un nudo en el estómago, para dirigirme directamente al baño e intentar respirar sin caerme desfallecida a causa de la impresión que me había supuesto volver a verle.

Tenerle ahí, frente a mí, mirándome y hablando sin hablar. Sus ojos. Sus ojos me miraban suplicando un perdón. Habían pasado ya cuatro años, pero fue duro para mí. Ya no era enfado, era resentimiento. Tenía algo guardado en mi corazón que no me dejaba comportarme tal cual con él, no podía. Y no era capaz de forzar un sentimiento así.

Entré al baño y me lavé la cara, me miré al espejo y resoplé. Estaba nerviosa. Pero esto no podía afectarme tanto. Solo era un chico que hacía cuatro años conocí en la playa y pasamos un buen verano.

Un fabuloso verano... ¿pero a quién pretendía engañar? Le quise. Le quise mucho. Y por lo que veía, aún no le había olvidado.

Respiré hondo y salí del baño, fingiendo una débil sonrisa para que mis amigas no me notaran triste. Sí, efectivamente, estaba triste. Demasiado.

Cuando salí del baño, Sergio había vuelto también a la sala de espera. La madrugada comenzaba a asomar y seguíamos sin saber nada todavía. Veva

esperaba como ausente en aquella fría silla de hospital y, a su lado, Dani la abrazaba mientras ella apoyaba la cabeza en su hombro. Valeria y yo también esperábamos mirando al frente. Sergio estaba sentado al lado de Dani, también pensativo. Nuestras miradas se encontraban fugaces de vez en cuando, era inevitable. Había una atracción que hacía que nos buscáramos sin remedio.

El médico salió al rato para decirnos que la madre de Veva había empeorado y que no podía asegurarnos que fuera a salir adelante.

—¡No es justo! —gritaba Veva con histeria mientras Dani intentaba calmarla.

—Shh... tranquila, vamos a esperar...

Pero la noche pasaba y seguimos allí esperando. Sus tías habían ido despidiéndose con un «Avísanos con lo que sea, hija», y una mano en la cruz que tenían colgada en el pecho.

Al final, Veva estaba sola. Bueno, estábamos nosotras, pero además de no tener apenas familia, su madre trabajaba tanto que su vida social era prácticamente inexistente. No tenía amigas. Su principal ocupación era desvivirse porque a Veva no le faltara de nada.

La noche continuaba y los minutos parecían horas, ya los párpados comenzaban a pesarme y pensé que sería buena idea ir en busca de una máquina a comprarme un café o algo que se le parecía mucho y, de paso, desentumecerme un poco.

—¿Puedo? —dijo Sergio mientras me señalaba la máquina con una moneda en la mano.

—Claro, pasa.

Me aparté mientras echaba el azúcar en mi café. Estaba agotada, no tenía fuerzas ni para estar enfadada. En ese momento, la madre de Veva era lo único que me mantenía alerta.

Me dirigí hacia la calle y me sorprendí al ver que estaba amaneciendo. Caminé mirando el café mientras lo removía. Las puertas se abrieron automáticamente y una bocanada de aire frío me inundó la cara. Miré al frente y cogí aire. Estaba agotada. Tras de mí se volvió a abrir la puerta. Eran Dani y Sergio que también Salían con un café en la mano cada uno.

Entablamos una conversación a tres en la que siempre me dirigía en miradas y palabras a Dani. Hacerlo hacia Sergio me generaba mucha tensión y demasiados nervios.

Hablamos alrededor de cinco minutos y Dani decidió entrar dentro y Sergio y yo nos quedamos solos de nuevo. La conversación acabó cuando Dani se fue. Nos quedamos uno frente al otro, pero no decíamos nada.

Me sonó un mensaje en el móvil que hizo que me sobresaltara y saliéramos de ese incómodo silencio. Era David. Llevaba toda la noche sin saber de él ni él de mí. Ni siquiera se había preocupado de que no hubiera ido a dormir a casa y yo, sinceramente, después de cómo nos habíamos «despedido», no tenía ganas de saber nada de él.

«Anna, ¿dónde estás?», decía su mensaje.

«¿Me preguntas dónde estoy a las siete de la mañana? ¿No te habías dado cuenta de que no había vuelto a casa hasta ahora?». Se me ocurrían mogollón de respuestas a ese mensaje, pero no me apetecía escribir ninguna. Cerré el *whatssap*, bloqueé el teléfono y lo guardé con enfado en el bolso.

—¿Todo bien? —me preguntó Sergio.

Por lo visto, mi gesto de desagrado no le había pasado desapercibido.

—Sí —dije negando con la cabeza.

—Vaya, pues tu cabeza dice lo contrario —contestó con cierto amago de sonrisa.

¡No! ¡No me sonrías así! Aquellas mariposas que murieron en mi estómago hacía cuatro años acababan de resucitar.

—Está todo bien, de verdad —dije mirando al suelo.

—Vale.

Seguimos mirando cada uno hacia un lado. Me terminé el café y lo tiré a la papelería. Pensé en lo de la madre de Veva, en mi situación personal con David, en que tenía a mi primer amor delante de mis narices y solo tenía ganas de llorar...

Noté que mientras miraba hacia el horizonte, una lágrima empezaba a recorrer mi mejilla sin permiso. Pero no era la única. Sin sollozar ni emitir ningún sonido, se sucedieron una tras otra, hasta que Sergio se dio cuenta.

Me miró asombrado, frunciendo ligeramente el ceño.

—Anna... hey... ¿qué te pasa? ¿estás bien? —preguntó acercándose con cautela.

No respondí, solo me tapé la cara con las manos y negué con la cabeza.

—Anna. Háblame, ¿qué ocurre?

Posó con delicadeza sus manos sobre mis hombros y un escalofrío me recorrió entera.

—Anna...

Retiré las manos del rostro y me enjuagué las lágrimas.

—No pasa nada, Sergio, de verdad.

—Anna, creo que algo te conozco... —dijo poniendo su dedo índice en mi barbilla y levantándose la cara para buscar mi mirada—. ¿Es por la madre de Veva?

—En parte sí —decidí responder.

Me moría de ganas de decirle que también lloraba por la impresión que me había causado volver a verle tras cuatro años.

—Es duro, lo sé... pero esperemos a ver qué pasa.

—Ya, ha sido todo tan de repente...

—Lo sé. —Guardó silencio—. ¿Sabes? Estás igual que hace cuatro años,

preciosa.

El corazón me dio un vuelco que no pude contener, eso sí que no me lo esperaba. Lo mejor sería irme de allí antes de que las cosas volvieran a complicarse.

—Sergio, mejor voy dentro. —Me toqué la frente confusa.

—Perdona si te ha molestado, yo... —titubeó.

—No te preocupes.

Me giré y entré en el hospital buscando a mis amigas con la mirada. Me senté en una silla cerca de Veva, cogiendo su mano y acariciándosela, cuando me quedé dormida sentada por agotamiento.

De repente, un sexto sentido me hizo despertar sobresaltada.

—¡¿Qué hora es?! —dije alarmada.

—Las nueve —respondió Valeria mientras ponía su mano en mi hombro para calmar aquel sobresalto.

—¡Las nueve! ¡No puede ser! ¡Tengo la entrevista a las diez! No llego, madre mía, ¡no llego! En transporte no llego, y tengo que ir a cambiarme y todo... joder, joder, ¡joder!

Estaba atacada, no podía ni pensar, ¡mi padre me iba a matar! ¿qué hago? ¡¿qué hago?!

—¿Quieres que te acerque yo? —preguntó Sergio—. He traído el coche.

¿Cómo? ¿Tú? ¿Acercarme tú? ¿Solos en el coche? Definitivamente, el mundo se había vuelto loco.

—Claro, Anna, es el único que ha traído coche. En transporte tardarías mucho en llegar primero a casa y luego ir a la entrevista... —dijo Veva mirándome como diciendo, «perdóname, pero es la solución más efectiva en este momento».

Miré desesperada a mis amigas y ambas asintieron. Respiré nerviosa, pero es que no me quedaba otra jodida opción. Sergio mientras, me miraba

esperando una respuesta.

—Venga, vale, vámonos.

Ya estaba, lo había dicho. «Nos vamos».



Hace cuatro años ...

Nos preparamos y arreglamos para salir. Estaba algo nerviosa, porque después de habernos besado, la verdad es que me imponía la situación de verle de nuevo y ver cómo reaccionaba.

Me puse un vestido azul oscuro asimétrico, solo con un tirante. Era holgado hasta la cintura, ahí se ajustaba con un cinturón negro y terminaba en una minifalda elástica. Sandalias negras de tacón y pequeño bolso del mismo color. Me alisé el pelo y me maquillé de manera suave, no me gustaba ir superpintada y parecer exagerada.

Habíamos quedado en el primer local donde coincidimos la noche anterior, a las doce y media de la noche.

Era la una menos cuarto de la madrugada cuando entrábamos en el local y lo hicimos entre risas, animando a Valeria para que se lanzara a los brazos de Hugo.

—¡Esta es tu noche, Val! —bromeábamos con ella.

—¡Anda, dejadme en paz! —protestaba entre risas.

Había bastante gente, y pasamos entre la multitud haciéndonos hueco. Nos acercamos a la barra, pero Sergio, Dani y Hugo no habían llegado aún, o por lo menos, no los veíamos.

Miré mi móvil para ver si Sergio me había mandado algún mensaje y, efectivamente, tenía un *whatsapp* suyo.

«Llegamos en diez minutos, ahora te cuento. Lo siento. Un besazo, mi niña».

Transmití el mensaje a mis amigas y decidimos pedirnos algo e ir a bailar

a la pista. Unos chicos se acercaron a bailar con nosotras y les seguimos el juego. Bailamos con ellos un rato, no muy largo, riéndonos y pasándolo bien. Los chicos se animaron al ver que bailábamos juntos y uno de ellos empezó a hacerlo solo conmigo. El desconocido me sonreía y cada vez se acercaba más a mí. Yo me fui retirando porque no me apetecía tenerle tan cerca, y fue en ese momento, cuando Sergio se colocó delante de mí y me empezó a besar apasionadamente.

Me quedé paralizada. No me lo esperaba. Pero cerré los ojos y me dejé llevar trasladando mis brazos hacia su cuello para responderle a ese beso inesperado.

No sabía qué habría hecho el chico que bailaba conmigo, ni dónde estarían mis amigas, pero estaba tan entregada a ese beso que no quería que acabara nunca.

—No te puedo dejar sola, ¿eh?

Sin dejar de acariciarle el cuello le besé la punta de la nariz con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo.

—Y yo.

—Perdona por haber llegado tarde.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, tuvimos un problemilla cuando salíamos del apartamento.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Bueno, íbamos a coger el coche para venir, y teníamos otro en doble fila y hasta que ha llegado no hemos podido salir.

—¿Quién era el dueño?

—Un señor mayor que había subido a dejar al nieto con sus padres, o eso nos ha dicho...

—Ay, pobre hombre.

—Ya, pero es que no veas lo que ha tardado.

—Bueno, no pasa nada.

—Ya, pero mira... ya tenías a uno rondándote —dijo con una sonrisa canalla.

—Es que estoy muy solicitada —bromeé.

—Ya lo veo.

—¿Estás celoso? —le pregunto burlona.

—Quiero conocerte más y que estés conmigo... ¿Contesta eso a tu pregunta?

Nos miramos sonriendo, pero el gesto empezó a tornarse serio, para dar paso a un beso en el que dejamos la timidez de lado para dar rienda suelta a las ganas que nos teníamos.

Cuando llevábamos allí un par de horas, decidimos cambiar de discoteca. Hicimos el mismo trayecto que el día anterior y fuimos a la misma donde la pasada noche habían echado el *spray* ese que nos puso los ojos malísimos.

Íbamos Sergio y yo un poco más atrás que el resto, dados de la mano y riéndonos por tonterías, cuando justo antes de entrar al local, en la misma puerta, se nos acercó una chica rubia.

—¡Sergio! —dijo eufórica, a la vez que se lanzaba literalmente a darle un abrazo.

Yo me aparté por inercia y les observé. El caso era que su cara me sonaba un montón y no sabía de qué. Pero mientras intentaba recordar de qué la podía conocer, miraba la escena.

—¡Ay, cari, qué ilusión verte aquí otra vez! —dijo sonriendo de oreja a oreja y agarrándole por el brazo.

Me llamó la atención que él se mostraba algo incómodo.

—Hola, Silvia, ¿qué tal? —preguntó Sergio.

—Muy bien, cari, ¿no me ves? —respondió contoneándose.

Tenía una risa que chirriaba y un tono de voz de niña pequeña. Pero suponía que solo me lo parecería a mí. ¿No se daba cuenta? En fin, seguía pendiente de que Sergio me la presentara o algo, pero no lo hacía.

—Ay, cari, qué sola me dejaste ayer, ¿eh? —Le acarició la cara.

¿Cómo? ¿Ayer? Los ojos se me abrieron como platos. ¡Pero si anoche estuvo conmigo! No podía ser... ¿cómo que anoche? Me entró una confusión que no sabía por dónde atajar.

Y lo peor era que él no respondía, no decía nada. Y mientras esperaba su reacción, ¡me acordé de qué conocía a esa chica! Era la misma con la que les vi hablando a Hugo y a él en la discoteca antes de la pelea y que me sacara fuera del local. ¡Era ella!

—Mmm... mira, Anna, ella es Silvia —arranca a decir Sergio.

—Ah, hola —me dice la chica dándome dos besos por obligación y sin casi rozarme las mejillas.

—Hola —respondí con una sonrisa forzada.

—Ehhh, Silvia, Anna y yo vamos a entrar dentro —dijo Sergio.

—Ay, sí, ¡perdona, amor! Pasad, pasad. —Y le volvió a dar un sonoro beso en la mejilla.

¿Amor? Estaba empezando a alucinar.

Entré en el local delante de Sergio, no me cuadraba nada, ¿cuándo había estado con ella? Estuvimos juntos hasta el amanecer, y la tal Silvia había dicho algo de «anoche»...

—Voy al baño —le digo y desaparezco entre la gente.

Necesitaba estar sola para intentar asimilar lo que acababa de ver y oír.

Llegué a un pequeño pasillo que estaba en la planta de arriba de la discoteca, donde al fondo se ubicaban los baños. En ese momento, una chica salía del aseo y le cedí el paso para que bajara las escaleras.

Me quedé ahí, apoyada en la pared pensando. No tenía por qué haber

pasado algo entre ellos, ¿no? Pero ella ha ido tan decidida hacia él, y recalcando que después la había dejado tan «solita»...

Estaba desconcertada, me había hecho ilusiones con Sergio y el primer día que en principio estábamos juntos, la cosa se complicaba.

Quería preguntarle qué había pasado anoche, él me había contado que se quedaron una hora más porque Hugo quería tomarse la última, ¿o el que se quería quedar era Sergio?

Me quedé arriba unos cinco minutos más. Tiempo en el que no me crucé con nadie, respiré y me preparé para bajar las escaleras. Una vez abajo, caminé haciéndome hueco entre la gente y en seguida vi a mis amigas en la pista. Veva, Dani y Sergio bailaban divertidos, por lo visto, a Sergio no le había afectado en absoluto el alegre saludo de aquella chica... Pero, un poco más atrás, divisó a Valeria y Hugo y ¡se están besando! Parece que Hugo finalmente se ha lanzado, o eso me imagino.

Llego donde están bailando, y Sergio, al verme, sonrío y viene directo hacia mí. Se acerca a darme un beso y giro ligeramente la cara con delicadeza, lo cual hace que se le cambie el gesto automáticamente.

—¿Qué pasa, Anna?

—Nada.

—Ya —suspira.

—Que no me pasa nada.

—Claro, ¿y por eso me giras la cara?

—Sergio, déjalo.

—No voy a dejarlo hasta que me digas qué te ocurre.

—Necesito salir a tomar el aire. —Y hago el amago de irme.

En ese momento me coge del brazo impidiéndome marcharme.

—Anna, espera, joder. Voy contigo y hablamos fuera.

Me acerqué a mis amigas y les conté un poco por encima lo que estaba

pasando.

—¿Quieres que nos vayamos? —me pregunta Veva.

—No, no te preocupes, voy fuera a hablar con él.

—Cualquier cosa, nos mandas un mensaje, ¿vale? —dice Valeria.

—Vale, tranquilas.

Sergio me esperaba serio detrás de mí, con las manos en los bolsillos esperando a que yo terminara de hablar.

—Vamos —le digo pasando por su lado y adelantándome a él.

Cuando salimos a la calle, me apoyé en el primer coche que me encontré y Sergio se colocó delante de mí, esperando a que yo hablara, pero al ver que no lo hacía, decidió hacerlo él.

—¿Qué pasa, pequeña? —me dice acercándose a mí.

—Sergio, mira, lo mismo crees que todo esto está fuera de lugar, pero la chica esa que te ha saludado antes... la rubia, ¿qué ha querido decir con «qué sola me dejaste ayer»?

—¿Qué quieres decir? —respondió con el semblante serio.

—Anoche estuviste conmigo hasta que nosotras nos fuimos. Me has dicho que os quedasteis un rato más y...

—Hey, Anna —me interrumpió.

—¿Qué pasó?

Continuó mirándome fijamente a los ojos, casi sin pestañear.

—Nada, Anna, no pasó nada.

—Es todo muy raro —negué con la cabeza.

—Anna, de verdad, no pasó nada.

—¿Estuviste con ella?

—Bueno, nos la encontramos en la discoteca cuando volvimos, nada más.

Si es a eso a lo que te refieres con «estar con ella».

Le sostuve la mirada y alcé las cejas como diciendo «¿estás seguro?».

—Anna, no me mires así, joder —musitó.

—¿Y qué quieres que haga, Sergio? ¿A ti te habría gustado que a mí se me hubiera acercado esta noche un chico con la misma actitud que esa chica?

—No, la verdad es que no.

—¿Entonces?

—Ya... —respondió cabizbajo.

Nos quedamos unos instantes sin hablar, él mirando al suelo, y yo hacia un lado. Supongo que necesitaba esos segundos para ordenar lo que tenía en la cabeza y no decir cosas de las que probablemente me arrepentiría.

Cogí aire y tras exhalarlo despacio, volví a mirarle.

—Sergio, creo que me voy a casa. Esto no tiene sentido.

—¿Ya? Anna, no te vayas, por favor. —Me cogió de las manos.

—Es que se me ha cortado el buen rollo. No te preocupes, es cosa mía.

—Por favor, no quiero que te vayas.

—No sé, Sergio, es que ya no estoy segura de nada. Y antes de acabar amargándote la noche, me voy a casa y mañana será otro día.

—Anna, confía en mí, por favor.

Me mira a los ojos a muy poca distancia de mí y, no sé, pero parece sincero. Nos sostenemos la mirada hasta que finalmente me besa con suma delicadeza, haciendo que me estremezca y acabe dejándome llevar. No sé el tiempo exacto que estamos entrelazando nuestras manos y nuestras lenguas, pero me siento mejor.

—¿Estás bien? —me pregunta apoyando su frente sobre la mía.

—Creo que sí.

—¿Segura?

—Sí.

—Si te apetece, volvemos dentro.

—Sí, vamos con los demás.

—Pero antes, espera un momento...

—¿Qué pasa?

—Solo quiero decirte que para mí eres alguien muy especial que ha aparecido en mi vida de repente, y quiero que sepas que me gustas mucho, ¿vale? —Y me da un pequeño beso en los labios.

Le miro a los ojos y pienso que para mí también es muy importante, pero en ese momento, no me salen ni las palabras.

Estuvimos toda la noche en la discoteca y Sergio y yo apenas nos separamos. Estábamos muy bien juntos y bailamos casi hasta el amanecer. La chica rubia no apareció, o al menos yo no la vi, y agradecí que Sergio estuviera muy pendiente de mí todo el tiempo.

Cuando ya era tarde, o temprano, según se mire, decidimos marcharnos a casa y los chicos nos acompañaron hasta la puerta del portal.

—Bueno, pues mañana nos vemos, ¿no? —me preguntó Sergio.

—No sé yo... —vacilé.

—Anna, te prometo que de aquí me voy a mi casa —respondió poniéndose la mano en el pecho en señal de juramento—, lo siento, Anna, de verdad que lo siento.

Nos abrazamos y no hizo falta hablar más.



En la actualidad

Sergio se había comprado un coche nuevo. Negro, deportivo y, la verdad, me encantó. Nos montamos y la tensión era más que evidente.

—Bueno y ¿dónde te llevo? —preguntó mientras arrancaba.

—Vamos a mi casa a cambiarme y ya me dejas allí. Ahora te voy indicando —respondí mirando al frente.

—Vale.

—Gracias.

—Tranquila, no tienes que agradecerme nada. —Me miró de soslayo.

Si tuviéramos un cuchillo en las manos en ese mismo momento, se podría haber cortado la tensión a trozos. Condujo confiado, pero algo rápido, ya que si no, no me daría tiempo a llegar a la entrevista. Sorteamos los coches de

manera certera, sin peligro, y eso me hizo sentir bastante sosegada a su lado.

Por el camino no cruzamos palabra, a mí no me salían y creo que a él tampoco.

Prestaba atención a la carretera, aunque, de vez de en cuando, se giraba hacia mí de manera esquiva y me miraba serio. Yo notaba su vistazo, pero no lo correspondía, mirarle ya habría sido demasiado para mí.

Llevaba la radio puesta y comenzó a sonar una canción que se me hizo conocida. No sabía quién la cantaba, pero ya la había escuchado alguna vez, estaba segura, incluso me atrevería a decir que la oí cuando estábamos juntos.

—Gira por aquí a la derecha y al final de la calle está mi casa.

—De acuerdo.

Giró el volante con una mano y llegamos a mi portal. En ese momento, vi a David abriendo la puerta de mi coche y montándose en él.

—¡Para aquí! —Le pedí a Sergio mientras ya me estaba quitando el cinturón de seguridad.

Me bajé y corrí.

—¡David! —le llamé.

Se dio la vuelta y salió del coche desafiándome con la mirada. Estaba serio. Esto no pintaba nada bien.

—¿Se puede saber dónde coño estabas? —me replicó con dureza.

—En el hospital con Veva —respondí seria.

—¡Te escribí! —me gritó empezando a subir el tono.

—Lo primero, no me grites. Mira, David, ahora no voy a discutir contigo. ¿Dónde vas con mi coche? Lo necesito —dije con firmeza.

—Pues ve cogiéndote un taxi, porque me lo llevo. El mío no arranca.

—¿Cómo?

—Pues eso, que lo necesito. Además, a saber dónde te has metido toda la noche.

—No te voy a responder a eso. Dame las llaves de mi coche —dije extendiendo mi mano.

—¿Pero no me has oído? —respondió en tono chulesco—. Que te cojas un taxi —dijo marcando cada sílaba.

Sergio observaba la escena desde el coche. Disimuladamente le miré y seguía ahí, serio, observando la situación.

—Pero David, ¿tú de qué vas? Has bebido otra vez, ¿verdad? —dije fuera de mis casillas.

—¿Tú qué vas a saber si yo he bebido o no? No has estado para verlo —respondió borde y sin mirarme.

En ese momento se giró y se montó en el coche, cerró la puerta y arrancó.

—Pero ¡David! —grité con las manos en la cabeza.

Pero no me escuchó, o mejor dicho, no quiso escucharme. Me quedé parada mirando cómo mi coche se iba alejando cada vez más rápido, hasta que dobló al final de la calle y lo perdí de vista.

Sergio salió del coche y se acercó hasta mí.

—¿Qué ha pasado, Anna? ¿Quién era ese?

Yo seguía mirando perpleja cómo mi coche había desaparecido sin más. Estaba claro que lo de David y yo había terminado.

—Era mi novio o ex novio ya... —dije con la mirada perdida.

—Venga, sube a tu casa a cambiarte, que no vas a llegar a la entrevista —indicó pasándome su mano por el hombro—. Yo te llevo.

Subí a mi casa con una sensación de impotencia e incredulidad, que, si hubiera tenido delante a David en ese momento, juro que le habría dado un puñetazo. ¿Quién se creía para dejarme sin coche y para tratarme así?

Me preparé en poco más de diez minutos. Una ducha rápida y ropa formal con tacón alto. O me daba prisa o no llegaba.

Bajé y Sergio estaba apoyado en la pared con una pierna flexionada, justo

al lado de la puerta del portal de mi casa. Cuando me vio aparecer se incorporó rápidamente.

—¿Nos vamos? —dijo.

—Sí, por favor.

No me atrevía a mirarle a la cara, me sentía avergonzada, humillada y sin fuerzas para dar ninguna explicación.

Le expuse el camino a seguir para llegar a la oficina del Sr. Sanz y en seguida cogimos la carretera para tardar lo menos posible. Yo iba muy nerviosa por muchos motivos: por lo de la madre de Veva, por la discusión con David, por la entrevista, pero, sobre todo, porque tenía a Sergio aquí, a mi lado, después de cuatro años. Tan amable como siempre, tan guapo como siempre... tan sencillo como siempre.

Yo tenía como un tic en la pierna que hacía que no pudiera parar de moverla, los nervios hacían que ese baile espontáneo fuera difícil de detener. Y a Sergio no le pasó desapercibido, porque noté cómo me miraba mi pierna.

—¿Quieres hablar?

—No —susurré, mirando por la ventanilla.

—Sabes que puedes contarme lo que quieras —dijo mirándome unos segundos.

No supe qué responder, claro que sabía que podía contarle cualquier cosa. Por lo menos, hacía cuatro años podía hacerlo... y tenía la sensación de que ahora también. Seguía transmitiéndome la confianza y la protección de siempre.

Continuamos el camino en silencio y llegamos a la empresa del amigo de mi padre.

Paró el coche en doble fila y me quitó el cinturón con rapidez.

—Gracias por traerme, Sergio, te lo agradezco mucho. Márchate ya si quieres, luego cojo un taxi para volver al hospital —dije mientras abría la

puerta y empezaba a salir del coche.

—Te espero aquí hasta que acabes y te acerco al hospital, no me importa —me dijo sin dejar de mirarme.

—No hace falta, de verdad.

—Quiero hacerlo. Y venga, sube, que no llegas —me apremió con media sonrisa.

Me rendí. No podía negarme a nada que él me ofreciera, y menos ahora que tenía las defensas bajas en todos los sentidos.

—Está bien. Gracias.

Cuando estaba subiendo la gran escalinata de la entrada escuché.

—¡Anna!

Me di la vuelta, Sergio había salido del coche y se encontraba apoyado en el capó, mirando hacia donde yo estaba.

—Todo va a salir bien —dijo guiñándome un ojo.

Cogí aire y no pude evitar sonreírle. Esperaba que tuviera razón y que todo saliera bien.

Cuando subí la escalera, una gran puerta color dorado con una cristalera en cuyo centro estaba enmarcado el logo de la empresa, se mostró ante mí. Entré con timidez y una secretaria muy mona me dirigió hacia el despacho del Sr. Sanz.

El amigo de mi padre me recibió con educación y mucha cortesía.

—Buenas tardes, Anna —dijo tendiéndome una mano—. Pasa.

—Buenas tardes, Sr. Sanz —respondí nerviosa.

—Llámame Pedro, aunque estoy seguro de que tu padre te lo habrá prohibido —dijo con sorna.

No pude evitar sonreír, parecía que el Sr. Sanz había escuchado la conversación que habíamos tenido mi padre y yo el día anterior.

Tenía el pelo canoso y corto, peinado con la raya al lado. Vestía un traje

gris con corbata color vino. Era de complejión fuerte, aunque no muy alto, «la curva de la felicidad», como llamaban a la tripa, asomaba bajo la chaqueta.

—Vaya, estás hecha toda una señorita. La última vez que te vi no levantabas un palmo del suelo.

—Sí —respondí algo cortada—. Ha pasado mucho tiempo.

—Pero estás estupenda. Por lo menos, has salido más guapa que tu padre —bromeó.

Me reí ante el comentario y eso provocó que me destensara un poco.

Yo no había tratado nunca con él, mi padre sí y, de hecho, solían verse bastante a menudo, le ayudó mucho cuando mi madre nos abandonó. Mi padre me dijo que el Sr. Sanz nunca llegó a casarse y siempre había vivido con su madre, la cual falleció hacía unos cinco años.

Me pidió mi currículum, y poco a poco fuimos teniendo una amena conversación que dejó de ser una entrevista formal. Hablamos de mi formación y acabamos charlando sobre anécdotas de mi padre y suyas.

—Bueno, Anna, un placer haberte visto de nuevo. Tienes un buen currículum —dijo mientras se levantaba y me tendía su mano.

—El placer ha sido mío, Sr. Sanz —respondí con educación y respondiendo a su gesto.

—Pronto tendrás noticias de la empresa, después del proceso de selección, que se hará estos días.

—Muy bien. Muchas gracias.

—Gracias a ti. Estaremos en contacto —dijo acompañándome a la puerta—. Y dale recuerdos a tu padre, dile de mi parte que has hecho una buena entrevista, para que se quede tranquilo —volvió a reírse.

—Lo haré.

Bajé en el ascensor con una sonrisa nerviosa en los labios, siguiendo el

mismo camino que había hecho al contrario con la secretaria un rato antes.

Me dirigí a la puerta de salida, a ese gran portón acristalado. Miré el móvil, ni un mensaje. Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que había entrado en el despacho y no tener noticias de Veva, bueno, mejor dicho, de su madre, era muy buena señal.

Salí algo contenta, porque había ido mejor de lo que yo creía. Cuando pasé la puerta giratoria que daba a la calle, vi que Sergio estaba en el mismo sitio que le había dejado antes de entrar a la entrevista, con la diferencia de que ahora tenía una coca cola en la mano.

Cuando me vio salir sonrió, se incorporó y esperó a que bajara la escalinata.

—Bueno, ¿cómo ha ido?

—Pues creo que bien —respondí suspirando.

—Seguro que ha ido fenomenal. Ya lo verás, no te preocupes. —Me animó con una sonrisa.

Nuestras miradas se enredaron sin saber qué más decir, es que era rarísimo estar con él de nuevo, después de cuatro años, y de una manera tan fortuita.

Qué ganas de abrazarle tenía. Abrazarle y llorar, para así descargar toda la tensión que sentía encima en ese momento.

Le tenía delante de mí, me había acompañado a casa a cambiarme, a la entrevista y ahora me proponía llevarme de nuevo al hospital. Me moría por darle un abrazo, uno muy fuerte, pero no podía hacerlo. No era el momento.

—¿Me llevas entonces al hospital? —pregunté tímida.

—Por supuesto. Cuando llegemos me marchó a trabajar. Ya llego un poco tarde. —Sonrió.

Cuando me dijo que se iba a marchar, noté un nudo en el estómago. Me daba cierta pena el pensar que no sabía si le volvería a ver de nuevo, si volverían a pasar cuatro años para vernos de nuevo. O quizá no nos veríamos

nunca más.

Por el camino llamé a mi padre, le conté cómo había ido la entrevista y me felicitó, primero por haber llegado puntual, y segundo por transmitirle la sensación de haberlo hecho bien.

Nada más colgar volvió a sonar el móvil, el número que reflejaba la pantalla no lo tenía registrado, aun así, respondí.

—¿Sí?

—Hola, Anna ¿Que tal la entrevista?

Me quedé en blanco porque no reconocía la voz, pero el que me hablaba sabía que yo tenía una entrevista hoy. Joder, Anna, qué cabecita tienes.

—¿No me conoces?

—Pues... me pillas en frío —respondí apurada.

—Soy Alex.

—¡Alex! ¡Hola! Perdona, este teléfono... —pregunté dudosa.

—Es el del trabajo.

—¡Ah! ¿Qué tal?

—No, ¿qué tal tú?

—Bien, salgo ahora mismo de la entrevista.

—¿Y cómo ha ido? Seguro que bien, ¿no?

—Bueno, mal no ha ido.

—Lo sabía, no me esperaba otra cosa de ti. —Intuí una sonrisa a través del auricular.

—Ya, claro...

—¿Cuándo sabes si te han cogido?

—Pues me han dicho que pronto me contarán, así que ahora toca esperar.

—Bueno, entonces, ya tienes tiempo para una cerveza, ¿no?

Sonreí al escuchar que seguía teniendo ganas de volver a verme.

—Pues mira, Alex, la madre de una amiga está muy enferma en el hospital

y voy a pasar allí el mayor tiempo posible —dije sincera.

—Lo siento, qué putada.

—Ya... está siendo duro.

—Bueno, si necesitas algo, cuenta conmigo.

—Gracias, Alex.

—Tengo que colgar, Anna, viene el jefe... —dijo susurrando.

—Claro, claro, cuelga, no te vayan a despedir por mi culpa —respondí sonriendo.

—Hablamos, ¿vale? Un besito.

—Vale, hablamos. Chao.

Colgué y me quedé mirando el móvil sonriendo. Acaricié por inercia la pantalla pensando.

—¿Un amigo? —preguntó Sergio.

—¿Qué? —respondí despistada.

—Que si era un amigo —dijo mirándome de soslayo.

—Ah, sí, sí.

Continuamos el camino al hospital en silencio. Sin hablar y sin mirarnos, pero yo me notaba muy tensa, y creo que él también se sentía así... Era algo totalmente lógico. Habíamos vivido muchas cosas juntos, nos habíamos querido, nos habíamos hecho muchas promesas y demasiadas confesiones, que acabaron de repente de la noche al día. Cuánto le odié por eso, joder.

Finalmente llegamos al hospital y paró el coche de nuevo en doble fila.

—Bueno, pues ya estamos aquí. Yo ya no entro, ¿vale? Dale un abrazo a Veva de mi parte.

—Vale. Gracias por traerme, Sergio.

—Sabes que no me importa. Mira, apúntate mi teléfono por si necesitaras el «taxi» otra vez... Él sonrió y yo tragué saliva antes de morirme de la extraña sensación de echarle ya de menos.

—No hace falta, gracias. Ve a trabajar tranquilo, que ya cogeré el bus o algo.

—Si no lo borraste, es el mismo de siempre. —Toma directa.

No lo había hecho, porque, aunque sonara incomprensible, tenía la esperanza de volver a hablar con él alguna vez.

—Yo el tuyo no lo borré —dijo serio y manteniendo fijos sus ojos en mí.

—Yo tampoco borré el tuyo —respondí sosteniéndole la mirada.

Joder, qué tensión. Me coloqué para salir del coche cuando Sergio me cogió de la mano y la sangre dejó de correr por mis venas.

—¿Mañana estarás por aquí por la tarde?

Me entró un cosquilleo por todo el cuerpo que me costaba controlar mis nervios.

—Supongo que sí —respondí sin soltar mi mano.

—Perfecto, entonces mañana nos vemos.

Fui soltando mi mano despacio, muy a mi pesar, porque estaba muy a gusto y salí del coche. Me dirigí hacia la puerta de urgencias y me volví a mirar hacia atrás. Sergio seguía en el coche, y lo hacía con una mano sobre el volante y mirándome. Me sonrió y guiñó un ojo mientras me decía adiós con la mano. Me giré de nuevo y entré en urgencias buscando con la mirada a Veva.

La tarde pasó sin novedades en el estado de salud de su madre. Estuvimos las tres en el hospital intentando convencer a Veva de que se fuera a descansar a casa, pero no lo conseguimos.

—Veva, tienes que ir a casa a dormir un rato, nosotras nos quedamos aquí —le dijo Valeria.

—No, chicas, no quiero irme por si viene el médico o hay cambios.

—Bueno, pues si viene el médico o hay alguna novedad te llamamos y ya

está —contesté yo.

—No, de verdad, estoy bien. Además, me ha dicho Dani que ahora venía.

Nos miramos Valeria y yo y después las dos giramos la cara y miramos a Veva a la vez.

—Bueno, ¿y qué hay con Dani? Qué calladito lo tenías... —dijo Valeria con sorna intentando hablar de otra cosa que no fuera el estado de salud de Marisa.

Veva medio sonrió y bajó la cabeza vergonzosa.

—No hay nada, chicas.

—Ya, claro —dije yo.

—Venga, cuenta, cuenta —animó Valeria.

Nos sentamos las tres juntas para hablar con ella un ratito de algo que la hiciera por unos minutos dejar de pensar en la situación tan crítica que estaba viviendo y, por lo menos, conseguimos que sonriera un poco.

—Pues nada, hace unos meses nos encontramos en el metro por casualidad y empezamos a hablar. No os dije nada porque como sabía lo mal que lo había pasado Anna, pues me sabía fatal que pasara un mal momento o le trajera recuerdos... no sé. Entonces, bueno, Dani y yo hemos quedado bastantes veces, pero no ha pasado nada.

—Pero Veva, cariño, no te preocupes por mí —le respondí—. Reconozco que ver a Sergio aquí me impactó, porque no me lo esperaba ni en lo más remoto de mi imaginación. Pero de verdad que por mí estate tranquila. Nosotras solo queremos verte bien.

—Gracias, chicas.

Y nos juntamos las tres en un abrazo que nos dio mucha fuerza para seguir.

Les conté todo lo que me había pasado esa mañana con David y con Sergio, y todas coincidimos en que David debía salir de mi vida ya. No se

estaba comportando como una persona normal ni estaba demostrando que sintiera algo por mí.



Hace cuatro años ...

Al día siguiente por la mañana, amanecí con un mensaje en el teléfono.

«Te echo de menos, pequeña».

Sonreí mientras me frotaba la cara aún adormecida. Si me llegan a decir que ese verano iba a conocer a alguien tan especial, no me lo habría creído.

Le respondí en seguida:

«Yo también a ti».

Sentí cierto rubor al enviarlo, y este se acrecentó cuando, nada más mandarlo, mi teléfono comenzó a sonar. Al ver quién llamaba volví a sonreír. Era él.

—Hola, Sergio —respondí.

—Buenos días, mi niña. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, de hecho, sigo en la cama todavía, estoy perezosa. ¿Y tú? —dije remolona.

—Me levanté hace una horita o así.

—Y ¿qué haces? —pregunté incorporándome un poco.

—Pues me he dado una ducha y estaba en la terraza tomándome un café.

—Mmm, suena bien. Y ¿Dani y Hugo?

—Durmiendo aún.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—Ellos no sé, yo verte. Eso seguro. —Adiviné una sonrisa en su rostro.

Su respuesta me hizo reír.

—Así me gusta, que cuentes con tus amigos para hacer planes —respondí con sorna.

Escuché una carcajada.

—Es que has escalado muchos puestos en muy pocos días.

—Y eso es bueno, ¿no?

—¿Tú qué crees?

—¡Espero que sí!

—Bueno, y cuando nos vemos, es que... ¿Quieres que te confiese algo?

—Me muero de curiosidad —dije con un susurro.

—Tengo unas ganas tremendas de besarte —musitó.

Las mariposillas del estómago volaron de nuevo. Qué nerviosa me ponía al hablar con él. Es que me gustaba mucho... era evidente y, con ese comentario, me había puesto colorada, otra vez.

—Pues casi que te agradezco que me lo digas por teléfono, sabes que mis mejillas tienen vida propia con este tipo de comentarios.

—Es que me encantas, pequeña —se rio.

—¿Nos vemos en la playa esta tarde?

—¡Claro! ¿Sobre qué hora bajáis?

—Las seis o así.

—Vale, quedamos allí y luego voy a hacer deporte, ¿te parece bien?

—Genial. Entonces, luego nos vemos.

—Lo estoy deseando, pequeña.

Y acabamos la conversación mientras yo me puse a levitar. Y es que me sentía tan bien cuando hablaba con él... Tenía una manera de decir las cosas que me hacía sentir especial, única... estaba viviendo un sueño.

Comimos las tres juntas en casa de Veva y Valeria, todas estábamos emocionadas con la situación sentimental que estábamos viviendo. Cada una a su manera, pero especial en cualquier caso.

Bajamos a la playa a la hora que habíamos quedado y los chicos ya estaban allí.

Según nos íbamos acercando, Sergio se levantó de la toalla y vino hacia mí con esa media sonrisa que me desarmaba. Cuando llegó a mi lado me cogió con decisión de la cintura y me atrajo hacia él para después besarme con pasión. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, no quería que ese momento se acabara nunca, así que me abandoné y disfruté.

Nos separamos lentamente y me susurró al oído.

—Te dije que deseaba besarte...

—¿Dudabas que yo no lo quisiera también?

Los dos sonreímos a la vez y nos abrazamos.

Pasamos la tarde en la playa, divertidos, riéndonos y disfrutando de tan buen momento. Sergio y yo no nos separamos ni un segundo, nos atraíamos como si fuéramos imanes. Sentíamos una atracción el uno por el otro que solo con la mirada ya era más que evidente.

Antes de irse a hacer deporte, me cogió por la cintura levantándome un palmo del suelo.

—No te vayas, ¿vale? Ahora venimos —dijo dándome un beso en la punta de la nariz.

—Aquí te espero. No tardes —respondí besándole yo en los labios.

Lo que me parecía más increíble era que solo habían pasado dos días y estábamos pillados hasta las trancas, al menos yo.

Media hora después de que los chicos se hubieran ido a hacer deporte, escuché que alguien me llamaba.

—¿Anna? ¿Eres tú?

Me giré y vi a Iker, un compañero de la facultad con el que congenié muy bien a lo largo de la carrera.

—¿Iker? —pregunté sorprendida—. ¡No me lo puedo creer!

Nos miramos y efectivamente era él, ¡mi compi de la facultad! Nos dimos un gran abrazo, hacía algún tiempo que no nos veíamos.

—Pero ¿qué haces aquí? —me preguntó.

—¡Pues creo que lo mismo que tú! ¡De vacaciones! —respondí con el mismo gesto—. Jo, qué alegría verte, Iker, te había perdido la pista.

—Ya te digo, Anna. Menuda casualidad.

Se asomó y vio a mis amigas detrás de mí.

—Perdonad, qué mal educado soy. Me llamo Iker.

—Ellas son Veva y Valeria —presenté.

Se saludaron los tres con dos besos y seguimos hablando.

—Bueno, y ¿has venido solo? —pregunté al no ver a nadie a su lado.

—¡Qué va! Con un montón de amigos y amigas. Hemos alquilado un piso grandecito y estamos todos allí desde hace un par de días. ¿Y tú?

—Mi padre tiene aquí un apartamento y la madre de Valeria tiene otro. Así que estamos las tres pasando unos días de vacaciones.

—Chicas —dijo Iker dirigiéndose a mis amigas—. ¿Os importa que os la robe un ratito y me la lleve al chiringuito a tomar algo y ponernos al día? Si tú quieres, claro.

—¡Claro que quiero! —respondí sonriendo—. Chicas, estoy aquí enfrente. —Las avisé.

—Vale, te esperamos aquí y si nos vamos a ir te lo decimos, ¿vale? —apuntó Valeria.

—Vale. Ahora os veo.

Nos dirigimos Iker y yo al bar de la playa charlando entre risas sobre la casualidad de encontrarnos aquí después de varios meses. Nos pedimos unas cervezas y empezamos a charlar con soltura para ponernos al día del trabajo y nuestras vidas en general.

Iker y yo nos hicimos muy amigos a raíz de un proyecto en pareja en la clase de estadística. Estábamos sentados el uno al lado del otro, nunca habíamos hablado antes, pero al surgir la tarea en pareja, él me preguntó si

me apetecía hacerlo con él. Yo le dije que sí, también porque no conocía a nadie aún en la facultad, y a partir de ahí nos hicimos muy amigos.

Es cierto que fuera de la facultad nos habíamos visto un par de veces nada más, pero dentro de ella éramos inseparables. Luego, tras terminar la carrera, la vida hizo que fuéramos perdiendo el contacto, y otra vez nos había vuelto a reunir de manera fortuita.

Pasé un rato superagradable con él. Le hablé de Sergio, cómo le había conocido y lo que estaba viviendo allí. Él me dijo que se casaba el próximo año con una chica que conoció en el trabajo. Que no llevaban mucho, pero que estaban tan felices y enamorados que no querían esperar más.

Me alegré muchísimo por él.

Se nos pasó el tiempo volando y no nos dimos ni cuenta que llevábamos dos cervezas ya cada uno, hablando casi más de una hora super a gusto y celebrando el volver a habernos visto.

En ese momento, Sergio llegó de correr y no me di cuenta.

—¿Dónde está Anna? —preguntó a mis amigas al llegar.

—Está en el chiringuito de allí —dijo Veva señalándome—, con Iker, un amigo que se ha encontrado aquí esta tarde.

—¿Iker? —preguntó extrañado.

—Sí, nos ha dicho que era un compañero de la facultad.

—Ah... —contestó mirando hacia donde estábamos Iker y yo.

Según estábamos hablando y riéndonos en el chiringuito, vi que Sergio se acercaba hacia nosotros.

—Mira, ese chico que viene por ahí es Sergio, del que antes te hablé —expliqué a Iker.

Llegó hasta nosotros y me dio un suave beso en los labios.

—Hola, Anna, no te veía.

—Sí, mira, este es Iker, un compañero de la universidad que, fíjate las

casualidades, nos hemos encontrado aquí esta tarde —dijo presentándoles.

—Hola, soy Sergio —dijo tendiéndole su mano.

—Encantado, yo Iker.

Se saludaron con un apretón de manos que parecía ser un poco más fuerte de lo habitual. Sergio estaba un poco serio. Pero claro, ya se sabe cómo son los chicos, que parece que tienen que marcar su territorio en cuanto a mujeres, y ese apretón de manos creo que fue su manera de hacerlo.

—¿Y os quedáis mucho por aquí? —preguntó Sergio.

—Sí, aún nos quedan unos días.

—Genial. —Dejó de mirar a Iker para dirigirse a su novia—. Anna, nosotros nos vamos a ir ya, vamos a ir a ver el partido al bar —dijo Sergio algo escueto.

—¿Ya os vais?

—Sí, es tarde. Si nos entretenemos no llegamos al comienzo y queremos verlo.

Está serio, no sé... Mientras, Iker observaba nuestra conversación como un mero espectador.

—Bueno, vale. Pues... ¿qué van a hacer estas? —pregunté.

—Creo que se vienen con nosotros, tú te vienes también, ¿no? —me dice pasando su brazo por mi hombro y besándome la mejilla.

¿Es que estaba celoso? No, no podía ser.

—Pues... voy, voy... sí —respondí sintiéndome un poco incómoda por Iker.

—Sí, Anna, ve, no te preocupes —dijo Iker dándose cuenta de la situación.

—Sí, además, seguro que volvemos a encontrarnos otro día por aquí —dije a Iker.

—Eso espero, ¡me ha encantado verte otra vez!

—¡Y a mí!

—Bueno, Anna, pues vámonos, que estos ya están en el paseo esperándonos —interrumpió Sergio.

—Sí, vamos.

Le di un abrazo y dos besos a Iker, realmente me había hecho mucha ilusión verle. En el tiempo de facultad fue como un hermano para mí, el hermano que nunca tuve. El que aconsejó y escuchó mis penas de chicos y yo sus penas de amores.

Sergio y él volvieron a estrecharse la mano y se despidieron hasta otro día.

Caminamos los dos hacia el paseo marítimo, donde nos estaban esperando nuestros amigos, pero seguía notando a Sergio raro, enfadado, así que le abracé por detrás y le di un beso en la nuca.

—¿Qué pasa, Sergio? Estás raro.

—Nada. ¿Por? —respondió sin girarse.

—No sé... —Le solté la cintura—. Te he notado algo tenso cuando has llegado al chiringuito.

—Qué va —respondió sin parar de caminar.

Llegamos al paseo marítimo y nos encontramos con nuestros amigos. Decidimos ir a un bar cercano a ver un partido de fútbol que tenía lugar en apenas quince minutos.

Él estaba delante de mí hablando con Dani. Hugo y Valeria paseaban de la mano, y Veva y yo íbamos las últimas.

—Tía, no sé qué le pasa a Sergio. Está muy raro.

—¿Y eso?

—Pues no sé, ha sido después de volver de hacer deporte.

—La verdad es que se le ha cambiado la cara cuando te ha visto con Iker —confesó Veva.

—Ya, tía, pero joder, que es un amigo.

—Ya, ya, si yo lo entiendo, pero creo que le ha pillado por sorpresa. Y oye, que Iker está bastante cañón.

—Bueno, pues si es por eso, ya se le puede ir pasando, que yo con lo de la chica esa lo he pasado fatal. Y si tiene algún problema, que me lo diga. Paso de aguantar tonterías como estas. Si no voy a poder ni charlar con un tío, me parece que Sergio y yo tenemos poco futuro.

Llegamos al bar y Sergio apenas me había mirado mientras íbamos de camino. Me acerqué a él en la barra aprovechando que estaba solo y que nuestros amigos juntaban unas mesas para ver el partido.

—Sergio, ¿me vas a decir ya que te pasa? —le pregunté seria.

—Nada, Anna, ya te lo he dicho. —Sonrió forzoso.

—Joder, tío, no me toques las narices.

—Que no pasa nada, Anna, ya está, déjalo —respondió tajante.

—Bueno, pues vale, paso. Haz lo que quieras... —Y me fui a la mesa donde estaban sentados el resto.

Durante el partido Sergio me miró muchas veces y yo a él. No es que estuviera enfadadísimo, pero molesto, sí. Y se le notaba a la legua.

En el bar había gente que apoyaba a nuestro equipo y otros que defendían al contrario. Las cervezas que se estaban bebiendo empezaban a causar estragos y cualquier falta que se producía en el partido se trasladaba al bar a modo de gritos y aspavientos. La cosa se estaba poniendo calentita. Y yo cada vez más mosqueada por la actitud que estaba teniendo Sergio conmigo.

Acabó el partido en empate y nos disponíamos a irnos ya a casa cuando uno del otro equipo pasó por el lado de Sergio y le empujó con el hombro «sin querer».

Sergio, sin pensárselo dos veces, se revolvió y se encaró a él.

—¡Eh, tú! ¡¿Tienes algún problema?! —le increpó.

El chico se dio la vuelta y también desafió a Sergio.

—Yo no... ¿y tú?

Se pusieron frente a frente y la situación me dio miedo. Siempre me han asustado este tipo de circunstancias, sobre todo, si van con unas cervezas de más. Me acerqué a Sergio y le cogí del brazo para sacarle de allí.

—Cariño, vámonos.

—¡A mí no me vuelvas a tocar! ¡¿Eh, chaval?! —Sergio seguía enfrentado a aquel chico.

—Mira cómo tiemblo —le respondió el desconocido.

Cada vez estaban más cerca y temía que llegaran a las manos. Al ver cómo estaba el tema, Hugo y Dani intervinieron y consiguieron llevarse a Sergio de allí. Yo estaba muy nerviosa, así que salí también fuera a respirar. No entendía nada.

Me acerqué a mis amigas y les conté lo inquieta que estaba, que no iba a aguantar la actitud que Sergio estaba teniendo conmigo y que, por ello, me iba a casa. No estaba a gusto.

Cuando empecé a despedirme de los chicos, Sergio me miró sorprendido, supongo que porque no esperaba que me marchase. Pero no quise despedirme de él, quería que se diera cuenta de que estaba enfadada y que no me apetecía seguir estando allí aguantando tonterías.



En la actualidad

Sobre las diez de la noche decidí coger un taxi a la salida del hospital e ir a casa a darme una ducha, cambiarme, porque llevaba la ropa de la entrevista de trabajo y los tacones me estaban matando, y luego volver al hospital y pasar la noche con Veva allí.

En el taxi recibí un mensaje. Era de Veva. Temblé antes de abrirlo...

«No vengas, Anna, Dani está aquí y va a quedarse toda la noche. Así que descansa en casa y mañana hablamos».

Le respondí al momento, diciéndole que haría lo que ella necesitara, y volvió a responderme que prefería que fuera mañana y pasara el día con ella, que me quedara en casa y así hablara de una vez con David.

Llegué a casa agotada y David estaba sentado en el sillón. Televisión apagada y mirando hacia el frente con una botella de vodka medio vacía en la

mesa. Al ver la situación me puse algo tensa. No sé cómo estaría ni cómo reaccionaría después de la discusión que habíamos tenido esa misma mañana por mi coche. Cerré la puerta despacio, dejé el bolso sobre la mesa del comedor y me encaminé hacia mi habitación.

—Hombre, ya estás en casa —dijo David sin mirarme.

Dudé si responder o no. Solo quería decirle que me marchaba de casa. Que me diera las llaves del coche, que me marchaba. Respiré hondo y entré en la habitación. Cogí una maleta que guardaba debajo de la cama y empecé a meter mi ropa, sin reparar en qué.

Escuché los pasos de David que venían hacia la habitación. Le miré. Tenía los ojos enrojecidos, otra vez había bebido más de la cuenta.

—¿Qué haces? —preguntó asertivo.

—Me voy, ¿no lo ves? —respondí mientras seguía metiendo ropa.

—¿Cómo que te vas? —inquirió enfadado.

—Lo que has oído. Me voy. Lo de esta mañana ya ha sido la gota que ha colmado el vaso. Se acabó, David.

Se acercó y se puso frente a mí sin dejarme pasar y seguir cogiendo ropa.

—Tú no te vas —afirmó serio y con sonrisa irónica.

—Déjame pasar —respondí desafiándole con la mirada.

—No te vayas, Anna.

—David, no aguanto más esta situación, estoy muy cabreada contigo y harta de encontrarte bebido cada dos por tres.

—Hay otro, ¿verdad? —Sus ojos desprendían furia.

—¡¿Qué dices?! ¡Venga, joder, déjame pasar! —dije enfadada.

Me agarró por los brazos prohibiéndome seguir mi camino. Empezaba a hacerme daño. Mucho daño.

—¿Te has acostado con otro? —dijo zarandeándome.

—¡Suéltame, joder! ¡Me estás haciendo daño! —grité.

Estaba temblando, me estaba asustando. Esto ya estaba siendo demasiado, y no sabía cómo iba a terminar esta escena con David tan alterado y, sobre todo, tan bebido.

—¡Contéstame! ¡¿Quién es él?! —chilló.

Me revolví para intentar zafarme y me empujó contra la cama. Caí encima de la maleta dándome con el brazo contra parte del cabecero de forja. De mi boca emergió una exclamación de dolor. Me hice mucho daño en el brazo. Me miraba con odio, de pie desde un lado de la cama.

—Pero ¿qué coño haces, David? ¡Estás loco! —grité mientras me incorporaba.

Respiraba agitado, ¿y ahora qué hacía yo? Me levanté como pude y corrí hacia el salón muerta de miedo. Fui a coger el bolso, pero me agarró de nuevo del brazo, rasgándome parte de la manga de la blusa.

—¡Te he dicho que no te vayas! —gritó.

—¡Que me sueltes, coño!

No sé de dónde saqué la fuerza, pero conseguí soltarme. Cogí mi bolso, las llaves de mi coche y salí corriendo de allí.

Oí a David llamarme a gritos desde dentro del piso. Bajé las escaleras a toda velocidad y salí a la calle. Llovía. Busqué mi coche, mirando sin ver nada de los nervios. No sabía dónde lo habría aparcado. Corrí calle abajo sin dejar de mirar atrás por si me seguía, y vi el coche aparcado en la calle de enfrente. Crucé casi sin mirar, escuchando un claxon a lo lejos. No acertaba a abrir el coche, estaba muy nerviosa. Por fin, el cierre centralizado se abrió. Me monté temblando y bloqueé la puerta con el seguro. Miré a mi alrededor, pero no vi a David por ninguna parte. Arranqué y salí a toda velocidad de allí. Estaba llorando, temblando y con una ansiedad que me oprimía el pecho, haciéndome difícil el respirar.

No sabía dónde ir. No podía presentarme en casa de mi padre y contarle lo

que acababa de pasar, mataría a David con sus propias manos.

Tampoco podía aparecer en el hospital con Veva, bastante tenía con lo de su madre. Valeria estaba trabajando de noche hoy... ¿Dónde voy? Estaba muy nerviosa, no quería estar sola, pero ¿dónde iba?

Pensé en llamar a Alex, pero no tenía la suficiente confianza con él como para contarle lo que me acababa de pasar.

«¿A quién llamo? ¿qué hago? No quiero estar sola. Estoy aterrada. ¿Y si me sigue? ¿Y si vuelve?». Estaba presa del pánico.

«Creo que voy a llamar a Sergio», pensé. Era el único en ese momento que me conocía lo suficiente como para sentirme comprendida, segura y protegida. Pero ¿y si estaba con su novia? No, mejor no le llamaba. Me iría a un hotel.

Seguía lloviendo, cada vez con mayor intensidad, el parabrisas no daba de sí, apenas se veía al conducir. No quería irme a un hotel, no podía estar sola.

Decidí finalmente llamar a Sergio, ahogada entre mis propias lágrimas. El teléfono dio dos tonos y en seguida escuché su voz.

—¿Anna?

—Sí—respondí con un hilo de voz.

—¡Qué sorpresa! —dijo animado.

No respondí. Me costaba hablar y mi respiración estaba agitada. Fue ahí cuando creo que Sergio se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Anna? ¿Estás ahí? ¿Qué ocurre? —dijo preocupado—. ¿Estás llorando?

Cada vez sollozaba más, no podía articular palabra.

—Anna, por favor, me estás asustando. Contéstame. ¿Dónde estás? —preguntó rotundo.

—Es...es...estoy en el coche. —Acerté a contestar.

—¿Conduciendo? ¿Es la madre de Veva? —dijo alarmado.

—Sí, estoy con...conduciendo. No es por la madre de Veva...

—¿Entonces? Anna, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —respondió preocupado.

—¿Puedo ir a tu casa? —No podía parar de temblar.

—¡Claro! ¿Dónde estás? Voy a buscarte... ¡quédate donde estás!

—No, tran...tranquilo. Voy yo.

Sergio me dijo dónde vivía, no estaba lejos. Seguía lloviendo, cada vez con más fuerza. En algunos momentos dudé en si pararme o no. La carretera estaba fatal, pero tuve suerte de que no hubiera casi tráfico. Decidí continuar. Mi móvil de repente empezó a sonar. Era David. Me dio un vuelco el corazón y sentí un leve mareo. Seguía tiritando y con sudores fríos por todo el cuerpo. No quería cogerlo, así que le colgué. Volvió a sonar. Otra vez él. Volví a colgar.

Llegué a la calle que Sergio me había dicho. Busqué el portal reduciendo la velocidad. No fue difícil encontrarlo. Aparqué un poco más abajo de su edificio. Salí del coche y me empapé por el agua de la lluvia que se confundía entre mis lágrimas. No me preocupaba mojarme, es más, casi ni lo notaba, estaba temblando de frío, de miedo y de nervios.

La puerta del portal parecía estar cerrada, pero presioné y se abrió. Tenía la sensación de que David venía tras de mí. Y eso me hacía sentir un pánico que nunca antes había sentido.

Subí al segundo corriendo, ni pensé en coger el ascensor, solo quería llegar y no estar sola por si David me había seguido. Llamé a la puerta y en menos de un segundo Sergio abrió. Me miró con los ojos muy abiertos. Estaba empapada, llorando y sin dejar de temblar.

16



Hace cuatro años ...

No me despedí de él y empecé a caminar disgustada hacia mi casa. Sergio se

quedó parado con sus amigos. Le noté algo desconcertado, pero no vino tras de mí, aunque tampoco quería en este momento que me acompañara.

Durante el camino iba pensando en si valía la pena continuar con esto. No me parecía ni medio normal tener que aguantar ese tipo de comportamientos de niño pequeño, celoso, porque le han cogido su juguete sin permiso.

Llegué a casa, tiré las llaves literalmente sobre la mesa del comedor y me tumbé directamente en el sofá. Mirando hacia el techo y pensando si tenía algún sentido estar así por un chico que acababa de conocer hacía un par de días.

Les mandé un mensaje a mis amigas diciéndoles que no iba a salir por la noche, que estaba cansada y, sinceramente, no tenía mucho ánimo para estar de fiesta, así que me di una ducha larga y fresquita y me puse directamente el pijama, pantalones cortitos con una camiseta de tirantes.

Me asomé al balcón y vi cómo la gente caminaba por el paseo marítimo. Por la altura a la que estaba el piso, parecían hormiguitas caminando a pie de playa.

Respiré hondo y volví a entrar en el salón. Decidí que lo mismo coger un libro y ponerme a leer un rato me servirían como distracción, y cuando estaba ya acomodada en el sillón con mi nueva adquisición literaria, llamaron al timbre.

Dejé el libro en el asiento y me acerqué a abrir la puerta. Y lo hice convencida de encontrarme a Veva o a Valeria, pero no era ninguna de ellas. Era Sergio...

Me quedé realmente sorprendida de encontrármelo allí, aunque reconozco que me gustó que viniera. Su semblante era serio a la par que avergonzado, con las manos en los bolsillos y meciéndose sobre sus pies.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Le miré durante unos segundos intentando encontrar las palabras exactas,

pero al no tenerlas, me di la vuelta dejando la puerta abierta tras de mí y fui hacia el salón. Me senté de nuevo y esperé mirando mis manos que jugueteaban nerviosas.

Sergio entró despacio en casa y cerró la puerta con cautela. Se acercó caminando lentamente y se quedó de pie al lado del sillón mientras yo miraba a la televisión aunque esta estuviera apagada.

—Lo siento —susurró.

Yo seguía sin mirarle ni responder.

—Anna, tenías razón. No me gustó verte con aquel chico... lo reconozco —dijo sereno.

Cerré los ojos y suspiré. Vale que sabía que era eso lo que le pasaba, pero, por una extraña razón, quise creer que me equivocaba.

—Iker es mi amigo.

—Vaya, ya hablas.

Esa respuesta me hizo medio sonreír.

—Sergio, esto no va bien.

Él se acercó al sillón y se sentó a mi lado sin dejar de mirarme a los ojos.

—Iba bien hasta que he metido la pata hoy —dijo cabizbajo.

—Yo no quiero estar todo el día pensando si te va a molestar que hable con unos u otros.

—Ya lo sé... me sorprendió llegar de correr y verte con él. Sentí celos, lo siento.

—Pero celos, ¿de qué? Si solo hablábamos —respondí sorprendida.

—Celos de la complicidad que se os notaba.

—Claro Sergio, hemos compartido muchas horas en la universidad y eso se nota.

—Ya, ya, si lo sé... y te pido perdón —dijo cogiéndome la mano.

—Y lo del bar, ¿qué? ¿A qué ha venido esa pelea?

—Pues que estaba nervioso, y al final lo pagué así.

—No me ha gustado verte en esa actitud —dije con firmeza.

—Lo sé, me he comportado como un verdadero gilipollas. —Tragó saliva —. ¿Por qué te fuiste?

—Porque no aguantaba más, Sergio. Llevabas sin hablarme un buen rato, y luego verte encarado con aquel chaval y ver que no me hacías ni caso cuando intenté que salieras de allí... Tuve que irme.

—Perdóname. No suelo ser celoso, de verdad.

—Bueno, pues ya está.

Me fui a levantar del sillón cuando Sergio me cogió de la mano y tiró de mí hacia atrás. Caí sobre sus piernas, me abrazó por detrás y mi cuerpo se estremeció al volver a sentirle tan cerca. Me giré para mirarle de frente.

—¿Puedo besarte? —me preguntó.

—Aquí. —Y le señalé la mejilla

—¿Ahí? —Sonrió.

—Sí, sí... de momento, sí

Me dio un besito en la mejilla para después hacer lo mismo en la otra. Besos suaves y profundos, pero cargados de intencionalidad. Después otro en la barbilla, otro en la frente, cerré los ojos, me dejé llevar, otro en la punta de la nariz... Noté cómo sus manos recorrían mi cintura y sus labios comenzaron a recorrer mi boca. Después en el cuello. Sus manos continuaron acariciándome la cintura, esta vez por debajo de la camiseta.

—Susúrrame un beso... —le dije bajito en el oído.

La situación se iba calentando por momentos, todo pintaba a que íbamos a dar un paso más en nuestra relación, y yo estaba segura de que quería darlo. Me abandoné a sus dulces besos.

Con suma delicadeza me desprendió de la camiseta mientras yo hacía lo mismo con la suya sin dejar de besarnos. Le acaricié el cuello con dulzura y

me abandoné a la pasión del momento.



En la actualidad

—¡Anna! Pero ¿qué ha pasado? —preguntó alarmado.

Me cogió con rapidez de la cintura y me metió en su casa. Cogió una manta que había sobre el sillón y en cuestión de segundos me la colocó por la espalda. Me llevó hasta el sofá rodeándome con su brazo para que me sentara. Yo no era capaz de articular palabra, no podía parar de llorar.

—¡Anna! ¡Háblame! ¡¿Qué te ha pasado?!

—Ha sido él...

—¿Él? ¿Quién?

—David... —susurré.

Su cara se enfureció en décimas de segundo.

—¿Cómo que David?! ¡¿No te habrá puesto la mano encima?! —dijo levantándose de un salto.

No supe qué responder.

—Maldito cabrón, ¡¿dónde está?!

—No lo sé... —Sollocé tapándome la cara con las manos.

—Voy a ir a buscar a ese hijo de puta ahora mismo, está en tu casa, ¿no? —dijo mientras se ponía una chaqueta dispuesto a ir a por él.

Me levanté con rapidez del sofá y me puse delante de Sergio.

—Sergio, no, por favor, no vayas —supliqué.

—Anna, le voy a reventar la puta cara por haberte tocado —sentenció.

—Sergio, por favor, quédate conmigo, por favor... no quiero estar sola —dije mirándole mientras las lágrimas resbalaban por mi cara.

Tenía la respiración acelerada, la cara desencajada... me miraba apretando la mandíbula.

Solo acerté a decir con un pequeño hilo de voz:

—Estoy aterrada... por favor.

Sergio relajó el rostro, me miró en silencio y de pronto me abrazó. Y lo hizo con fuerza. Como solo él sabía hacerlo. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras me acariciaba el pelo con una mano y con la otra apretaba fuerte mi espalda. Apoyó su barbilla en mi cabeza y musitó:

—Shh... tranquila, Anna. Aquí estás segura.

Sus palabras las recibí con los ojos cerrados y cada vez más tranquila.

De repente volvió a sonar mi móvil. Di un respingo. Sergio, al ver mi reacción, se acercó a mirar quién era. David de nuevo.

—Se va a enterar este cabrón... —dijo mientras intentaba descolgar.

En ese momento le arrebaté el teléfono de las manos.

—No lo cojas, no lo cojas... —le rogué—, y lo apagué.

—Sabes que tarde o temprano voy a ir a por él, ¿verdad? —dijo con firmeza.

Le miré y no respondí. Las lágrimas seguían cayendo por mi cara cual cascada. Sergio volvió a abrazarme con delicadeza.

—Siéntate, voy a traerte ropa seca, te vas a constipar.

Fue a una habitación y volvió con un pijama suyo.

—Toma. Mira, aquella puerta es el baño. Cámbiate y ahora te tumbas un rato. Voy a prepararte una tila. —Y, acariciando mis mejillas con los pulgares, me besó en la frente.

—Gracias, Sergio, no sabía dónde ir.

Entré en el baño y me gustó mucho cómo estaba decorado. Los azulejos eran azules oscuros y los sanitarios blancos. Era relativamente pequeño, pero con mucho gusto. Un armarito colgaba bajo el espejo. No pude evitar abrirlo. Tenía sus cosas de aseo y su colonia. La cogí y la olí. Cerré los ojos para recibir el aroma, esa fragancia me trasladó a una playa valenciana de hacía cuatro años. Me puse la ropa que me prestó y volví al salón. Tenía una tila en la mesa y Sergio miraba por la ventana del salón. Preocupado.

—Ya estoy —dije para que supiera que había vuelto.

El pijama me venía grande, pero estaba muy cómoda con él. Me quedé de pie abriendo los brazos para que viera cómo me quedaba. Al verme sonrió con los brazos cruzados.

—Me queda un pelín amplio —dije entrecerrando los ojos.

—Te queda perfecto —respondió.

Me senté en el sillón y me tapé con una manta marrón que me ofreció. Se sentó a mi lado.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bueno, un poquito más tranquila. Gracias.

—Toma, bébete la tila, que te vendrá bien —dijo acercándome el vaso.

Ahora que estaba más relajada, le conté lo que había pasado. Tenía marcas en los brazos de la fuerza con la que me había agarrado. Sergio se mostraba cada vez más enfadado y rabioso de no tenerle delante en ese momento. Y yo, viendo cómo estaba, agradecí que no fuera así. Me apoyé en el respaldo del sofá, agotada. Necesitaba respirar y recuperar por lo menos un poco la calma.

—Quédate aquí esta noche, Anna. Duerme en mi cama, yo lo haré en el sofá —me propuso.

—No, Sergio, tranquilo, aquí estaré bien.

—De eso nada, Anna. Vas a descansar mejor, lo necesitas.

—Aunque, si quieres que te sea sincera, no creo que pueda dormir ahora —dije mirando al suelo.

—¿Necesitas algo?

—Tengo miedo, Sergio —dije acongojada—. Estoy aterrada por volver a encontrármelo. Y tengo que coger mis cosas...

—Yo voy a ir contigo —afirmó.

—No, Sergio, ya bastante estás haciendo —respondí cabizbaja.

—Sabes que por ti haría cualquier cosa... —dijo cogiéndome la mano.

—Sergio, no vayas por ahí —susurré.

—Perdona, Anna... tienes razón. Pero quiero que lo sepas.

Al final me acosté en su cama. Por lo que vi en su casa, parecía que vivía solo. Y no había rastro de fotos, al menos en su habitación, de ninguna chica. Estaba tan cansada que al final no me costó dormirme, pero sin saber el tiempo que llevaba durmiendo, me desperté algo sobresaltada. La luz del salón estaba encendida. Me levanté despacio y vi a Sergio tumbado en el

sofá, vestido aún con la ropa de calle y dormido. Cogí la manta con la que me tapó él a mí antes y se la eché por encima.

Apagué la luz de pie del salón y me dirigí de nuevo a la cama. Cuando fui a entrar en la habitación escuché:

—Descansa, pequeña. No te va a pasar nada.

Me giré sobresaltada, no lo esperaba. «Le he despertado», pensé.

—Buenas noches, Sergio, y gracias por todo —susurré.

Cuando me desperté, el sol entraba por la ventana. Me desperecé y miré a mi alrededor. Me dolía la espalda, suponía que por la tensión que había vivido la noche anterior. No oía ningún ruido en el salón, así que me levanté despacio y miré la hora, las diez de la mañana. Me asomé tímida por el quicio de la puerta y salí al salón, pero no había nadie. De camino a la cocina, me detuve ante el televisor porque había una nota.

«Buenos días, Anna, he ido a trabajar, me habría gustado quedarme contigo en casa, pero el deber me llama. En la cocina tienes todo lo necesario para desayunar. Salgo a las tres, si decides irte antes, solo cierra la puerta y ya está. No te preocupes por echar la llave. Espero que hayas descansado, me asomé varias veces de madrugada a la habitación y dormías tranquila. Cualquier cosa que necesites, llámame, estoy a diez minutos de mi casa, para lo que sea, Anna. Un beso. Nos vemos».

Reconozco que era un cielo, era tan buena gente... me había visto dormir, preocupado por cómo me encontraba. Me dirigí finalmente a la cocina. Sobre la mesa había una bandeja totalmente preparada para desayunar. Zumo, café, cacao, cereales, *croissants*, galletas... y una rosa... Otra nota bajo la flor:

«He madrugado para que cuando te levantas no te faltara de nada... buenos días, pequeña».

18



Hace cuatro años ...

Me desperté de madrugada con Sergio a mi lado. Estaba apoyada sobre su pecho y él me rodeaba con su brazo. Estábamos tan cerca que podía oír los

latidos de su corazón. Una sonrisa espontánea se dibujó en mi boca, estaba feliz. Habíamos hecho el amor y me había tratado como una reina, sin duda sabía cómo cuidar a una mujer.

Cerré los ojos recordando los buenos momentos que acabamos de vivir esa noche y, sin quererlo, me volví a quedar dormida con una sonrisa en la boca.

El sol que entraba por la ventana de la habitación me despertó, y Sergio seguía dormido. Incluso así me parecía guapísimo. Su cara se mostraba relajada y su mano estaba abrazando mi cintura. Me moví despacio para no despertarle, me levanté y salí de puntillas de la habitación intentando hacer el menor ruido posible.

Me dirigí a la terraza a ver el mar al amanecer. Me apoyé en la barandilla y cogí aire. Estaba muy relajada. En la playa había ya gente paseando, otros haciendo deporte y personas tempraneras con el pan y el periódico bajo el brazo.

De repente, sentí cómo unos brazos me rodeaban la cintura con dulzura por detrás, seguido de un beso profundo en el cuello y un susurro en mi oído:

—Buenos días, mi niña.

Me estremecí y sonreí. Me di la vuelta y ahí estaba Sergio, aún con cara de sueño, pero con una gran sonrisa en la cara.

—Buenos días, pequeño. —Le besé.

Llevaba el torso desnudo, lo que me hizo sentirme todavía más cerca de él.

—¿Has dormido bien? —le pregunté pasando mis manos por su nuca.

—¿Tú qué crees? —Su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Y tú?

—Muy bien también.

Me abrazó fuerte hasta subirme en brazos y yo tuve que agarrarme a él para no caerme.

—¿Quieres desayunar? —le pregunté—. No es que tenga gran cosa.

—¿Te puedo desayunar a ti? —dijo él haciéndome cosquillas.

Desayunamos unas tostadas y un café sentados en la mesa del salón. Entre gestos de complicidad y tonteos evidentes. Muchas veces nos quedábamos mirando, hablando sin palabras, y eso bastaba para saber lo que queríamos decirnos. Era increíble la conexión que teníamos para habernos conocido hacía tan poco tiempo.

—Sergio, voy a darme una ducha, ¿vale? —le dije mientras entraba al baño y él se estiraba mirando por el balcón.

—Vale.

Cerré la puerta, me desnudé y abrí el grifo. De pronto, escuché que la puerta se abría.

—Que digo yo que si te hace falta que te enjabone la espalda...

—¡Pero bueno! ¡¿Qué haces aquí?! —dije sorprendida entre risas y asomando la cabeza por la mampara.

—No te preocupes en taparte, no hay nada que no haya visto ya.

—No me lo puedo creer —me ruboricé.

Vi cómo poco a poco se iba quitando la ropa, sin ningún tipo de pudor.

—¿No iras a entrar? —pregunté vacilona.

—No, no, qué va —respondió con un guiño.

Y efectivamente, entró conmigo en la ducha para continuar con la pasión que habíamos dado rienda suelta la noche anterior.

Pasamos el día solos, paseando por la playa, tomando un aperitivo frente al mar. Besándonos, riéndonos, queriéndonos. Comimos en un italiano y conversamos sobre nuestras vidas, nuestras familias, conociéndonos un poco más.

Por la tarde nos quedamos en casa durmiendo la siesta y viendo la tele tirados en el sillón. No había pasado un día tan bonito desde hacía muchísimo tiempo. Sergio era atento, romántico, cariñoso... lo tenía todo.

Por la noche quedamos con nuestros amigos para ir a la discoteca y divertirnos un rato con ellos. Aunque nosotros seguíamos pegados como lapas.

Les conté a mis amigas todo lo que había pasado la noche anterior y durante el día y se quedaron algo sorprendidas, pero encantadas de verme así de contenta. La última vez que me habían visto era enfadada y yéndome sola a casa tras la discusión con Sergio nada más acabar el partido.

Mientras, Sergio, Hugo y Dani estaban en la barra, supongo que haciéndole el tercer grado sobre lo que pasó anoche.

Nosotras bailábamos divertidas en la pista cuando noté que alguien me tapaba los ojos con sus manos preguntando:

—¿Quién soy?

Por la voz le reconocí al instante, era Iker de nuevo.

—¿A lo mejor eres un colega de la universidad? —respondí con sorna.

En ese momento quitó las manos de mis ojos y me di la vuelta.

—Jo, ¡qué rápido lo has adivinado! —dijo él.

—Ya ves... ¡es que soy muy lista!

—¡Qué casualidad que nos encontremos otra vez! ¡Anda que no hay sitios por aquí para salir!

—¡Ya te digo! Solemos venir aquí a tomarnos la primera.

—Nosotros es que resulta que un colega conocía este sitio. Estoy con esa pandilla de allí.

Iker señaló un grupo de unas diez personas entre chicos y chicas.

—¿Y hasta cuándo te quedas por aquí?

—Nos quedamos quince días, es el tiempo que hemos alquilado la casa, ¿y tú?

—Ya llevo unos cuantos, me queda poco más de una semana.

En ese momento apareció Sergio con mi copa.

—Toma, cariño —dijo dándome el vaso—. ¿Qué tal, tío? —Le estrechó la mano.

—Bien. Estábamos allí, he visto a Anna y he venido a saludarla.

—Muy bien —respondió sonriente.

—Bueno, Anna, pues nos vemos en otro momento, ¿vale? —se despidió Iker.

—¡Claro! ¡Cuando quieras!

Nos dijimos adiós con dos besos y un apretón de manos de Sergio. Este me abrazó y me dijo al oído.

—Esta vez he sido bueno, ¿no? —Me besó en el cuello.

—Sí, cariño... gracias.

—¿Os conocéis hace mucho?

—Sí, de la universidad. Congeniamos muy bien desde el principio.

—¿Pero habéis tenido algo?

—¡Qué dices! ¡Claro que no! Somos amigos, nada más —dije dándole un pequeño golpecito en el pecho.

—Vale, vale, era por saberlo. —Y me besó de nuevo.

Al rato nos fuimos de allí a otro local. Veva y Dani decidieron poner fin a las discotecas e irse a casa de esta a terminar la noche. Nos quedamos los cuatro y entramos a un pub a tomarnos algo tranquilamente antes de irnos a casa.

Hablamos y reímos y, cuando me acerqué a pagar a la barra, vi que no tenía dinero suficiente, así que, por no pedírselo a nadie, me acerqué a Sergio y le dije bajito:

—Cariño, voy a sacar dinero al cajero que está aquí al lado.

—Voy contigo, espera —dijo haciendo ademán de levantarse.

—No, no, quédate con ellos, no tardo nada, de verdad. Ahora vengo.

Y le di un beso en los labios.

Salí del local y me dirigí al cajero que estaba como a unos cien metros. No había mucha gente en la calle porque este pub no estaba en pleno paseo marítimo, que es donde se concentraba la mayoría de la gente joven. Como queríamos estar tranquilos, fuimos a uno que estaba en una calle paralela.

Llegué al cajero y saqué la tarjeta del monedero, no se oía ni un alma por allí. Miré a los lados y no había nadie. Marqué mi número secreto y pensé en cuánto sacar.

De repente, noté cómo algo pinchaba la parte baja de mi espalda. Acto seguido me taparon la boca.

—Ni se te ocurra gritar o moverte. Saca todo el dinero que tengas en la cuenta, ¡ahora! O te portas bien, o notarás algo más que un jodido pinchazo en los riñones.

Me quedé paralizada. El corazón me iba a mil por hora. No reaccionaba. No sabía qué hacer. Tenía una mano en mi cara como mordaza y un objeto puntiagudo en la espalda que empezaba a hacerme bastante daño.

Me estaban atracando.



En la actualidad

Acaricié con cariño la nota mientras una pequeña sonrisa asomaba por mi rostro. Desayuné un poco de zumo, un café y alguna galleta. Luego fui directa al baño y me duché. La ropa de ayer ya estaba seca, así que me vestí y me dispuse a llamar un taxi que me llevara directamente al hospital para estar con Veva. Miré mi teléfono, ¡se me olvidó que lo había apagado! ¡¿Y si Veva había intentado hablar conmigo?! Lo encendí con tanta prisa que hasta me equivoqué al poner el número pin. Una vez lo encendí, dejé que se cargaran todas las actualizaciones mientras me peinaba. Oí que empezaban a llegarme

mensajes, muchos mensajes. Corrí a por el teléfono y miré con miedo la pantalla.

Por fortuna, no había mensajes de Veva, ahora la llamaría... pero ¡tenía treinta y dos llamadas perdidas de David! Me asusté. ¿En serio pensaba que, después de lo que me había hecho, iba a cogerle el teléfono? Tenía terror a volver a encontrármelo cara a cara. Antes, mientras me duchaba, me vi unos moretones en los brazos, de cuando ayer David me agarró con tanta fuerza y mi cuerpo se estremeció. ¿Cómo habíamos llegado a esto?

Vi también dos llamadas perdidas de un teléfono que no conocía, era un número muy largo, como si fuera de una centralita. Probé y di a la rellamada, a ver si alguien respondía. Tras dos tonos, una voz femenina contestó.

—Despacho del Sr. Sanz, dígame.

—Hola, buenos días, mi nombre es Anna y tenía dos llamadas perdidas de este número.

—Sí, espere un momento, por favor.

Empezó a sonar música clásica de fondo mientras me daba cuenta de que quien me había llamado era la empresa donde el día anterior había hecho la entrevista de trabajo... ¡Qué pronto! Probablemente, habrían desestimado mi perfil.

—¿Anna? —escuché.

Esta vez la voz era masculina.

—Sí, soy yo —respondí nerviosa.

—Anna, soy Pedro, ¿cómo estás?

—Buenos días, Sr. Sanz, todo bien, gracias —mentí.

—¡Llámame Pedro, que hay confianza, mujer!

—De acuerdo —respondí sonriendo.

—Mira, te llamaba para decirte que te hemos seleccionado para ocupar el puesto de trabajo de secretaria de dirección.

Se me abrieron los ojos como platos, ¡me habían cogido! ¡No sabía ni qué decir!

—¿Sí? Ay, muchísimas gracias, Sr Sanz..., digo Pedro..., le estoy tremendamente agradecida, de verdad —titubeé al hablar.

—Gracias a ti por presentarte. Me diste muy buena impresión y estoy seguro de que hemos hecho una buena elección contigo. El lunes de la próxima semana puedes incorporarte. Como te comenté en la entrevista, el horario será de nueve de la mañana a tres de la tarde. Luego por mail te mando todos los papeles que tienes que traer esta semana para hacerte el contrato.

—Muchísimas gracias de nuevo, de verdad. Ay..., es que estoy nerviosa, perdóneme...

—Estás perdonada, Anna —rio—. Aun así, te voy a enviar a tu móvil mi número de teléfono personal, por si tienes alguna duda.

—De acuerdo. Muchísimas gracias otra vez.

—No tienes por qué dárme las. Ya me invitarás a un café y listo... Bueno, pues lo dicho, nos vemos.

—Perfecto, Sr. Sanz. —Me costaba tutearle—. Nos vemos el lunes.

Y colgamos.

Tenía una contradicción enorme de sentimientos, emoción y alegría por mi nuevo trabajo y, al mismo tiempo, estaba nerviosa y aterrada por la situación con David.

Corrí a coger un taxi que había pedido para reunirme lo antes posible con Veva. Me moría de ganas por contarle en persona que tenía un empleo. Mientras iba en el taxi mandé un mensaje común a Valeria, a mi padre y a Sergio.

«¡El trabajo es mío! ¡Empiezo el lunes!».

Automáticamente, mi padre me llamó dándome la enhorabuena y

aconsejándome que debía trabajar duro para no decepcionar a su gran amigo Pedro. Yo también le conté la conversación que había tenido con el que iba a ser mi jefe a partir del lunes.

En seguida recibí otro mensaje, en este caso era de Valeria.

«No lo dudaba, mi niña. ¡Esta tarde lo celebramos en el hospital con Veva!».

Y mientras leía el de mi amiga, otro mensaje sonó en mi teléfono, Sergio.

«¿Dudabas que no fuera a ser tuyo? Yo estaba convencido», acompañado de un emoticono con una cara guiñando un ojo y sacando la lengua.

El teléfono empezó a sonar según terminé de leer el mensaje de Sergio, lo primero que se me vino a la cabeza era que podría ser Veva... pero no, era David... no lo cogí. No quería hablar con él.

Llegué al hospital, vi a Veva y corrí a preguntarle por su mami. Me contó que no había novedades, que Dani había estado allí hasta las nueve de la mañana porque se tenía que ir a trabajar.

Le conté lo del trabajo, todo lo que me pasó la noche anterior y que acabé durmiendo en casa de Sergio. Hablamos durante un rato y conseguí sacarla a la calle a pasear por los alrededores del hospital, no sin antes asegurarse de dejar su número de teléfono en recepción para cualquier novedad.

La mañana se pasó volando, entre conversación y conversación. Comimos un bocadillo en el hospital y nos sentamos a esperar. Se tumbó en varias sillas y se quedó dormida de agotamiento apoyando su cabeza en mis piernas. La peiné con mis dedos mientras la observaba. Estaba ojerosa, pálida, triste...

Miré hacia el pasillo y vi que se abrían las puertas de urgencias, era Sergio. Mis amigas, las mariposillas del estómago, volaron de nuevo para recibirle. Cuando me vio, emergió de su cara una sonrisa y yo respondí de la misma manera. Se acercó hasta mí y me dio un suave beso en la mejilla, como si nada.

—¿Qué tal su madre? —preguntó sin ni siquiera haberse quitado las gafas de sol.

—Sin novedades —dije resignada.

—¿Tú cómo estás? ¡Enhorabuena! —dijo sentándose a mi lado y dándome una palmadita en la espalda.

—Gracias, ha sido una sorpresa. Estoy muy contenta —respondí sin dejar de mirarle.

En ese momento volvió a sonar mi teléfono. Miré con rapidez a ver quién era y así no despertar a Veva.

—Joder, otra vez. —Lo guardé en el bolso.

—¿Cómo que otra vez? ¿qué pasa? —preguntó serio—. ¿Es el gilipollas ese?

—Sí, no para de llamar.

—La próxima vez me lo dejas a mí, que ya hablo yo con él —dijo enfadado.

—No, Sergio, no vamos a complicar más las cosas. Pero gracias de todas formas.

Nos quedamos sentados sin hablar, para no despertar a Veva. Pasamos así un buen rato. En ese momento vimos llegar a Valeria y a Dani. Dani besó en la mejilla a Veva y esta se despertó. Los cinco hablamos un rato y, de repente, una voz por el megáfono nos sobresaltó.

—Familiares de Marisa Sunter.

Era la madre de Veva. Ella corrió hacia el mostrador, Val y yo la seguimos. Vimos al médico salir. Se acercó a nosotras despacio. No tenía buena cara. Nos miraba serio y cabizbajo. Creo que las tres ya sabíamos lo que nos iba decir sin necesidad de palabras.

—Lo siento, no hemos podido hacer nada por salvarla.

Me eché las manos a la cabeza, no podía ser. Veva, como a cámara lenta,

empezó a desvanecerse con un grito mudo que salió por su boca. Dani corrió hacia ella y la cogió en brazos. Se la llevó a tumbarla en los asientos. Viví toda esa escena observando pasar los fotogramas uno a uno. Dejé de escuchar a mi alrededor, solo miraba hacia Veva, estaba descompuesta, gritaba, lloraba de rabia, pataleaba, quería ver a su madre.

Me quedé paralizada, ¡había muerto! ¡Marisa había muerto!, no podía creerlo. Había fallecido, se había ido para siempre.

Me eché las manos a la cara y empecé a llorar hiperventilando, no podía dejar de hacerlo con la respiración demasiado alterada.

Noté que me abrazaban con fuerza. Era Sergio.

—Shhh... llora tranquila, desahógate... shhh... estoy aquí... tranquila...

Me dejé llevar por el abrazo y lloré sin parar. Estaba fuera de mí, igual que en un sueño. No parecía real. ¡¿Qué coño había pasado?! ¡Marisa no podía irse ya! ¡Era demasiado joven y le quedaba mucho por vivir aún! ¡No era justo! Me abracé a Sergio como a una tabla de salvación mientras las rodillas me flojeaban.

En ese momento, recibí un mensaje de texto de un número que no conocía. Lo abrí sin saber ni cómo y leí:

«Te estoy vigilando, zorra».



Hace cuatro años ...

Estaba aterrada, no sabía qué hacer, alguien estaba pinchándome en los riñones y me pedía que sacara todo el dinero de mi cuenta... Me temblaba todo el cuerpo, estaba totalmente agarrotada y no sabía ni cómo era capaz de sostenerme en pie. Me dolía una zona puntual de la espalda, donde ese ladrón estaba apretándome cada vez con más fuerza.

En ese momento se empezó a escuchar jaleo de fondo. Parecía que había gente cerca. Se oían voces de personas que animadas cantaban por la calle.

—¡Mierda! ¡Joder! —protestó el desconocido.

Por un momento pensé en gritar, en revolverme, que me escucharan y así ese capullo me soltara. Pero tenía tanto pánico que no me atreví. Quería que viniera alguien, que cualquiera nos viera, ¡que alguien me viera!

Estaba tan nerviosa que no acertaba ni a meter la tarjeta por la rendija. Temblaba...

—¡Vamos, coño! —me increpó nervioso.

Las voces cada vez se oían más cercanas. La respiración del atracador se tornó visiblemente más rápida. Notaba su aliento en mi nuca y casi podía sentir incluso el sudor cayendo por su sien.

—¡Chicos! ¡Vamos al Templo a tomar la última! —Se escuchó.

Sin duda, las voces que había oído hacía unos minutos estaban ya aquí.

Fue en ese momento cuando el atracador me empujó contra el cajero automático, dándome un golpe en la frente y por un impulso mi mano tapó la zona golpeada.

Salió corriendo y yo me apoyé en la pared no sabía ni cómo. Respiraba muy agitada, mirando hacia todos los lados y sin ver nada. Finalmente caí al suelo arrastrando mi espalda por la pared. Apoyé la cabeza en mis rodillas y me hice un ovillo. Lloraba, tiritaba y apenas podía respirar...

No era capaz de incorporarme, me sentía totalmente rígida e incapaz de moverme. De repente, empecé a oír pasos, cada vez más cercanos y nítidos. Comencé de nuevo a sudar, el corazón me latía tan fuerte que sentía que se me iba a salir del pecho. Cerré los ojos con fuerza, apreté los puños y esperé...

—Perdona, ¿estás bien? —Me preguntó una voz femenina.

Levanté la cabeza rápidamente. ¡Alguien venía a ayudarme!

No era capaz ni de responder, solo la miré y negué varias veces con la cabeza mientras lloraba. No era capaz de parar la hilera de lágrimas que se deslizaban por mi cara.

—Ven, levántate —Tendió su mano.

—Gracias —dije a trompicones.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la chica preocupada.

—Un... un... un hombre ha intentado atracarme... —respondí con un llanto entrecortado.

—Ven, tranquila, nosotros vamos a ayudarte.

Le pedí que me acompañara al bar donde estaba con Sergio, Dani y Veva. Ella, muy amablemente, me acercó caminando hasta allí tranquilizándome por el camino, incluso me cogió del brazo mientras me hablaba para que me relajara.

Llegamos al local y según entramos por la puerta y Sergio me vio, el gesto de la cara se le transformó. Era evidente que algo había ido mal. Rompí a llorar de nuevo al ver cómo se levantaba con impulso y corría rápidamente a la puerta para abrazarme con fuerza.

—¡Anna! ¿qué ha pasado? —dijo buscando mi mirada.

—Creo que han intentado atracarla —dijo.

—¡¿Qué dices?! —respondió Sergio alarmado.

La chica que me acompañaba le explicó en qué situación me había encontrado y que, al ver el estado de nervios en el que estaba, decidió traerme hasta aquí.

Veva y Dani se unieron a esa reunión no planeada mientras Sergio salía rápido a la calle a ver si encontraba al atracador frustrado. Enseguida regresó decepcionado.

—Fuera no hay nadie, joder —dijo.

Se acercó hasta mí y volvió a envolverme con fuerza.

—Tranquila, ya ha pasado todo —me susurró al oído.

Le noté nervioso, mordía con rabia su mandíbula y su corazón iba a mil por hora. Nos sentamos y tras tomarme una tila, ya estaba un poquito más tranquila. Conseguí contarles, despacio, todo lo que había pasado, cómo me agarró, cómo se enfadó cuando empezó a escuchar que alguien se acercaba, cómo me empujó cuando vio que iba a ser pillado, cómo notaba algo que me pinchaba en los riñones y cómo de repente apareció aquella chica para sacarme de allí...

—Bueno, yo tengo que irme —apuntó la chica desconocida.

—Muchas gracias, de verdad —le dije agradecida.

—No hay de qué, seguro que tú habrías hecho lo mismo por mí, ¿a que sí?
—preguntó sonriendo.

Esa respuesta me provocó una leve sonrisa que fue correspondida por ella.

—Te agradecemos mucho lo que has hecho —le dijo Sergio.

Nos despedimos de ella y yo solo quería irme a casa. No podía estar más tiempo allí. Me daba miedo salir y encontrármelo de nuevo.

—No va a estar fuera, cariño, confía en mí —dijo Sergio abrazándome.

Salimos los cuatro y caminamos hacia casa, y lo hacía tensa, asustada, agarrada a la cintura de Sergio y sin parar de pensar todo lo que había vivido hacía unos minutos.

Mis amigos intentaron distraerme con una animada charla, pero de mi cabeza no salían aquellas desagradables sensaciones. Solo sentía el frío de algo punzante en mi espalda y la única visión de la pantalla de aquel cajero mientras me tapaba la boca con violencia.

Ese cajero tenía una zona con un material parecido al espejo, pero distorsionado. Recuerdo que el desconocido era de pelo oscuro y largo. Poco más pude ver, tanto por la escasa nitidez de aquel «espejo» improvisado, como por el estado de nervios en el que me encontraba.

Por el camino, casi llegando al apartamento, le hice una propuesta a Sergio.

—Sergio, ¿puedes quedarte a dormir conmigo? Estoy aterrada. No quiero estar sola en casa toda la noche.

—¿En serio me lo preguntas? Iba a quedarme, aunque no me lo pidieras —me respondió con esa sonrisa. Su sonrisa.

Suspiré y él me apretó por la cintura mientras me daba un dulce beso en la cabeza.

—No tengas miedo, pequeña.

Llegamos al portal y nos despedimos en el ascensor de Dani y Veva, que también dormirían juntos.

—Descansa, mi niña —me dijo Veva después de darme un gran abrazo.

—Lo intentaré.

—Si quieres algo estoy dos pisos más abajo —expresó guiñándome un ojo.

—Veva, tú tranquila, que no voy a dejarla sola ni a sol ni a sombra —dijo Sergio con una sonrisa.

Subimos a casa y me senté en el sillón. Estaba más tranquila, pero no se me quitaba de la cabeza esa sensación de angustia, miedo, terror. Esa conmoción de querer gritar con todas mis fuerzas que me estaban agarrando en contra de mi voluntad. Que estaban intentando atracarme. Lo recordaba y me entraban escalofríos.

Sergio se acercó a mí y se acomodó a mi lado.

—Ven —me dijo alargando su brazo.

Y pasó su mano por mi hombro llevándome hacia él y apoyándonos en el respaldo del sofá.

—Estate tranquila, cariño.

—Qué impotencia he sentido... —confesé mirando al techo.

—Ya... joder, si es que tendría que haberte acompañado.

—No, Sergio. Esto no tendría que haber pasado.

—Mira que lo pensé, pero como el cajero estaba cerca...

—Sergio, que no tienes culpa. Ha pasado y ya está.

—Ya, joder, pero...

Sergio suspiró mirando hacia el techo.

—Maldito cabrón.

Le cogí la mano y le di un beso.

Me dolía un poco la cabeza, no sabía si por el golpe, si por el estado de nervios o por la mezcla explosiva de ambas cosas. Me había salido un pequeño chichón cerca de la sien al empujarme contra el cajero.

Sergio, al ver que me tocaba el bulto, me preguntó:

—¿Te duele mucho?

—No, me molesta un poco, nada más.

—Espera, que te voy a poner hielo —dijo haciendo ademán de levantarse.

—No —dije agarrándole la mano—. Quédate aquí conmigo. De verdad, que tampoco me duele tanto...

—¿Segura?

—Segura.

Y volvió a sentarse a mi lado.

Nos quedamos un rato abrazados en el sofá. Cerca uno del otro, pero sin apenas hablar. Ahora era cuando realmente notaba que empezaba a estar más relajada. Ya era capaz de respirar sin que pareciera que el corazón se me fuera a salir por la boca.

Los párpados empezaban a pesarme, pero estaba tan a gusto que no quería moverme para ir a la cama. Sentir a Sergio a mi lado, con su brazo rodeándome y el otro cogiendo mi mano me hacía sentirme muy feliz.

—Cariño —susurró Sergio—. ¿Quieres ir a acostarte?

—No —respondí con un hilo de voz.

—Como quieras. —Y me besó en la sien.

En ese momento recordé cómo pude dudar de él y de aquella chica que tan efusivamente se acercó a nosotros en la puerta de la discoteca. Le notaba tan entregado a mí, que me costaba imaginar que me hubiera engañado.

Me vinieron a la cabeza imágenes del día que nos conocimos. Aquel incidente del que me defendió abrió el camino para que, ahora, aquí, estuviéramos así. Recordé estar nerviosísima pensando en si volvería a verle,

en si él querría volver a verme a mí...

Y así, entre pensamiento y pensamiento, no fui capaz de soportar ya el peso de plomo de mis párpados y, con media sonrisa en mi cara, me quedé dormida escuchando el latir de su corazón.

21



En la actualidad

Había pasado una semana desde que la madre de Veva se marchó para siempre.

Estos días habían sido muy duros en todos los sentidos. Veva había perdido el pilar fundamental de su vida, había perdido la mitad de su corazón. Con el fallecimiento de Marisa, había disipado algo más que su presencia física. Aunque como bien dicen, nadie desaparece del mundo mientras que alguien le recuerde.

Veva se quedó en casa sin salir unos días, era totalmente comprensible, pero teníamos que intentar al menos que le diera la luz del sol en su pálida cara. Se pidió unos días libres en el trabajo para intentar asimilar, al menos algo, aquella grave pérdida. Estuvimos a su lado todo el tiempo que pudimos, nos turnábamos para que no pasase sola ni un solo segundo del día.

Por mi parte, yo había comenzado a trabajar en la empresa del amigo de mi padre. Llevaba pocos días, pero los suficientes como para sentirme nerviosa y saturada ante la novedad de mis funciones del día a día. Tenía que ponerme las pilas si no quería perder el trabajo. Aunque Pedro hacía todo lo posible para que yo estuviera a gusto. Era todo nuevo para mí y, sumado al fallecimiento de Marisa y otras cosas, no estaba apenas centrada. Me costaba concentrarme en las explicaciones que Marcia, una de mis compañeras, intentaba darme todos los días.

—¿Lo has entendido? —me preguntaba ella muchas veces.

Y yo asentía sin saber casi ni lo que me había preguntado.

Marcia era una chica bastante joven, me dijo que acababa de salir prácticamente de la carrera y que, por suerte, la habían contratado como becaria. No llevaba mucho tiempo en la empresa, pero le bastaba para sacarme a mí de bastantes apuros en la gestión del papeleo.

Por otro lado, estaba lo de aquel mensaje: «Te estoy vigilando, zorra».

Aquel mensaje que recibí justo en el momento en el que nos comunicaron

que la madre de Veva había fallecido. Recuerdo haberlo leído en los brazos de Sergio, que me envolvieron para no desvanecerme y caer de bruces ante el shock de la noticia.

No llegué a saber quién lo había enviado ni se lo conté a nadie. Solo lo sabía yo, y prefería que de momento fuera así.

Intenté averiguarlo, pero no fue el único que recibí. Tres días después llegó otro mientras estaba con Veva en su casa. Estábamos sentadas en el sofá viendo la televisión, cuando sonó en mi móvil. Me levanté y me acerqué al bolso, rebusqué el teléfono entre todo lo que llevaba en él y, una vez lo encontré, abrí el mensaje y lo leí:

«Me encanta ver cómo cuidas de tu amiga con esos vaqueros tan ajustaditos...».

Me quedé blanca. ¡Alguien estaba vigilándome en ese mismo momento! Si no, ¿cómo iba a saber que estaba con Veva y que llevaba unos vaqueros ceñidos? No podía ni parpadear. Veva me miró y me preguntó:

—¿Estás bien, Anna? Se te ha puesto una mala cara...

—Sí, tranquila, no pasa nada —mentí.

—¿De verdad? —insistió.

—En serio, tranquila —asentí con una fingida sonrisa.

No quería preocuparla más de lo que ya estaba con su situación contándole que un perturbado me mandaba mensajes al móvil. Pero reconozco que tenía mucho miedo.

Comparé los dos números de teléfono desde donde se enviaban los mensajes y no eran los mismos. Pero el tipo de mensaje sí que lo era. Estaba muy asustada, pero no quería transmitirle ese pánico a Veva, estaba allí para apoyarla, pero no dudé en asomarme tímidamente a la ventana para ver si veía a alguien... Podría ser cualquiera.

Por la calle pasaba tanta gente que era imposible averiguar nada. Miré

hacia los ventanales del edificio de enfrente, pero era como mirar un panal. Muchas ventanitas con cortinas y alguna que otra silueta asomándose tras ellas.

Así que decidí sentarme de nuevo con Veva y terminar de ver la película, aunque sin dejar de pensar en aquel acosador.

Por otro lado, cogí las cosas del piso de David y me marché. Aún quedaban bastantes cosas por llevarme, pero solo el hecho de cruzarme con él me generaba mucha angustia.

Una mañana, sabiendo que él estaría en el trabajo, me acerqué a su casa maleta en mano para recoger mis cosas. Todavía tenía las llaves, así que entré decidida. Como yo pensaba, no había nadie, pero la vivienda estaba como si hubieran entrado unos ladrones.

Todo desordenado, la ropa tirada por el suelo, la cocina a reventar de cacharros y varias botellas de whisky vacías en la mesa del comedor.

Me dirigí a la habitación y allí vi una foto nuestra rota en el suelo. Dejé la maleta sobre la cama deshecha y me dispuse rápidamente a sacar la ropa del armario. La llené lo más rápido que pude, tenía muchas ganas de salir de allí. Pero cuando estaba cerrando la maleta, escuché la cerradura. Alguien entraba. Obviamente era David.

Cogí la maleta con decisión y salí del dormitorio. Las ruedas de la maleta hicieron el suficiente ruido como para que David supusiese que no estaba solo en casa. Cuando me vio, se quedó quieto y luego sonrió.

—Sabía que volverías —dijo caminando hacia mí con una sonrisa sucia.

—He venido solo a por mis cosas —respondí seria y sin mirarle.

—Anna, no te vayas, hablemos.

—No vamos a hablar de nada, David, ya está todo dicho con lo del otro día.

—Anna, el otro día iba borracho.

—¿Y eso lo justifica? —pregunté indignada.

—Pues supongo que no, no lo sé.

—¡No lo sabes! Esto es muy fuerte. —Alcé la voz.

Comencé a caminar hacia la puerta sin soltar mi maleta. Pero David me bloqueó el paso. «Otra vez no, por favor», pensé.

—Anna, por favor, no seas cría —susurró.

—David, déjame pasar —dije mientras intentaba esquivarle y él me negaba el paso.

—Somos mayorcitos ya para estas chorradas.

—Que me pongan la mano encima, para mí, no es una chorrada —respondí con odio.

—Venga, nena... —dijo intentando abrazarme.

—David, quítate del medio de una puta vez o me pondré a gritar.

—Vale, vale, nena... —dijo levantando las manos en tono chulesco—, tú te lo pierdes...

Abrí la puerta y cerré con un portazo.

Él sigue llamándome para hablar, quedar e intentar arreglarlo. Pero yo ya no tengo ganas de saber nada más de él después de cómo se portó conmigo. Si se propasó una vez, ¿quién me decía a mí que no fuera a hacerlo de nuevo?

De momento estoy en casa con mi padre. Le he dicho que David está fuera y hemos aprovechado para hacer obra y me tenía que quedar allí unos días. Una mentira piadosa para no decirle realmente lo que nos había pasado.

A Sergio le vi por última vez en el entierro de la madre de Veva. Estuvo bastante cercano conmigo y me apoyó mucho en los momentos más duros del entierro. Valeria y yo nos íbamos juntas. Cuando llegamos a su vehículo, nos despedimos junto a la puerta del copiloto.

—Bueno, Anna, pues hasta otra vez que nos veamos —dijo Sergio

dándome dos besos.

—Sí, y espero que no sea tan negativa como esta.

—Yo también lo espero.

Hubo un silencio tenso donde yo miraba hacia el suelo y él hacía lo mismo, pero con las manos en los bolsillos.

—Me ha encantado volver a verte, Anna —dijo por fin Sergio.

—Y a mí. —Me atreví a confesar.

—¿Seguro? Al principio no estabas muy convencida —dijo sonriendo y buscando mi mirada.

—No me hagas hablar —respondí con una mueca.

—Vale, vale, tienes razón, lo siento.

—Bueno, pues nada, hasta otro día —concluí.

—Tienes mi teléfono para lo que necesites, ¿vale?

—Vale —respondí asintiendo con la cabeza.

—Y si el gilipollas ese vuelve a decirte o hacerte algo, no dudes en llamarme.

—De acuerdo, tranquilo.

Así quedó nuestro reencuentro, con una tensa despedida en un cementerio.

Unos días después, Valeria creó un grupo de Whatsapp en el que no estaba Veva para hablar entre nosotros sobre cómo intentar ayudarla en este fatal proceso.

En el grupo incluyó a Dani, Sergio, Hugo, ella y yo.

Era la única manera en la que podía hablar con Sergio. Me trató muy bien cuando acudí a él, aterrada por aquella terrible situación que viví con David y que me obligó a huir de su casa despavorida.

Hoy era viernes y, cuando saliera de trabajar, me iría a pasar la tarde con Veva.

Había quedado con ella para ir al cine. Estrenaban una película romántica

y nos apetecía meternos allí, ponernos a tope de palomitas y llorar a gusto viendo qué bien le salía todo a la pareja protagonista.

Salí de trabajar y me fui directa a casa de mi padre para darme una ducha y arreglarme un poco antes de ir a casa de Veva.



Hace cuatro años

Aquella noche dormí inquieta, los sueños relacionados con aquel fallido atraco no paraban de sucederse en mi cabeza. Me despertaba sobresaltada y Sergio, con caricias y besos, me hacía despertar de aquel mal sueño que yo sentía real.

—Shh... tranquila, cariño..., despierta —me susurraba.

Temblorosa y sudando, abría los ojos como platos hasta que salía de aquel trance, le veía a él y me situaba mentalmente en mi habitación. Situaciones como esa se repitieron varias veces esa noche.

Me levanté pronto por la mañana y me senté en la terraza con una taza de café en la mano viendo amanecer. Bajé la persiana antes de salir de la habitación para que Sergio pudiera descansar, lo que yo no había sido capaz de hacer.

Me notaba entumecida, necesitaba estirarme y destensar los músculos que ayer se me quedaron encajados del miedo. Así que decidí ponerme ropa de deporte y bajar a caminar por la playa, pero antes dejé una nota sobre la

almohada.

«Cariño, voy a caminar un rato por la playa. Te dejo descansar. Un beso».

Me bajé y me dirigí directamente hacia la hilera de pequeñas tablas que atravesaban la arena de la playa. Respiré hondo y comencé a caminar. Lo hice a paso ligero, quería quemar toda aquella tensión y me llevé el teléfono por si acaso alguien me llamaba o yo tenía que usarlo.

Paseé alrededor de media hora, y cada vez se veía más gente haciendo deporte a pie de playa. Me llamó la atención una señora mayor, de unos setenta y tantos años, cómo trotaba junto a la orilla, ataviada con su ropa de deporte negra, su gorra, sus cascos y su sonrisa. Irradiaba una vitalidad que envidiaba sanamente. Cuando se cruzó conmigo me sonrió, y yo me pregunté si llegaría a esa edad con esa juventud, esa presencia, esa vitalidad. Me giré cuando pasó por mi lado y vi cómo corría hasta el paseo marítimo y se reunía con un señor más o menos de su edad que la recibió con un pequeño beso en los labios. El señor le dio una botella de agua y juntos de la mano empezaron a caminar.

En mi cara asomó una sonrisa, ver esas relaciones tan sanas entre personas mayores me transmitía una ternura difícil de explicar.

Seguí caminando cuando escuché que me llegaba un mensaje, saqué el móvil del bolsillo y lo abrí.

«Te echo de menos...».

Era Sergio. Sonreí de nuevo y unas cosquillitas irradiaron en mi estómago. Volví hacia casa, pero antes paré en la panadería a comprar el desayuno para los dos.

Cuando entré, todo estaba aún a oscuras. Fui a la habitación y ahí estaba Sergio, tumbado con las manos cruzadas tras su cabeza y el torso desnudo y tapado hasta la cintura.

—Buenos días, cariño —dijo sonriendo mientras se estiraba—. Ven.

Me acerqué hasta él y me senté en la cama, a su lado. Me aproximé a su cara y le besé.

—Buenos días, pequeño, ¿has descansado?

—Mmmmm... sí. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Supongo que bien.

—¿Seguro? Esta noche estabas muy inquieta —respondió acariciándome la espalda.

—Ya, he tenido unas pesadillas con el tema del atraco que me ha costado descansar.

—Normal... ¿Hace mucho que te has levantado? Es muy pronto.

—Sí, hace ya un rato.

—Haberme despertado —dijo acariciándome la cara.

—No, ya es bastante con que una no duerma.

—Anda, tonta... me habría ido contigo.

—No te preocupes. He caminado por la playa un rato para despejarme.

—¿Y estás mejor?

—Sí, me ha venido muy bien. Pero ahora lo que necesito es una ducha —digo arrugando la nariz.

—¿Sí? Pues fíjate que creo que yo también —dijo canalla.

—¿Tú? —me reí—. Pues venga, dúchate, luego me ducho yo.

—Sí, claro... anda, ven aquí.

Y me cogió por la cintura y me tumbó junto a él. Empezó a hacerme cosquillas y no podía parar de reír. Esto era tan perfecto que daba miedo...

—¡Quita, quita, que me haces muchas cosquillas! —decía yo atropelladamente porque no podía ni hablar.

—Vale, vale, paro —dijo mientras se tumbaba encima de mí y me agarraba las muñecas sobre mi cabeza para inmovilizarme.

—Ay, gracias —dije sin dejar de sonreír—, pero ahora no me puedo

mover.

—Esa es la idea, así no me haces cosquillas.

Se acercó a mi cuello y empezó a besarlo suavemente.

—¿Esto también te hace cosquillas? —susurró con voz grave mientras me mordisqueaba.

—Sí... —respondí dejándome llevar.

Del cuello pasó a besar mis mejillas y de ahí a mi boca, hasta que nos perdimos entre caricias y nos dejamos llevar.

Después nos duchamos juntos y desayunamos en la terraza. Hablamos por teléfono con nuestros amigos y decidimos bajar todos a la playa a pasar la mañana.

Hacía bastante calor, así que estuvimos casi todo el tiempo en el agua. Fuimos también al chiringuito a remojarnos también por dentro y Hugo nos contó que había visto carteles de que esa noche había un concierto de varios artistas en el puerto.

—Pues podríamos ir, ¿no? —propuso Veva.

—La verdad es que pinta bien —respondió Valeria.

—Pues nada, esta noche nos vamos de concierto —sentenció Hugo.

Planeamos que por la tarde podríamos bajar a la playa otro rato, ir a casa, arreglarnos y después picar algo por ahí e ir al concierto. Y así lo hicimos.

Las chicas nos fuimos a mi casa a arreglarnos y los chicos a la suya. Para ir al concierto decidí ponerme cómoda con unos vaqueros y una camiseta rosa fucsia de tirantes con escote de pico. Veva me ayudó a alisarme el pelo y me maquillé de manera suave.

—Estás preciosa —dijo Sergio al verme.

—Gracias, tú tampoco estás mal —respondí con picardía.

Cenamos unas raciones en una terraza acompañadas de unas cervezas y yo, que no estaba muy acostumbrada a beber, me animé y cayeron unas

cuantas.

—Como sigas así voy a tener que llevarte en brazos a casa —bromeó Sergio.

—Anda, no seas exagerado, por una vez... —Le besé.

Durante la cena empezamos a contar historias de cuando éramos adolescentes y empezamos a salir de marcha. Ellos eran amigos desde el colegio, al igual que nosotras, así que teníamos infinidad de anécdotas que confesar.

—Recuerdo un día —comenzó Dani—, en plenas fiestas de nuestro barrio, que acabamos los tres saltando las vallas y metiéndonos en la plaza de toros desmontable que había colocada al lado de la feria. Nos habíamos bebido dos litronas entre los tres, y le había cogido varios cigarros a mi padre de su paquete de tabaco y estábamos mareados de la inexperiencia de fumar y creernos mayores.

—Me acuerdo que Dani decía —carcajeó Hugo—, ¡que nos van a pillar! ¡que nos van a pillar! Y nosotros dos ya estábamos dentro.

—Qué cabrones sois, yo estaba acojonado —reía Dani.

—¿Y os pillaron? —preguntó Veva.

—¡Qué va! Si al final nos pudo más el miedo y estuvimos allí cinco minutos —contaba risueño Sergio.

—¡Hasta simulamos que toreábamos! —rio Hugo.

—Anda, que menudos toreros ha perdido el mundo taurino —dijo Valeria.

—No lo dudes —respondió Hugo dándole un beso en los labios.

—Bueno, ¿y vosotras? Contadnos alguna —dijo Sergio.

Nos miramos entre nosotras y comenzamos a reírnos, sabíamos lo que íbamos a contar, porque no era una anécdota, era «La anécdota».

—Venga, cuéntalo, Val —dije riéndome.

—¿Yo? No. Veva, que tiene más gracia.

—De eso nada, ¡lánzate, Val! —dijo Veva alzando su vaso.

—Venga, va... —Aceptó Valeria.

¿Pero ya sabéis las tres sin hablar lo que vais a contar? —preguntó Dani asombrado.

Nosotras comenzamos a reír, y es que es una anécdota que siempre recordábamos y nos hacía rememorar buenos tiempos.

—Pues resulta —comenzó Valeria—, que estábamos en Nochebuena, y justo debajo de casa habían abierto una discoteca *ligh* a la que nuestros padres nos dejaron ir porque el dueño era un vecino de toda la vida. Era la primera vez que salíamos de «fiesta» solas y os podéis imaginar, nos arreglamos como si nos fuera la vida en ello.

Mientras Valeria relataba, Veva y yo no podíamos parar de reírnos.

—Cuando llevábamos un rato en la discoteca, decidimos salir a la calle, a pesar del frío que hacía, para que nos diera el aire. Antes de salir, Veva había cogido un par de latas de cerveza de la nevera de su casa y se las había escondido bajo el abrigo. Nos las bebimos en un parque que había cerca de la discoteca, y ya no sé si es que nos imaginábamos que íbamos pedo o lo íbamos.

—¡Yo recuerdo que estaba supermareada! —decía Veva riéndose.

—Total —continuó Valeria—, que cuando decidimos salir a tomar el aire, Veva se puso a cantar y a decir que corriéramos hacia el parque, que hacía frío. En esas —Valeria empezó a reírse casi sin poder seguir—, de repente dejamos de ver a Veva. ¡Había desaparecido!

—Fue como si se la hubiera tragado la tierra —reía yo.

—Y es que, ¡efectivamente se la había tragado la tierra! —carcajeaba Valeria—, como iba corriendo, ¡se había caído en una zanja! ¡Menos mal que era poco profunda!

—¡No jodas! —dijo Sergio riéndose.

—¡Sí! —le contesté.

—Como no la veíamos, la llamábamos a gritos —continuó Valeria—, y de pronto, entre que íbamos cegadas y la poca luz que había en ese parque, ¡caímos las dos sobre ella en la zanja!

—¿En serio? —reía Hugo.

—Como lo oís. Acabamos las tres en la zanja sin poder parar de reír —finalizó Valeria.

—¿Pero luego pudisteis salir bien de allí? —preguntó Hugo.

—Sííí... Veva y yo aupamos a Anna y luego ella nos ayudó desde arriba. Vamos, un equipo como tiene que ser.

Estuvimos comentando un rato detalles de aquella anécdota que tan buenos recuerdos nos traía y, sin darnos cuenta, ya era hora de irnos al concierto.



En la actualidad

—¡Venga, Veva, que no llegamos! —le dije al ver que no salía del baño.

—¡Voyyyyy! ¡que me estoy pintando la raya del ojo! —respondió desde el otro lado de la puerta.

A los diez minutos habíamos salido de su casa camino al cine del centro comercial. Nos costó aparcar, porque viernes por la noche y centro comercial

era una mala combinación, parecía que todo Madrid estábamos allí metidos.

Llegamos justo cuando empezaba la película. No nos dio tiempo ni a comprar palomitas, y yo no concebía ir al cine y no comer palomitas.

—Veva, voy a comprar palomitas —le dije bajito ya en el asiento.

—Pero que te vas a perder el principio... —susurró ella.

—Bueno, pues luego me lo cuentas, ir al cine sin palomitas es imperdonable —bromeé.

—Vale, veeee...

—¿Te traigo algo?

—Unos chicles, si hay.

—Vale, ahora vengo.

Me levanté despacio para no entorpecer al resto y pasar por el medio de la pantalla y salí fuera de la sala. Me acerqué al puesto de palomitas, en el que no había gente esperando y las pedí. De pronto escuché una voz detrás de mí.

—No me lo puedo creer, mira quién está aquí.

Me giré y me llevé una sorpresa.

—¡Alex! ¡Qué coincidencia! —dije asombrada.

Se acercó a mí y me dio dos besos agarrándome fuertemente por la cintura.

—¿Qué tal, guapa? —preguntó sonriendo.

—Pues ya ves, aquí en el cine.

—¿Sola? —dijo mirando a mi alrededor.

—Nooo, estoy con Veva.

—Ahhh, has venido con una amiga.

—¿Y tú? —pregunté sonriendo.

—Pues con unos amigos a ver una de tiros y muertes y esas cosas...

—Ah... muy divertido —me reí.

—Sí, ya sabes, los hombres nos recreamos con la testosterona de otros. ¿Y

tú que vas a ver?

—Pues una de amoríos...

—Ah, muy divertida también —se rio.

Nos miramos sonriendo y se hizo un silencio agradablemente tenso.

—Bueno, ¿y cómo te va? —pregunté solícita.

—Bien, bien, tirando, como siempre. ¿Y tú? ¿Tu trabajo nuevo?

—Bueno, bien, adaptándome...

—Aprende pronto, que eres la enchufada —susurró jocosamente.

—¡¡¡Oye!!! —respondí dándole un golpe en el hombro.

—Ja, ja, ja, es broma —respondió levantando las manos en señal de rendición—. Bueno, ¿y qué vas a hacer después del cine? —preguntó.

—Pues no lo sé, supongo que ir a casa.

—Vente conmigo a tomar algo —dijo descarado.

—Uff... así, en frío... —respondí sonriendo.

—Así, en frío —respondió mirándome fijamente.

—Mira, es que vengo con Veva y quiero volver con ella a casa. Aunque también es cierto que me siento muy halagada por tu invitación.

—Yo te llevo luego —insistió.

—Veva no lo está pasando bien y prefiero acompañarla. Es una larga historia...

—¿Está bien?

—No... ya te contaré... ¡y me voy a ver la peli, que al final me la pierdo!
—dije sonriendo y tirándole un beso mientras corría hacia la sala.

Cuando ya llevábamos viendo la mitad de la película aproximadamente, y habíamos derramado alguna que otra lagrimilla, noté cómo vibraba el móvil en el bolsillo del pantalón vaquero. Lo saqué y, tapando como pude la luz de la pantalla, vi que me había llegado un mensaje.

«Todavía estas a tiempo de tomarte algo conmigo. Alex».

No pude evitar sonreír. Era un chico insistente, eso sí, pero reconozco que me sentía adulada. Después de lo de David, el saber que seguía siendo atractiva para los hombres me subía la moral.

—¿Qué haces? —susurró Veva.

—Nada, luego te cuento —le dije en el mismo tono.

Le contesté enseguida.

«No aceptas un “no” por respuesta, ¿verdad?», escribí junto con un emoticono sacando la lengua.

Seguía en línea, así que me respondió en seguida.

«Tratándose de ti, no».

La sonrisa no se me había quitado de la cara y con este nuevo mensaje menos.

«No sé por qué me da que la película no te está gustando nada...», apunté con un emoticono guiñando un ojo.

«Me gustaría más estar viéndote a ti, la verdad».

Madre mía, este tío va a saco, pensé.

«Ya te he dicho antes que prefería que Veva no volviera sola, otro día mejor, ¿vale?».

«No te voy a convencer, ¿verdad?».

«Hoy no es un buen día, pero ¡gracias!».

«Bueno, pues nada, mañana volveré al ataque», contestó con el mismo emoticono sacando la lengua.

La película terminó, y la verdad es que al salir busqué con la mirada a Alex entre la gente, pero no le vi. Fuimos directas a casa de Veva y me pidió que si podía dormir en su casa esa noche. No le apetecía estar sola.

Evidentemente, acepté y dormimos juntas en su cama de matrimonio. Hablamos y hablamos, hasta que el sueño nos venció y caímos agotadas.



Hace cuatro años

Según nos íbamos acercando al concierto se veía más gente por los alrededores. La verdad es que había bebido un poquito más de lo normal, y Hugo y yo nos lo estábamos pasando genial. Yo no era una persona de beber mucho, ni siquiera los fines de semana. Me podía tomar alguna copa, pero poco más.

Los demás iban tranquilos caminando tras nosotros.

—Anna, ¿¿a que no te subes aquí?? —Me retó Hugo mientras escalaba hasta lo alto de un castillo de cuerdas instalado en la arena de la playa para que jueguen los niños.

—¿Que no? ¡Allá voy! —dije riéndome y corriendo a realizar el desafío.

Salté del paseo marítimo a la arena, menos mal que no me había puesto taconazos esa noche, si no, ya me habría partido el tobillo. Comencé a subir como pude, siempre había sido un poquito patosa para estas cosas y, con dos copas de más, te podías imaginar... Cuando iba por la cuarta cuerda miré hacia abajo y mi percepción fue como si estuviera colgada de un quinto piso. ¡Qué vértigo!

—*Uoooo...* qué altura... ¡Hugo! ¡Espérame! —dije sin poder parar de reír.

Hugo, desde arriba, me miraba carcajeándose.

—¡Vamos, escaladora, que te espero para poner nuestra bandera en la cima! —decía riéndose.

Cuando estaba a punto de llegar, se me resbaló la zapatilla y caí hacia abajo. Menos mal que el suelo era arena de la playa y me amortiguó la caída. En realidad, la altura desde la que estaba era mínima, ¡pero a mí me pareció que caía desde lo alto de un rascacielos!

—*Auuuuuu...* —dije tumbada sobre la arena sin poder parar de reír.

—¡Compañera! —gritaba riéndose Hugo desde arriba—. ¿Estás bien?

Levanté el dedo pulgar en señal de «OK» y desternillada de la risa, cuando noté que alguien me levantaba por detrás.

—Pero Anna, ¿qué haces? —dijo Sergio.

—Hola, cariño, joder, qué golpe... —respondí entre risas.

—Anna, venga, vamos al concierto, ¡y tú, Hugo, baja de ahí y vámonos!

Creo que Sergio estaba algo molesto, pero ¿por qué? si me lo estaba pasando genial...

Me cogió de la mano y entramos poco a poco todos al recinto, era un concierto al aire libre y había mucha gente, tocaban algunos grupos conocidos y otros queriendo abrirse camino en ese mundo.

Con la entraba te invitaban a una copa y Hugo, nada más entrar, me cogió

del brazo:

—¡Vamos, Anna, a por la penúltima!

Empecé a reír y le dije a Sergio.

—¡Vamos, cariño, a por la penúltima!

— Anna, yo creo que tú por hoy ya has bebido bastante —dijo serio.

—Anda, Sergio, no me digas eso... —respondí ladeando la cabeza.

—Sí te lo digo, Anna, al final te va a sentar mal.

—Joder, Sergio, pareces mi padre... —contesté molesta.

En otras circunstancias, no le habría respondido así, pero el alcohol me hizo ser maleducada con él y bueno, también me había parecido una actitud de padre totalmente.

—¿En serio? —me respondió sorprendido.

Le miré a los ojos, dentro de lo poco que ya los podía abrir y le respondí asertiva:

—Sí, eso pienso.

Entonces a Sergio se le cambió el gesto de la cara y me respondió firme:

—Está bien, si eso es lo que piensas, haz lo que quieras. Yo me voy a disfrutar del concierto.

—Vale, como prefieras...

Y Sergio se perdió entre la gente y me quedé sola mirando cómo se marchaba. Me fui hacia la barra y ahí estaba Hugo esperando para pedir, así que me uní a él.

—Hugooooo, espera... ¡pídeme una copa!

Hugo sonrió y brindamos por la buena noche que estábamos pasando. Tras pedir nuestra consumición, buscamos al resto de nuestros amigos. Al cabo de un rato les vimos en un lateral, tranquilos, riendo y conversando. Cuando llegamos hasta ellos Sergio me miró serio, pero no se dirigió a mí para nada. Yo estaba en mi mundo y bailaba, saltaba, reía y jugaba.

Una de las veces que me acerqué a Sergio para bailar, se quedó quieto y me miró con gesto reservado. Después le vi cruzar unas palabras con Hugo y este solo asentía con la cabeza. Veva y Valeria se lo pasaban bien juntas, cantando y tarareando las canciones hasta que Veva se me acercó.

—¿Qué ha pasado, Anna?

—¿Cómo que qué ha pasado? —le pregunté a la defensiva.

—Pues que no hace falta que te bebas hasta el agua de los floreros. Sergio está supermosca.

—Joder... ¿qué os pasa hoy a todos? —protesté.

—Nos pasa que queremos pasarlo bien, y al final vas a terminar vomitando.

—¿Por qué? Me lo estoy pasando de puta madre.

Respiré hondo, suspiré y busqué a Sergio que miraba hacia el escenario. No estaba para pensar mucho, la verdad, pero joder, ¡si solo lo estaba pasando bien! ¡No estaba haciendo nada malo a nadie!

—Veva, no creo que haya matado a nadie ni que esté haciendo nada malo —respondí enfadada.

—Ya lo sé, Anna, pero...

Me estaba alterando con Veva y no quería. Ella era muy especial para mí, y no quería estropear nada por lo que yo, a mi juicio, consideraba una tontería y una exageración. Así que, con todo mi genio, le dije:

—Bueno, pues nada, si tanto os estoy estropeando la noche será mejor que me marche.

—Anna, no fastidies —dijo Veva.

Y me di la vuelta para dirigirme hacia la puerta de salida. Pasé entre la gente como pude y me choqué contra una chica que estaba de espaldas.

—¡Eh, tú!; Mira por dónde vas!

—Perdona, perdona... —le respondí.

Una vez salí del recinto estaba algo más despejada, por lo menos veía algo más que cabezas y más cabezas a mi alrededor. Crucé una calle y decidí ir hacia casa por el paseo marítimo.

—¡Anna! —Escuché de fondo—. ¡Anna, espera!

Me paré y me giré. Sergio caminaba hacia a mí con paso ligero. Cuando me alcanzó, se paró serio y me dijo:

—¿Se puede saber dónde coño vas?

—A casa. No quiero amargaros la noche —dije sarcástica.

—Anna, no me jodas, no digas tonterías.

—No, Sergio, lo digo en serio. Primero tú, luego Veva, y después no sé qué le dices a Hugo que ya ni se acerca.

—Solo le dije que tú no solías beber y que te sentaría mal si seguías.

—Pero ¿y tú qué coño sabes? —respondí exaltada.

—Joder, Anna, mírate...

—Otro igual. ¡Que ya me he visto! ¿Qué problema hay?

—Que no te tienes ni en pie.

—¡Bueno, pues por eso me voy a casa, hostias! —estallé.

En ese momento me giré bruscamente para darme la vuelta y me mareé. Sergio me cogió del brazo para evitar la caída.

—Vale, muy bien, pues si te vas a casa, te acompaño —dijo tajante.

—No, no, no... —le respondí soltándome el brazo—. Tú al concierto, y yo, que soy la que molesto, a mi casita como una niña buena

La verdad es que me estaba comportando como una niña pequeña y malcriada, pero es que ¡eran unos exagerados!

—Anna, vale ya, vamos a casa y se acabó la conversación. Y digas lo que digas, voy a ir contigo. Ya sea a tu lado o tres metros más atrás, me da lo mismo, ¿me oyes? Quiero ir contigo ¡y ya está! Me parece mentira estar teniendo esta puta discusión en vez de estar disfrutando de la noche, pero

como se ha terciado así, voy a estar contigo sí o sí, ¡¿te ha quedado claro?! —dijo serio y firme.

Me quedé sin palabras, no sabía qué responder, me acababa de tirar un jarrón de agua fría por la cabeza en forma de palabras, para que reaccionara.

—Pues venga, vámonos —dijo.

Me giré y, sin decir palabra alguna, comencé a caminar con Sergio a mi lado. No hablábamos de nada, solo mirábamos al frente y avanzábamos.

Según íbamos andando comencé a sentirme fatal por lo mal que me estaba portando con Sergio esa noche, pero, por otro lado, me había parecido una preocupación desmesurada.

Me acompañó hasta casa y como me sentía un poquito culpable, le camelé para que se quedara a dormir conmigo. Y la verdad es que no me costó demasiado.

—Qué morro tienes —dijo mientras le besaba en el cuello.

Pasamos una noche maravillosa, pero a eso de las diez de la mañana nos despertó el sonido del móvil de Sergio.

—Cariño... —le avisé—. Te suena el móvil.

—Mmm... déjalo, si es importante ya volverán a llamar —dijo sin ni siquiera abrir los ojos.

Me abrazó por la cintura y volvió a cerrar los ojos. A los diez segundos volvió a sonar.

—Joder... —se quejó Sergio—. ¿Quién será...? —dijo mientras se levantaba a cogerlo.

Buscó el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros y lo sacó.

—Es mi padre, qué raro...

A medida que comenzó la conversación, el gesto se le fue transformando.

—¡Pero ¿qué dices, papá?! ¿Pero está bien?

Me levanté enseguida y le miré para ver si me decía algo.

—Ahora mismo voy. Os llamo cuando esté llegando.

En cuanto colgó le miré esperando a que me dijera qué había pasado, hasta que lo contó:

—Han atropellado a mi hermano pequeño —dijo en shock.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace una hora. Está en urgencias del hospital de Valencia, me voy para allá —dijo mientras cogía su ropa.

—Voy contigo—respondí enseguida.

—No, déjalo, no te preocupes. Disfruta de tus vacaciones —respondió dándome un pequeño beso.

—No, quiero ir contigo —insistí.

Me miró con ternura a la par que preocupado.

—¿De verdad que quieres?

—¡Pues claro! —respondí frunciendo el ceño.

Cogí algo de ropa y nos dirigimos al hospital de Valencia. Sergio, en casa de sus padres, tenía ropa para poder cambiarse y así tardaríamos menos en llegar si no nos entreteníamos parando en el apartamento. En algo menos de dos horas estaríamos allí. Conduje yo, porque él estaba muy nervioso y así podía ir por el camino hablando con su madre.

Cuando llegamos entramos en urgencias y Sergio me cogió fuerte de la mano. Miramos a la gente que había en la sala de espera y una señora se levantó rápidamente hacia él. Supongo que sería su madre.

Le solté y le puse la mano la espalda, como diciéndole «adelante» y ambos se fundieron en un gran abrazo.

Nos presentó y la madre nos contó cómo había sucedido todo. Un conductor se había saltado el paso de cebra llevándose por delante a su hermano.

No les dejaban entrar a ver al pequeño porque le estaban operando.

Después de unas dos horas de intervención, el médico salió para decirnos que todo había ido bien, pero que solo una persona podía entrar a verle y lo hizo su madre.

Tras pasar allí todo el día, la madre de Sergio nos dijo que nos fuéramos a descansar. Ella nos avisaría con cualquier novedad.

Nos fuimos a casa de sus padres, pero cuando estábamos aparcando, Sergio se dio cuenta que no le había pedido las llaves a su madre para poder entrar.

—¡Mierda! ¡Las llaves! —protestó Sergio.

—¿No las tienes?

—No, mi madre me ha dicho que las cogiera de su bolso y se me han olvidado, joder.

—¿Y ahora cómo entramos? ¿Tenemos que volver al hospital?

—Pues... —dijo pensativo—. Ah, ¡ya está! La vecina siempre ha tenido llaves, así que vamos a preguntar.

Nos dirigimos a casa de la vecina con la esperanza de que las tuviera y así no volver de nuevo a urgencias. Nos abrió la puerta una chica joven y bastante acicalada. Cuando reconoció a Sergio le habló con los ojos entornados.

—Hombre..., qué sorpresa, Sergio.

—Hola, Eva, ¿qué tal?

—Muy bien, pero ahora mejor al tenerte delante.

«Madre mía, esta tía va a saco», pensé.

—Ehhh... mira, Eva, esta es Anna, mi novia —dijo él presentándonos.

—Ohhh, ¿ya has sentado la cabeza? Mmm... una pena.

Pero, y esta chica, ¿de qué iba? ¡Menuda manera de tontear con mi novio tan descarada!

Sergio le preguntó si tenía llaves de casa de sus padres y ella se marchó

contoneándose a buscarlas para dárselas después, mostrándonos su perfecto escote. Sergio le dio las gracias por educación y nos fuimos a su casa que era el adosado de al lado.

Nada más entrar no pude aguantarme más y le pregunté.

—¿Y esa chica? —me hice la indiferente.

—¿Eva? —contestó dejando la mochila en la silla del comedor.

-Sí, Eva—recalqué.

—Es vecina de toda la vida.

-¿Y algo más que vecina no? —me salió del alma la pregunta.

—Uyyy noto ciertos celos en el ambiente—dijo abrazándome por la cintura y besándome.

—No Sergio, respóndeme —dije mimosa.

—Mira Eva y yo salíamos en el mismo grupo de amigos... y bueno estuvimos juntos un par de meses o quizá algo más.

—Ah claro, ahora lo entiendo.

—Anna, cariño... —dijo besándome el cuello y abrazándome —Eso pasó hace tiempo.

—Pues ella lo recuerda muy bien.

—Bueno, pero no vamos a perder el tiempo por ella ¿ no? —dijo acorralándome entre él y la pared.

—¡Sergio!; Pero no pienses en eso ahora! —me reí.

—Valeeee...bueno, mira,¿quieres que cenemos algo? —se carcajeó.

—Quiero darme una ducha antes por favor.

Y subimos a la planta de arriba para que Sergio me indicara donde estaba el baño.

Después cenamos algo y decidimos irnos a dormir, yo en la habitación de Sergio y él en la de su hermano. Normas de su madre que nos dio antes de salir del hospital. Yo al principio pensaba que iba en broma, pero por lo visto

no.

25



En la actualidad

Veva y yo nos despertamos el sábado por la mañana relativamente temprano, teniendo en cuenta las horas en que solíamos levantarnos después de una

noche de fiesta, y decidimos pasar el día por ahí. Había amanecido una buena mañana y nos gustó la idea de pasear por Madrid. Fuimos al Retiro y allí nos tiramos en el césped a disfrutar del día.

—Bueno, Veva, ¿cómo estás? —Me lancé a preguntarle.

Ella me miró automáticamente, no le hacíamos esa pregunta así de directa por si se sentía un poco abrumada, pero quería saber cómo se encontraba. Y el estar las dos solas, en el parque, tiradas en el césped con un refresco cada una, invitaba a una conversación a dos.

—Si no quieres responderme no lo hagas —rectifiqué.

Veva suspiró, dio un trago a su coca cola y me miró.

—A ratos, Anna. La echo demasiado de menos.

La miré sin responder, esperando que continuara.

—¿Sabes? La verdad es que a veces pienso que me tendría que haber ido yo con ella —confesó jugueteando con el césped.

—Veva, no digas eso.

—Sí, Anna, yo ahora me quedo aquí sin ella, y no creo que sea capaz de soportarlo. Un desgarró emocional como el que estoy viviendo no puedo aguantarlo.

—Es difícil, cariño, pero tienes que intentarlo —le dije sin creerlo yo misma.

—Sí, la teoría me la sé, Anna..., pero ponerlo en práctica me es imposible.

—Estaremos aquí todos contigo para ayudarte —declaré mientras nos fundíamos en un fuerte abrazo.

—Anna, hay algo a lo que llevo dándole vueltas unos días —dijo mirándome a los ojos.

—Dime —respondí expectante.

—No sé qué te parecerá, pero había pensado que después de que te separaras de David y estuvieras ahora viviendo donde tu padre... —titubeó

—, lo mismo te apetecía venirte a casa conmigo hasta que quisieras.

La miré y sonreí. Reconozco que me asustó cuando me dijo que tenía algo que decirme. ¡Claro que me apetecía!

—Pero ¿cómo no me lo habías dicho antes? ¡Claro que quiero!

—¿Sí? ¿De verdad? —dijo iluminándosele la cara.

—Pues claro, tonta.

Y nos abrazamos. Continuamos hablando y me confesó que se le hacía imposible estar sola y pasar la noche solitaria, y que yo egoístamente así salía de casa de mi padre.

Pobre, su vida había sido siempre su madre. Eran uña y carne y, a pesar de las discusiones que tenían por los tatuajes y *piercings* de Veva, no existían la una sin la otra. Y de la noche a la mañana, un accidente las separó de una forma desgarradora. Y eso, digan lo que digan, era imposible de superar.

Decidimos que esa misma tarde le hablaría a mi padre de la situación con David, evidentemente, omitiendo determinados detalles que no quería que supiese para evitarle un disgusto, y le diría que me iba a vivir con Veva.

Me hacía mucha ilusión irme con ella y empezar mi vida de cero a nivel personal. Nuevo trabajo, nueva casa, nueva existencia.

Y eso hice, le expliqué a mi padre todo y él, en principio, se asombró de mi ruptura con David, pero finalmente le dije: «Tú confía en mí, papá».

Y tras mis palabras, me abrazó y me dijo que, si yo había tomado esa decisión, mis motivos tendría, pero que se había vuelto a acostumbrar a tenerme en casa con él.

«Qué fácil es acostumbrarse a lo bueno y que difícil des acostumbrarse», me dijo.

«Papá, voy a estar cerca. No te preocupes», le respondí. «Si necesitas algo, solo tienes que llamarme y aquí estaré».

Así que me ayudó a hacer las maletas con las cosas que tenía y me dirigí a

casa de Veva. Me había dejado ya una copia de las llaves para poder meter el coche en el garaje.

Con lo que le había pasado a la madre de mi amiga, me había dado cuenta de que en cualquier momento podemos desaparecer, y no solo nosotros, si no la gente que queremos. Solo imaginarme perder a mi padre sin despedirme siquiera, me ponía los vellos de punta. Me ahogaba solo de pensarlo, así que no quería ni imaginarme vivirlo. Pobre Veva.

Al entrar vi que aún no había llegado y el teléfono fijo estaba sonando. Así que solté las bolsas en el suelo y corrí a cogerlo.

—¿Sí, dígame? —pregunté.

—¿Veva? —dijo una voz masculina.

—No, no soy Veva, soy Anna, ella no está.

—Ah, Anna, soy Dani, ¿qué tal?

—Hola, Dani, bien. No te había conocido. Todo bien.

—Es que estoy llamando al móvil de Veva y sale apagado, y habíamos quedado en vernos esta tarde —me explicó.

—Pues ni idea, Dani, acabo de llegar y no me había dicho nada de que fuera a irse esta tarde.

—Bueno, pues gracias de todas formas.

—De nada, si viene o algo le digo que le has llamado —dije preguntándome dónde estaría Veva.

—Gracias, Anna,

—De nada, chao.

Y colgué. Escuchar a Dani me recordaba a Sergio. No podía evitarlo. Era acordarse de los momentos que compartimos todos juntos, las risas que pasamos y el tiempo que disfrutamos.

En ese momento mi móvil empezó a sonar. Busqué el bolso y rápidamente cogí el teléfono. Menuda entrada al piso, colgada del teléfono todo el rato.

—¿Sí? —respondí apoyando el teléfono entre mi oreja y el hombro mientras metía las cosas de nuevo en el bolso.

—Hola, preciosa, soy Alex.

—¡Hola, Alex! ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—¡Muy bien! En casa de Veva.

—Sabes ya para que te llamo, ¿no? —dijo socarrón.

—Mmm... deja que piense... —dije burlona.

—Te refresco la memoria cuando quieras...

—Dispara.

—¿Qué haces esta noche? —La pregunta del millón.

—¿Esta noche? Pues en principio, nada —respondí.

—¿Nada? ¡Qué honor! Entonces, ¿a qué hora paso a buscarte? —dijo directo.

—Qué prisas, ¿no? —me reí.

—Es que tengo que aprovechar este momento, que si no, me volverás a dar largas y no quedaremos nunca.

—¿Y qué me propones?

—Cena y unas copas en algún sitio tranquilo, para charlar un rato... ¿te hace?

—Suena bien.

—Entonces no se hable más. ¿Dónde te recojo?

Terminamos la conversación dándole la dirección de Veva tras explicarle que estaba en plena mudanza. Se ofreció a ayudarme, pero preferí que no, tampoco tenía tantas cosas, ya que aún me quedaban bastantes en casa de David.

Nada más colgar cogí un par de bolsas y las llevé a la que sería mi nueva habitación. El móvil volvió a sonar de nuevo, aunque esta vez era el sonido

de un mensaje. Fui corriendo a mirarlo, pensando en que podría ser Dani para darme noticias de Veva, pero nada más leerlo se me heló la sangre.

«No lleves tanto equipaje a tu nueva casa, haré que sea tu mayor infierno. Disfrútala, perra».

Me quedé petrificada. De nuevo un número desconocido. El corazón me iba a mil por hora. Miré a todos lados, ¡Fuese quien fuese me estaba viendo en ese mismo momento! Empecé a temblar. Me acerqué corriendo a la puerta y cerré con llave. Me senté en el sillón paranoica perdida. Mirando sin mirar y viendo sin ver, totalmente presa de un ataque de nervios. En ese momento alguien intentó meter la llave en la cerradura de la puerta. Al no poder, empezó a dar golpes. Me costaba respirar. La persona que estaba al otro lado comenzó a llamar al timbre y, al ver que yo no respondía, continuó cada vez más seguido. No me atrevía ni a mirar por la mirilla, tenía el móvil en la mano pensando en llamar a la policía, pero solo tenía ojos y fuerzas para mirar hacia la puerta de la calle esperando que pasara lo que tuviera que pasar.

—¿¿¿Anna??? —dijo una voz femenina—. ¿Estás en casa?

¡Dios, era Veva! Corrí a abrirle la puerta.

—Anna, ¿qué haces encerrada? —preguntó Veva desconcertada al ver mi cara—. ¿Pero qué te pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí... es que me asusté al oír que intentaban abrir la puerta... nada más... —mentí.

—¿Y quién iba a ser si no? Estás muy rara, ¿eh? —dijo tirando literalmente el bolso en la mesa del comedor.

—Ya... oye, ¿y no habías quedado con Dani? —pregunté para cambiar de conversación.

—¡Ostras! ¡Es verdad! ¡Mierda! Se me ha pasado —respondió poniéndose las manos en la cabeza y abriendo los ojos como platos.

—Ha llamado aquí, te había llamado al móvil, pero le salía apagado, así que llamé, lo cogí y me lo dijo.

—Es que me quedé sin batería... joder, qué fallo, soy lo peor... voy a ponerlo a cargar y le voy a llamar.

—Sí, ve... estaba preocupado.

Pasé el resto de la tarde asustadísima, Veva se fue a ver a Dani y al quedarme sola de nuevo me agobié. Me angustió la idea de que alguien estuviera vigilándome. Así que me empecé a arreglar para estar preparada para cuando llegara Alex a buscarme. Me puse un vestido negro de tirantes con una chaqueta. El negro siempre es una buena opción. Me dejé el pelo suelto y me maquillé de manera suave.

Llegaron las ocho y media y el telefonillo sonó. Era Alex. Perfectamente puntual.

Cuando bajé al portal allí estaba, esperándome apoyado en su coche rojo. Llevaba unos vaqueros azules, con una camisa malva acompañada de una chaqueta negra de vestir. Informal pero elegante, y guapo, muy guapo.

—Buenas noches, estás preciosa —dijo mientras me daba dos besos.

—Buenas noches, tú tampoco estás mal —respondí con una pícaro sonrisa.

En ese momento, Alex se acercó a mí con decisión y me besó de forma apasionada. Me quedé petrificada, pero no pude evitar seguirle al juego. Los dos lo deseábamos y para qué perder más el tiempo. Pasó una de sus manos por mi nuca y la otra por mi espalda. Yo le respondí acariciando su cuello con ambas manos. Tras besarnos, me susurró a pocos centímetros de mi boca apoyando su frente en la mía.

—Lo siento, pero deseaba hacerlo desde la primera vez que te vi.

—Estás perdonado —respondí sonriendo y mirándole a los ojos.

Montamos en el coche y nos dirigimos a un restaurante en pleno centro de Madrid. Era un restaurante llamado Piccolo, donde cenamos comida italiana.

Las paredes eran de color plata a juego con las lámparas ovaladas. La mantelería y las sillas eran blancas, y llamaban la atención unas pequeñas bombillas rojas colocadas estratégicamente por las paredes del restaurante. Por lo visto, estaba muy de moda, pero como yo tampoco era de salir mucho, no lo conocía. Alex había reservado mesa y cenamos entre risas y algún que otro beso. Sentados uno frente a otro con roces ocasionales entre nuestras manos y otros intencionados.



Hace cuatro años

Cuando me desperté, miré el reloj despertador que Sergio tenía en la mesilla de su habitación. Eran casi las diez de la mañana y había dormido del tirón sin apenas darme cuenta. Reconozco que entre la tensión del atropello del hermano pequeño de Sergio y el cansancio de pasar el día de ayer en el hospital, estaba bastante agotada.

Me desperecé dentro de la cama y cuando me incorporé para levantarme, escuché que alguien hablaba abajo. Era una voz femenina, ¿sería la madre de Sergio?, pensé que ya habría llegado del hospital porque iba a pasar la noche allí.

Entreabré la puerta con mi ropa en la mano preparada para ir al baño a vestirme, pero antes quería asegurarme de que no hubiera nadie en el pasillo. Me daba bastante vergüenza que me vieran en pijama. Miré hacia un lado y a otro y estaba todo despejado, así que salí de la habitación para ir al baño.

Fue en ese momento cuando escuché la voz de Sergio abajo hablando.

—Gracias, Eva, por venir a preguntar por mi hermano.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿no? —escuché que le decía ella con picardía.

Tenía unas ganas tremendas de bajar allí y plantarme en plan novia posesiva muerta de celos, pero creo que no era lo más idóneo en este momento, y menos después de lo mal que me sentó que Sergio se pusiera como un *pitbull* cuando me encontré con Iker. Quizá la chica realmente solo quería acompañarles en estos momentos. Al fin y al cabo, eran amigos desde hacía muchos años y eso no iba a cambiar, quisiera yo o no.

Al final me fui al aseo aun sabiendo que seguían abajo hablando, pero confiaba totalmente en Sergio, así que era una tontería estar pasando un mal rato por unos celos infundados.

Me vestí y me preparé para bajar al salón. No se oían voces ni conversación alguna. Solo se escuchaba de fondo el sonido de lo que parecía un exprimidor.

Me acerqué a la cocina y me asomé tímida por la puerta. Sergio estaba de espaldas exprimiendo naranjas. Llevaba unos pantalones muy cortos negros y la espalda al descubierto. Ajeno a mi presencia seguía preparando el zumo.

—Buenos días —dije tímida.

Sergio enseguida se dio la vuelta y una sonrisa le iluminó la cara.

—Buenos días, mi niña —dijo acercándose y dándome un pequeño beso en los labios—. ¿Qué tal has dormido?

—La verdad que muy bien. He descansado. ¿Y tú?

—Yo también. Me habría gustado más descansar contigo, pero... son las normas de la casa.

—Qué tonto eres —respondí con un beso.

—Lo sé —dijo burlón.

—¿Y tu padre y tu hermano?

—Se fueron pronto al hospital para que se viniera mi madre.

Sergio era el mayor de tres hermanos.

—Vaya, haberme despertado y habrías podido ir tú también. O haber ido con ellos.

—No te preocupes, cuando desayunemos vamos.

—Me sabe mal... perdona.

—Cariño, que no pasa nada, de verdad —respondió dándome un beso en los labios.

—Vale... ¿y hace mucho que te has levantado?

—No... Hará poco más de media hora. Me desperté porque llamaron a la puerta.

¡Bien! ¡Ya me va a decir qué hacía aquí Eva hace un rato! No quería sacar yo el tema para ver si a él le apetecía contármelo.

—¡Ah, sí! ¿Y quién era? —mentí.

—Pues era Eva —dijo mirándome a la cara esperando alguna reacción por mi parte.

—Eva, ¿y que quería? —pregunté.

—Preguntar por mi hermano, nada más —dijo terminando de poner los zumos en la mesa.

—Ya, seguro que solo quería eso —farfullé.

—¿Qué? ¿Qué has dicho por lo bajini?

—Nada, nada.

Me puse a abrir muebles hasta encontrar las tazas del desayuno para ayudar a Sergio a prepararlo y así irnos antes al hospital. Pero me interceptó por el camino poniendo su mano en mi vientre y parándome el paso.

—Eh, eh, eh... a ver... ¿qué pasa, Anna? —dijo cariñoso.

—Nada, solo que Eva no me cae bien, nada más.

—Vale, lo entiendo, pero no te ralles, ¿vale?

Me abrazó cubriendo mi cintura con sus brazos y dándome un beso en la nariz. Asentí con la cabeza.

—Vale, intentaré no rallarme... —dije achinando los ojos.

Nos fuimos al hospital con la intención de pasar el día allí con la familia de Sergio, aparcamos en el parking y nos dirigimos directamente a la habitación donde estaba ingresado su hermano.

Cogimos el ascensor hasta la planta tercera y fuimos a su habitación situada al final del pasillo.

—Toc, toc —dijo Sergio—. ¿Se puede?

—¡Sergio! —gritó su hermano pequeño con una gran sonrisa en los labios.

Sergio se acercó rápido a él y, con una sonrisa de oreja a oreja, le abrazó con fuerza en aquella cama de hospital.

—Vaya susto que nos has dado, pequeño —le dijo alborotándole el pelo.

El niño sonrió ante tal gesto.

—Susto el que me dio a mí la mujer esa que me pilló con el coche —respondió el niño.

—Porque no la he visto, que si me la encuentro, se va a acordar de mí toda su vida.

Yo observaba la situación con ternura desde la puerta de la habitación. Sergio se dio la vuelta y, mirándome, me hizo un gesto con la cabeza para indicar que me acercara hasta ellos.

Lo hice vergonzosa y Sergio me cogió la mano.

—Mira, esta es Anna, mi novia.

El pequeño se quedó mirando a Sergio sorprendido y sonriendo a la vez, cosa que agradecí. Si llega a mirarle serio y perplejo me habría preocupado. La complicidad entre estos dos hermanos era más que evidente.

—Encantada —dije dándole dos besos.

—Igualmente —dijo tímido.

—Bueno, y ahora que no nos oye... ¿qué te parece? —preguntó Sergio vacilón delante de mí.

—Es guapísima —respondió el pequeño en bajito.

Sergio soltó una carcajada y yo me puse colorada como un tomate.

Estuvimos un rato en la habitación mientras sus padres y Adrián, su hermano mediano, salían a comer algo. Nosotros iríamos luego y así hacíamos compañía a Jesús, su hermano pequeño.

La verdad es que me encantó ver la faceta niñera de Sergio, se entendían a las mil maravillas y había una gran complicidad entre ellos. Algo que no había notado con Adrián. El papel de hermano mayor se le daba fenomenal.

El pequeño nos habló de lo que se acordaba del atropello, que era poco. Solo recordaba que había salido a comprar el pan y que se detuvo junto a un paso de cebra. De lejos vio que venía un coche, pero confiado de que pararía, se dispuso a cruzar. En cuestión de segundos se lo habían llevado por delante, y lo siguiente que recordaba era estar ya en la ambulancia camino del hospital.

Sergio se mostraba enfadado mientras escuchaba el relato y de vez en cuando soltaba algún impropio que yo intentaba calmar acariciando su mano.

Al rato vinieron sus padres de comer, pero sin su hijo mediano. Por lo visto, Adrian había quedado y se fue directamente desde el restaurante. Pero cuando sus padres cruzaron el umbral de la puerta, vimos que no venían solos. Eva les acompañaba.

—¡Hola, chicos! —dijo resuelta y coqueta—. ¡No sabía que estaríais aquí!

No paraba de tocarse el pelo de un lado a otro, mascaba chicle de forma escandalosa y sujetaba un gran bolso marrón con el antebrazo.

Sergio me miró rápidamente, y yo no hice ningún gesto que pudiera

delatar cómo me encontraba. No quería que ni ella ni los padres de Sergio notaran mi enfado y mis celos.

Me limite a sonreír y corresponder los dos besos que se acercó a darme, aunque sin rozarme un milímetro la cara. Cosa que no pasó con Sergio, que a él sí le dio dos besos que casi le succiona.

—¡Ay, mi vecino superpeque! ¡¿Pero qué te han hecho?! —dijo con su estridente voz.

Se acercó al pequeño con muchos aspavientos y su hermano miró a Sergio con cara de «¿qué hace esta tía aquí?».

Sergio le respondió arqueando las cejas con un semblante serio. El buen momento que estábamos pasando se lo acababa de cargar de un plumazo.

Luego él me abrazo por detrás y, dándome un beso en el cuello, dijo:

—Bueno, pues nosotros nos vamos a comer ya.

—¡Huy, qué casualidad! —dijo Eva—. Yo tampoco he comido nada.

No me lo podía creer, ¿cómo se podía ser tan pesada? Pero Sergio se mostró resuelto.

—Lo siento, Eva, pero nos vamos a ir solos, teníamos una celebración pendiente.

A Eva se le cambió la cara. Yo me quedé un poco cortada, la verdad, y se hizo un silencio bastante tenso. Todos mirábamos a Eva esperando su respuesta.

—Ah, bueno... —respondió altiva—. Pues nada... —dijo intentando mantener el tipo—. Como queráis.

Sergio se dirigió a su madre y le dijo algo en voz baja, cogió mi mano y salimos de la habitación.

—¿Estás bien? —me preguntó según caminábamos.

—Sí, tranquilo —dije con una sonrisa totalmente forzada.

Me paré un segundo buscando los aseos, con la tensión me habían entrado

ganas de orinar.

—Voy a entrar al baño, ¿vale?

—Vale, te espero aquí fuera —respondió dándome un beso.

—Bien. Ahora salgo.

Me metí en el baño para pensar y despejar un poco la mente. Esta chica me estaba causando una gran sensación de agobio y eso que la había conocido la noche anterior, pero es que estaba hasta en la sopa. Sergio, en mi opinión, se estaba comportando genial conmigo, no podía ponerle ninguna pega a su actitud, al contrario, la cansina era ella.

Apoyé mi espalda en la pared del baño. Miré al techo y resoplé. Estaba en una ciudad con un chico que prácticamente acababa de conocer, con su hermano hospitalizado, había conocido a sus padres y había dormido en su casa. Y para colmo, su vecina de toda la vida, era una *ex* y era más que evidente que aún no había superado que él la dejara, por no hablar del atraco fallido... Demasiadas cosas. En ese momento me sentía algo abrumada y, sinceramente, quería salir de allí corriendo y volver al apartamento de la playa sola y tranquila.

Cuando iba a salir del baño escuché voces fuera. Antes de abrir la puerta reconocí la voz de Sergio.

—¿Pero se puede saber de qué coño vas? —increpaba a alguien.

—Sergio, cariño, no disimules, por favor.

Era Eva, ¡otra vez Eva! Esto ya era demasiado. No pude más que quedarme quieta y escuchar. Quería saber qué coño pasaba entre ellos dos y escuchar lo que conmigo delante nunca dirían.

—Pero Eva, no digas tonterías, por favor, y apártate —decía Sergio tajante.

¿Apártate? ¿Cómo? ¿Encima se le estaba arrimando? Esto era ya el colmo.

—Vamos a ver, cariño —decía ella.

—No me llames cariño, Eva, no me jodas.

—Pues antes te gustaba.

—Tú lo has dicho, antes.

—Es que no puedo creer que estés con esa chica —dijo en tono despectivo.

—Esa chica es mi novia, te guste o no.

—Tú y yo lo pasamos muy bien, ¿verdad? —dijo melosa—. Repitémoslo.

—Eva, tú y yo ya no somos nada, acéptalo de una puñetera vez.

—Cariño, tú y yo sabemos que estás loco por besarme ahora mismo... —dijo ella.

Yo ya no sabía si salir corriendo de allí sin mirar atrás o quedarme encerrada hasta que esa chica, por llamarla de alguna manera, se marchara de allí...

—No digas tonterías, Eva, se te está yendo de las manos.

—No son tonterías, y lo sabes tan bien como yo —dijo provocativa.

En ese momento decidí abrir la puerta y me quedé helada cuando les vi. Sergio apoyado en la pared del hospital y ella pegada a él. Me quede quieta y mi primera reacción fue salir del baño y caminar hacia delante sin decir ni hacer nada. Caminé con prisa sin esperar a Sergio, no quería esperarle, estaba muy enfadada.

—¿Lo ves, Sergio? Es una niñata —dijo Eva.

—Vete a la mierda, Eva —respondió mientras corría tras de mí.

Sabía que venía detrás, pero no paré ni me giré.

—Anna, espera —dijo Sergio.

No respondí.

—Anna, por favor, no es lo que parece. Para, por favor, escúchame.

Seguí caminando, pero me cogió de la mano y me detuvo.

—Suéltame —le increpé.

—No hasta que me escuches.

—Sergio, estoy agobiada.

—Anna, por favor, ¡no he hecho nada! ella me estaba buscando y justo se ha acercado cuando ha oído abrirse la puerta del baño.

—¡Te estoy diciendo que estoy agobiada! ¡Déjalo! Está claro que ella quiere llevarte a la cama y no para dormir precisamente.

—¡Pero no tengo la culpa! —dijo Sergio alzando algo la voz.

—¡Ni yo! —me toqué la frente nerviosa—. ¡No estoy diciendo tampoco que la tengas!

Sergio se puso en jarras, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Sergio, esto me ha venido grande, lo siento. Estoy aquí con gente que no conozco, en una situación dura para ti y aunque no lo creas, también para mí, aún estoy nerviosa por el atraco, ¡y encima aparece una *ex* tuya que no para de buscarte y que me hace sentirme una mierda! ¡¿Cómo crees que me siento yo?! ¡¿Eh?! No es fácil para mí. ¡Y estoy intentando darte todo mi apoyo de la mejor manera posible, y manteniendo el tipo para mostrarme siempre correcta ante tu familia! ¡Y no puedo más! ¡No puedo más!

Y rompí a llorar. Sergio se quedó quieto, perplejo, aturdido. No dijo ni una sola palabra. Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos y un gesto congelado.

Parecía que se había parado el tiempo. Yo le correspondía la mirada mientras las lágrimas resbalaban por mi rostro sin descanso.

No sé el tiempo que pasó desde la última palabra que dije, pero a mí se me hizo eterno.

Parecía que nos habíamos quedado solos en aquel pasillo de hospital o al menos así me sentía yo...

En ese momento, Sergio empezó a reaccionar.

—Lo siento, Anna.

Yo no respondí, y no porque no quisiera, sino porque no podía. Estaba intentado reprimir mis ganas de llorar y mis ganas de abrazarle. Pero el prosiguió.

—Tienes razón. No me he parado a pensar cómo te sentirías tú en toda esta vorágine. Lo siento de verdad.

Se empezó a acercar a mí con prudencia y seguridad a la vez. Yo me mantuve quieta, a la espera y temblando sin poder evitarlo. Fue a cogerme las manos y se las retiré, ahora quería hablar yo...

—Sergio, yo ni quiero ni pretendo que el cómo me encuentre yo sea lo más importante ahora mismo. Lo que está más que claro es que quien tiene a su hermano en el hospital eres tú, y yo quiero apoyarte en todo. Tú eres el que necesita mi apoyo, no al revés. Perdona, la situación me ha superado, he explotado y quizá debería haberme callado. Pero ver lo de esa tipa me ha hecho reventar. No pienso que tú lo hayas hecho mal, pero no es de buen gusto encontrarte a tu pareja en esa situación con otra mujer, y que encima ha sido su pareja. Sé que ha sido ella, te escuché decirle que te dejara en paz. Pero ahora lo único que quiero es salir de este pasillo y coger aire.

—Anna...

—Sergio, por favor, necesito respirar. Ve si quieres con tu hermano todo el tiempo que necesites, te esperaré fuera.

Y me giré y comencé a andar.



En la actualidad

Alex y yo terminamos de cenar y nos fuimos a un local que inauguraban esa misma noche cerca del restaurante donde habíamos ido primero. Era un sitio con música ambiente, un poco alta, pero no lo bastante como para no poder hablar tranquilos sin alzar la voz.

Cuando llegamos, una señorita me recogió el abrigo y me dio una ficha con el número veinticuatro con el que podría recogerlo en el ropero.

Nos sentamos en unos asientos medio circulares con una mesita redonda en medio para dejar las bebidas. El sitio era bastante íntimo y tranquilo. Reconozco que me gustó. Había bastante gente, pero no daba sensación de algarabía, al contrario, se respiraba un ambiente suave y agradable.

—Bueno, ¿te gusta el sitio? —me preguntó Alex una vez sentados.

—Pues sí, la verdad... —le respondí mientras él pasaba su brazo por mi hombro—. ¿Lo inauguran hoy no?

—Sí, me enteré por un compañero de trabajo. Me lo comentó, me metí en internet para ver cómo era y me pareció interesante para venir —dijo seguido de un beso en los labios.

—Pues por mi parte has acertado —dije sonriendo.

Estuvimos hablando sobre lo que le había pasado a Veva, se quedó perplejo y, entre besos cada vez más íntimos y conversación, fue pasando la noche.

Alex llevaba tiempo intentando quedar conmigo y al principio me mostré algo reacia, principalmente porque tenía pareja, pero ahora me encontraba a gusto con él. Probablemente, me habría besado con él como un acto de querer olvidar lo que pasó con David, y ¿por qué no?, también la imagen de Sergio, que últimamente era bastante recurrente.

Tenía ya una edad en la que besarte en la primera cita no suponía amor eterno, y lo estaba pasando bien. Así que dejé de lado las culpabilidades e intenté disfrutar de la noche.

—Necesito ir al baño, ahora vengo —le dije.

—No irás a escaparte, ¿no? —Tiró de mí e hizo que cayera sobre sus piernas y besándome el lóbulo de la oreja.

—Mmm... no lo había pensado —respondí coqueta mientras me levantaba.

—Aquí te espero —guiñó un ojo.

Me levanté un poco mareada, me había tomado el vino en la cena y dos *gin tonic* en aquella sala, y la falta de costumbre me tenía un poco aturdida. Caminé mirando hacia los lados buscando algún cartel que pusiera «aseos» o «servicios», hasta que pregunté a un camarero y me indicó dónde se encontraban. Cuando caminaba hacia ellos, alguien me llamó por detrás.

—¿Anna?

Me giré enseguida al oír mi nombre y me encontré de cara con él. Con Sergio.

—¿Sergio? —dije sonriendo.

—Hola, Anna, qué sorpresa —respondió dándome dos besos.

—Pues sí, qué sorpresa, ¿qué tal?

—Bien... tomando algo, ¿y tú? —preguntó Sergio sonriendo.

—Yo... también bien y también tomando algo. —Mierda de alcohol, que no sé ni hablar.

Nos miramos de una manera que nos era imposible dejar de hacerlo, con esa sonrisa tonta que no te deja concentrarte en la absurda conversación que estábamos teniendo.

—Y... ¿has venido con tus amigas? —preguntó Sergio.

—Eh...no... he venido con un amigo.

—Ah —dijo mientras asentía.

—¿Y tú?

—Yo... eh... también con una amiga.

Con una amiga... probablemente sería su pareja. Al igual que yo estaba allí con Alex. Pero, para qué engañarme, me alegró muchísimo encontrarme con él. Además, no fui la única que lo hizo, porque mis amigas las mariposillas, se pusieron a bailar en cuanto le vi.

Nuestra mirada seguía enredada y sin saber qué decir, pero ninguno quería irse de allí.

—Bueno, Sergio —arranqué a decir—. Tengo que irme.

—Sí, claro, yo también. —Salió de su ensimismamiento.

Estábamos nerviosos, le conocía y se le notaba.

—Me alegro mucho de volver a verte —dijo con esa sonrisa que me derretía.

—Yo también, Sergio. Hasta otra.

—Hasta luego, Anna.

Fui al baño como levitando, otra vez. ¿Por qué tenía que encontrarme con él otra vez...? Es que no era capaz de controlar mis nervios cuando le veía. Le miraba a los ojos y veía todo lo bonito que vivimos juntos, aunque

siempre lo emborrataba todo lo que nos hizo romper y no seguir adelante.

Al volver a los sillones, Alex me recibió con una sonrisa.

—Pensé que habías huido.

—Es que había mucha gente en el baño y además me he encontrado con un amigo por el camino.

—Ah ¿sí? Joder, qué casualidad, ¿no?

«A mí me lo vas a decir... menuda sorpresa», pensé.

Estuvimos un rato más charlando hasta que se hizo tarde y decidimos marcharnos. Nos levantamos y nos dirigimos hacia la puerta.

—Espera, Anna —dijo Alex—, voy yo al baño un segundo, ¿me esperas aquí?

—No, ahora es cuando huyo... —respondí socarrona.

Él me respondió con una carcajada y me besó. Mientras esperaba, vi de lejos que Sergio, acompañado de una chica, caminaba también hacia la puerta. Inevitablemente, volvimos a encontrarnos de frente.

—¿Ya te vas también? —me preguntó Sergio sonriendo.

—Sí, ¿y vosotros?—respondí yo con el mismo gesto.

—Se ha hecho tarde. —No podíamos dejar de mirarnos hasta que Sergio reaccionó—. Eh... Malena, esta es Anna, una amiga.

—Encantada, Anna —respondió ella mientras nos dábamos dos besos

—Igualmente —respondí.

—Bonito sitio, ¿verdad? —dijo ella mientras agarraba a Sergio del brazo.

—Sí, estoy segura de que repetiré —respondí educada.

Sergio no dejaba de mirarme, me hacía sentir incómoda, yo me dirigía a esa chica y por el rabillo del ojo veía que me observaba y lo hacía como con melancolía, con una sonrisa triste.

—Ya estoy aquí, preciosa —dijo Alex mientras me daba un beso en el cuello y me abrazaba por detrás.

En ese momento el gesto de la cara de Sergio cambió de melancólico a duro. Hasta me pareció que ensanchaba algo el pecho.

—Oh, perdón, soy Alex —dijo alargando su mano hacia mi *ex*.

—Yo soy Sergio —respondió él estrechándosela con firmeza—. Ella es Malena.

—Encantado.

—Igualmente.

El ambiente estaba tenso, por lo menos para mí. Así que decidí poner fin a la situación.

—Bueno, nosotros nos íbamos ya. —Me atreví a decir.

Me encontraba tremendamente incómoda.

—Sí, nos vamos ya —respondió Alex—, Un placer, Sergio. Malena....

—Igualmente —dijo Sergio.

Di dos besos a Malena y cuando fui a hacer lo mismo con Sergio, la manera en la que me atrajo hacia él, empujando mi espalda con su brazo envuelto en mi cintura, me dijo demasiadas cosas. Me estremecí. Olía tan bien como siempre. Tragué saliva, me separé, me di la vuelta y salí del local con Alex.

Condujo hasta el portal de la casa de Veva, que desde esa noche se convertiría en mi nuevo hogar, y aparcó.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo él acomodándose en el asiento y colocándose frente a mí.

—Muchas gracias por la velada, de verdad.

—Gracias a ti. —Y se acercó a mí a besarme.

No me alejé, al contrario, me dejé llevar. Y disfrutamos de una despedida muy sensual. Pero ya era tarde y me apetecía marcharme a casa, el día había sido demasiado intenso.

—Bueno, Alex, creo que voy a subirme ya.

—Vale, es pronto para que me invites a una copa en tu casa, ¿no? —dijo burlón.

—Es la primera noche que paso aquí, déjame que me instale primero.

—Claro, pero te tomo la palabra.

Me dio un largo beso de buenas noches y me dirigí a casa. Eran las cinco de la mañana y entre la mudanza, el mensaje de aquel loco, la cita con Alex y el encuentro inesperado con Sergio tenía una espiral de sensaciones que seguro que se desharía durmiendo. O eso deseaba yo. Esa noche soñé con Sergio.



Hace cuatro años

Tras esa tensa conversación, decidimos meternos en el coche para dirigirnos a casa de sus padres. Metió la llave en el contacto, pero se quedó quieto mirando hacia el frente sin arrancar el motor, hasta que la sacó, se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró hacia mí.

—Anna, tenemos que hablar.

Suspiré y me desabroché también, despacio, mientras cogía aire. Para mí tampoco era nada agradable estar así con él. Me giré a mirarle y, pensando antes qué decir para no hacer daño, hablé.

—Sergio, creo que me he precipitado viniendo aquí contigo —dije al fin.

—¿Por qué dices eso? —preguntó susurrando y cogiéndome la mano.

—Porque si lo piensas fríamente, en realidad nos acabamos de conocer y ya estoy aquí conociendo a tu familia. —Me miraba con atención—. Yo claro que quiero acompañarte en esta situación, pero tu familia te necesita a ti al cien por cien, y con mi presencia aquí hago que no estés del todo con ellos.

—Yo quiero que estés aquí. Te necesito a mi lado.

—Yo también quiero estar aquí contigo, pero creo que lo mejor es que me vaya y tú te quedes hasta que todo esté tranquilo y controlado. Te necesitan.

A Sergio se le cambió la expresión de la cara y me miró con sorpresa.

—¿Te vas?

—Sí, Sergio, cogeré el autobús que me deja en la playa y cuando todo esté tranquilo y vuelvas, estaré allí para recibirte —contesté acariciándole la mano.

—Pero, Anna...

Puse mi dedo índice suavemente sobre su boca con intención de no dejarle proseguir.

—Sergio, lo hago por ti y por mí. No estoy enfadada, de verdad, pero reconozco que algo agobiada sí —dije bajando la cabeza—. Me siento fatal porque me empeñé en venir y al final lo ha complicado todo en vez de ayudarte.

Él se aproximó a mí y me abrazó acercando su boca a mi oído.

—Me gustas mucho, Anna. Eres una persona muy importante para mí. Y quiero que eso nunca lo olvides.

Besó mi cuello, mi mejilla y finalmente mis labios. Gesto que no rechacé y recibí abandonada totalmente a él.

—No puedo hacer nada para hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? —continuó.

—Es lo mejor para los dos.

—Me esperaras, ¿verdad? —dijo con una sonrisa canalla.

—¡Claro! No te voy a dejar escapar, pequeño —contesté burlona y guiñándole un ojo.

Mi respuesta le provocó una sonrisa espontánea y me sentí un poco más aliviada viéndole algo más relajado. Le abracé con fuerza y nos besamos dejándonos el alma en cada movimiento.

Entramos de nuevo al hospital para despedirme de su familia, se habían portado fenomenal y no quería irme sin agradecerles su hospitalidad.

Aun viviendo la situación que estaban sufriendo, habían estado muy solícitos conmigo y con una sonrisa en la cara a pesar de la situación por la que estaban pasando.

—Es una pena que te marches, bonita —dijo su madre.

—Me ha surgido algo y tengo que volver —mentí.

—Me alegra ver que mi hijo está tan contento gracias a ti —dijo poniendo su mano sobre mi hombro.

Ese comentario me sonrojó. Sergio se parecía físicamente mucho a su madre, los ojos eran los mismos y la delicadeza al hablar también eran muy semejantes.

—Gracias. Gracias por todo. Sergio tiene una familia maravillosa, me he sentido muy cómoda con ustedes —respondí con una tímida sonrisa.

—Por Dios, hija, no me llames de usted, que me haces sentir mayor —bromeó.

Nos despedimos con un abrazo y Sergio y yo nos dirigimos a su casa para coger mis cosas.

Mientras hacía la maleta, él hablaba por teléfono con Hugo, contándole cómo evolucionaba su hermano. Les dijo que yo iba a ir para allá y que él volvería cuando a su hermano le dieran el alta y ya estuviera estable en casa.

Cuando terminé de recoger me senté en la cama y me detuve a mirar con calma la decoración de la habitación de Sergio. Me empapé de él y de los recuerdos de su cuarto y suspiré. Me sentía triste por tener que marcharme, pero era lo mejor para él, yo allí no le dejaría estar al cien por cien con su familia.

En ese momento llegó y se apoyó en el marco de la puerta cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Si te digo «bien», mentiría.

Bajé mi mirada hacia abajo. Él se acercó despacio y se agachó delante de mí poniendo sus manos sobre mis rodillas.

—No quiero hacértelo pasar peor, lo siento —dijo Sergio.

Y me dio un dulce beso sobre los labios.

—Llámame con cualquier novedad ¿lo harás? —le dije susurrando con mi frente sobre la suya.

—No lo dudes. Y tú llámame en cuanto llegues.

—Te mandaré algún mensaje por el camino. En dos horas y media me da tiempo a enviarte unos cuantos —sonreí.

Poco a poco se fue levantando y, tumbándome despacio en la cama, quedó sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté sorprendida.

—¿Tú que crees? —respondió mientras me besaba dulcemente el cuello.

—Pero que puede venir alguien...

—Tranquila, no va a venir nadie, lo tengo controlado —respondió guiñándome un ojo.

Sonreí poniendo los ojos en blanco y mordiéndome el labio.

—Uff, no te muerdas el labio, que me vuelvo loco.

Su comentario me hizo reír.

—Qué mejor despedida que esta —dijo con picardía.

—La verdad es que no se me ocurre otra mejor.

Nos sostuvimos la mirada, con la sonrisa tatuada en los labios, sabiendo lo que iba a pasar a continuación. Disfrutamos del tiempo que nos quedaba juntos de una forma sensual, sexual y romántica.

Cogí el autobús a las siete de la tarde, llegaría a la playa como a las nueve y media. Ya había hablado con Valeria para contarle lo que había pasado, y

me esperarían en la parada del autobús en el paseo marítimo.

—Nos vemos cuando vuelva —dijo Sergio acariciándome la cara.

—Claro que sí. No tardes, ¿eh?

—No te me pongas a llorar ahora, que soy un sentimental y acabaré llorando contigo —dijo para animarme.

Nos dimos un abrazo con una fuerza y un sentimiento que sabía que me llevaba parte de él en ese gesto. Me traía su fuerza, su aroma, su sensibilidad y también su tristeza por separarnos.

Me lanzó un beso mientras me sentaba en mi asiento asignado y le respondí de la misma manera, hasta que el autobús arrancó y el sonido del motor me revolvió el estómago. Ya me marchaba. No había vuelta atrás. Sergio seguía abajo, mirándome y esperando a que partiera. Y lo hice mientras el bus empezaba a moverse con lentitud.

No pude evitar una lágrima cuando el autobús se alejaba y veía cómo Sergio se quedaba esperando, mirándome, con las manos en los bolsillos y con gesto serio.

Tenía muchísimas ganas de tenerle de nuevo a mi lado, de sentirle como le había sentido hacía un rato y de notar su boca sobre la mía.

Me puse los auriculares, música en el móvil y cerré los ojos. Pensando en él, me quedé dormida.

29



En la actualidad

Me levanté sobre la una de la tarde, al haber trasnochado tanto, estaba reventada. Me desperecé y salí de mi habitación en busca de mi amiga. Escuché ruido en la cocina y me acerqué hasta allí.

—Buenos días, dormilona —dijo vacilona.

—Buenos días —dije acercándome a ella y dándole un beso.

—Menuda cara... ¿te acostaste tarde o qué? —preguntó mientras se secaba las manos con un trapo después de haber fregado su taza del café.

—Un poco sí —respondí aún somnolienta y frotándome los ojos.

—Huy, eso suena bien... venga, que te pongo un café y marujeamos —dijo dirigiéndose rápidamente a la cafetera.

Nos sentamos en la mesa de la cocina con un café cada una, aunque para ella era el segundo, y me sometió a un tercer grado.

—¿Que te besó nada más bajar al portal? —preguntó sorprendida.

—Sí, tía, me quedé alucinada, no me lo esperaba.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Te gustó? —indagó curiosa mirándome fijamente con una sonrisa tan grande como maligna.

—Sí... me encantó, no te imaginas cómo besa el tío.

—Ay, ay, ay... entonces, entiendo que el resto de la noche sobre ruedas, ¿no?

—La verdad es que lo pasamos muy bien.

—¿Dónde te llevó? —dijo mientras removía el café.

—Pues fuimos a un restaurante en el centro de Madrid y luego a la inauguración de un local cerca de donde cenamos, la sala Nébula.

—Así que, noche completita... —afirmó picarona.

—Nooooo... no pienses que él y yo... me dejó en casa y ya está.

—¿¿No te lo tiraste?! —preguntó alucinada.

—¡Qué va! Lo pasé muy bien, nos enrollamos y tal, pero no me apetecía nada más. Lo que no sabes es a quién me encontré en la sala Nébula —dije con intriga.

—Sorpréndeme.

—A Sergio.

Se le cambió la cara, se le abrieron los ojos como platos y casi se atraganta con el café, que dejó sobre la mesa.

—¿A Sergio? ¿Nuestro Sergio?

—El mismo.

—Pero... pero... cómo, cuándo, ¡¿por qué?!

—¡Tranquila! Pues yo iba al baño y alguien me llamó por detrás, me di la vuelta y ahí estaba, me vio él a mí primero —di un trago al café y continué—. Hablamos un poco, apenas nada y luego, cuando Alex y yo nos íbamos, nos volvimos a encontrar.

—¿Les presentaste?

—Claro. Además, él tampoco iba solo... iba con una amiga, o así nos la presentó —dije con retintín.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo te sentiste?

—Bueno, bien... yo que sé... ya hace mucho tiempo que pasó todo —contesté haciendo círculos con la cuchara en el café.

—Ya, pero tú y yo sabemos que donde hubo fuego siempre quedan cenizas.

Qué bien me conocía Veva.

—Ya... reconozco que me impactó verle, para qué te voy a engañar...

—Y a él, ¿cómo le viste?

—Pues como siempre, un poco nervioso, la verdad.

—Yo creo que sigue enamorado de ti.

Me atraganté por el comentario.

—Anda, Veva, no digas tonterías.

—Anna, tengo ojos en la cara, y cuando pasó todo lo de mi madre, vi cómo te miraba.

—Qué va.

—Y a ti te sigue gustando él.

—Pero ¡qué dices! Hace cuatro años que pasó lo que pasó.

—Ya, pues precisamente por cómo acabó todo, os quedaron muchas cosas por hacer y decir.

—Bueno, alcahueta, me voy a duchar. ¿Tú al final viste a Dani?

—Sí, estaba un poco mosqueado, pero al final se le pasó.

—¿Qué os traéis entre manos Dani y tú? —dije en tono burlón.

—¡Nada! —respondió riéndose.

—Ya, seguro.

—De verdad, me está ayudando mucho con lo de mi madre, nada más... ni nos hemos besado ni nos hemos acostado, si es lo que estás pensando.

—¿Sabes qué te digo?, que mientras tú estés bien, hagas lo que tengas que hacer.

Y le di un abrazo antes de dirigirme a la ducha.

Cuando salí del baño encendí el móvil, que se me había quedado sin batería y estuvo cargándose toda la noche. Esperé a que se descargaran las actualizaciones. Mientras me secaba el pelo, sonó el timbre del teléfono que indicaba que tenía mensajes de Whatsapp nuevos.

Lo abrí mientras terminaba de secarme el pelo.

«Buenos días, guapa, ¿descansaste?».

Era Alex. Me había escrito a las doce de la mañana.

También tenía otro de mi padre: «Llámame cuando puedas, me ha llamado Pedro, tu jefe, para darme la enhorabuena por el buen trabajo que estás haciendo y lo bien que te estás adaptando».

Pero no era el único mensaje que tenía. El otro mensaje decía lo siguiente:
«Me encanta ese pijama tan sexy que te has puesto para dormir».

¡Otra vez! ¡Otro mensaje de ese perturbado! El mensaje databa de las cinco y cuarto de la madrugada, ¡justo cuando me acosté! Pero ¡¿quién es?! ¡¿dónde está?! ¡Me estaba vigilando!

Me senté en la cama, estaba como mareada, se me había revuelto el estómago solo de pensar que probablemente alguien estaría espiándome en este mismo instante. Miré por la ventana asustada, corriendo apenas un palmo la cortina y asomándome con cautela. ¿Qué hacía? ¿Iba a la policía?

Sentada en la cama y tremendamente asustada, no hacía más que darle vueltas a qué hacer. Pero ¿quién quería amargarme así la vida?

—¡Anna! ¡Voy a comprar el pan! ¡Ahora subo! —escuché que gritaba Veva desde la puerta de casa.

Me dio un vuelco el corazón, «¡no me dejes sola!», pensé. Me empezaron a entrar náuseas, el estómago se me revolvió, la boca se me secó y empecé a sentir sudores fríos. Me costaba respirar. Temblaba sin poder parar. Corrí al baño a vomitar y lo hice dos veces.

Me encontraba tan débil que me quedé sentada en el suelo del baño. Muy nerviosa, frágil, con un nudo en el estómago y sudando.

Apoyé la cabeza en los azulejos grises de la pared y me quedé ahí, quieta, sin fuerzas para moverme y como paralizada. No sé cuánto tiempo pasó, pero de pronto escuché que alguien abría la puerta de la calle.

—¡Ya he llegado! —gritó Veva.

Al no obtener respuesta, volvió a llamarme. No podía responderle, me costaba respirar, estaba muy mareada, me ahogaba...

—Anna, ¿dónde estás?

Oí como en la lejanía que la puerta de la habitación se abrió.

—¿Estás aquí?

No podía decir una palabra, la cabeza me pesaba y la visión de lo que tenía delante era como irreal, borrosa. Quería gritar que estaba tirada en el baño, pero no me salía ni un hilo de voz.

En ese momento creí ver entrar a Veva en el baño.

—¡Anna! ¿Pero qué te pasa? —gritó mientras corría hacia mí.

Apenas pude responderle. Empecé a perder visión y me desvanecí.

Veva llamó a una ambulancia que me llevó directamente a urgencias del hospital. Me dejaron allí unas horas hasta que me dieron el diagnóstico.

—Anna, has sufrido un ataque de ansiedad, ¿estás estresada por algo? —preguntó la doctora.

«Uff, si yo te contara...», pensé.

—Bueno, digamos que estoy algo nerviosa últimamente.

—Pues tienes que relajarte o volverá a pasarte lo mismo —dijo la doctora Fuelles—. Te hemos dado lorazepam para relajarte, ahora intenta estar tranquila, ¿vale?

—Vale —asentí.

—¿Tienes a alguien esperando en la sala de urgencias? —dijo mirando mi historial.

—Sí, mi amiga Veva.

—Bueno, pues diré que la hagan pasar, voy a prepararte el alta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, gracias, doctora.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Veva entró nerviosa.

—Anna, ¿cómo estás? ¿qué te han dicho? —dijo asustada.

—Tranquila, Veva, ha sido un ataque de ansiedad, nada más.

—¿Cómo que nada más? ¡No sabes el susto que me has dado! —dijo regañándome.

—Lo siento.

—¿Y si no llego a entrar? ¿Pero estás nerviosa? ¿Te pasa algo?

Veva hablaba atropelladamente. Dudé en si contarle o no lo de los mensajes de aquel tarado, pero decidí no hacerlo, y menos en el hospital. No era el momento ni el lugar.

—Nada en particular, no sé, será por el trabajo nuevo —mentí.

—Bueno, pues ahora nos vamos a ir a casa a descansar, ¿de acuerdo?

—Perfecto —respondí—. Gracias, Veva.

—Anda tonta, no me des las gracias y dame un abrazo.

En poco más de diez minutos me dieron los papeles del alta y nos fuimos a casa. Llamé a mi padre para contárselo, porque si no lo hacía, me mataría cuando se enterara. Casi le da algo. Quería que me fuera a su casa a descansar, pero lo dije que no quería darle más importancia al asunto, me quedaría relajada y ya está. No tardó ni diez minutos en llamar a su amigo Pedro, mi jefe, para contárselo, y Pedro me llamó enseguida para interesarse por mi salud y decirme que tenía toda la libertad del mundo para no ir a trabajar al día siguiente. Se lo agradecí, pero le dije lo mismo que a mi padre, que no quería hacer una montaña de esto y que iría a trabajar como siempre.

Me quedé en el sofá y dormí durante toda la tarde. Al día siguiente sería lunes y tenía que ir de nuevo a trabajar.

En cuanto me presenté en el trabajo, el señor Sanz, Pedro para mi padre, se acercó a preguntarme cómo estaba y que si mi estado tenía que ver con el trabajo. Le dije que no, que habrían influido varias cosas, pero que no se preocupara, que yo estaba a gusto en mi puesto y que esperaba que esto no me afectara laboralmente.

—Tienes la puerta de mi despacho abierta para lo que quieras, ¿vale? Y no te preocupes por nada. —Puso su mano en mi hombro.

—Muchas gracias.

El viernes llegó rápido. La semana pasó tranquila, sin noticias de aquel loco y mensajeándome con Alex, que quería volver a verme. Le conté lo del hospital y me llamó varias veces para ver cómo me encontraba. Reconozco que seguía bastante nerviosa, pero tenía que hacer algo por relajarme o caería enferma.

Me dijo de quedar por la noche, era viernes y me propuso ir al cine. Pero reconozco que me apetecía más quedarme en casa, en pijama, viendo una peli tumbada en el sofá.

Veva me había dicho que saldría a tomar algo, que me fuera con ella, iba con Dani, y le dije que viviera el momento y disfrutara con él, que yo estaba bien y así descansaría.

—Anna, cariño, ¿seguro que no quieres venir? —me preguntó Veva justo antes de salir de casa.

—Seguro. Ve tranquila.

—Tengo el móvil cargado de batería hasta arriba, cualquier cosa llámame y ¡vuelo!

—Vaaale, venga, ve y pásatelo bien.

Cuando Veva salió por la puerta fui a la habitación a ponerme cómoda, eran las ocho de la tarde y había decidido ver la peli *Corazón indomable*, una historia de amor de Marisa Tomei y Christian Slater que había visto miles de veces y con la que aún se me encogía el corazón.

Justo cuando iba a ponerla, el timbre de la puerta sonó. «Qué raro», pensé. «Si Veva tiene llaves...».

Me levanté del sofá haciéndome un moño mal hecho y me dirigí a la puerta, la abrí y me quedé blanca al encontrarme a Sergio frente a mí.

—Hola, Anna.

—Hola, Sergio... —dije atusándome el pelo—. Ehh... Veva no está.

—No venía a ver a Veva —respondió—. Venía a verte a ti.

Aquellas mariposas que volaron el día del restaurante, volvieron a aplaudir al verle.

—Ah... pues pasa..., pasa... —dije abriendo la puerta del todo.

Caminé tras él. Con menudas pintas me había pillado.

—Siéntate —dije mientras me acomodaba yo en el sillón sentándome tipo indio.

—Gracias —respondió sentándose a mi lado y frotándose las rodillas.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté.

—No, tranquila no te preocupes —respondió mirándome a los ojos.

—Bueno y... ¿cómo tú por aquí? —pregunté nerviosa.

—Pues... Dani me contó que estuviste en el hospital la semana pasada y, como pasaba por aquí, he pensado en parar para ver cómo estabas —dijo sin retirar sus ojos de los míos ni un segundo.

—Ah... pues... bueno, estoy bien... fue ansiedad —titubeé.

—Sí, eso me dijo... ¿y te encuentras mejor?

Se le notaba preocupado.

—Sí, sí... supongo que se me acumularían los nervios entre lo de la madre de Veva, el trabajo... —Me acaricié la nuca.

No podía mantenerle la mirada, pero ¡qué me pasaba! De vez en cuando la tenía que retirar... me imponía tanto tenerle tan cerca.

—Es normal... ¿el trabajo bien? —dijo con su voz ronca.

—Sí, adaptándome, pronto espero haber cogido la rutina.

—¿Qué tal los compañeros y el jefe?

—Pues los compañeros muy bien, me están ayudando mucho, y el jefe es muy servicial conmigo, supongo que por ser hija de un buen amigo suyo, mi padre —sonreí.

Él sonrió también, pero el gesto se le cambió. Estaba nervioso.

Se produjo un silencio tenso, siempre nos pasaba, tenía el estómago

encogido por tenerle tan cerca, por sentir su olor.

De repente se removió en el asiento y su tono de voz cambió.

—Mira, Anna, te voy a ser sincero —dijo acercándose más a mí en el sofá.
Me quedé de piedra.

—Dime, dime —acerté a decir con la garganta seca.

—Cuando Dani me contó lo que te había pasado, no puede evitar pensar que el gilipollas ese de David te había hecho algo y que por eso te había dado el ataque de ansiedad. Esa es la razón por la que he venido, quería preguntártelo a la cara, porque por teléfono lo mismo no querías responderme. Pero aquí, mirándote directamente no podrías engañarme.

—Pero... —respondí confusa.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó expectante y con una expresión dura en el rostro.

—No, no... Sergio, de verdad, no es David.

Me quedé perpleja por su actitud, ¿había venido para protegerme de David!

—¿De verdad? Sabes que puedes contármelo, Anna —dijo cogiéndome la mano.

—Sergio, te lo agradezco de verdad, pero no es David. —Me sentía halagada.

—Después de lo que te hizo aquella noche... pensé que podría haber vuelto a ponerte la mano encima y...

—Tranquilo, le he vuelto a ver, pero no ocurrió nada —mentí.

Nos quedamos mirando y él agachó la cabeza soltándome la mano.

—Bueno, la verdad es que me siento un poco imbécil ahora... —dijo sonriendo.

—No seas tonto. —Sonreí yo también—. Agradezco tu interés.

Nos miramos y hablamos más con la mirada que en toda la conversación

que habíamos tenido.

En ese momento sonó mi móvil. Nos hizo despertar y reaccionar. Lo cogí sin mirar quién me llamaba.

—Perdona, Sergio... —le dije antes de contestar—. ¿Sí?

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —respondió Alex.

—Hola, Alex —saludé con una sonrisa.

Sergio, al oír el nombre de Alex, se levantó despacio del sofá y me hizo un gesto como de que se marchaba.

—No, espera —dije tapando el auricular.

—Tranquila, te dejo que hables —susurró.

Me dio un beso en la mejilla que duró más de lo normal y se marchó. Alex estaba al otro lado del teléfono y no me enteraba de nada de lo que me decía. Me puse la mano en la mejilla como si así fuera a sentir más aquel beso.

—¿Anna, estás ahí? —preguntó Alex.

—Sí, sí...

—¿Hay alguien contigo?

—No, era la tele, que le estaba bajando el volumen.

Hablamos un rato y cuando colgué no podía evitar pensar en Sergio, ¿realmente había venido solo para ver si yo estaba bien? Se me erizaba la piel solo de pensarlo. Aún se preocupaba por mí...

Así que cogí el móvil y decidí mandarle un mensaje.

—Gracias por preocuparte por mí. —Escribí y puse la película acordándome de él.



Hace cuatro años

Me desperté sobresaltada por un bache a medio camino, miré por la ventana del autobús y me desorienté un poco al ver solo campo. Fui despejándome despacio, para después coger el móvil dispuesta a mandar un mensaje a Sergio.

«¡Hola, mi niño! Ya llevamos medio camino, me queda menos para llegar».

En apenas un minuto mi móvil comenzó a sonar. Era él.

—¿Sí? —respondí.

—Hola, pequeña, ¿qué tal vas?

—Pues aquí, esperando.

—Ya no te queda nada para llegar. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, me quedé dormida un ratito.

—Bueno, así se te hace más cortito, ¿no?

—Sí, ¿qué tal tu hermano?

—Bien, estoy aquí con él ahora.

—¿Sí? Dale un besito de mi parte.

—Claro, pero me voy a poner celoso, ¿eh? —dijo burlón.

—Qué tonto eres —me reí—. ¿Y tus papis?

—Se han ido a casa a descansar. Les he dicho que se fueran, que esta noche me quedaba yo.

—Qué bien, necesitan reposar. Entre la tensión y el estar allí todo el día, debe de ser agotador.

—Sí, y mi madre me ha costado que se fuera, no te creas... Espera un momento.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me estaba saliendo fuera de la habitación.

—Ah, ¿y eso?

—Porque me da cosa decirte delante de mi hermano que te echo mucho de menos —susurró.

—Ohhh... yo también a ti —dije con una gran sonrisa en la boca.

—Y también me da vergüenza que me escuche decirte que te quiero con locura.

Las mariposas de mi estómago bailaban a sus anchas.

—Joooo... yo también a ti, Sergio... pero ¡me vas a poner colorada!

—Me encantas —se rio.

—Ya sabes, soy muy vergonzosa.

—Ya, ya... todavía me acuerdo en la playa cuando te besé en el mar, te pusiste roja como un tomate... —Soltó una carcajada tras el auricular.

—¡Qué malo eres!

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que me encantaba verte así de cortada, hizo que todavía me atrajeras más.

—¿Sí?

—Sí, por eso te echo tanto de menos —dijo serio.

—Bueno, en nada estás aquí de nuevo.

—Sí, mi hermano evoluciona muy bien, así que creo que pronto estará en casa.

—Eso es lo más importante.

—Espera un segundo, Anna.

Le escuché que decía: «¡Hola, chicos! Pasad, pasad».

—Anna, tengo que dejarte, han venido los amigos de mi hermano a verle.

—Vale, tranquilo. Hablamos en otro momento.

—Vale. Te quiero

—Y yo. Un besito.

Y colgué, y lo hice con esa sonrisa tonta que no era capaz de quitarme cuando hablaba con él.

Volví a quedarme medio dormida y, cuando me quise dar cuenta, ya casi habíamos llegado.

Ya estábamos entrando en el paseo marítimo cuando de lejos vi a Valeria y Veva esperando sentadas en el bordillo. Al ver que el autobús llegaba, se levantaron rápidamente expectantes.

Cuando este aparcó, cogí mi mochila y bajé. Mis amigas, nada más verme

bajar sonrieron, creo que con algo de pena, y rápidamente me abrazaron.

—Anda, tontas, que estoy bien —dije.

Nos fuimos las tres a tomar algo y les conté todo lo que había pasado. Las puse al día y con cierta tristeza les dije como me sentí con él en general y con su vecina Eva en particular.

—¡Será guarra! —exclamó Veva—. La llego a pillar y la cojo de los pelos.

—Qué lagarta —apuntó Valeria.

Es curioso cuando hablas de temas de chicas con tus amigas, qué rápidamente nos ponemos todas de acuerdo en que son unas lagartas. Nos apoyamos, aunque no sepamos de qué va la historia. Da igual quién tenga la culpa, nunca será nuestra mientras nuestras amigas estén aquí. Siempre te sacarán una sonrisa, aunque sea desde la distancia. Lo dejan todo por estar contigo cuando más lo necesitas y eso no se puede pagar con dinero.

Aprovechando que ya era tarde, cenamos unas raciones y yo decidí irme a casa a descansar. Ya en la cama mandé un mensaje a Sergio.

«Buenas noches, pequeño. Me voy a dormir ya. Estoy agotada».

Enseguida recibí su respuesta.

«Descansa, pequeña. Entre el viaje y el ejercicio que hemos hecho antes de irte...», escribió junto a un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua.

«¡Es que haces que me canse!».

«Me encanta hacer que te canses así».

«Bueno, no me lées... que me voy a dormir».

«¿Ves? ¿A que ya te has puesto colorada?».

«Buenas noches, Sergio», respondí poniendo un emoticono de cara sonrojada.

«Buenas noches, mi niña. Mañana hablamos».

«Descansa lo que puedas en el hospital. Un beso».

Y así fue como me quedé dormida. Con la sensación de que tenía conmigo al mejor hombre del mundo.

Amanecí temprano, me quedaban pocos días allí, y cuando Sergio volviera casi nos tendríamos que despedir para irnos y retomar a nuestras vidas. Me daba muchísimo miedo imaginarme ese momento.

Él regresaría a Valencia y yo a Madrid. Hugo y Dani llevaban un año viviendo en la capital, habían encontrado trabajo allí y se habían alquilado un piso en el centro para compartirlo juntos. Hugo trabajaba como transportista en mensajería urgente y Dani era comercial inmobiliario.

Sergio vivía en Valencia en casa de sus padres. Acababa de terminar de estudiar Diseño Gráfico y ahora buscaba trabajo como tal, mientras hacía pequeños encargos para conocidos y así coger experiencia.

Mientras tanto, de vez en cuando trabajaba en el negocio de sus tíos, una ferretería cerca de su casa, repartiendo sus días entre la ferretería, el diseño gráfico y el deporte. Y por lo visto, hacía unos meses, también con Eva. Me ponía mala solo de pensarlo. Confiaba en él, pero ver a esa chica buscarle de manera tan descarada y acelerada, hacía que me subiera una sensación por el cuerpo que me daban ganas de decirle cuatro cosas bien dichas.

Bajé a la playa y allí me encontré con Hugo y Dani. Valeria y Veva llegarían enseguida. Habían ido al súper a hacer la compra.

Me puse con ellos y después me fui a dar un baño. El agua estaba buenísima y con pocas olas. Echaba mucho de menos a Sergio, pero en nada volvería y estaríamos juntos de nuevo.

Habíamos hablado por la mañana y me dijo que probablemente hoy le dieran el alta a su hermano. Que tendría que guardar algo de reposo en casa, pero que ya no era necesario que siguiera el tratamiento en el hospital. Así que prontito estaría aquí otra vez.

El día lo pasé tranquila, en la playa con mis amigas, comimos algo en una terraza y volvimos a la playa. Me propusieron ir al cine esa noche a ver una película de amores y desamores. Y la verdad que la idea me apeteció. Fuimos a casa a prepararnos y luego nos fuimos dando un paseo a los cines, pero llamé a Sergio antes de entrar al cine.

—¿Sí? —respondió.

—Hola, guapo.

—Hola, pequeña. ¿Ya estáis en el cine?

—No, estamos llegando. Vamos dando un paseíto. ¿Qué tal tu hermano?

—Muy bien. Acabamos de llegar a casa ya con él. Al final, cuando hablé contigo antes, no tardaron en darnos los papeles del alta y ya por fin está con nosotros.

—¡Qué bien! Ahora ya podréis descansar todos.

—Sí, la verdad es que les hace falta.

—Y a ti también, cariño —susurré.

—Ya, pero ellos lo han sufrido más de cerca.

—Pero tú también eres su hermano, así que no digas esas cosas.

—Ya... bueno y ¿al final vais a ver el pastelón ese de película? —dijo riéndose.

—¡Oye! ¡¿Cómo que pastelón?! ¡Es una comedia romántica!

—Ja, ja, ja... ya, ya... solo de oír el título me sube el azúcar.

—¡Pero bueno! —me quejé.

—Ja, ja, ja... es broma, es broma..., pásalo bien, cariño. Bueno, no tan bien, a ver si te vas a olvidar de mí.

—Es imposible olvidarme de ti.

—Bueno, vale... me has convencido.

Hablamos un poquito más y después entramos a ver la película. La verdad es que en algunas situaciones de la película me veía con Sergio. No podía

dejar de pensar en él. Tenía unas ganas tremendas de abrazarle y de sentirle cerca de mí. Y de ver esa sonrisa que me derretía.

Veva y Valeria me propusieron tomar una copa después de salir del cine, pero no me apetecía mucho, la verdad. Además, sabía que ellas querían estar con Hugo y Dani, y yo no quería que se sintieran mal por mí por estar sola.

—Chicas, salid vosotras. Hugo y Dani os estarán esperando. Yo voy a casa y así leo un ratito y me tiro en el sofá a ver la tele.

Al final las convencí, aunque no me fue fácil hacerlo, ellas insistían en que ya tendrían tiempo de estar con ellos, que saldríamos las tres solas..., pero la verdad es que no tenía muchas ganas. Les prometí que mañana por la noche saldría con ellas y eso parece que las convenció.

Me fui a casa y eso hice, ponerme el pijama y leer un rato en la terraza escuchando de fondo las olas del mar.



En la actualidad

Sergio no respondió a mi mensaje dándole las gracias por preocuparse por mí, pero lo cierto era que tampoco aparecía como si el mensaje hubiera sido leído. No tarde mucho en acostarme, me sentía cansada, continuaba bastante tensa y eso se traducían en que estaba algo entumecida.

Así que, cuando me desperté por la mañana, se me ocurrió que podría ser

buena idea salir a correr un rato, el día había amanecido soleado y era bastante temprano. Sin hacer ruido salí de casa para no despertar a Veva, que había llegado muy tarde la noche anterior.

Antes solía hacer más deporte. Lo cierto es que últimamente lo tenía algo apartado, pero me sentí bien mientras hacía ejercicio y me prometí intentar retomarlo.

Cuando llevaba como diez minutos corriendo, me sonó el teléfono. Era Valeria.

—¡Hola, pelirroja! ¡Buenos días! —dije jadeante por el esfuerzo.

—Hola, Anna —respondió seria.

—Huy, ¿qué te pasa...? ¿Ha ocurrido algo? —pregunté preocupada.

—¿Sabes algo de Sergio?

—Eh... —Reduje el ritmo—. Desde anoche no, ¿por?

—Me acaba de llamar Hugo, anoche Sergio tuvo un accidente de moto.

Un jarrón de agua fría me recorrió todo el cuerpo y me hizo parar en seco.

—¿Cómo? Pero... ¿Está bien?

—Sí, tranquila. Hugo dice que solo está un poco magullado, no iba muy rápido, así que, gracias a eso y al casco, no hay nada que lamentar.

—Pero ¿cómo fue? —titubeé.

—Por lo visto un coche rompió el cárter y empezó a chorrear aceite, la carretera se empapó del líquido y Sergio, que iba detrás, derrapó y cayó al suelo con la moto.

—Ayer estuvo en casa sobre las ocho y media de la tarde... —confesé.

—¿Sí? Pues fue poco después, debió de ser cuando se fue de allí camino a su casa.

—Vino a preguntarme qué tal estaba después de lo del ataque de ansiedad —respondí confusa.

—Ay, qué mono...

—¿En qué hospital está? —pregunté preocupada.

—Me ha dicho Hugo que en el Clínico. Yo iba a acercarme. Te llamaba para decírtelo y por si te apetecía ir a verle.

—Joder, Val, claro que me apetece —musité—, voy a casa a cambiarme, que me has pillado corriendo y nos vamos.

¡Me moría por ir volando a verle! Ahora entendía que no respondiera al mensaje que le envié. Y yo pensando de todo mientras él tenía un accidente con la moto...

—Vale, como en media hora estoy en tu casa.

Y colgamos.

Corrí hasta casa intranquila. Ayer por la noche había estado conmigo, preocupándose por mí, y no era para menos que yo hiciera lo mismo... Y no nos engañemos, me importaba tanto, que moriría si no iba a verle.

Cuando llegué, Veva estaba en la ducha, probablemente, Dani la había avisado también sobre lo que le había pasado a Sergio.

Esperé a que saliera del baño para entrar yo y no tardó más de cinco minutos en hacerlo.

—Anna, cariño, me acaba de llamar Dani... —dijo apesadumbrada.

—Ya, a mí me ha avisado Valeria.

—¿Vas a ir?

—¡Claro! Val vendrá en media hora.

—Yo me voy a ir yendo, que Dani me estará esperando abajo —dijo cogiendo su bolso.

—Vale, vale... nos vemos allí.

Me metí en la ducha y en pocos minutos ya estaba preparada para que viniera Valeria. Me sentía alterada, impaciente por llegar y comprobar que Sergio estaba bien.

Miré por la ventana para ver si así conseguía que Val llegara más rápido, y

no sé si fue eso o casualidad, seguro que por lo segundo, que vi aparecer el mini negro y rojo de Valeria girando la esquina.

Cogí la chaqueta y el bolso y bajé veloz por las escaleras, no tenía paciencia ni para esperar el ascensor. Me reuní con Valeria y enseguida salimos hacia al hospital.

Tardamos poco más de veinte minutos en llegar y aparcamos relativamente rápido. Le dimos un euro a aquellos señores que hacen las veces de aparcacoches ilegales y nos dirigimos a la puerta de urgencias.

En la sala de espera vimos a Dani, Hugo y Veva, pero no eran los únicos, también estaban los padres de Sergio. Me quedé un poco paralizada en la puerta, me había sorprendido encontrarme a sus padres allí, aunque era lo más lógico. Me había entrado pánico al encontrarme en esa situación sin saber si Sergio estaba bien.

—¿Quiénes son esos señores que hablan con Dani? —preguntó Valeria desde la puerta.

—Son los padres de Sergio —respondí con añoranza.

Me acerqué despacio a ellos con una sonrisa triste, eran los primeros a los que quería saludar. En cuanto su madre me vio, me reconoció y se abrazó con fuerza a mí.

—Hola, querida —dijo su madre sollozando—, mi hijo...

—Hola, señora —saludé correspondiéndole al abrazo—. Tranquila, seguro que está bien.

—¿Y a mí no me vas a decir nada? —se acercó por detrás el padre de Sergio.

—¿Cómo no? —respondí con media sonrisa dándole también un abrazo—. ¿Cómo está usted?

—Huy, no me hables de usted, que me haces mayor... —Sonrió.

—¿Cómo está Sergio? ¿Le han visto? —pregunté preocupada.

—Sí, hemos estado con él, le van a subir a planta ahora, pero creen que mañana le darán el alta. Quieren observarle un día más.

—Eso es una buena noticia, ¿no?

—Sí, hija, sí —respondió su madre sonándose la nariz.

Le presenté a Valeria y me acerqué a hablar con Dani.

—Dani, ¿tú le has visto? —pregunté nerviosa.

—Sí, me llamaron a mí primero porque él dijo que así lo hicieran.

—¿Y? —dije preocupada.

—Tiene heridas en las piernas y brazos y magulladuras por el cuerpo, pero nada grave.

Estuvimos allí como unas tres horas, hasta que avisaron por megafonía a los padres y les indicaron que ya le subían a planta. Todos nos dirigimos hasta el pasillo donde estaba la habitación que le habían asignado, esperando ver aparecer su camilla por el ascensor.

Yo temblaba, estaba muy nerviosa y Valeria se dio cuenta de ello.

—Shh..., tranquila, Anna... él está bien —me susurró mientras me cogía de la mano.

En ese momento vimos que el ascensor se abría y un celador empujaba una camilla, miramos expectantes hasta ver aparecer la cama y descubrimos que efectivamente era la de Sergio.

Sus padres y amigos se acercaron, quedándonos nosotras más atrás.

—Yo voy al baño —dije.

—Tranquila, Anna, ve y despéjate un poco —me dijo Valeria.

—Sí, lo haré, ahora vengo.

Fui al baño situado al final del pasillo, estaba como paralizada por la situación y necesitaba salir unos segundos de allí. Me lavé la cara y volví. En el pasillo estaban sus amigos y mis amigas y dentro de la habitación solo

estaban sus padres. Me acerqué hasta ellos.

—Pasa tú, Anna, eres la única que aún no le ha visto —dijo Hugo poniéndome la mano en la espalda.

Tragué saliva y llamé a la puerta. La abrí despacito mientras asomaba tímidamente la cabeza.

—Hola, ¿se puede? —pregunté cortada.

—¡Claro, hija, pasa! —respondió su madre algo más animada.

Sergio giró la cabeza y al verme esbozó una sonrisa que hizo que se me erizara la piel. Me acerqué despacio hasta él sintiéndome observada por sus padres.

—¿Cómo estás? —pregunté retraída.

—Estoy bien —respondió susurrando sin dejar de sonreír y de mirarme fijamente a los ojos.

Se volvieron a repetir esas miradas que no conseguíamos evitar. Él lo hacía con media sonrisa, sin hablar, y yo de una forma más tímida, bajando la vista de vez en cuando, incapaz de mantenerla sin sentir demasiadas cosas. Me encontraba algo intimidada por esa forma tan profunda de mirarme, hasta parecía que pudiera leerme el pensamiento.

—Bueno, nosotros nos vamos a tomar un café, ¿verdad, cariño? —dijo de repente la madre de Sergio guiñando un ojo al padre.

—Ah, sí, sí—respondió este enseguida—. Huy, es que necesito un café ahora mismo.

—Hasta luego, cielo, después venimos —dijo su madre dándole un beso en la mejilla—. Adiós, Anna, no sabes la alegría que me ha dado volver a verte, espero que se repita pronto.

—Igualmente —respondí, y nos dimos un abrazo.

Sus padres salieron de la habitación y cerraron la puerta, no sé lo que dirían al resto, pero nadie entró.

—Mi madre te cogió mucho cariño —dijo Sergio dejándome descolocada.

—Y yo a ella —declaré—. Bueno, y tú, ¿cómo estás?

—Un poco dolorido, pero bien —dijo removiéndose en la cama—. ¿Te importa colocarme la almohada, por favor?

—No, claro —respondí dispuesta.

Me acerqué sin saber muy bien qué hacer. Él se incorporó un poco apoyándose en uno de sus brazos, quedando su rostro casi a la altura del mío, y yo, mirando hacia la almohada, la re Coloqué como buenamente pude, teniendo en cuenta que tenerle tan cerca me desestabilizaba de una manera brutal.

—¿Así? —pregunté incapaz de mirarle.

—Sí, está bien así. Gracias —susurró.

Y cuando me atreví a mirarle él lo estaba haciendo con esa profundidad que me hacía sentir tan vulnerable. Estábamos más cerca de lo que mi corazón soportaba y, tras unos segundos en los que las mariposas me vitoreaban para que le abrazara, me retiré con la mala suerte de enganchar mi brazo en uno de los cables que unían su vía a una máquina.

—¡Ay, mierda! ¿Te he hecho daño? Joder, ¿estás bien? —no podía parar de hablar.

—Anna...

—Perdona, ¿no habré desconectado nada, no? —Me giré a mirar las máquinas.

Oí que Sergio se reía y me di la vuelta para mirarle.

—Anna, tranquila, estoy bien —musitó—. Muy bien.

Joder, otra vez esa manera de mirarme. O cambiaba de tema o mis mejillas comenzarían a arder.

—Eh... —Me coloqué un mechón detrás de la oreja—. Me han contado que resbalaste con aceite de otro coche.

—Sí, la moto culeó y me caí. Suerte que no iba muy rápido.

—Menos mal.

—Anna, gracias por venir a verme —dijo casi en un susurro—, para mí es importante que estés aquí.

—Bueno... yo... quería saber si estabas bien —respondí mirando hacia cualquier parte que no fueran sus ojos.

—¿Tú cómo estás?

—¿Yo? Bien.

—¿Más relajada? —ponía esa voz ronca que me temblaban hasta las piernas al escucharle.

—Bueno, hasta esta mañana, sí... —Sonreí—. Me asusté cuando me llamaron para contarme lo que te había pasado.

—Estate tranquila, estoy bien, de verdad.

—Me han dicho que probablemente salgas mañana, ¿no?

—Sí, quieren observar a ver si me diera fiebre o hay alguna complicación.

—Seguro que todo va bien. Bueno... pues... te dejo que descanses.

—¿Te vas ya? —preguntó enseguida.

—Sí, hay más gente que quiere verte.

—Quédate un poco más. —Me pidió con voz cálida cogiéndome la mano. Como si me quemara, yo la retiré. No quería volver a complicar las cosas.

—Sergio, tengo que irme. Ya me irán informando de cómo estás.

Estaba tan nerviosa por volver a sentir el tacto de su mano sobre la mía que necesitaba salir de allí. En ese instante me había dado cuenta de que seguía enamorada de él, aunque tampoco había que ser un lince para darse cuenta.

Salí de la habitación como despistada, lo que acabábamos de sentir ahí dentro había sido muy intenso, demasiado para asimilarlo en segundos.

Me despedí de la gente y decidí coger el autobús para irme a casa, recoger

mi coche y volver a casa de David a por las cosas que me faltaban por llevarme. Me aseguré por amistades comunes que él no estaría allí. Así cerraría un capítulo de mi vida que fue mi relación con David.

Cuando bajaba del autobús para llegar a casa, me llegó un mensaje al móvil.

Lo abrí un poco asustada por si era el perturbado ese, pero no... era Sergio. Era la respuesta al último mensaje que le mandé «gracias por preocuparte por mí», y su respuesta fue:

«Nunca quise dejar de hacerlo».

Tuve que leerlo varias veces antes de borrar mi sonrisa de la cara y para que mi corazón dejara de bombear con esa fuerza.

Bloqueé el móvil igual que se bloqueó mi mente. De nuevo otro mensaje. Será otra vez Sergio, pensé...

Cuando lo abrí, comprobé que no se trataba de Sergio:

«Deja de zorrear ya con ese tío del hospital. Te pone mucho, ¿verdad? Pronto estaremos juntos, recuerda que te tengo vigilada. ¡Ah! Y ni una puta palabra a la policía o ese amiguito tuyo podría llevarse algún susto».



Hace cuatro años

Al día siguiente hablé varias veces con Sergio y me dijo que probablemente vendría mañana a reunirse con nosotros. ¡Qué alegría! ¡Tenía muchísimas ganas de verle! Además, me dijo ¡que tenía que darme una buena noticia!

Así que pasé el día nerviosa, primero porque mañana ya le vería, y después ansiosa por saber la noticia.

Volvimos a pasar el día en la playa, había que aprovechar las escasas jornadas que nos quedaban allí. Y aunque ya estábamos bastante morenitas, a nadie le desagradaba el dulce de aprovechar el mar, la arenita, el chiringuito...

—Bueno, pues esta noche salimos las tres, ¿no? —preguntó Valeria mientras estábamos tumbadas en las toallas.

—¡Claro! —respondió Veva enseguida.

—Sí, chicas, lo prometido es deuda. Hoy salimos a quemar la noche —dije yo.

—¡Que se preparen, que vamos! —gritó Veva.

—Shhh..., Veva —dijo Valeria—. Que no hace falta que se entere toda la playa.

Nos salió a las tres a la vez una carcajada que me hizo recordar los buenos

tiempos que habíamos vivido juntas. En una noche de esas noches les presenté a Sergio, a Hugo y a Dani.

El día se nos pasó volando, por la tarde estuvimos en el puerto recorriendo tiendas y comprándonos algunas cositas, sobre todo ropa. También adquirimos algunos pendientes y algún que otro sombrero veraniego. Nos lo pasamos fenomenal, fue una tarde maravillosa.

Yo me compré unos *shorts* blancos para estrenarlos esa misma noche con una camiseta de tirantes negra.

Después nos tomamos unas cervecitas con Hugo y Dani, la verdad es que eran unos chicos encantadores y muy amables. Hugo era un poco más alocado, pero con muy buen fondo. Dani era más comedido, dentro de su locura, pero le gustaba tenerlo todo más «atado».

—Bueno, chicos y chicas, yo me subo ya a casa que, como siga con las cervezas, ¡me recogéis dormida ya en casa! —dije levantándome para marcharme del bar.

—Vale, guapi, nosotras ahora iremos también —declaró Veva.

—¿Quedamos entonces a las once? —preguntó Valeria.

—Sí —respondí yo.

—A ver qué hacéis, ¿eh? —preguntó Hugo acercándose a Valeria y besándola a la altura de la sien.

—Tranquilos, que las tengo vigiladas —respondí guiñándoles un ojo.

Me preparé para salir y me puse los *shorts* blancos con la camiseta de tirantes con escote de pico negra que esa tarde me había comprado. Sandalias negras de tacón y listo.

A las once nos juntamos las tres y nos dirigimos al Hicks, un local no muy grande, pero lo suficiente para bailar y acercarte a la barra a tomar algo con tranquilidad.

Al entrar había bastante gente, pero se estaba bien, no notabas sensación

de agobio.

Nos dirigimos a la barra a pedirnos un chupito para celebrar que estábamos las tres juntas disfrutando de la noche. Aunque yo no era capaz de sacar a Sergio de mi cabeza.

Iba dispuesta a pasármelo muy bien, pero el recuerdo de Sergio era inevitable.

Nos pedimos después una copa cada una y nos lanzamos a la pista. Mientras bailábamos, unos chicos se nos acercaron, pero al ver que nos les hacíamos ni caso se fueron. Nos reíamos de la situación y con la mirada nos decíamos todo.

Llevábamos como un par de horas allí, pero lo estábamos pasando tan bien que decidimos quedarnos más tiempo en ese local.

Mientras bailábamos una canción de Chayanne, el móvil vibró en mi pequeño bolso. Lo saqué y era un mensaje de Sergio.

«¡Hola, preciosa! Solo te escribo para decirte que te echo muchísimo de menos», no pude evitar sonreír. «¡Ah! Y también que los shorts blancos que llevas te quedan que quitan el hipo».

Me quedé blanca, paralizada... ¿Cómo? ¿Me estaba viendo? Me giré y le busqué con la mirada, pero no le veía. ¿Cómo sabía que llevaba esa ropa? Volví a mirar entre la gente, pero ni rastro de Sergio. Seguía con el móvil en la mano, temblando de nervios solo de pensar ¡que pudiera estar a escasos metros de mí!

Le respondí enseguida:

«¡¿Dónde estás?!».

Y según di a enviar me abrazaron con fuerza por la espalda, agarrando mi cintura. Se me cortó la respiración.

—Estoy a tu lado, pequeña —susurró en mi oído.

No podía ni respirar. Tragué saliva y me di la vuelta. Con los ojos abiertos

como platos le vi. ¡Sergio había vuelto! Mi cara de incredulidad se reflejaba en su sonrisa.

—Reacciona, pequeña —reía Sergio.

—Pero... pero...

—Pero nada.

Y me presionó contra él y me besó con una pasión desmedida. Me cogió en brazos agarrándome con mis piernas en su cintura sin dejar de besarle. Cómo me habría gustado estar solos en ese momento...

Nos besamos y abrazamos durante un rato, no podíamos contenernos más y, una vez conseguimos «despegarnos» un poco, pregunté:

—Pero ¿y tú?

—¿No te alegras de verme? —dijo burlón—. A mí me ha parecido todo lo contrario... —dijo besándome el cuello.

—¿¿Cómo no me voy a alegrar?! Pero como me dijiste...

—Ya..., sé lo que dije, pero quería sorprenderte.

—Pues lo has conseguido. Vaya si lo has hecho.

—Si te llegas a ver la cara que has puesto cuando has leído el mensaje... era para grabarte.

—Es que me he quedado blanca, no era capaz de reaccionar.

—Soy bueno, ¿eh? —dijo seductor.

—Eso no lo dudes —respondí en el mismo tono.

—¿Y sabes lo mejor?

—¿Qué?

—Que tus amigas y mis amigos los sabían... no estáis aquí por casualidad.

—¿Qué? Serán hijas de...

—Shhh..., es más, date la vuelta.

Al girarme veo a mis amigas con Hugo y Dani mirando hacia donde estábamos nosotros, riendo.

—Las voy a matar.

—Era mejor así, ¿no?

Nos quedamos mirando y sonriendo, hablando sin hablar.

—Cómo te he echado de menos... —le dije.

—¿Crees que yo a ti no?

Y volvimos a besarnos, pero esta vez lentamente y con ternura.

—Bueno, ¿y cuál era esa buena noticia que me ibas a dar? Me tienes intrigadísima.

—¿Ya quieres que te la diga? —dijo vacilón.

—¡Claro!

—Te lo vas a tener que ganar.

—¡Sí, claro! Empieza a hablar, ¡ya! —dije en tono amenazador.

—¿Me vas a torturar? —dijo soltando una carcajada.

—Hombre, la verdad, creo que poco daño te podría hacer, pero era para ver si funcionaba.

—Ven, salgamos fuera y hablemos tranquilamente —dijo cogiéndome las manos.

—Claro, vamos.

Salimos y nos dirigimos a la puerta. Yo iba delante y Sergio detrás de mí, cuando de pronto un chico me cortó el paso.

—El carnet, guapa, si no, no te dejo salir —dijo borracho.

—Anda, quítate y déjame pasar, idiota —le recriminé.

Sergio, como un relámpago, se puso delante de mí.

—¿Te puedes quitar, chaval, o te enseño el carnet de una hostia?

—Huy, huy, huy, el novio... —respondió el chico.

Sergio le apartó a un lado. Con la borrachera que llevaba, tampoco fue muy difícil. Me cogió de la mano y salimos de allí.

—Oye, que yo se defenderme solita, ¿eh? —le dije.

—Ya, pero es que quería salir lo antes posible para contarte la noticia y ¡ese gilipollas estaba intentando ligar contigo!

Se me escapó una carcajada.

—Bueno, venga, cuenta, cuenta.

Me cogió la mano y me acercó a un coche, me apoyé en el vehículo y él se apoyó sobre mí. Me empezó a besar el cuello despacio.

—Oye, oye... déjate de besitos y ¡¡cuéntame!!

—Joder, qué romántica eres, ¿no?

—Es que me tienes en ascuas. —Y puse pucheros.

—Ufff esos pucheros me los como enteros —dijo besándome.

—Venga, va... arranca.

Me miró entre serio y emocionado a la vez, sonreía con los ojos y eso le delataba. Yo no le apartaba la mirada y jugueteaba con sus manos, nerviosa.

—Me voy a vivir a Madrid.

En ese momento me quedé pasmada, demasiadas emociones en muy poco tiempo.

—¿Cómo?

—Que me voy a Madrid.

—Pero... —Estaba totalmente desconcertada.

—He encontrado trabajo allí.

—¿Cuándo...?

—¿Sabes hacer una frase de más de una palabra? —reía.

—Es que no sé qué decir —contesté incrédula.

—¿No te alegras?

—¡¿Cómo no me voy a alegrar?! Joder, ¡estoy feliz! —Y le abrace con fuerza—. ¡Pero cuéntame!

—Me llamaron antes de ayer para ofrecerme un trabajo a través de Dani.

—¿En Madrid?

—Sí, en el centro.

—¿Y dónde?

—En un estudio de Diseño Gráfico.

—¿En lo tuyo? ¿En serio?

—¡¡¡Sí!!! Es la hostia, ¿verdad? Además, Dani y Hugo me han ofrecido quedarme en su piso hasta que encuentre algo.

—¡Es perfecto! —grité.

—No podía separarme de ti.

—Ni yo..., pero es que es la mejor noticia que me podías haber dado —respondí rodeándole por la nuca.

—Mi mejor noticia es que tú estés feliz de que me traslade.

—¿Quieres que nos vayamos a mi casa? —propuse.

Sergio se carcajeó.

—Huy... ¿a tu casa? ¿para qué? —vaciló.

—Muy bien, ya estoy colorada otra vez ¿a que sí? —dije poniendo mis manos sobre mis mejillas.

—No lo dudes... por eso ahora mismo tú y yo nos vamos a tu casa, que ahí sí que te voy a sonrojar.

Ahora fui yo la que soltó una carcajada.



En la actualidad

Pasaron un par de días después de aquel amenazador mensaje, y yo no sabía ya qué hacer ni cómo comportarme ante aquellos chantajes para que nadie se diera cuenta de lo que me estaba pasando. Ese día, Alex insistió en verme después del trabajo. Le di largas porque estaba bastante aturdida entre el mensaje de Sergio y los de aquel psicópata.

Me estaba volviendo loca. Menos mal que ese sábado Veva celebraba su cumpleaños en un local y me despejaría un rato.

En el trabajo todo iba muy bien, era el único lugar donde últimamente me sentía segura y tenía la sensación de poder controlar lo que pasaba a mi alrededor. Mis compañeros me lo estaban poniendo muy fácil mostrándose muy colaboradores conmigo. Y mi jefe, no sé si por ser hija de uno de sus mejores amigos o por qué, era muy comprensivo a la hora de entregar tareas o si me demoraba en algún encargo. Me sentía protegida y cuidada allí. Así

que estaba muy contenta de haber encontrado ese trabajo en este momento de mi vida. Era lo único estable en ese momento para mí.

El cumpleaños de Veva me hacía bastante ilusión, lo reconozco, es una celebración que ya formaba parte del calendario de todos los años casi como la fiesta nacional. Son unas fiestas muy curradas por Veva y a la que acude siempre mucha gente. Además, era la primera sin su madre, y mi amiga se empeñó en que tenía que ser perfecta, como así lo habría querido Marisa.

Me preguntó si me importaba que invitara a Sergio y, la verdad, no solo no me importaba, si no que tenía muchas ganas de verle.

Desde que nos encontramos en el hospital hacía un par de días no había sabido nada de él. Lo último fue el famoso mensaje que no tuve valor de responder, porque hacerlo habría empezado a complicar las cosas. Estaba segura. Sabía que al día siguiente le habían dado el alta, confirmando que lo más grave habían sido las contusiones.

Alex me mandó un mensaje de nuevo para quedar...

«¡Hola, guapa! ¿Tienes algo que hacer esta noche?».

«Hola, Alex, pues la verdad es que entre semana prefiero descansar».

«¿Soy yo, o es que no te apetece quedar conmigo?».

«Mira, Alex, la verdad es que últimamente estoy un poco abrumada con muchas cosas...».

«Ya, entiendo...».

«No es por ti, eres un tío genial, de verdad».

«Me apetecía conocerte, nada más».

«Y a mí conocerte a ti, pero creo que ahora no es el momento. Y te juro que lo siento mucho, pero antes tengo que aclararme yo, y no quiero hacerte daño».

«No pasa nada».

«Lo siento».

«Bueno, un día sí que podemos tomar algo sin necesidad de buscar nada, ¿no?».

«Por supuesto, a ver si me relajo de una vez».

«Te relajaba yo...», intuí una sonrisa al otro lado del teléfono.

«Un beso, Alex», me reí. «Hablamos otro día».

«Un beso, guapa».

Pasé la semana bastante nerviosa, porque volví a recibir otro mensaje de aquel desequilibrado saliendo del trabajo.

«¿Ya a casita, zorrита? Esa minifalda con tacones me vuelve loco, perra...».

Esta situación estaba empezando a afectarme la salud, y todo por no contárselo a nadie que me pudiera ayudar. Si tuviera que confesárselo a alguien estaba segura de que sería a Sergio. Después de cómo se comportó cuando tuve el problema con David, me demostró ser muy discreto y a la vez me ayudó mucho.

A Valeria y Veva no quería decírselo porque no quería preocuparlas. Y a mi padre ni en broma. Se volvería loco.

Así que mejor me lo callé y me lo guardé para mí. ¿Pero hasta cuándo? ¿Cuándo pararía este enfermo de mandarme mensajes? ¿Y si un día en vez de mensajes se le ocurría presentarse en mi casa? Solo pensarlo me hizo temblar.

La semana pasó lenta, yo estaba agobiada y Veva no hacía más que repetirme que tenía mala cara..., que si me pasaba algo..., y yo no hacía más que darle excusas. Que si el trabajo, que si no dormía bien por la noche...

En dos semanas había perdido casi cuatro kilos y eso no lo podía esconder.

Sabía que Sergio estaba bien porque le preguntaba a mis amigas y ellas a Dani y Hugo. Quería poner tierra de por medio después de lo del hospital. No es que hubiera pasado nada, pero él y yo sabíamos lo que había, sabíamos cómo nos habíamos mirado y éramos conscientes de que los dos seguíamos

sintiendo algo.

Por fin llegó el sábado y el cumpleaños de Veva. Habíamos quedado a las diez en la sala KKO con ella y todos sus invitados. El dueño era amigo suyo y le ofreció el local para la celebración.

Me empecé a preparar y reconozco que me emocionaba saber que Sergio estaría también allí. Quería lucir impresionante. Así que me puse un vestido negro ajustado asimétrico en las mangas y muy cortito. Lo acompañé con unos zapatos de plataforma y tacón de aguja. El hecho de haber perdido algo de peso hacía que me quedara un pelín grande, pero bueno, creo que no me sentaba muy mal.

Me alisé el pelo y me acicalé con base de maquillaje, máscara de pestañas negra y labios rojos. Un pequeño bolso cruzado negro y unas gotas de perfume en sitios estratégicos.

Val vino a recogerme para ir las dos en su coche. Ella vivía cerca del local y tenía plaza de garaje propia en su apartamento, así que vendría a buscarme, aparcaríamos el coche y ya de ahí no lo moveríamos. A la vuelta cogería un taxi.

—Uuuuu... ¡pero estás impactante, Anna! —dijo Valeria sorprendida.

—Teniendo en cuenta que últimamente no me arreglo nada —dije riéndome—, es normal que te lo parezca. Oye, y tú tampoco estás nada mal, ¿eh?

Valeria llevaba un vestido color plata también ajustado y minifaldero. Con un gran escote por la espalda que la hacía estar preciosa y sugerente.

Tardamos muy poco en llegar al local, y el hecho de que ella tuviera plaza de garaje al lado nos lo puso mucho más fácil.

Eran las diez y media cuando entrábamos por la puerta.

Nada más llegar, Veva nos recibió feliz.

—Uoooo... ¿y estos dos pivones quiénes son? —dijo mirándonos de

arriba abajo.

—En cuanto una se pinta el ojo, mira como triunfa —bromeó Valeria.

—Ya te digo... —respondí yo.

—Mirad —continuó Veva—. La barra está allí, las pista en el otro lado y los baños arriba... yo ahora os veo, que estoy recibiendo a los invitados, ¿vale?

—Qué pedazo de anfitriona —le dije a Veva dándole un abrazo.

—Ah, y Hugo y Sergio en la barra —dijo guiñándonos un ojo.

—Qué mala eres —le dije al oído.

En ese momento sonaba la canción de *Vive la vida* de Marc Anthony y Val y yo fuimos derechitas a la pista a bailar. Los ritmos salseros nos encantaban. Siempre nos había gustado bailar, y creo recordar que estuvimos apuntadas alguna vez a clases de baile.

En ese momento noté que alguien me susurraba por detrás.

—¿Bailamos?

Me giré con rapidez, aunque ya tenía más que claro a quién pertenecía esa voz.

Era Sergio, sonreí y asentí mientras bailábamos con ritmo latino esa pegadiza canción.

—No sabía que bailaras salsa —le dije mientras bailábamos.

—Aprendí hace relativamente poco. En el *gym* daban clases y me apunté.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Espero que para bien —sonrió.

Y continuamos bailando. Le miraba y es que no podía evitar sentirme atraída por él. Me sonreía, yo a él también y el roce de nuestros cuerpos al bailar me erizaba la piel.

La canción terminó y vi a Valeria tomando algo con Hugo en la barra.

—¿Vamos con ellos? —pregunté.

—Claro.

Cuando estábamos acercándonos a la barra me cogió la mano y se puso frente a mí.

—Anna, antes de nada, quiero decirte que estás espectacular esta noche.

Me moría por abrazarle, por tirarme a sus brazos y besarle apasionadamente. Pero no podía hacer eso. No quería volver a caer en lo mismo que hacía cuatro años.

—Gracias, tú también estás muy bien —le respondí.

Solté ligeramente mi mano de la suya y caminé hacia la barra hasta llegar con el resto de nuestros amigos.

—¡Venga, chicos, un brindis por Veva! —gritó Hugo.

Nos dieron un chupito a cada uno y brindamos con Veva por ella.

Estábamos bailando las tres como locas en la pista cuando unos chicos se nos acercaron. Se me presentó uno de ellos y bailamos juntos un rato. Yo había bebido un poco y estaba muy desinhibida. Me di la vuelta bailando y vi a Sergio en la barra, con los ojos clavados en mí mientras se tomaba una copa. Su gesto era serio, desafiante y hasta podría afirmar que algo sexual.

Me dio la sensación de que estaba algo celoso. Aquel chico me hablaba al oído y yo extremaba mis respuestas con risas más exageradas mientras por el rabillo del ojo sabía que me observaba. Me gustaba llevar ahora yo las riendas del juego.

—Sergio está matando con la mirada a este chico —me decía Valeria, que tenía a Sergio de frente.

Y reconozco que me gustaba escuchar eso. Sentirme deseada por él hacía que cada vez me gustara más continuar con este peligroso juego que estaba comenzando.

—¿Quieres una copa? —me preguntó mi inesperado acompañante.

—¿Por qué no? —dije.

Pasé yo delante de él y me coloqué en la barra no muy lejos de Sergio, que estaba ahora hablando con Dani. Sergio se giró para seguir teniéndome en perspectiva y me di cuenta enseguida.

Nos pedimos una copa rápidamente y volvimos a la pista a bailar, pero este chico ya estaba intentado agarrarme demasiado y eso ya no me gustó. Mientras tanto, Sergio seguía vigilándome.

Al ver que me alejaba de aquel chico y me iba con mis amigas y Hugo a bailar, Sergio se acercó a nosotros a bailar también.

—Vaya... ¿ya se ha ido tu amigo? —me preguntó junto a mi oído.

—Sí, empezaba a ser muy pegajoso... —reí mientras me contoneaba.

—No me extraña, es que estás... preciosa.

Empezó una lenta y, Sergio, sin dudarle, me cogió con decisión de la cintura y me atrajo hacia él para bailar. Nos quedamos a escasos centímetros de la boca del otro y por inercia me humedecí los labios. Sergio desvió su mirada a mis labios y volvió a mirarme con deseo. Las mariposas que estaban ya durmiendo aletearon nerviosas ante tal acción.

Nos miramos serios, nerviosos, la respiración se nos alteró a los dos. ¡Qué ganas de besarle y hacerle ver lo que sentía por él!

Al ver que iba a suceder lo inevitable, me separé de él.

—Tengo que ir al lavabo. —Y hui de allí.

Había que poner espacio entre nosotros o acabaríamos de nuevo en la cama. Aunque yo lo deseaba con muchas ganas. Ya en el baño respiré hondo y pensé, o al menos lo intenté. Tenía que intentar recapacitar con claridad o yo no sé qué ocurriría. Salí del lavabo dejando pasar a dos chicas que entraban corriendo.

Bajé las escaleras que me llevaban a la planta de abajo y, al final de la escalera, estaba Sergio esperándome.

Seguí bajando las escaleras, pero más despacio, y cuando pisé el último

escalón y me iba hacia la pista, Sergio me dirigió con contundencia hasta la pared, me sujetó la cara con determinación y me empezó a besar con una pasión desmedida. Me quedé perpleja, pero le deseaba tanto que me abandoné a aquellos besos, parecía que íbamos a devorarnos. Nos recorriamos el cuerpo con las manos sin saber dónde pararnos porque queríamos sentirnos enteros.

En ese momento solo estábamos él y yo, deseándonos como nunca había deseado a nadie. No nos importaba que nos miraran, que nos vieran, daba igual.

—Te deseo, Anna —susurraba en mi oído mientras besaba mi cuello.

A mí no me salían ni las palabras. De repente paré en seco y le miré de frente, con la respiración entrecortada y con ganas de mucho más.

—Sergio...

—Anna, te quiero —dijo apoyando su frente junto a la mía—. Nunca he dejado de quererte, necesitaba sentirte de nuevo. Necesito sentirte de nuevo.

—Sin mentiras —susurré.

—Sin mentiras —respondió.

Seguimos besándonos con pasión en una esquina de la discoteca, pero era evidente que esto tenía que terminar en otro sitio. Así que cogimos un taxi aguantándonos el deseo de devorarnos, aunque nos costaba mantener las manos quietas y, entre besos y caricias, llegamos a su casa. Abrió la puerta sin despegar sus labios de los míos y tras cerrar, me cogió en brazos para enredar mis piernas en su cintura haciendo que el vestido se me subiera hasta las caderas. Me llevó hasta su habitación y me tumbó en su cama, colocándose sobre mí.

—No sabes el tiempo que llevo soñando con esto —jadeó.

—Yo también —respondí excitada.

Nos enredamos entre besos y caricias profundas que nos hicieron explotar

de placer.

Degustádonos el uno al otro y sintiéndonos de nuevo.



Hace cuatro años

Despertamos por la mañana abrazados en mi cama. ¡Se venía a vivir a Madrid! ¡No me lo podía creer! No podía ser más feliz. Ahora sí que era todo perfecto. Los dos juntos en la capital.

Me quedé despierta, pero apoyada en su pecho, oía latir su corazón y me sentía tan a gusto y feliz junto a él que no quería que este momento terminase nunca.

Solo nos quedaban dos días de estar en la playa, pero la certeza de que seguiríamos juntos después en la misma ciudad, hacía que viera las cosas de otra manera a como las veía antes de saber que se mudaba.

Noté que me daban un beso en la coronilla.

—Buenos días, pequeña —dijo Sergio desperezándose.

—Buenos días, cariño —respondí levantando mi cabeza y mirándole mientras me apoyaba en mi brazo.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó.

—Muy bien, ¿y tú?

—Mmm... fenomenal.

—No dejo de pensar en que te vendrás a Madrid.

—Te pilló de sorpresa, ¿cierto?

—¡Ya te digo! La verdad es que no me imaginaba qué podría ser la noticia, pero te aseguro que esa jamás se me pasó por la cabeza.

—La verdad es que cuando me llamaron, inmediatamente contacté con Dani. Me dio los datos necesarios para saber si debía aceptar la oferta y... ¡tachán! ¡A Madrid!

—Dani es muy buen amigo, ¿verdad?

—Muy buen tío, de verdad. En todos los sentidos. Además, como trabaja en una inmobiliaria, va a ayudarme a buscarme piso cuando ahorre un poquito.

—Sí, porque mi padre no creo que te deje dormir allí conmigo —dije vacilona.

—¿No? Joder, qué faena... —respondió irónico provocándome una carcajada—. Bueno, siempre nos quedará el piso donde viviré —dijo ronroneando y besándome el cuello.

—Sí, claro, con todos tus amigos en casa, qué fiestón —dije abandonándome a sus besos.

—Ya los echaré...

Nos quedamos más tiempo en la cama de lo pensado, disfrutando el uno del otro y celebrando la gran noticia.

A medio día quedamos con los amigos para comer juntos en un italiano que había en el paseo marítimo. Queríamos celebrar el nuevo trabajo de

Sergio.

—Bueno, chicos, y esta noche, ¿qué hacemos? —preguntó Hugo.

—Pues ya nos hemos recorrido casi todas las discotecas de la zona —respondió Veva riéndose.

—Me han dado antes un *flyer* que dice que esta noche hay fiesta ibicenca y que invitan a chupitos —dijo Sergio.

—¿Ibicenca? —preguntó Valeria—. ¿Todos de blanco entonces?

—Chicas, cuidado, que si vais de blanco y os mojamos sin querer se os transparentará todo, uuuhhh —dijo burlón Hugo.

—Anda, no seas salido —le respondió Valeria dándole una colleja.

Todos nos echamos a reír.

—¿Tenemos todos ropa blanca para ir? —preguntó Dani.

—Yo creo que nos podemos apañar, ¿no? —dije yo—. Además, tampoco creo que sea obligatorio ir así todos enteros de blanco.

—Tiene razón Anna, algo blanco y ya —respondió Dani.

—Bueno —dijo Hugo—, propongo un brindis por Sergio que, además de ser colega, será compañero de piso.

Todos levantamos nuestras copas y brindamos por él. Este se puso en pie y respondió al brindis con unas palabras.

—Yo quiero daros las gracias por todo. Por ser como sois y por acogirme en vuestra casa sin dudarle ni un segundo. Y también quiero darle las gracias a Anna por hacer que este verano haya sido tan especial. —Empecé a sonrojarme—. Por ser tan buena compañera, paciente, cariñosa y la más bonita del mundo. Espero que esto sea para siempre, pequeña.

Todos respondieron con un «ohhh» y brindamos. A continuación, Sergio me abrazó y me dio un beso en los labios.

—Gracias a ti, Sergio —le susurré al oído—. Soy muy feliz contigo y jamás quiero separarme de ti.

Y esta vez fui yo quien le besó.

Acabamos de comer y acudimos directamente a casa a ponernos los bañadores para bajar un ratito a la playa. Pasamos allí el resto de la tarde y ya sobre las ocho y media, nos fuimos a nuestras casas a prepararnos para salir por la noche.

Nos fuimos primero a una terraza del paseo marítimo a tomarnos algo y de ahí a la discoteca que Sergio antes había comentado de la fiesta ibicenca.

Era la última noche ya que, mañana por la tarde, después de hacer las maletas y dejar todo recogido, partiríamos hacia Madrid.

Sergio iría primero a Valencia a preparar algo de equipaje, pues en unos días tendría que estar en Madrid para comenzar en su nuevo puesto de trabajo.

Entramos en la discoteca y había un ambiente tremendo. Chicas vestidas muy sexys y totalmente de blanco te recibían con bandejas llenas de unos chupitos con bebida azul, supongo que sería Blue Tropic. Cogimos uno cada uno y brindamos por una gran noche.

Nos dirigimos a la barra y las chicas nos marchamos después a la pista a bailar. Ellos decidieron quedarse charlando.

Mientras nosotras bailábamos, vi cómo una chica se acercaba a Sergio con bastante familiaridad. Él la aparto con delicadeza y le dio la espalda. Me quedé un poco sorprendida, pero continué bailando con mis amigas. Era la última noche y tenía que ser especial.

La chica me sonaba de algo, juraría haberla visto antes... Y de repente caí... ¡era la misma chica rubia que el primer día que quedamos por la noche se acercó a él a la salida del baño cuando iba con Hugo! ¡La misma que al día siguiente le paró cuando íbamos a entrar a una discoteca y se acercó a él tan cariñosa!

Los chicos decidieron acercarse a la pista a bailar con nosotras. Sergio me

cogió por la cintura y comenzó a bailar conmigo. No pude evitarlo y le pregunté:

—¿Quién era esa chica?

—¿Quien? —respondió.

—La que se ha acercado a ti en la barra ahora.

—¡Ah! No sé, se confundió, no era a mí a quien buscaba.

Y me besó.... Así terminó la conversación relacionada con aquella efusiva desconocida.

No sé, me quedé un poco rallada, pero decidí no darle más vueltas.

Estábamos pasando una noche genial, el ambiente de la discoteca era buenísimo y la música también.

Sergio estaba supercariñoso conmigo y yo me sentía especial a su lado. Me hacía sentir tan bien...

Cuando llevábamos allí un par de horas, Sergio me abrazó y me susurró:

—¿Por qué no nos vamos a casa a rematar la noche?

—¿En serio? —pregunté entre risas.

—Claro, pequeña, es nuestra última noche juntos aquí.

—Mmm... ¿qué me propones? —respondí remolona.

—No me hagas decírtelo, que me pongo malo —cuchicheó en mi oído.

Hablamos con nuestros amigos y decidimos finalmente irnos. Cuando salimos, en la puerta que daba acceso a la calle, la misma chica rubia de antes volvió hacia él. Le agarró por la cintura mientras le decía...

—Dijiste que me llamarías, nene, y no lo has hecho.

Sergio se soltó rápidamente y la ignoró, pero ella insistió y, dándole un golpecito en el culo, le dijo:

—El otro día no me dabas la espalda precisamente...

Sergio seguía intentando alejarse de ella y yo no entendía nada. Hasta que

aquella chica sentenció:

—Te lo montarás bien y me pusiste a cien, cariño, pero eres un borde. Ten cuidado, guapa, que te dice que te llamará y luego pasará de ti. —Y aquella desconocida se dio la vuelta y se fue.

A mí me cayó un jarro de agua fría por todo mi cuerpo y sentí que no me llegaba el aire a los pulmones. Me paré en seco. Sergio, al verme, también se paró.

—¿Qué pasa? —preguntó tragando saliva.

—¿Cómo que qué pasa? —respondí con un hilo de voz—. ¿No has oído lo que esa chica ha dicho?

—Sí, pero...

—¿Pero? Sergio ¡esa chica te acusa de haber estado enrollado con ella hace unos días! —dije algo alterada.

Sergio me miraba fijamente, pero no respondía. Yo ya no sentía ni los latidos de mi corazón. No podía ser verdad. ¡Habíamos estado juntos todo el tiempo!

El seguía mirándome casi sin parpadear y los segundos se me estaban haciendo eternos. Solo rezaba porque aquello no estuviera pasando. Tragué saliva y le pregunté con el mayor dolor soportable.

—Sergio, ¿has estado con esa chica?

Él me miraba serio con el ceño fruncido, sin contestar, y yo cada vez temblaba más. Hasta que al final respondió.

—A ver... Yo... —Se hizo el silencio hasta que sentenció—. Lo siento, Anna. —Y continuó mirándome fijamente esperando mi respuesta.

El tiempo se paró en ese momento. Me faltaba la respiración. Todo lo que había a mi alrededor desapareció. Solo quedábamos él y yo, mirándonos a la cara mientras una lágrima se deslizaba por mi rostro sin yo desearlo. Me puse la mano en la boca, estaba totalmente paralizada y desconcertada.

—Anna —dijo Sergio acercándose a mí.

—No me toques —respondí con una voz gutural sin mirarle a la cara—. Ni se te ocurra acercarte a mí nunca jamás en tu puta vida.

—Anna, déjame que te explique.

Le di la espalda y comencé a caminar con mucha rabia contenida y más lagrimas derramándose por mis mejillas. Iba como levitando, como si estuviera metida en un mal sueño. No quería girarme ni volver a verle nunca. ¡Me había engañado! ¿Pero cuándo, cómo y sobre todo, por qué?

Escuché los pasos de Sergio detrás de mí y me agarró de la mano.

—Anna, escúchame.

—¡Que no me toques! —estallé—. ¡Te he dicho que me dejes en paz! ¡¿Es que no me has oído?! —Y continué caminando.

—Pero, por favor, déjame que te explique —dijo poniéndose delante de mí y bloqueándome el paso.

—¡Que me dejes! ¡¿Me oyes?! ¡Que me dejes! ¡Que me olvides! —grité.

—Anna...

—Sergio, no te conozco, eres un jodido desconocido para mí en este momento. Me has engañado, ¡me has mentido, maldita sea! ¡¿Por qué?! ¡¿Pensabas que no me enteraría?! ¡Eres un cabrón!

Sergio me miraba con los músculos de la cara en tensión, preocupado, agobiado, aguantando el chorro de insultos que yo le propinaba.

—Anna, por favor, vamos a casa y hablamos —susurró.

—¿Cómo? Tú no vienes conmigo a ninguna parte, ¡¿me oyes?! Vete con la rubita esa si quieres, porque de mí no vas a volver a saber nada ¡en tu vida!

Y seguí caminando cada vez más rápido por el paseo marítimo. No podía respirar, tenía una sensación de decepción y vacío imposible de expresar con palabras. La cabeza parecía que me iba a estallar de la tensión que sentía en ese momento y el corazón me bombeaba tan fuerte que lo podía notar en las

sienes.

¡Él era mi mundo!, ¡se había convertido en poco tiempo en la persona que yo más quería! Y de repente, todo se había esfumado, por una maldita frase de aquella chica y un comportamiento horrible por parte de él. No entendía nada. ¡Él no era así! ¡Sergio no era así! ¡¿Por qué me había hecho eso?! ¿No era suficiente para él?

Me dolía el alma, me ardía el corazón, me costaba hasta respirar. Todos los sueños que tenía con él se volatilizaron de un plumazo.

Confíe en él al cien por cien, ¿cómo había podido estar tan ciega...? ¿todo lo que me había prometido no era cierto? Pero es que no podía creerlo, no podía asimilarlo. Solo de imaginármelo con otra chica me ponía mala, enferma, cardiaca.

Continué caminando como si la vida me fuera en ello y Sergio ya no me siguió. No quería que lo hiciera. De repente se había convertido en un total desconocido para mí.



En la actualidad

Cuando desperté, seguía en la cama de Sergio. Abrí los ojos despacio y le vi frente a mí mirándome.

—Buenos días, pequeña —dijo sonriendo y acariciándome la punta de la nariz con la suya.

—Buenos, días —respondí desperezándome.

Al ver tanta luz me dio un dolor de cabeza...

—Ufff, mi cabeza —dije poniéndome las manos sobre la frente.

—Es lo que tiene beber más de la cuenta.

—Ya... si te digo eso de que nunca más voy a beber, no te lo crees, ¿verdad?

—Va a ser que no.

Reinaba una tensión clarísima, habíamos hecho el amor varias veces después de todo lo que habíamos vivido hacía cuatro años y tras reencontrarnos. Era una situación tensa. Me incorporé en la cama despacio y me lancé a hablar.

—Sergio..., creo que deberíamos hablar, ¿no? —dije entrecerrando los ojos y mirándole.

—Sí —respondió asintiendo—. ¿Quieres un café y hablamos mientras?

—Sí, por favor.

—¿Y un paracetamol? —Guiñó un ojo.

—¿Los tienes de kilo?

Me levanté tapándome con la sábana como si Sergio no hubiera visto ya mi cuerpo desnudo. Él me sonrió y enarcó las cejas sorprendido por mi actitud, pero se acercó a mí, puso sus manos sobre mis mejillas y, acariciándome con los pulgares me besó con lentitud. Un hormigueo despertó en mi vientre, abrí ligeramente los labios para dar permiso a su lengua a recorrer mi boca y nos deshicimos en ese gesto.

—Voy a preparar el café... si no, ya te digo que no vamos a hablar precisamente —dijo acariciando sus labios con los míos.

Y desapareció de la habitación, únicamente con los *bóxer* negros y el torso desnudo.

Me fui directa a la ducha y cuando salí, ya tenía el desayuno preparado.

—Vaya... —Me sorprendí.

—Como no sabía qué te apetecería, he hecho tostadas, también hay galletas y magdalenas.

—Gracias.

Nos sentamos a desayunar en una pequeña mesa que tenía en la cocina y empezamos a hablar.

—Sergio, lo de ayer... —Alguien tenía que romper el hielo.

—Lo de ayer fue maravilloso, Anna —respondió enseguida.

—Ya, pero no era lo que debería haber pasado. —Removí el café.

—¿Por qué? —dijo con voz ronca.

—Porque es complicarlo todo otra vez.

—No es complicar nada. ¿Tú no querías? —susurró sin dejar de mirarme.

Le miré fijamente.

—Claro que quería, Sergio.

—¿Entonces? —respondió mientras ponía su silla cerca de la mía.

—Ya lo intentamos una vez y no funcionó —dije bajando la mirada.

—No funcionó porque fui un gilipollas y lo estropeé, pero ahora es distinto, Anna.

—¿Por qué? ¿Por qué es distinto ahora?

—Porque ya no tenemos veinte años, hemos madurado, porque sabemos que queremos estar juntos, porque llevo martirizándome cuatro años de lo que perdí por gilipollas y creo que no hay mayor razón que esa.

—¿Por qué crees que quiero estar contigo?

—Anna, porque lo veo en tus ojos, lo veo en cómo me miras...Y porque te conozco...

—Sergio, no es tan fácil...

—Mírame a los ojos y dime que no quieres estar conmigo —sentenció.

—No me hagas esto.

—Dímelo.

—No puedo.

Entonces Sergio me asió hacia él y me besó, y lo hizo con ternura, despacio, y me abandoné a él. Se separó y a escasos centímetros de mi boca susurró:

—Te quiero más que a nada en este mundo, Anna. No quiero volver a perderte. No voy a consentir volver a perderte. Por mi culpa te perdí una vez y han sido los peores años de mi vida. Por favor, dame otra oportunidad. Quiero que estemos juntos, quiero disfrutarte todo el día y toda la noche. Me gustaría volver a revivir los buenos momentos que pasamos juntos, que fueron muchos. Te quiero a mi lado. Siempre.

No sabía muy bien qué decir, había sido una declaración de amor en toda regla, y yo le quería también más que a mi vida. Le necesitaba en mi vida.

—Sergio, yo también te quiero —confesé mirándole a los ojos y temblándome hasta el alma.

Su gesto se destensó automáticamente y sonrió. Me levantó en brazos de la silla y le rodeé la cintura con mis piernas.

Me empezó a besuquear haciéndome cosquillas por todo el cuerpo hasta que me tumbó en el sofá, él sobre mí.

—Dime que no es un sueño —susurró.

—No lo es... —respondí.

Y nos besamos y acariciamos hasta quedar extasiados.

Esa noche la viví como en un sueño, despertarme de nuevo junto a él y sentir su cuerpo a mi lado me hacía sentir segura, protegida y, sobre todo, feliz. Jamás me habría imaginado que volvería a estar con él como estuve hacía cuatro años. Lo pasé tan mal al separarme de él, pasé tantas noches en vela torturándome al imaginármelo con la otra chica, que mi vida era un sin vivir.

Ahora estaba a mi lado, abrazando mi cintura y asiéndome a él.

Por la tarde, mientras veíamos la tele acurrucados, me llegó un mensaje al móvil.

—Mmm..., no te levantes... —dijo Sergio achuchándome y respirando en el hueco de mi cuello.

—Sííí, anda, déjame —respondí remolona—. No vaya a ser que sea importante.

—Bueno... pero tarda poco, ¿eh? —dijo cariñoso.

—Vale, creo que del sillón a la mesa del salón no pillaré atasco —reí.

Me acerqué al bolso y busqué el móvil. Al ser pequeño, no tardé en encontrar el teléfono. Abrí el mensaje y leí:

«¿Qué haces zorreando aún con el chico que te tiraste ayer? Vas a ser más puta de lo que yo pensaba..., pero tranquila, que ya queda menos para que nos conozcamos, zorra».

De la impresión se me cayó el teléfono al suelo. Empecé a temblar. Esto ya era demasiado. Sergio, desde el sillón y sin mirarme, dijo:

—¿Se te ha caído el móvil?

Pero al ver que no respondía se giró y el gesto se le cambió. Se levantó fugaz del sillón y vino hacia mí.

—Anna, ¿qué te pasa?! Estás blanca, ¿quién era? —preguntó cogiéndome por los brazos y buscando mi mirada.

Pero yo no era capaz de responder.

—Anna, ¿quién era? —insistió.

—Era él otra vez —respondí sollozando y mirando hacia el suelo.

—¿Él quién? ¿David? ¿Otra vez te está molestando? —preguntó enfadado.

—No... Él. El de los mensajes. —Yo hablaba con la mirada perdida en el suelo.

—Pero Anna, ¿qué mensajes? No sé de qué me hablas —respondió nervioso y con el ceño fruncido.

Y le tendí el móvil temblando. Mientras leía el mensaje, el gesto de la cara se le fue transformando. Se le tensó la mandíbula y apretó los puños.

—¡Pero ¿quién cojones te manda esto?!—gritó.

—No lo sé —sollocé.

—Voy a llamar a este número —dijo mientras rellamaba.

—Da igual, va a estar apagado, siempre pasa —respondí con un hilo de voz.

—¿Cómo que siempre? ¡No me digas que no es el único mensaje, Anna!

—No.

Y le enseñé como pude todos los mensajes anteriores, según los leía se iba alterando más.

—Pero joder, Anna, ¡¿quién sabe esto?!—

—Nadie, ahora tú —susurré.

—¡¿Cómo que solo yo?! Esto es de locos —dijo mesándose el pelo nervioso—. ¿Pero por qué no has ido a la policía?

—No quería que me hiciera daño —respondí llorando—, ni a ti tampoco.

—Joder, Anna ¡Está claro que te está vigilando! ¡Anna, podría haberte hecho daño!

—Ya, Sergio, ¡ya lo sé! —estallé—. ¡¿Y qué quieres que haga?! Estoy aterrada, ¿sabes? ¡No he querido contarle por no meter a nadie en este lío! ¡Apenas como, apenas duermo! ¡Ya sé que me puede hacer daño! ¡Pero ¿qué hago?! ¡¿Le cabreo más y acudo a la policía para que vaya a por ti?! No puedo, Sergio, ¡no puedo! —grité.

Estaba fuera de mí, había estallado, por fin había estallado. Hacía tiempo que tendría que haberlo hecho, tanta tensión ya me estaba pasando factura. Sergio me miró desconcertado, como sorprendido por la desesperación de mi respuesta, así que me abrazó con fuerza haciéndome sentir protegida.

—Shh... tranquila, cariño, ya está... no te va a pasar nada, porque te juro

que antes le mato.

—¿Quién quiere hacerme tanto daño? ¿Por qué? —Lloraba en su pecho.

—¿Y si es David?

—No. David puede tener su pronto, pero no llegaría a esto, lo sé.

—Bueno, pues ahora mismo nos vamos a la policía —dijo asertivo.

Escuchar eso me puso más en tensión. Me aterraba la idea de ir a la policía y que ese desequilibrado pagara luego las consecuencias conmigo o con él.

—¡Que no! ¡Que no voy a ir!

—Mira, Anna, no pienso permitir que un puto perturbado te esté hundiendo la vida, ¿me entiendes? Así que puedes elegir entre ir conmigo a la policía o llevarte yo a rastras. Pienso pillar a ese cabrón y hacerle pagar por lo que te está haciendo pasar, ¿me has oído? Así que no voy a consentir un «no» por respuesta, porque le mataría si te tocara un solo pelo. ¿Me has entendido? Pues no hay nada más que hablar.

Tragué saliva. En el fondo Sergio tenía razón en lo de ir a la policía, pero estaba tan aterrada que sola no podría hacerlo.

—Mira, Sergio vamos a hacer una cosa —dije llorando—. Mañana ven a buscarme al trabajo y en cuanto salga vamos a la comisaria que hay al lado, ¿vale?

—Pero Anna... —Negó con la cabeza.

—Por favor... estoy muy nerviosa ahora mismo. Por favor... —supliqué.

Sergio se quedó mirándome mientras se lo pensaba, hasta que respondió.

—Con una condición.

—Dime.

—Esta noche duermes aquí. Y desde aquí te vas a trabajar mañana. Te acerco con el coche.

—No hace falta, Sergio...

—Sí, quiero tenerte vigilada y ver si ese cabrón se atreve a mandarte algún

mensaje más.

A ver si es tan valiente. No vaya a ser que ese hijo de puta te haga algo si vuelves a estar sola.

—Está bien, vale... —asentí.

Me dio un abrazo y un beso en la frente.

—Ay, mi pequeña... —dijo con cara de preocupación.

Me tumbé en el sillón y Sergio me trajo una tila. Me quedé dormida un ratito apoyada sobre sus piernas mientras me acariciaba el pelo.

A su lado sabía que nada malo me podría pasar, me sentía más aliviada de habérselo contado. Bueno, aunque en realidad no se lo conté, lo descubrió. Pero el hablarlo con alguien me había hecho ver que había salida, y una de ellas era denunciar a la policía. Aunque, como siempre usaba números distintos y luego los apagaba, no sabía si habría alguna manera de cogerle.

Me desperté sobre sus piernas y seguía acariciándome el pelo.

—Creo que me he dormido —dije desperezándome e incorporándome.

—Pues crees bien —dijo Sergio sonriendo—. ¿Cómo estás? —preguntó acariciando mi mejilla.

—Mejor. La tila me ha sentado bien, me ha relajado. Gracias. —Y le di un beso en los labios.

—Mmmm... me encantan estos despertares —susurró.

Y sonreí. Se acercó a mí y me volvió a besar.

—No me puedo creer que estés aquí conmigo, Anna. He soñado tantas veces con este momento, que no me puedo creer que se haya hecho realidad.

Y siguió besándome. Los besos fueron a más y me coloqué a horcajadas sobre él. Seguimos dando rienda a la pasión y nos abandonamos a nosotros mismos.



Hace cuatro años

Llegué a casa exhausta. De hecho, noté cómo hubo gente que me miraba extrañada mientras corría por el paseo marítimo limpiándome las lágrimas de rabia y dolor que emanaban de mis ojos. Comprendo que la imagen que proyectaba no debía de ser muy normal.

Cuando entré en casa estaba tan revuelta que fui al baño directamente a vomitar. Tenía el estómago fatal y un nudo en la garganta que hizo que me dieran muchísimas náuseas. ¡Me había engañado! Lo que yo creía que había sido amor verdadero, se había convertido en una burda mentira sin escrúpulos.

No quise decir nada a mis amigas, necesitaba estar sola y descargar la rabia a mi manera.

Me metí en la ducha y sentada en el suelo lloré sin parar. El agua resbalaba por mi espalda y me acompañaba en mi llanto. Hecha un ovillo me quedé un rato ahí.

Qué impotencia, qué impotencia el saber que durante estos días me había ocultado una infidelidad. ¿Es que todo lo que me prometió era mentira? No podía ser. ¡Había decidido venirse a Madrid para estar cerca de mí! ¡Eso no se podía fingir! ¡Si no quería estar conmigo no habría hecho todo eso para que siguiéramos juntos después del verano!

Salí de la ducha rota de dolor y me miré en el espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, la zona de las ojeras casi amoratada de tanto llorar. Las lágrimas seguían brotando en mis mejillas sin ser capaz de frenarlas.

Me coloqué una toalla alrededor del pecho que me llegaba hasta las rodillas y otra en la cabeza. Me dirigí a la terraza a coger aire. Con la vista nublada por las lágrimas miraba el mar. Y por un momento, pensé en abandonarme a él y dejarme llevar. Su calma me atraía.

Bajé la mirada hacia el paseo marítimo. Ya era muy tarde y solo se veían a algunos jóvenes ir de marcha. Pero me dio un vuelco el corazón cuando vi sentado en el muro de enfrente de mi portal a Sergio. Mirando hacia al suelo y jugando con sus manos, con gesto nervioso.

De repente levantó la vista y me vio. Me vio asomada a la terraza y se le cambió el gesto de la cara. Rápidamente se levantó y me miró expectante con

los ojos muy abiertos.

Le vi que sacaba el móvil del bolsillo y escribió algo. En ese instante, mi móvil emitió el sonido que me avisaba de que llegaban mensajes.

Entré en el salón, lo busqué y lo leí.

«Déjame subir, por favor».

No contesté. Cerré el mensaje y dejé el móvil sobre la mesa del salón. Me puse el pijama y me tumbé en la cama. Apagué todas las luces para que entendiera que me iba a dormir. Pero ¿quién podía dormir en esa situación? Sentía una presión en el pecho que no me permitía respirar bien. Me ahogaba física y emocionalmente.

Volvió a llegarme otro mensaje. De nuevo era Sergio. Pero esta vez el texto era más largo.

«Anna, por favor, lee el mensaje entero. Quiero explicártelo, pero entiendo que no me dejes hacerlo en persona. He sido un cabrón y lo siento. De verdad que estoy arrepentido. Jamás había estado más arrepentido de algo. Lo que pasó entre esta chica y yo fue al principio de conocernos tú y yo». No pude soportar leer más y cerré el mensaje. Me dolía tanto que no podía continuar haciéndolo. No estaba preparada para saber cuándo se habían enrollado. Es que todavía me parecía increíble que hubiera estado con otra. Confié en él demasiado rápido. Si yo lo sabía... Cuando le conocí lo pensé. ¿Qué haría él sin novia? Solo había que mirarle. Y claro, una chica tan voluptuosa como aquella le entraba por los ojos a cualquier hombre o mujer. Y por lo visto, a él también. El chico que yo consideraba el amor de vida, me había engañado con otra.

Cada vez que cerraba los ojos me lo imaginaba besando a esa chica como me besaba a mí, tocándola como me tocaba a mí, susurrándole como lo hacía conmigo. Regalándole esa sonrisa, ese gesto que consideraba ya en parte mío. Y tenía que volver a abrir los ojos de nuevo porque sentía morir visualizando

aquello.

Ya casi ni lágrimas me salían. Mis amigas me habían llamado varias veces, hasta que les envié un mensaje diciéndoles que mañana hablaríamos, que estuvieran tranquilas. Cogí aire hasta llenar mi pecho de él, y me vino su olor. Las sábanas olían a él. Entonces me levanté con rabia y las quité con más cólera aún. Las tiré al suelo y maldije haberle conocido aquella tarde.

Puse otras limpias, no quería que hubiera ni rastro de él cerca de mí. Nada que me pudiera hacer recordarle. Qué lástima que con la mente y el corazón no se pudiera hacer lo mismo. Limpiarlo una sola vez y que se quedara sin los recuerdos que queríamos olvidar.

Me tumbé de nuevo en la cama y de tanto llorar caí dormida por puro agotamiento. Me desperté varias veces, pensando e intentando convencerme de que lo que había vivido esa noche había sido una pesadilla, que me levantaría y Sergio me estaría esperando en la terraza con un café para desayunar.

Pero mi angustia me hacía ver que no era así, que desgraciadamente todo lo que había pasado era real. Tan real como la vida misma.

Una de las veces que desperté, ya había amanecido y se me vino a la cabeza el último mensaje que me envió y no pude terminar de leer.

Me quedé pensando se debía leerlo entero. Lo mismo me aclaraba alguna de las múltiples dudas que tenía. O lo mismo lo complicaba todo más...

Cogí el móvil y dudé qué hacer. Lo tuve en la mano un rato mirando fijamente a la pantalla, pero sin activarla. Pasados unos cinco minutos, decidí lanzarme y lo abrí.

«Anna, por favor, lee el mensaje entero. Quiero explicártelo, pero entiendo que no me dejes hacerlo en persona. He sido un cabrón y lo siento. De verdad que estoy arrepentido. Jamás había estado más arrepentido de algo. Lo que pasó entre esta chica y yo fue al principio de conocernos tú y yo. La primera

noche que quedamos en vernos en la discoteca y ahí conociste a mis amigos. ¿La recuerdas?». ¿Cómo olvidarla?, pensé.

«Pues cuando nos despedimos y acompañamos a Hugo a tomar la penúltima, apareció esa chica y..., bueno, el resto ya lo sabes. ¡Pero no la volví a ver más! ¡Lo juro! Solo fue esa noche, además, aunque no sirva de mucho, yo después me sentí muy culpable, porque me estabas empezando a gustar de verdad... Ella no ha significado nada para mí, créeme, por favor. Espero que mañana podamos hablar con calma, por favor. Te quiero, pequeña».

Las lágrimas se sucedían con mezcla de rabia e incredulidad. ¿Se enrolló con ella el mismo día que estuvimos a punto de besarnos al salir de aquella discoteca cuando echaron ese gas lacrimógeno? ¿Cuando no dejaba que me fuera a casa mientras me acariciaba la mano?

¿Y ese mensaje que me llegó nada más entrar en el apartamento que decía que la próxima vez no me escapaba? ¿Eso qué significaba? ¿Que como a mí no me llevó a la cama se la llevó a ella? Solo de pensarlo me estaba alterando mucho de nuevo, así que apagué el teléfono. Me vestí y me fui a caminar por la playa. Necesitaba respirar. Seguro que ese aire no venía contaminado por él.



En la actualidad

Por la mañana, Sergio me acercó al trabajo. Veva se había pasado por allí a dejarme algo de ropa.

La llamé el día anterior por la noche y le conté lo que había pasado con Sergio y omití lo de los mensajes de aquel trastornado.

Se volvió loca cuando le conté que habíamos vuelto a estar juntos y que me apetecía pasar la noche con él. Así que, como yo no tenía el coche allí, le pregunté si no le importaría pasarse y traerme algo de ropa limpia.

Ella accedió encantada y a las ocho de la mañana estaba llamando al timbre para dejármela.

—¡Buenos días! —dijo Veva muy animada.

—Hola, mi niña... —Y la abracé con fuerza.

—¿Qué pasa contigo, que no me ibas a contar que te vuelves a tirar a Sergio? —me dijo al oído.

—¡Veva!

En ese momento, Sergio apareció por el pasillo con una sonrisa en la boca.

—Buenos días, Veva.

—Hola, Sergio. No te pregunto qué tal, porque ya veo que bien... —
respondió picarona.

Sergio no pudo evitar sonreír más y abrazarme por detrás mientras me daba un beso en la cabeza.

—No puedo estar mejor, Veva. Eso te lo puedo asegurar.

Me sonrojé, evidentemente, ante tal comentario. Era muy feliz estando con él cerca.

—Bueno, chicos —dijo Veva—. Me marcho a trabajar.

—Muchas gracias, Veva, por traerme la ropa. Luego iré a casa —dije dándole un abrazo.

—¿Sí? —interrumpió Sergio jocoso—. ¿Tan pronto te vas de la mía? — preguntó mirándome con picardía.

Solté una carcajada espontánea.

—Bueno, tú no seas impaciente, ¿eh? —le respondí dándole un beso de pico.

Veva se marchó y nosotros también nos fuimos a trabajar. Sergio me acercó hasta las oficinas donde yo trabajaba.

—Ahora te indico —le dije.

—No hace falta —respondió.

—¿Sabes dónde está? —pregunté extrañada.

—¿Es que no recuerdas que fui yo quien te trajo a la entrevista? —dijo sonriendo.

—¡Anda, es verdad! Joder, qué cabeza tengo. Claro, ahí empezó nuestro acercamiento —dije sin poder dejar de mirarle.

—Sí, el acercamiento que deseaba desde hacía mucho tiempo —declaró mientras ponía su mano en mi pierna.

Llegamos en poco tiempo, y aparcó en doble fila para que yo me bajara

del coche.

—Sales a las tres, ¿no? —preguntó Sergio mirando la edificación.

—Sí —afirmé.

—Menudo pedazo de edificio, ¿en qué planta estás tú?

—Pues mira, estoy en la quinta planta. ¿Ves esas cortinas marrones oscuras, que hay una echada y otra no? —dije señalando la ventana.

—Sí, en la quinta, ¿no?

—Sí, pues ese es el despacho del señor Sanz.

—Ahhh... Pues qué cortinas más feas —dijo arrugando la nariz.

—Ja, ja, ja. ¡No seas malo! Además, este sitio, aunque no lo creas, es el que está consiguiendo que me evada un poco de todo el mal sueño que estoy viviendo.

—Lo sé... Bueno, mi vida, luego a las tres estoy aquí y hacemos lo que tenemos que hacer, ¿vale?

—Vale —resoplé.

—Estate tranquila, ¿de acuerdo? No va a pasar nada. Te lo prometo.

—Confío en ti —afirmé.

Sergio, al escuchar esa frase, se quedó como paralizado. Después de lo que nos pasó, jamás pensé que volvería a confiar en él.

—¿Confías en mí? —preguntó sorprendido.

—Confío en ti.

Me abrazó con fuerza, le besé en los labios y salí del coche. Le tiré un beso desde la puerta del edificio mientras él esperaba a que yo entrara.

Subí a la quinta planta y al salir me encontré de frente con mi jefe.

—Vayaaaa, parece que alguien ha pasado una muy buena noche por la sonrisa que traes de oreja a oreja... —dijo educado.

—Qué va... he descansado, nada más.

—Bueno, descansar te viene bien para bajar esos nervios que tanto te están

fastidiando.

—Sí. Tiene razón —asentí.

—Que no me trates de usted... —dijo con media sonrisa.

—Ja, ja, ja... perdona, es verdad, me lo has dicho ya muchas veces.

El día en el trabajo se desarrolló tranquilo, con algunos mensajes de Sergio que me hicieron pasar la mañana más llevadera. Aunque pensar que cuando saliera de allí tendría que ir a la comisaria a contarle todo lo que había vivido últimamente, hacía que los nervios se me agarrasen al estómago y no me dejaran continuar.

A las dos y media el Sr Sanz nos llamó a su despacho para una reunión inesperada. Todos acudimos y nos estuvo contando temas de la contabilidad de la empresa, gastos, beneficios... e hicimos una lluvia de ideas sobre cómo pensábamos que podríamos aumentar los ingresos de la empresa.

El Sr. Sanz estaba un poco agobiado porque en el último mes los beneficios no habían sido como él esperaba, y no quería que las cosas fueran a peor. Así que nos reunió a todos los del departamento para valorar posibles estrategias y técnicas.

Cuando la reunión finalizó, el Sr Sanz dijo:

—Bueno, como ya son las tres, doy por finalizada la reunión. Pueden irse todos menos Anna. Anna, ¿te importa quedarte un momento antes de salir? Quiero hablar contigo —preguntó educado.

—No, claro.

Todos fueron saliendo y yo permanecí sentada en mi sitio. En una silla situada frente a su mesa de despacho.

—Pues usted dirá... Ay, perdón, pues tú dirás —dije con media sonrisa.

—Mira, es que necesito que me transcribas estos documentos y mañana sin falta los envíes a esta dirección de correo electrónico —dijo mientras me pasaba una carpeta.

—De acuerdo, eso está hecho. ¿Algo más? —dije solícita.

—Sí. Verás, quería saber qué opinas de mi gestión de la empresa. Estoy un poco nervioso y creo que tú tienes una gran capacidad y visión de negocios.

—Pues yo, no sé qué decir, Sr. Sanz, no llevo mucho tiempo aquí, pero sí me parece que va bien, ¿no? Mirando los balances y las estadísticas, los ingresos han sido menores que los previstos, pero la bajada tampoco ha sido muy marcada.

—Puede ser, esto de dirigir una empresa no es nada fácil... pero me fío totalmente de tu criterio, así que voy a intentar no darle más vueltas de lo necesario.

—Bueno, pues si no te importa, si has terminado ya... —dije haciendo ademán de levantarme.

—No. Anna, no he terminado aún. Un segundo más y ya te dejo tranquila.
—Sonrió.

—Ah, vale —dije volviendo a sentarme.

Miré la hora en el móvil, eran más de las tres, y Sergio estaría ya abajo esperándome.

—Mira a ver en la carpeta que te he dado si entiendes bien mi letra para que mañana lo transcribas, no vaya a ser que no la entiendas, mañana tardemos más, y los documentos lleguen tarde.

—Pues... bueno, no sé, ¿es muy largo?

—No, tranquila, no te llevará más que un par de minutos.

Fuera ya no se escuchaba nada. Todos mis compañeros se habían ido. Y yo, como tonta, aquí con el jefe, cuando sabía que Sergio estaría abajo esperándome.

Abrí la carpeta y saqué tres folios escritos por las dos caras. Esto me iba a llevar más de dos minutos, pensé.

Crucé las piernas y comencé a leer. La letra era totalmente legible, pero

por no quedar mal delante del jefe, pensé en leerlo entero para que esto no afectara a mi contrato.

Según estaba leyendo, el Sr. Sanz se levantó de su sillón y se puso a mirar por la ventana. Poco a poco, empezó a cerrar las cortinas marrones oscuras que nos habían parecido tan horribles por la mañana.

—Perdona, Pedro, es que apenas veo para leer —le dije.

—No pasa nada, enciendo la luz. Como ya nos vamos a ir, prefiero dejarlas así.

Me pareció muy raro que echara las cortinas a las tres de la tarde, pero seguí leyendo, a ver si así acababa antes.

Paseó por la amplia estancia con las manos cogidas en la espalda y cuando llegó a la puerta del despacho, escuché cómo la cerraba.

Empezaba a ponerme un poco nerviosa esa situación. No entendía por qué echaba las cortinas y cerraba la puerta.

—Bueno, pues ya he terminado. Se entiende todo perfectamente —dije levantándome de la silla—. Si no necesita nada más, tengo que irme.

Se puso delante de mí bloqueándome el paso.

—¿Y dónde vas con tanta prisa? —preguntó con un tono de voz extraño.

—Pues... a casa... son casi las tres y media y tengo que irme.

—Yo creo que aún no te puedes ir... zorra.



Hace cuatro años

Después de pasear un rato por la playa, sin móvil y sin que nadie supiera dónde estaba, me fui al apartamento. Quería recoger todo rápido, meterlo en el coche y marcharme a Madrid. Dejar todos los sentimientos aquí, en la playa y volver a casa vacía por dentro.

Me encantaría tener poderes para poder olvidar determinadas cosas y que así no te persigan en tu cabeza durante el resto de tus días.

Cuando entré de nuevo en casa encendí el móvil. Tenía dos llamadas de Veva. No sé si se habrían enterado de lo que había pasado, si Sergio habría hablado con sus amigos y ellos a su vez con Valeria y Veva. Ellas me conocían y sabían que yo muchas veces necesitaba mi espacio, y que si las necesitaba no tardaría en llamarlas.

Llamé a Veva y, muy apurada, me dijo que esa mañana Dani les había contado todo. Que habían venido a casa, pero que no abría la puerta y que se asustaron al comprobar que tenía el móvil apagado.

—Fui a pasear —respondí.

—Supongo... ¿quieres que vayamos o prefieres estar sola? —preguntó Veva.

—Prefiero estar sola, y ya cuando lo asimile un poco lloraremos juntas, ¿te parece? —respondí irónica.

—Claro que me parece, cielo, se ha comportado como un cabrón.

—Ya... ¿qué me vas a decir a mí...?

—Bueno, danos un toque para lo que sea, Val te manda muchísimos besitos.

—Y yo a vosotras, muchas gracias, chicas, sé que estáis ahí para lo que haga falta. Un besazo. Os quiero.

Me puse a hacer las maletas. Fuera por donde fuera, siempre había algún rincón de la casa que me recordaba cosas vividas con Sergio. Y eso me hacía encontrarme peor todavía.

Habíamos pasado, en cuestión de horas, de celebrar que viviría en Madrid y podríamos seguir viéndonos, a no querer volver a saber nunca nada más de él. Ironías de la vida.

Cuando estaba doblando la ropa, llamaron a la puerta. Sin pensarlo dos veces y creyendo que serían mis amigas, abrí y me encontré de bruces con Sergio. Inmediatamente, intenté cerrar, pero él puso el pie para impedírmelo.

—Anna, por favor, déjame entrar, déjame solo un minuto, por favor — suplicó al otro lado de la puerta.

—¡Vete! —respondí forcejeando.

—Anna, un minuto nada más, por favor —rogaba.

Quería cerrar este capítulo de mi vida de manera inmediata, así que, tragando saliva, cedí y dejé de empujar la puerta. Que dijera lo que tuviera que decir y se marchara.

—Un minuto, y fuera de mi casa y de mi vida —amenacé.

Sergio quitó el pie de la puerta y yo dejé la misma de par en par y me dirigí al salón. Él entró y cerró tras de sí con cuidado.

Caminó despacio hasta el salón y se puso frente a mí. Yo le esperaba con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Además, mis ojos parecían que iban a explotar de tanto llorar.

—Lo siento —dijo apesadumbrado.

—Ya has gastado treinta segundos. ¿Algo más? —Quería ser dura con él y hacerle el mayor daño posible como él me había hecho a mí.

—Anna, por favor, perdóname.

—¿Cómo? ¿Que te perdone? Mira, Sergio, no sé a qué has venido, pero tu tiempo se ha terminado, así que vete.

—¿Anna, es que no sé qué decirte para que me creas! —Su tono de voz se alzó.

—¿Para que te crea? —mi tono también se elevó—. Esto es increíble. Sergio, en este momento ni puedo ni quiero creerte —sentencié.

Sergio mantenía el tipo delante de mí. Tenía mal aspecto. Pero supongo que como el mío.

—¿Te la tiraste? —pregunté sin contemplaciones temblando por la respuesta.

—Por Dios, Anna, claro que no.

—Entonces, ¿qué hicisteis?!

—No creo que sea lo mejor entrar en detalles, Anna. No va a solucionar nada.

—Que ¿qué hicisteis? ¿Os tocasteis?

Sergio bajó la mirada al suelo como un bloque de hormigón.

—Ya me has respondido. Genial, me dices que me quieres conocer y terminas la noche metiéndole mano a otra tía que te hace una paja. Esto tiene que ser una puta broma.

—Anna, si yo en ese momento hubiese sabido lo que iba a sentir por ti y lo que serías para mí, te prometo que nada de eso habría pasado.

—¿Sabes? He malgastado mis ilusiones contigo. He sido para ti solo un juguete más.

Sergio reaccionó rápidamente acercándose más a mí e intentando cogerme las manos. Gesto que rechacé con fuerza.

—No, Anna, no digas eso. Eran ilusiones de los dos, no solo tuyas. ¡Yo quería un futuro contigo!

—¡Querer es cosa de dos, ¿entiendes?! Y tú no has cumplido tu parte. Han sido todo mentiras que yo creí y ni tú mismo creías.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—¿Que no es cierto? ¿Cómo has sido capaz de estar conmigo aguantando esa mentira? ¿Con qué cara vienes al día siguiente y me besas en la playa cuando horas antes estabas tocándola a ella?

Estaba muy nerviosa y se me estaba yendo de las manos la conversación.

—¡Eres un puto egoísta! ¡Que solo has mirado por ti en todo momento! A saber qué más cosas has hecho y no me he enterado aún...

—No hay nada más que contar, Anna. Es cierto que estuvimos a punto de acostarnos, pero te tenía en mi cabeza y me marché antes de cagarla mas. Solo fueron unos besos y algunas caricias.

—¡Solo fueron unos besos y unas caricias! ¡Vete a la mierda, Sergio! Por lo visto, yo le doy más importancia a lo que hay entre nosotros que tú... bueno, lo que había —rectifiqué.

—No Anna, lo que había no, lo que hay. No se puede borrar de un plumazo todo lo que sentimos.

—Habla con propiedad, lo que sentí, porque tú ibas por otro lado... qué pena me da haber creído en ti. Qué inocente he sido todo este tiempo. Con razón te buscaba tanto aquella chica.

—¿Tú crees que si te lo hubiese contado al día siguiente todo habría sido igual?!

—¡Pues claro que no habría sido igual! ¡Porque te habría calado desde el principio! ¡Y no me habrías hecho tanto daño ni habrías sido tan cruel! ¡Y todavía tienes la desfachatez de decirme esta noche que no la conocías de nada!... eres un cabrón.

—Pero Anna...

—¡Pero Anna, nada! Esto ha terminado para siempre, desde anoche tú ya eres un desconocido para mí. Ahora sal de mi casa, ya.

—Anna... —dijo intentando acercarse a mí.

—¡Fuera! —grité con fuerza mientras le indicaba la puerta con el dedo índice.

Las lágrimas me caían sin cesar, pero no iba a permitirme ni un solo gesto de debilidad por mi parte. No se lo merecía.

Me miró con los ojos húmedos, con la mandíbula tensa y tragando saliva. Yo le sostuve la mirada, una dura mirada que quería que sintiera como tal. Y lo hice durante unos segundos que a mí me parecieron horas. Qué difícil me fue mantenerle la mirada sin bajarla y no ponerme a llorar como un bebé. Pero esto tenía que acabar, no podría soportar otra mentira así.

Finalmente se rindió y respiró mordiéndose el labio. Iba a decir algo, pero se arrepintió y calló. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Yo mantuve la compostura y no me moví un solo milímetro.

Antes de marcharse, se giró y susurró:

—Anna, te quiero, y te voy a querer siempre. No lo olvides.

Y cerró la puerta tras él.

Fue la última vez que le vi y supe de él hasta cuatro años después.



En la actualidad

Los ojos se me abrieron como platos delante de mi jefe.

—Ya sabes quién soy, ¿verdad? —dijo susurrando y pasando su dedo

índice por mi hombro.

—Tú... —dije con un hilo de voz, temblando.

—Sí..., yo..., mmm..., me moría por decírtelo y poder tenerte cerca —dijo rodeándome—, poder olerte..., sentirte..., —dijo poniendo sus manos en mis nalgas.

—¡Pero ¿qué haces?! —grité mientras apartaba sus manos de mí.

—Hago lo que he querido hacer desde que te conocí... ¿qué te crees, que estás aquí por méritos laborales? No seas ingenua.

Yo estaba paralizada, no podía ni responder.

—Me vino bien que tu padre te mandara a hacer la entrevista —continuó—. Y qué menos que, después de haberte enchufado, me hagas tú el favorcito a mí ahora —dijo intentando tocarme un pecho.

—Eres un jodido enfermo. —Logré decir.

—Lo sé, me muero por tirarme encima de ti y follarte hasta reventarte —dijo empujándome contra el sillón—. Estás aquí por lo buena que estás, zorrita —dijo tirándose sobre mí.

—¡Quítate, cabrón! ¡Apártate de mí! —grité.

—Da igual que grites, ya se han ido todos —dijo intentando meterme la mano en la entrepierna.

No podía quitármelo de encima, pesaba mucho como para conseguir apartarle, así que le mordí en un brazo.

—¡Ahhhh! —gritó—. ¡Me has mordido, hija de puta! —Y me dio un bofetón.

Intenté gritar y salir corriendo de allí, pero me agarró de los brazos e intentó romperme la blusa que llevaba. Consiguió arrancarme varios botones, dejando al descubierto mi sujetador.

—Ohhh... Muy bien, zorrita... —Sonrió maquiavélico—. Empiezo a ver lo que tanto he deseado.

Intentó tocarme los pechos y yo me revolví y empecé a gritar.

—¡Suéltame, hijo de puta! ¡Suéltame!

Me tiró sobre la mesa del despacho mientras yo pataleaba intentando zafarme de él.

—Así, nena..., ahora voy a arrancarte la falda. —Era un obseso sexual.

Miré a los lados presa del pánico, logré coger un pisapapeles y darle en la cabeza. Automáticamente, se puso las manos en el lugar del golpe, cosa que aproveché para intentar salir, pero me agarró por detrás y me empotró contra el armario haciendo que cayera en el suelo.

—¡Me has hecho sangre, puta! —vociferó.

Y volvió a tirarse sobre mí intentando desabrocharse los pantalones.

—¡Nooo! ¡Déjame! ¡Déjame! —Mis gritos eran una mezcla de sollozo y rabia. Ya apenas me quedaban fuerzas para poder resistirme.

Escuché pasos cada vez más cerca del despacho.

—¡Socorro! Soco... —Y el abusador me tapó la boca.

—¡Cállate, zorra!

En ese momento, alguien abrió la puerta. ¡Era Sergio! Su gesto se transformó.

Se fue directamente a por él, le cogió de los hombros y le levantó para propinarle un puñetazo que le hizo caer al suelo.

—¡Maldito hijo de puta! ¡¿Qué le has hecho?!

Sergio corrió hacia mí.

—Anna, ¿estás bien?

Yo asentí mientras sollozaba aterrada en el suelo junto al armario.

Sergio se volvió a levantar y con mirada asesina volvió a cargar sobre el acosador. Le dio otro puñetazo que le empotró contra la mesa del despacho haciéndole sangrar la nariz.

—¡Voy a acabar contigo, maldito cabrón! —gritaba Sergio.

Y le empujó al suelo de nuevo.

—Vas a pagar todo lo que le has hecho pasar, ¿me has oído?! ¡Y me voy a encargar personalmente de que lo sufras! —continuó.

Aquel loco ya no podía ni levantarse del suelo. Sergio, mirándole desde arriba con una mirada que jamás le había visto y con los puños apretados, le dijo:

—Mira, no voy a seguir pegándote, porque te mataría. Y si te mato no te voy a poder hacer sufrir todo lo que te espera, hijo de puta.

Pedro, mi jefe, le miraba desde el suelo con pánico, con la respiración agitada y una de las manos en la nariz que le sangraba mucho.

Yo seguía sentada en el suelo temblando, llorando, sin poder ni moverme. Solo acerté a gritar:

—¡Ayuda! ¡Ayuda, por favor!

En ese momento, alarmada, apareció la señora de la limpieza que no dudó en llamar a seguridad. En pocos segundos, dos señores de uniforme se presentaron en el despacho llevándose a aquel perturbado de allí mientras esperábamos a que llegara la policía.

A mí me llevaron en ambulancia al hospital para ver si tenía algo roto y poder explorarme. Con el parte de lesiones podría denunciarle. Sergio no se separó de mí ni un solo momento. Me acompañó en la ambulancia y estuvo conmigo en urgencias todo el rato.

Después de explorarme, estuve en planta un día más para ver cómo evolucionaba.

Todos vinieron preocupados a verme. Mi padre y Sergio se conocieron allí, en esa maldita situación, pero mi padre le agradeció miles de veces haberme salvado de aquel capullo que hacía llamarse amigo, no daba crédito a lo que había pasado.

Sergio me acompañó día y noche en todo este proceso hospitalario,

haciéndome ver que era el hombre de mi vida y que las mariposas de mi estómago no se equivocaban.

EPÍLOGO



En la actualidad, un año después ...

Un año después, mi vida ha cambiado algo. Sergio y yo seguimos unidos y es la mejor decisión que he podido tomar en mi vida. Cuando llevábamos un mes juntos, y tras muchas noches durmiendo en su piso, allí mismo me propuso, en una cena a la luz de las velas, que me fuera a vivir con él.

Mientras cenábamos celebrando nuestro primer mes, me regaló una pequeña cajita de madera, donde, al abrirla, había un llavero con las llaves de su casa. Sobre ella, un papel que decía:

«No quiero separarme de ti nunca, jamás».

Evidentemente, lloré como un bebé ante la sorpresa, me levanté con las manos sobre la boca y me senté sobre él dándome miles de besos y abrazos. No me hizo falta verbalizar un «sí», porque creo que, con mi reacción, estaba más que claro.

Encontré trabajo aproximadamente a los cuatro meses de la agresión de aquel desalmado, también de secretaria, pero esta vez en un banco. Reconozco que me costó confiar en mis nuevos compañeros, y sufrí algún que otro ataque de ansiedad. Pero las cosas se fueron normalizando con el tiempo, y ahora llevo ya casi ocho meses en la empresa.

Veva, por su parte, va superando poco a poco la muerte de su madre, a la que recuerda día y noche, pero ya es consciente de que la vida sigue y tiene que luchar. Así lo querría ella. A los tres meses de que me agredieran, comenzó o continuó la relación con Dani. A día de hoy no viven juntos, pero pasan muchos momentos en compañía en casa de Veva. Está claro que lo acabarán haciendo, pero entre que Dani quiere tenerlo todo atadísimo antes de tomar cualquier decisión, y que Veva no es una chica a la que le gusten muchos los compromisos rápidos, se toman su tiempo y hacen muy bien.

Hugo y Valeria quedan de vez en cuando, pero Valeria piensa que son muy diferentes como para mantener una relación. Por parte de Hugo estaría encantado, pero a Valeria, tan correcta como siempre, le da miedo dar el salto. No sé por qué, pero estoy segura de que finalmente lo dará.

Hoy se cumple un año de la relación con Sergio, y lo íbamos a celebrar con una cena en un restaurante muy romántico de Madrid. Habíamos quedado a las nueve, me dijo que acudiera directamente allí, que él haría lo

mismo. Qué raro me parecía todo, ¿Por qué no íbamos juntos?

Llegué a las nueve y cinco, acudí en taxi para así ir más tranquila. Me bajé y fui directa a la puerta del restaurante. Cuando entré no había nadie, solo un ambiente a media luz y música de piano de fondo. Me llamó la atención el cartel de «cerrado» que colgaba en la puerta, pero esta estaba abierta.

—¿Hola? —dije—. ¿Hay alguien?

Miré hacia los lados. El restaurante era pequeño, pero muy acogedor. En tonos castaños y con decoración rústica, no tendría más de siete mesas en total. La puerta de la cocina se abrió despacio y tras ella apareció Sergio, vestido de traje sin corbata, con un ramo de rosas rojas en la mano y una gran sonrisa en su rostro. Yo me quedé inmóvil y le miré impresionada. Se acercó despacio, ofreciéndome el ramo de flores. Mis ojos empezaron a empañarse. ¿Pero qué era todo esto? Cogí el ramo con la mano temblorosa y cuando fui a preguntarle qué ocurría, me puso el dedo índice sobre mis labios pidiéndome silencio y susurró:

—Ahora vas a entenderlo todo.

Le miré incrédula, sin saber si abrazarle o esperar a que me dijera que podía hacerlo...

De repente, y cuando ya pensaba que no me podía sorprender más, hincó una rodilla en el suelo y sacó de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo rojo. Sudores fríos me recorrieron todo el cuerpo.

—Anna —comenzó a decir cogiéndome las manos—. Creo que no hace falta explicarte lo que voy a pedirte, pero lo que sí quiero decirte, es que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Que te quiero más que a nada en este mundo y que mi vida ya no sería tal si tú no estuvieras a mi lado. Ya no entiendo mi existencia sin ti. Cuando te conocí me pareciste la mujer más bella del mundo, y vergonzosa también —sonrió—, pero cuando dejamos de vernos, creí morir. Pasé cuatro años muy duros pensando en ti día y noche, y

cuando te vi de nuevo en el hospital por la madre de Veva, supe que haría lo que fuera por volverte a tener a mi lado. Y míranos, aquí estamos, después de un año de relación, el mejor año de mi vida sin ninguna duda. Anna, te quiero, quiero compartir el resto de mi vida contigo y que sigas haciéndome el hombre más feliz del mundo como lo estás haciendo ahora con solamente mirarme. Y, ahora sí, ¿quieres casarte conmigo? —Terminó mostrándome la caja abierta de la que asomaba un brillante anillo.

Le miré perpleja. Cogí temblando la sortija y las lágrimas empezaron a brotar sin reparo por mi rostro.

—Sí —dije—. ¡Claro que sí!

Se levantó ágil del suelo y me puso el anillo con destreza. Estábamos nerviosos, igual que dos adolescentes. Me abrazó y me besó como si se fuera a acabar el mundo.

—Te quiero —dije.

—Y yo, mi amor —respondió alzándome en brazos.

No me lo podía creer, ¡me casaba! Y lo iba a hacer con el hombre de mi vida.

Las mariposas que me habían acompañado desde la primera mirada que crucé con él, aplaudieron nerviosas ante la declaración de mi futuro marido. Así que, recordad siempre que las mariposas nunca mienten.

FIN

CAPÍTULO EXTRA



Estaba profundamente dormida cuando un sonido repetitivo y algo estridente me hizo despertar. Noté cómo Sergio se medio incorporaba y, estirando su brazo sobre mi abdomen, apagó lo que parecía la alarma del teléfono.

Se volvió a tumbar, y yo, haciéndome la remolona, me di la vuelta hacia él y le abracé por la cintura sin ni siquiera abrir los ojos.

Respondió a mi caricia con un beso en la sien que me llevó al séptimo cielo.

—Buenos días, mi niña —susurró.

—Mmmm.

Fue lo único que acerté a decir, con una sonrisa, eso sí. No quería despertar de este sueño, y si los abría corría el riesgo de que todo se esfumara.

—¿Sabes por qué me he puesto el despertador?

—Mmm... no.

—Porque nos vamos de excursión.

En ese momento abrí los ojos extrañada e intrigada también.

—¿De excursión?

—Vaya, ya te despiertas... —sonrió.

—Y ¿dónde vamos?

—Es una sorpresa. Cuando llegemos lo sabrás.

Dibujé una sonrisa ante su respuesta.

—¿Te gustan las sorpresas? —continuó.

—Me encantan, aunque soy un poco impaciente a veces, así que lo mismo te pregunto otras cien dónde vamos.

—Ja, ja, ja... tranquila, que tengo mucha paciencia.

Desayunamos algo en casa y me dijo que lo único que tenía que llevarme era un bañador. Nada más.

Elegí un bikini color rojo de triángulo con estampado y ribete en contraste. No lo había estrenado aún, pero me pareció muy buen momento para hacerlo.

Cogimos su coche y partimos camino hacia el lugar donde me daría la sorpresa. Reconozco que le pregunté muchísimas veces dónde me llevaba, pero no conseguí que desvelara su secreto. Y mira que intenté utilizar algunas

de mis técnicas femeninas que más resultado me daban, como por ejemplo, una sexi caída de pestañas, un provocativo contoneo de caderas o pequeños besos plasmados en lugares estratégicos. Y nada, no conseguí sonsacarle nada.

Durante el camino estuvimos hablando de nuestros veranos en la infancia. Ambos coincidíamos en que nos pasábamos los tres meses de vacaciones escolares en la playa. Mis padres se repartían las vacaciones laborales de tal manera que yo siempre estuviera con uno de ellos en época estival. Y si por alguna razón no podían cuadrarlo, siempre estaba mi abuela dispuesta a quedarse conmigo.

Él me contó que también tenía muy buenos recuerdos de sus veranos cuando era pequeño. Siempre playa y piscina. Y en muchas ocasiones también lo pasaba con sus tíos para que sus padres pudieran trabajar.

Había pasado casi una hora de viaje sin darnos cuenta cuando pregunté:

—¿Queda mucho?

—No... calculo que unos veinte minutos, poco más.

Íbamos por la carretera de la costa, las vistas eran impresionantes. Pasamos por varios acantilados que hacían que se me encogiera el estómago. Qué sensación de vértigo. Pero con la ventanilla bajada respiraba el aroma marino mientras Sergio posaba una de sus manos en mi muslo desnudo.

—¿Estás bien? —preguntó mirándome de soslayo.

—Nunca había estado mejor.

Eso provocó que de su boca emergiera una sonrisa que no me paso desapercibida. Era imposible obviar ese gesto en él. Tenía la sonrisa más bonita que jamás había visto antes.

Después de poco más de un cuarto de hora llegamos a un pequeño pueblo. Sergio fue disminuyendo notablemente la velocidad y empezó a

callejear. Eso me dio una pista para pensar que estábamos llegando a nuestro destino. Pero me había equivocado, porque salimos del pueblo para dar a parar a una carretera serpenteada que dejaba la costa a mi derecha.

—Pensé que habíamos llegado.

—En cinco minutos estamos allí. Pero antes, toma, tápate los ojos — dijo tendiéndome una cinta morada.

—¿Cómo?

—Que vamos a llegar al sitio sorpresa y necesito que te tapes los ojos.

—Bueno, vale...

—Pero que no veas nada, ¿eh? No hagas trampas. —Sonrió.

—Tranquilo. Pero te advierto que no me da nada de confianza ir por ahí con los ojos tapados. Cuídame, que soy muy patosa.

Me tapé los ojos hasta que ante mí solo veía oscuridad. Por el sonido del motor noté que desaceleraba, ponía el intermitente y giraba el coche, creo que a la derecha.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí... con unas ganas enormes de ver dónde me llevas.

—Tranquila, mi niña, ya estamos aquí.

Me cogió de la mano y con el dedo pulgar jugueteo con ella. Me hacía cosquillas, y no solo en la mano, también en el corazón. Y mis amigas las mariposas revoloteaban nerviosas por mi estómago, tanto o más que yo.

Paró el motor y me sobresalté al notar que me daba un beso en el cuello.

—Joder, qué susto.

—Solo quería comprobar que no veías nada —susurró en mi oído—.

Oye..., me empieza a gustar esto de que estés con los ojos tapados, tiene su morbo, ¿no crees?

—¡Anda! No digas tonterías —me reí—. Venga, dame la sorpresa

antes de que me dé un ataque de ansiedad por no ver nada.

Una carcajada suya inundó mis oídos y acabó contagiándomela a mí.

—Voy a salir del coche, y ahora abro tu puerta, ¿vale?

—Vale —dije—. No te vayas, ¿eh?

—Tranquila. —Y volvió a besarme, esta vez en los labios volviendo a causarme un sobresalto.

Cuando sali del coche, me dio la mano y empezamos a caminar despacio. Era evidente que estábamos cerca del mar, porque la brisa marina inundó mi rostro nada más empezar a caminar. El terrero era algo empedrado, pero no mucho. Después de andar unos minutos y que mi corazón estuviera a punto de salirse de la boca por los nervios, el terreno pasó a ser liso. A un lado palpé lo que parecía una barandilla.

—Ahora vienen tres escalones ¿vale? —me advirtió.

—¿Hay escaleras también? Esto es toda una aventura —me reí.

Bajamos los escalones y seguimos paseando apenas un minuto hasta que me avisó de otro par de peldaños. Según pisé el suelo me di cuenta que lo que había bajo mis pies era arena de playa.

—Ven, camina un par de metros más y habremos llegado.

Sergio me tenía agarrada por la cintura y con la otra mano cogía la mía. Sentía calor por el sol y a la vez frío por los nervios.

—Ya hemos llegado. Quédate quieta. Voy a quitarte la venda muy despacio...

Sentía su voz detrás de mí, susurrando en mi oído como antes lo había hecho y causándome un escalofrío por todo el cuerpo. Tragué saliva.

—Adelante —dije.

Noté su aliento en mi nuca mientras deshacía con suavidad los dos nudos que me había hecho antes. Mi respiración se aceleraba por momentos. Solo eran dos nudos, aunque se me hizo eterno. Pero cuando la venda cayó al

suelo y abrí los ojos despacio, pues el sol me molestaba tras estar un rato a oscuras, me di cuenta de que había valido la pena esperar y sentí que la felicidad existía.

Ante mí se abrió un paisaje inigualable que mezclaba mar, aire, sol, arena y rocas. Qué felices habrían sido mis mariposas del estómago si hubieran podido salir y haber volado en inmejorable escenario.

Me tapé la boca al encontrarme ante tal belleza. Nos encontrábamos junto a un pequeño entrante de mar rodeado de rocas. Una paradisíaca cala. Sentí cómo Sergio me abrazaba por detrás apoyando su cabeza sobre mi hombro.

—¿Te gusta? —susurró.

—¿Que si me gusta? No tengo palabras, Sergio. Esto es increíble.

Me di la vuelta hasta ponerme frente a él. Rodeé su nuca con mis manos y le besé. Y lo hice como no lo había hecho antes con nadie. Con un sentimiento que jamás había experimentado. Nadie antes había provocado en mí lo que Sergio me hacía sentir.

—Ven.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la orilla. El acceso era fácil, y en nada teníamos los pies sumergidos en aquel agua cristalina. Me costaba creer que dentro de la vorágine de las ciudades, aún existieran paraísos como estos.

Sergio sacó de su mochila un par de toallas y las tendió sobre la arena, cerca de la orilla. Éramos los únicos que estábamos allí. No había nadie más.

—¿Te apetece que nos bañemos? —Me propuso mientras me abrazaba.

—Claro.

Y nos metimos en aquel agua transparente que dejaba ver cómo

pequeños peces nadaban con rapidez alrededor de nuestros pies. Sergio se metió de cabeza y dio varias brazadas hasta llegar a una parte más profunda.

Con su dedo índice me señaló haciéndome un gesto para que acudiera allí, acompañado de una media sonrisa que infartaba. Me acerqué caminando, el mar estaba en calma. Apenas había olas, y las que había eran serenas.

—Hola —dijo acercándose a mí.

—Hola —respondí con una sonrisa.

—¿Qué tal? —preguntó mientras me atraía hacia él.

—Muy bien, ¿y tú? —respondí rodeando mis piernas en su cintura.

—¿Tú qué crees...?

No hubo más conversación porque su boca atrapó la mía con fuerza y sus manos me atrajeron hacia él con contundencia. Mis manos respondieron entrelazándose entre su pelo y apretando más mis piernas a su cintura. No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, pero tuve que frenarle antes de que diéramos un paso más. No es que no quisiera, pero prefería que fuera en un lugar un poco más privado.

—Buff... —dijo—, creo que voy a tener que quedarme un poco más en el agua antes de salir.

Me reí con ganas ante el comentario.

—Bueno, pues voy saliendo.

—Sí, mejor, sal antes de que te pille y te haga cambiar de opinión. Estás poniendo a prueba mi autocontrol.

Salí entre risas y pensando si no debería darme la vuelta y terminar lo que habíamos empezado. Pero no, decidí que lo mejor sería dejarme llevar por la cabeza y no por el corazón.

Cuando Sergio salió del agua se tumbó boca abajo junto a mí. Ver su cuerpo mojado a mi lado todavía me hizo arrepentirme más de no haberme quedado en el agua. Mente fría, Anna...

Estábamos tumbados mirándonos a los ojos y con una sonrisita cómplice que decía más que mil palabras juntas. No podíamos dejar de sonreír, ni de mirarnos.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —musitó Sergio.

Mi respuesta fue besarle. No había palabras para esa contestación. Un gesto lo demostraba mucho mejor y más claro.

Al rato sacó de la mochila unos bocadillos y unas bebidas que traía en una pequeña neverita.

—Vaya, lo tenías todo pensado, ¿eh?

—Soy un tío previsor —bromeó.

—A cuántas habrás traído aquí ya...

Se reía negando con la cabeza mientras cogía unas servilletas de la mochila.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que traigo aquí a mis conquistas?

—¿Soy una conquista para ti?

—No —dijo rotundo.

—¿No?

—No. Tú me has conquistado a mí sin darme tiempo a reaccionar.

Pero vamos a ver, ¿de dónde había salido este chico? Me derretía con cualquier palabra o gesto suyo. Me decía unas cosas que me dejaban fuera de juego. Y no quiero decir nada de mis amigas las mariposas. ¡Las tenía locas!

Después de comernos el bocadillo, nos sentamos en la parte trasera de la cala, en unas rocas para poder estar a la sombra.

—¿Sabes? —dije sin dejar de mirar al mar.

—Dime.

—Nunca nadie me había preparado una sorpresa así.

—¿Nadie?

—Ningún chico, quiero decir.

—Eso es que son gilipollas.

—Gracias por traerme aquí. Y por cuidar cada detalle de la sorpresa. No soy muy dada a contar cómo me siento, porque me da un poco de vergüenza abrirme a la gente, pero contigo no sé qué me pasa, que me encuentro muy cómoda para hablar de todo.

Sergio me acarició la cara con la palma de la mano y acercándose despacio, me besó.

—No me des las gracias. Solo por ver la cara que has puesto al quitarte la venda, lo repetiría todos los días de mi vida. Para mí eres una persona especial, Anna. Y cuando estoy contigo me olvido del mundo y de todo lo que me rodea.

Esta vez fui yo la que lo besé con dulzura. Se me hacía difícil pensar que llegaría el día en el que yo me marcharía a Madrid y el volvería a Valencia. Esto estaba siendo más intenso de lo que imaginaba.

Paseamos de la mano por la playa mientras el mar mojaba nuestros pies. La distancia de una punta a otra era muy pequeña, por lo que fuimos y volvimos varias veces. Era tan fácil estar con él.

Después de darnos otro par de baños, más relajados y menos ardientes, eso sí, más que nada porque habían llegado un par de parejas a la cala, empezamos a recoger para ir de vuelta al apartamento.

Mis amigas Veva y Valeria me habían escrito para preguntarme si nos veíamos esa noche, pero Sergio y yo pensamos que el colofón perfecto a este día sería quedarnos en el apartamento viendo una peli y dando rienda suelta a toda esa tensión sexual contenida a lo largo del día en la playa.

Sergio comenzó a conducir camino a casa, nos esperaba casi una hora y media de viaje y yo estaba tan feliz y relajada que los ojos se me entrecerraban por mucho que quisiera evitarlo.

—Duérmete, pequeña —susurró él mientras ponía su mano sobre mi

muslo—. Te despierto cuando lleguemos.

—Es que no quiero dormir, así te hago compañía y hablamos por el camino.

—Tú duerme, que esta noche no pienso dejarte pegar ojo —vaciló.

Acomodé la cabeza en el asiento, cogí su mano y cerré los ojos. Mi mente rememoraba todas las imágenes del día de hoy y así, sonriendo por lo que me hacían sentir esas escenas, me quedé dormida.

AGRADECIMIENTOS

Tengo tantas personas a las que agradecer que esta historia se publique de nuevo reeditada que no se por dónde empezar.

Supongo que las cosas pasan por algo, y el hecho de que la primera vez, esta novela, saliera publicada con una editorial que no cumplió lo acordado, me hizo volver a recuperar los derechos de esta historia que fue la primera que escribí.

Así que tras esa experiencia, no me gusta llamarla fracaso, pensé que esta vez sería yo quien decidiría cuando, como y donde. Y aquí están las mariposas revoloteando de nuevo.

Quiero agradecer a Marien F. Sabariego el pedazo de portada que me ha creado. Acertó a la primera, nada más decirle más o menos lo que quería que en ella apareciera. Eres una máquina Marien.

A mi Rossalyn Callum, por la corrección, no tuve ninguna duda de que quería que fuera ella quien revisara esta historia tan importante para mi y dejarla en sus manos ha sido un gran acierto. Gracias Rosa, por todo (las risas, los mensajes, los audios...)

¿Y qué decir de mis lectoras cero? Han sido el motor de todo esto, con sus opiniones y sus mensajes, espero seguir contando con vosotras porque si no esto no habría igual. Gracias Nuria y Aroa.

No puedo dejar de agradecer a mi marido, mis hijos Álvaro y Leire, el haberme dado tiempos, apoyo y muchos achuchones para poder volver a darle forma a todo esto. GRACIAS por estar en mi vida. Lo sois todo para mí.

A mi familia en general, que tanto me apoya y me pide más y más novelas, ojalá tuviera tiempo para escribirlas, pero la vida no me da para más.

Y por supuesto a las lectoras y lectores que día a día me animáis a seguir, con esos mensajes que me enviáis con tanto cariño. Me siento súper arropada, de verdad. Mil gracias por hacer visibles a mis personajes. A esos que un día decidieron salir de mi cabeza para cobrar vida en el ordenador y que sin vosotras y vosotros, no existirían más allá de él.

Gracias por dar vida a estas mariposas que revolotean y siempre, dicen la verdad.

Nos vemos en la próxima historia...

María Beatobe